

JOHN NICHOLL

UN OSCURO  
THRILLER  
PSICOLÓGICO  
LLENO  
DE SUSPENSO

**DECIDIDA A  
MATAR**

D.J.57

**Decidida a matar**

**Un oscuro thriller psicológico lleno de suspenso**

**John Nicholl**

Traducido por Ana Sthal

Copyright © 2018 John Nicholl

Todos los derechos reservados Distribuido por  
Babelcube, Inc.

[www.babelcube.com](http://www.babelcube.com)

Traducido por Ana Sthal

Ebook formatting by [www.ebooklaunch.com](http://www.ebooklaunch.com)

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

## ***Tabla de contenido***

**Capítulo 1**

**Capítulo 2**

**Capítulo 3**

**Capítulo 4**

**Capítulo 5**

**Capítulo 6**

**Capítulo 7**

**Capítulo 8**

**Capítulo 9**

**Capítulo 10**

**Capítulo 11**

**Capítulo 12**

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Capítulo 15**

**Capítulo 16**

**Capítulo 17**

**Capítulo 18**

**Capítulo 19**

**Capítulo 20**

**Capítulo 21**

**Capítulo 22**

**Capítulo 23**

**Capítulo 24**

**Capítulo 25**

**Capítulo 26**

**Capítulo 27**

**Capítulo 28**

**Capítulo 29**

**Capítulo 30**

**Capítulo 31**

**Capítulo 32**

**Capítulo 33**

**Capítulo 34**

**Capítulo 35**

*Capítulo 1*



## 9 de octubre, 1982

El detective sargento Gareth Gravel se recargó en el asiento del conductor del Mondeo de la Policía de Gales Occidental y se quedó mirando a la puerta de la casa de la familia Smith por casi cinco minutos antes de salir del vehículo. Dar malas noticias nunca era fácil. Por un rato había considerado seriamente delegar la tarea a uno de los nuevos y empalagosos oficiales de Asuntos Familiares, pero eventualmente decidió que era algo que debía hacer él mismo. Era un detective sargento ahora, y el rango traía consigo tanto responsabilidades como privilegios. Era su caso, su fracaso y, le gustara o no, tenía que portarse como un hombre, decir lo que debía y encarar la inevitable tormenta de mierda por venir. Era mejor terminar con esto y salir de ahí tan pronto como sus zapatos del número diez pudieran llevarlo.

Grav, como lo llamaban todos en la fuerza, dio una última calada a su habano antes de arrojar la colilla ardiente al suelo y arrastrarla hasta la alcantarilla con el talón de un zapato que necesitaba una buena limpieza. Vamos, Grav, muchacho, hagamos esto. Pronto estaría en el club de rugby con una pinta de la mejor cerveza amarga en una mano y un juego de dardos en la otra.

Una pequeña parte de él esperaba no recibir respuesta mientras caminaba por la entrada para el auto, se acercaba a la puerta principal y golpeaba incrementando gradualmente la fuerza. Pero muy pronto, la luz de un foco desnudo bañó el recibidor en una deprimente luz amarilla, y un hombre de treinta y tantos, a quien inmediatamente reconoció como David Smith, estaba de pie frente a él. -

¿Puedo pasar para que charlemos, señor Smith?

Smith se aferró al marco de la puerta a ambos lados. - ¿Hay noticias?

- ¿Podemos hablar adentro, señor Smith? Hay cosas que necesitamos discutir.

- Solo dígalo, hombre. Estamos hartos de esperar.
- Preferiría no hacer esto en la puerta, si no le molesta.

Smith bajó los brazos, dio la media vuelta sin responder y caminó rápidamente hacia la sala, donde su esposa estaba moviendo inquietamente los pies, cargando el peso de un lado al otro, como si el piso estuviera demasiado frío como para soportarlo. - El sargento Gravel finalmente tiene noticias para nosotros, Jan.

Janice Smith forzó una sonrisa menos que convincente, sin darse cuenta de que bailaba involuntariamente. - ¿Puedo ofrecerle una taza de algo, sargento?

Parece que le caería bien.

- Estoy bien, gracias, linda. Qué amable.
- ¿Seguro? No es molestia.

Grav se sentó en un conveniente sillón individual y pensó por un momento que ella podría empezar a llorar. - Oh, está bien, me convenciste. Tomaré una taza de té con mucha azúcar.

- Y ¿una galleta?
- Gracias, linda, se aprecia. De chocolate, si tienes.
- Una taza de té dulce y una galleta Bourbon a la orden. ¿Algo para ti, Dai?

Él negó con la cabeza. - Estoy bien, gracias, Jan.

David Smith esperó a que su esposa saliera de la habitación antes de sentarse al borde del sofá. - Bueno, ¿de qué demonios se trata todo esto? Esta no es una visita social. Eso es perfecta y malditamente obvio para todos. ¿Por qué alargarlo?

- ¿Está aquí Rebecca?

Smith frunció el ceño, los cabellos de la nuca se erizaron en atención. - ¿Por qué pregunta por Becca? ¿Acaso no ha pasado por suficientes cosas para una vida tan breve?

- Es solo que no quiero que escuche nuestra conversación.

Pasó saliva. - Es algo de lo que no tiene que preocuparse. Pasará un par de días con los padres de Jan. Tienen una casa rodante en la costa de Pembrokeshire, cerca de Amroth. Hay alberca con calefacción. Pensamos que tal vez serviría para despejar su mente. Dios sabe que le hace falta.

- De acuerdo, es bueno saberlo. Las pequeñas bendiciones y todo eso. ¿Quiere que esperemos a que su señora vuelva antes de empezar?

Smith negó con la cabeza. - No, solo empiece. Puedo ponerla al corriente cuando usted se haya ido. No estoy seguro de que pueda soportar mucha más de esta mierda, de todas formas. Así, ya está tomando antidepresivos.

- Bueno, si así es como usted lo prefiere. Finalmente tenemos una decisión del Servicio de Fiscalía de la Corona.

Smith dejó caer la cabeza. - Vamos, dígalos. ¿Cuál es el veredicto?

- No son buenas noticias.

- ¡Ah, con un carajo!

- El SFC no cree que haya suficiente evidencia como para procesar a Sheridan. No iremos a juicio.

Smith se dejó caer en el asiento. - Pero, las entrevistas en video. Ella le dijo al oficial de policía y a la trabajadora social *todo* lo que le había pasado. ¡Todo! Contó los detalles gráficos, justo como *usted* dijo que debería. Revivió todos esos terribles eventos para darle a *usted* la evidencia que dijo que necesitaba. ¿Puede imaginarse cómo fue eso? ¿Para ella? ¿Para nosotros como padres? Tuvo pensamientos recurrentes, pesadillas, y de nuevo está mojando la cama casi todas las noches. Tiene casi siete años, con un carajo.

Regresión, así es como la trabajadora social lo llamó. Probablemente una descripción más adecuada, desde mi punto de vista, es la de sentirse como mierda cuando no debería tener ni una preocupación en el mundo. Y ahora me está diciendo que pasó por todo eso para nada. ¿Es lo que me está diciendo?

- Lo siento, señor Smith, en verdad. Hicimos todo lo que pudimos. Se lo prometo. Pero no estamos en los buenos días de antes cuando la policía decidía si debíamos llevar a un sospechoso a la corte o no. Es cosa del Servicio de Fiscalía de la Corona ahora. Y ellos no sienten que tengan lo suficiente como para asegurar una buena acusación, a pesar de la evidencia que proporcionó su hija. Así es como ellos trabajan. Tienen que creer que haya una buena oportunidad de lograrlo antes de empezar siquiera. No estoy de acuerdo con ellos, si de algo sirve. Pienso que cualquier jurado medio decente podría ver que ella dice la verdad, pero la decisión está tomada. Lo intenté. Jugué todas las cartas. No hay nada más que pueda hacer.

Una sola lágrima bajó por la mejilla derecha de Smith y se alojó en el cuello de su camisa. - Bueno, eso no es suficiente. Usted nos dio la clara impresión de que Sheridan estaría en prisión por mucho, mucho tiempo. Seguramente puede persuadirlos para que cambien de opinión. Que lo decida un jurado. Es lo único que pido.

- Lo siento, hice todo lo que pude. No tiene sentido que les dé a ustedes una versión falsa de los eventos para hacerlos sentir un poco mejor. No va a suceder, sin importar qué más diga o haga... a menos que podamos encontrar evidencia más creíble. Algo sólido que corrobore los alegatos de su hija. Algo que cambie el juego.

- Y ¿hay posibilidades de que eso pase?

Grav negó con la cabeza, deseando tener una respuesta distinta, más optimista que ofrecer. Pero tenía que decir las cosas como eran. El hombre merecía la verdad. Sin importar lo molesta o desagradable que fuese. - No veo que suceda.

Smith estaba de pie ahora, la voz alta y vibrante de emoción. - Él la tocó.

Hizo que ella lo tocara. A mi niñita. Sucedió durante meses. Tiene seis años, con un carajo. ¡El asqueroso bastardo la violó, y usted me está diciendo que se va a salir con la suya! ¿Cómo demonios se supone que se lo diga a Jan? Le romperá el corazón.

Grav se quedó mirándolo, temporalmente falto de palabras mientras el padre se desintegraba ante sus ojos.

- Llegaron los refrigerios. Aquí tienen, muchachos... Se detuvo y se quedó mirándolos. - ¿Qué tienes, Dai? ¿Qué pasó?

- Te eh... te lo diré más tarde.

- ¿Dai?

Abrió la boca como para hablar, pero volvió a cerrarla, incapaz de hallar las palabras.

Ella gritó, dejó caer la bandeja al suelo, dio la media vuelta y corrió escaleras arriba, hacia la habitación de Rebecca, donde abrazó a un muñeco de peluche a su pecho y cerró la puerta al mundo.

- ¿Ya vio en qué estado se encuentra?

- Sí, lo siento.

- Nos decepcionó, sargento. Me decepcionó. Decepcionó a mi mujer y, lo peor de todo, decepcionó a Rebecca. Se da cuenta, ¿no? Esto es la vida real, no un maldito juego.

Grav se estiró para colocar una mano sobre uno de los anchos hombros de Smith, eligiendo, con renuencia, ignorar el llanto que provenía del piso de arriba. - Hice que Sheridan pasara un muy mal rato, si me entiende. Lo mantuvimos en la estación por tanto tiempo como la ley permite, pero estuvo ahí sentado en completo silencio con una sonrisa burlona en el horrible rostro, negándose a responder siquiera una sola pregunta, hora tras hora.

Smith se alejó del contacto; su rostro se torcía mientras luchaba por aguantar las lágrimas. - Está diciéndome que hizo lo mejor que pudo. Está diciéndome que jugó todas las cartas. Pero no fue suficiente. Ni cerca de ser suficiente.

- No, no lo fue. No estuvo cerca siquiera.

- Entonces, ¿cómo es que las cosas salieron tan horriblemente mal?

- Sheridan es un bastardo muy inteligente. Sabía que no existía evidencia forense inequívoca; sabía que su esposa le había dado coartadas para algunas de las fechas relevantes, y sabía que el único testigo era una niña de seis años. Creyó tener una buena oportunidad de salir libre si guardaba silencio, y tuvo razón. El bastardo sabía exactamente lo que estaba haciendo.

- Entonces, ¿es libre de seguir con su vida como si nada?

- Mire, Dai, le arrancaría las bolas al imbécil, si por mí fuera. Pero sí, ese es el punto crucial. Ante los ojos de la ley, es un hombre inocente.

David Smith retorció el rostro y escupió las palabras. - Voy a destrozar al asqueroso bastardo si lo veo.

- Y no lo culparía, Dai. Honestamente, no lo haría. Yo querría hacer lo mismo si estuviese en su lugar. Pero Janice lo necesita aquí. Rebecca lo necesita aquí. ¿De qué serviría tenerlo encerrado en prisión por quién sabe cuánto tiempo?

- No hay justicia en el mundo.

- A veces la hay, a veces no. Esa es la verdad. Informaré a la fuerza. Sheridan va a meter la pata. Los de su calaña siempre lo hacen. Lo atraparemos por alguna cosa al final.

Smith siguió a Grav, que caminaba hacia la puerta principal. - ¿Eso es lo mejor que tiene? ¿Que un día lo atraparán?

- Este sería un buen momento para ir a ver a su esposa. Ambos tienen que encontrar la manera de dejar esto atrás, Dai. Deje que yo me encargue Sheridan. He visto estas cosas antes. Si no lo hace, esto lo destruirá.

## *Capítulo 2*

2 de diciembre, 1999 - diecisiete años más tarde

Rebecca Smith, de veintitrés años de edad, aprovechó lo más que pudo la oportunidad de quedarse en cama unos momentos antes de apagar la alarma, empujar el edredón individual y saltar de la cama con un sencillo entusiasmo que no había sentido en un buen rato. La única ventaja de vivir sola, se recordó, era la de ser tu propio jefe en tu propia casa. O al menos hasta donde las circunstancias pasadas y presentes permitían.

Rebecca hizo una rápida visita al baño, antes de ponerse un grueso suéter de lana para protegerse de la helada matutina y bajar las escaleras para preparar el desayuno. Se sentía bien estar sola con sus pensamientos, bien tener tiempo para sí misma, y lo mejor de todo, tener un nuevo objetivo en mente. Tales cosas le daban propósito a su solitaria existencia y hacían que la vida valiera la pena. No se había hecho daño una sola vez desde que puso sus planes en marcha. Ni cortadas, ni golpes, ni pensamientos suicidas. Eso ya decía mucho. Estaba inspirada. Motivada. La felicidad quizá era una exageración, pero el mediano contento era una descripción razonable de su estado mental actual. En tanto estuviera concentrada. En tanto evitase que su mente deambulara, y no dejase que el petulante bastardo entrara en sus pensamientos ni por un segundo.

Se quedó de pie ante la mesa de la cocina y notó que su mano temblaba ligeramente mientras vaciaba una generosa porción de cereal en un tazón de porcelana. Añadió leche de soya fría, que sacó del pequeño refrigerador sobre el mostrador, y roció la mezcla ligeramente con un poco de miel local, que consideraba un antojo justificable, mientras esperaba que la tetera hirviese. ¿Por qué la maldita cosa siempre tardaba tanto cuando uno la miraba?

Rebecca echó un vistazo a su laptop, que estaba cargándose en una encimera cercana, y consideró brevemente el revisar si su objetivo más reciente había enviado más mensajes. Pero pronto decidió que podía esperar una hora o algo así. Que el bastardo sude. No parezcas tan ansiosa. Eso era mejor. No era como si él fuese a ir a ningún lado. Tal vez llamaría a su mamá después del desayuno. Había pasado un buen rato y el deber llamaba. Tenía que ser una buena hija, sin importar las presiones de la vida.

El teléfono sonó durante lo que pareció ser una eternidad, pero que realmente fue un minuto, antes de que Janice Smith finalmente dijera - Hola en una voz sin aliento, que sonaba como si acabara de correr un maratón.

Oh, mamá. Pobre mamá. Sonaba más vieja y más exhausta cada día. El estrés podía hacerle eso a una mujer. - Hola, mamá, habla Becca. ¿Estás bien? Suena a que te falta un poco el aire.

Sacó un inhalador azul de plástico para el asma de sus pantalones acampanados de pana e inhaló dos bocanadas urgentes antes de volver a guardarlo en el bolsillo delantero. - Hola, Becca, estoy bien, gracias.

Estaba arriba, atendiendo a papá, como siempre. Pero, más importante, ¿cómo estás tú en esta linda mañana? Estaba haciéndose la valiente de nuevo. Lo había estado haciendo por diecisiete años. ¿Por qué cambiaría ahora? - ¿Cómo está papá? He querido llamar, pero el trabajo ha sido una locura.

- Es bueno escuchar tu voz de nuevo. ¿Cómo está ese maravilloso novio tuyo? ¿No habías dicho que es abogado?

Qué mujer tan crédula. O ¿acaso le convenía a su madre el creer? Tal vez era una especie de elección positiva. Un mecanismo para sobrellevar las cosas. La verdad y las mentiras se hacían tales según uno lo necesitara.

- ¿Sigues ahí, Becca? Parece que el teléfono está fallando otra vez.

- Ahora no está aquí, está en Londres, trabajando en un caso importante. Quizá lo hayas visto en las noticias.

- ¿No será el caso de asesinato ese, el del actor?



Había caído completamente. Se había tragado cada engañosa palabra. - Sí, ese mismo. Paul es un consejero de la reina ahora. El más joven del país.

- Vaya, eso es maravilloso. Tuviste suerte con este.

- Entonces, ¿cómo está papá?

Hizo una pausa antes de responder, jugando con el puño de la camisa. - Igual, para ser honesta. El último derrame hizo mucho daño. Ya hay muchas cosas que no puede hacer solo. Sé que estás ocupada con ese importante trabajo tuyo, pero no te hemos visto en meses. Le encantaría verte de nuevo.

Rebecca arrojó la taza medio vacía hacia el muro más cercano, reventándola en cientos de afilados trocitos.

- ¿Qué fue eso, Rebecca? Sonó como si se hubiera roto una ventana.

Concéntrate, Becca, concéntrate. Todo terminará pronto. - Estoy bien, mamá. Se me cayó la taza, es todo. No hay nada de qué preocuparse... Me estabas contando de papá. ¿Todavía están yendo los trabajadores sociales?

- Ah, sí, cuatro veces al día. No se quedan mucho tiempo, pero hacen lo mejor que pueden con el tiempo que les dan. No podría lograrlo sin ellos, para ser sincera. Esa es la verdad. Son cosas que pasan. Solo he tenido que acostumbrarme.

- Toda esa miseria por lo que hizo un asqueroso y perverso bastardo. Todavía nos persigue, como un siniestro, malicioso y vengativo espíritu. Destruyó nuestras vidas. Quedamos pulverizados. Como si nos hubieran pasado por un molino de carne. Tú, yo y papá. Ninguno de nosotros volvimos a ser los mismos. Es una oscura sombra que cuelga sobre nuestras existencias.

Janice Smith cerró los ojos. - Oh, no otra vez. El oscuro mantra de tu alma frágil. Tienes que aprender a dejar todo eso atrás, Becca. Como te dijo la trabajadora social hace años. ¿Recuerdas? La vida de papá se acabó. Esa es la

cruda verdad. Y la mía no va mucho mejor. Pero la tuya apenas empieza. Tienes un gran trabajo, una hermosa casa, y ese maravilloso novio del que tanto me hablas. Trata de concentrarte en lo bueno de la vida y mira hacia el futuro. Ese es mi consejo. A veces los recuerdos son más nuestros enemigos que nuestros amigos. A veces es mejor olvidar el pasado.

Bla, bla, bla. Era más fácil decirlo que hacerlo. Y al menos estaba haciendo algo al respecto. Algo positivo. Algo significativo. No se regodeaba en la culpa y la pena como *ellos* hacían.

- ¿Hola, Becca, sigues ahí? El teléfono sigue cortándose.

- Sheridan sigue con nosotros. Es como una peste que no podemos quitar, no importa cuánto lo intentemos.

Janice Smith volvió a administrar dos bocanadas del broncodilatador y se dejó caer al suelo mientras sentía la presión en el pecho crecer más, y más, y más, como si una prensa la estuviese triturando mientras trataba de recuperar el aliento. - ¿No podemos hablar de algo d-distinto, para variar? ¡Por favor, q-querida! Ya no p-puedo soportar más de esto. Estaba jadeando mucho ahora, como un perro acalorado que necesita agua. - C-cuéntame de tu trabajo. Eres una chica m-muy lista.

- Me ascendieron de nuevo.

- Oh, muy bien. Esas son m-maravillosas n-noticias. Te está yendo m-muy bien. C-cuéntame de eso.

- Siempre es lo mismo. Cualquier cosa para alegrar una infeliz existencia.

- Solo me estoy interesando. No t-tienes por qué ser cruel.

- Sigo en el Departamento de Policía. En las computadoras. Pero soy supervisora ahora. Significa más dinero y mi propia oficina.

- Felicidades, te lo m-mereces después de lo duro que trabajaste en la universidad. Entonces ¿qué es exactamente lo que haces c-con esas

computadoras?

Rebecca apartó el auricular, lo puso frente a sí y lo miró con furia antes de hablar nuevamente. - No tengo tiempo de explicar todo eso ahora. Es complicado. Tengo cosas que hacer. Cosas que necesitan mi atención. Llamaré de nuevo en una o dos semanas.

Su respiración ya estaba más tranquila. La prensa había aflojado un poco mientras ella comenzaba a relajarse. - Me da gusto que te esté yendo tan bien. Le contaré a papá. Eres nuestro orgullo... Te quiero, Becca.

Rebecca esbozó una sonrisa que iluminó su rostro. - Y yo a ti, mamá. Dale cariños a papá.

- Lo haré. Le alegrará un poco.

Había cumplido, y era hora de irse. ¿Dónde estaba la computadora? El bastardo seguramente ya estaría comiéndose las uñas.

- Adiós por ahora, mamá. Hablamos pronto. - Adiós, Becca. Cuídate. Te quiero.

### ***Capítulo 3***

Grav estaba sentado frente a la doctora Susan Gibson, la psicóloga consultora principal de la fuerza, y se preguntaba por qué las manecillas del reloj que estaba detrás de ella se movían tan despacio. El tiempo volaba cuando uno la pasaba bien. Si pudiera apresurar las cosas y salir de ahí, sería un hombre muy feliz. - ¿Ya casi acabamos, doc? Tengo trabajo que hacer. Los criminales no se arrestaban solos la última vez que vi.

Ella lo miró a los ojos y sonrió. - Me encantan los que luchan. Sabe que tiene que terminar las diez sesiones. Sabe que esta es la última. Sea paciente, hombre. Solo tenemos que terminar la última evaluación y podré escribir el

reporte para el comisario en jefe. Usted va a tener que contentarse con eso.

El DI tomó un sorbo de café y sonrió. - Bueno, gracias por eso. Por mucho que disfruto de su belleza y brillante personalidad, me gustaría terminar con esto. Me dijo que fuera honesto, así que ahí tiene. No puedo ser más honesto que eso.

- Siempre el comediante. Siempre valiente. Una táctica de supervivencia común entre las ocupaciones de alto riesgo y alto estrés, como la suya. No engaña a nadie. Esto lo he visto más veces de las que quisiera recordar.

- ¿Realmente es tan obvio?

- Mire, Grav, sugiero que, por un minuto o dos, se trague ese bien ensayado orgullo de macho que tiene, y me diga si ha sentido que el proceso le ha sido útil de alguna forma. Las respuestas en los últimos cuestionarios que respondió sugieren que está progresando, aunque todavía hay camino que recorrer antes de que en verdad esté todo superado.

- ¿Usted cree?

- Sí, cien por ciento. La muerte del DS Rankin le afectó mucho. Fue el golpe final que acabó por derribarlo. La gota que finalmente derramó el vaso, por usar un predecible cliché. Ya lo reconoció más de una vez. No vaya a retroceder a estas alturas del proceso. No nos haría ningún favor, especialmente a *usted* mismo.

Grav colocó las manos abiertas frente a sí y las sostuvo ahí un momento. - Sí, me descontrolé por un tiempo. Pero seguro eso es normal. Éramos amigos cercanos, además de ser colegas. Lo extraño. No me apena admitirlo. Usted misma lo conoció. Era un gran tipo. Uno de los mejores.

- ¿Se descontroló un poco? Ese tiene que ser el eufemismo del año. Golpeó a otro oficial. Lo tumbó al suelo, frente a testigos. Tiene suerte de no haber llegado a juicio. Lo sabe tan bien como yo.

Grav vació la taza, saboreando la intensa dulzura del fondo. - ¿Trevor

Simpson? Tiene una cara que dan ganas de golpear. No va a pensar mal de mí por eso, ¿o sí?

Revolvió las notas que estaban en una mesita para café frente a ella. - Tiene que tomarse esto en serio si va a seguir en este trabajo. Me agrada. Quiero ayudar. Pero tiene que cooperar para que eso suceda. A veces, usted es su peor enemigo.

Los labios de Grav se apretaron, y por un momento pareció que iba a llorar.

- Vamos, Grav, tiene que admitir que no estaba lidiando bien con las cosas. Tiene que reconocer que todo es un poco más fácil ahora. Es más como solía ser, ¿no?

- Sí, de acuerdo, me estaba costando trabajo. Eso lo admito. Pero ¿estrés posttraumático? Vamos, ¿en serio? ¿No es un poco exagerado? Pensé que eso era algo que le pasaba a los soldados en combate.

- ¿Otro café?

Él miró nuevamente el reloj y sonrió un poco mientras ella rellenaba la taza. - Gracias, linda, se aprecia.

- Hemos tenido esta conversación más de una vez. Es hora de que acepte la realidad de una vez por todas. La negación no ayuda. No a estas alturas del proceso. Tuvo *todos* los síntomas que hemos estado discutiendo por semanas. ¡Ding, ding! ¿Le suena? Todavía sufre de varios de ellos en mayor o menor medida.

- Bueno, suficiente, entiendo el punto.

- Se enfrentó al cáncer de intestinos de Heather y a su muerte prematura. Ustedes dos eran novios desde la infancia. Estuvieron juntos por mucho tiempo. Eso es más de lo que la mayoría de la gente podría soportar. Y luego tuvo una serie de casos particularmente demandantes. No es inmune al estrés emocional y psicológico, muy a pesar de la imagen de chico rudo que elige mostrar al mundo. Es de carne y hueso, igual que el resto de nosotros, los

mortales. No puede decirme que no le afectó.

- Bueno, el caso de abuso organizado pasó factura emocional a todos los oficiales que lo investigaron, me incluyo. Estamos hablando de niños pequeños. Algunos todavía usaban pañal, con un carajo. Las ofensas fueron horrendas. ¿Qué demonios le pasa a esa gente?

- Luego vino el descubrimiento de cinco cuerpos de mujeres jóvenes en un bosque local.

Grav se encogió mientras la memoria ardía y supuraba. - Gracias por el recordatorio.

- Y luego, justo cuando creyó que las cosas no podían ir peor, vino la muerte de Clive. No solo su muerte, sino la naturaleza de la misma. El suicidio golpea con mucha fuerza a los seres queridos. Amigos, parientes. Es visceral. Brutal. Casi imposible de soportar.

Él se llevó una mano al rostro, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. - Gracias por toda la ayuda, doc. ¿Sus pacientes vuelven para otra cita con usted?

Ella sonrió, pero la expresión abandonó su rostro tan pronto como había aparecido. - Ha pasado por muchas cosas. Es humano, tal como el resto de nosotros. Y le importa, por mucho que le guste ocultar sus sentimientos detrás de un chiste o de algún comentario agudo. Eso lo hace más difícil. Mucho más. No es un solo evento el que causó el TEPT. Fue una acumulación de factores, uno tras otro. Una serie de golpes no menos reales que el que usted le dio al DI Simpson... y cayó, Grav. Usted cayó. Hizo una pausa por un momento y juntó las manos, como si rezara, mientras él levantaba la mirada hacia el muro. - Ahora, *por favor* dígame que entiende. Dígame que lo considerará. Necesito escuchar que lo diga.

Él cerró los ojos y se mordió el interior del labio inferior, saboreando la sangre. - De acuerdo, acepto que las cosas no han sido fáciles. Me abrumaron. Pero ya lo superé. Usted misma lo dijo. Estoy de vuelta.

Ella agitó la cabeza despacio y dejó salir el aire de la boca en un agudo silbido. - No ponga palabras en mi boca, Grav. Decidí recomendar que permanezca en la fuerza, a pesar de mis dudas, que Dios me ayude. Pero está *lejos* de haberlo superado. Los recuerdos desagradables tienen el frustrante hábito de voltear la cabeza, hundir los dientes y pegarse como lapas. Lo único que hice fue darle estrategias para quitárselos de encima. *En serio* necesita esas vacaciones de tres semanas de las que habíamos hablado. Eso no es opcional, por cierto. Lo dejaré clarísimo en mi reporte. Vaya y visite a su hijo. Y quiero que me envíe una postal, para saber que en verdad está allá. Por una vez en la vida, póngase a sí mismo primero. ¿Entiende lo que estoy diciendo?

El DI levantó las manos por encima de la cabeza, como si se rindiera ante una pistola. - Bueno, bueno, me ganó. Entiendo el mensaje. No querrá venir conmigo, ¿o sí? Estoy seguro de que, si lo intento con ganas, puedo hacer que quepa en la maleta.

- Aquí vamos de nuevo. De vuelta al lado cómico. Su posición usual de colchón cuando la dirección de la discusión lo reta o lo perturba aunque sea un poco.

- Entonces ¿eso es un sí?

- Me encantaría, pero no creo que a mi esposo le emocione mucho. Es un poco posesivo.

- Sí, sí, cualquier excusa. Si me pareciera a Robert Redford, estaría encima de mí.

Ella rió, le entregó dos hojas tamaño carta de papel impreso y suspiró teatralmente. - Ahora concéntrese, llene esas por última vez, y lo dejaré en paz para que siga con su vida. ¿Qué le parece?

Grav se estiró y apretó su mano antes de sentarse nuevamente y comenzar a palomear varios recuadros sin entusiasmo alguno. - No, en serio, gracias, linda. Me ha servido hablarlo. No lo creía, pero así fue. Estoy trabajando en ello. Y le dará gusto saber que las vacaciones ya están pagadas. Aquí voy,

Barbados.

## *Capítulo 4*

Rebecca se sentó al borde de la cama individual con la computadora en el regazo, tecleando rápidamente con las uñas de esmalte rojo. Ajustó sus lentes con la mano libre, miró a la pantalla y agitó la cabeza mientras múltiples perlas de sudor se formaban sobre su frente a pesar del frío del invierno. El asqueroso bastardo es-taba escribiendo de nuevo... Prepárate, Becca. Oh, con un carajo. Era más de lo mismo. ¡Qué asco! Pero no era ninguna sorpresa. El tipo era de lo más predecible. Todos lo eran. Tan transparentes como cristal pulido. ¿Qué más escribiría? ¿Qué más tendría que decir de sí mismo? Siempre era manipulador. Siempre con la meta final en mente. Por eso era que el pedazo de mierda estaba en línea, para empezar. Por eso rastreaba el internet día y noche en busca de la presa adecuada. Tip tap, tip tap. Sigue escribiendo, desviado sinvergüenza; sabandija, rata, lacra de la sociedad. Sé exactamente lo que eres, y voy por ti con la fuerza de un tren.

Bueno, dale tiempo, Becca, dale tiempo. Si les das cuerda suficiente... Las fantasías del tipo se hacían cada vez más extremas. Sus deseos, cada vez más per-versos. E iba adquiriendo confianza. Se sentía más seguro de sí mismo. Iba revelando su verdadera naturaleza como nunca antes. Le estaba diciendo lo que quería hacerle. Le decía lo que quería que ella le hiciera, con gráficos y conocidos detalles. Y prometía generosos regalos. Por supuesto que lo hacía. Favores. Cualquier cosa que su corazoncito deseara, si ella albergaba sus propuestas y daba gusto a sus anhelos. El costo no era importante. El gasto, tampoco. Dependía de ella. Solo elige. Era lo único que tenía que hacer. Ropa de diseñador, zapatos deportivos, un teléfono nuevo, la computadora más novedosa, y un poni. ¡Incluso un maldito poni! Él estaba jugando sus mejores cartas. Y realmente creía que estaba ganando. Pensaba que estaba acercándose al final del juego. Podía olfatearlo, saborearlo, casi tocarlo. Este hombre de mediana edad, marido y padre, que creía que había estado intercambiando mensajes con una estudiante de diez años por casi seis semanas. El hombre aparentemente respetable que poco a poco había



aumentado la apuesta y le había enviado fotografías de su fofa y blanco cuerpo desnudo con la cara cuidadosamente escondida. Siempre a escondidas. Si ella accedía a encontrarse con él, él le daría lo que ella pidiera. Siempre y cuando no le dijera a nadie. Siempre y cuando fuera su secreto especial, él le daría el mundo. Claro que lo haría. Él le daría el maldito mundo.

Ella respiró lenta y profundamente, inhalando por la nariz, y exhalando por los labios apretados en un silbido que apenas se escuchó. Él estaba enganchado. El resbaladizo bastardo estaba bien enganchado. Lo tenía. Era solo cuestión de tiempo. Si él pensaba que la estaba preparando para abusar de ella, tristemente estaba *muy* equivocado. ¡Ja! ¿Ahora quién estaba cazando a quién? El depredador se había convertido en la presa. De acuerdo, su violador de la infancia había evitado el juicio. No había pagado un precio lo suficientemente alto, a pesar de lo que ella había declarado. A pesar de sus determinadas protestas a cualquier adulto confiable que estaba dispuesto a escucharla. Se había salido con la suya, destuyendo su inocencia infantil. Les había hecho daño a ella y a su familia. Pero este pagaría. Oh, sí, el enfermo bastardo pagaría. Era momento de saltar. Momento de hundir las garras. Era una leona ahora, no el cobarde ratoncito del lejano pasado. Era hora de hacer uso de su ventaja y atraer al bastardo.

Miró la *selfie* sexual más reciente que aparecía ante ella. Con dedos temblorosos se acomodó el largo flequillo teñido de castaño, pasó saliva, resistió el impulso del vómito y escupió pequeños glóbulos de tibia saliva a la pantalla, antes de escribir de nuevo:

*Guau!!! Me vas a dar un poni. En serio me vas a dar un poni?*

*Claro que sí, querida. Y te enseñaré a montarlo.*

*en serio????*

*Sí, te lo prometo. Pero solo si nos vemos. Solo si es nuestro secreto especial.*

*cuando me lo vas a dar?*

*Después de que nos conozcamos. Después de que nos hayamos divertido un poco.*

*en serio????*

*Te lo prometí, ¿no? Siempre cumplo mis promesas.*

*Puedo ponerle nombre al poni????*

*Sí, claro que puedes, cariño. Pero, ¿dónde vives? Necesito saber dónde vives. No*

*puedo comprarte el poni hasta que sepa dónde vives.*

Ella lo imaginó ahí sentado, frente a la computadora, sudoroso, desnudo, y masturbándose como si su vida dependiera de ello. Hazlo esperar, Becca. Haz que el bastardo espere. Se está atragantando por conseguirlo. Está listo. Contó despacio hasta diez antes de escribir nuevamente:

*Caerystwyth vivo en Caerystwyth en los departamentos cerca del parque.*

*Ah, eso está bien. No vivo muy lejos de ahí. Y conozco el lugar perfecto para que*

*viva el poni. Pero tiene que ser nuestro secreto. Tal como dije antes. No puedes*

*decirle a nadie. Ni a una persona. Ni a tus papás, ni a tus amigos, ni a tu maestra,*

*a nadie. Eso es muy importante. Entiendes eso, ¿no?*

Ella hizo una nueva pausa, con el dedo volando sobre el teclado, los ojos entrecerrándose, pero solo por cinco segundos esta vez:

*si entiendo pero donde nos vemos?*

*Soy maestro de música. Diles a tu mamá y papá que quieres clases de piano. Te*

*daré mi nombre y número de contacto. Puedes decirles que uno de tus amigos te*

*contó de mí. Diles que dijo que soy un hombre muy amable. Diles que dijo que*

*soy un gran maestro. Eso debería bastar. A los padres les gusta eso. Será como un*

*juego. Nuestro juego. Solo tuyo y mío.*

Ella se encogió de miedo, pues los eventos daban un giro inesperado. Piensa, Becca, piensa. Eso no servirá. No servirá para nada. No podría prepararse lo suficiente. Habría muchas caídas potenciales. Mucho riesgo.

*Puedes venir a mi casa* Esta vez fue él quien hizo la pausa antes de responder:

*Tenemos que estar solos cuando nos veamos. Eso es muy importante. Pensé que entendías eso. Pensé que querías el poni.*

Rebecca sonrió. El bastardo estaba al borde del pánico. No podía ser más obvio. Estaba ansioso. Desesperado. Accedería a casi cualquier cosa que ella sugiriera. Iba por buen camino. Nuevamente tenía el control.

*Mi mama y papa se van el fin de semana. es su aniversario o algo. yo me voy a quedar en casa de una amiga en nuestro vecindario pero puedes pasar el viernes antes de que me vaya. Tiene que ser después del atardecer. Es importante.*

*Tiene que estar oscuro y tú*

*tienes que estar sola.*

*Puedo mandarte un mensaje cuando mis papas se vayan. Puedo decirles que quiero terminar la tarea antes de ir a casa de Kate. No les va a importar confía en mi. Vive a unas cuantas casas*

*Eso está bien. Eres una chica muy lista. Ahora, solo necesito tu dirección. Eso es todo, solo tu dirección.*

Ella escribió la dirección, sin código postal, para parecer auténtica, y la envió presionando una tecla.

*Gracias, cariño. La tengo. En serio eres una niña muy buena. Te veo el viernes en cuanto oscurezca. No olvidarás decirme cuando estés sola, ¿no? ¿No olvidarás enviarme un mensaje?*

*No lo olvidaré, lo prometo. Me tengo que ir escucho a mi mamá subiendo las*

*escaleras*

*Bueno, adiós por ahora. ¡Nuestro secreto! No puedo esperar para conocerte. Y*

*piensa en un nombre para ese poni.*

Ella cerró la laptop, se recostó en la cama y comenzó a reír mientras la tensión iba derritiéndose como un cubo de hielo bajo el sol del verano. Oh, me conocerás, definitivamente me conocerás. Pero quizá no disfrutes de la experiencia tanto como crees.

## **Capítulo 5**

El DI Gravel se relajó en el cómodo asiento, miró alrededor de la amplia cabina económica premium y decidió que el dinero extra que finalmente había decidido gastar había valido el sacrificio. El vuelo de Gatwick a Bridgetown era largo para las distancias a Benidorm o Palma Nova a las que estaba acostumbrado, y un poco de comodidad bien merecida no le haría ningún daño. ¿Por qué no disfrutar un poco de la vida? ¿Por qué no consentirse un poco, para variar? Se lo había ganado. Nadie podía negarlo después de veinticinco años como policía en Gales Occidental. Pero, qué pena que Heather no pudiera estar con él. Le habría encantado todo esto. Qué pena que no hubiesen realizado sus planes de viajar antes de que ella enfermara. Qué pena que no la hubiera llevado a visitar a su hijo antes de que fuera demasiado tarde. ¡Jodido cáncer! ¿Para qué seguir pensándolo? No cambiaba nada. La vida no era justa, y nadie había dicho que lo fuera. Tenías que aprovecharla mientras pudieras. Una dura lección aprendida demasiado tarde. A eso se reducía. ¿Acaso no había dicho alguien que la juventud estaba desperdiciada entre los jóvenes? Estaba seguro de haberlo escuchado en algún lado. ¿Oscar Wilde, quizá? ¿O George Bernard Shaw? Era la clase de cosa que seguramente Heather habría sabido... Oh, bueno, quienquiera que fuese, decía la pura verdad.

Ordenó un tercer güisqui doble a la atenta y delgada azafata del entallado uniforme, y saboreó el licor de malta de alta calidad antes de levantar la

mirada y son-reír revelando una dentadura manchada de nicotina que, al menos, era suya. - Gracias, linda, se aprecia.

- ¿Hay alguna otra cosa que pueda traerle, señor?

Se llevó la bebida a los labios y vació el vaso, con la cabeza echada hacia atrás y la manzana de Adán asomando solo apenas en su regordeta garganta. - Otro de estos me caería bien.

- ¿Otro doble?

Asintió. - ¿Cómo es la isla? ¿Cumple con las expectativas?

- Es amigable y desbordante de vida, pero no tendrá problemas para encontrar un poco de paz y tranquilidad, si es lo que está buscando.

- Voy a visitar a mi hijo. Es profesional de golf en uno de esos elegantes hoteles de cinco estrellas en la costa oeste, en Holetown.

Ella miró hacia atrás, sonrió y guiñó el ojo mientras se alejaba. - Oh, Holetown, maravilloso. Ahí es a donde van todas las celebridades. Encajará perfectamente.

- Oh, sí, no los hacen con más glamour que a mí. Solo espero que los paparazzi me dejen tranquilo. Todos esos flashes de las cámaras pueden ser muy irritantes.

A Grav le sorprendió que el vuelo de ocho horas con cincuenta minutos desde el aeropuerto de Gatwick, en Londres, hasta Bridgetown, la evocadora capital de Barbados, junto al mar, pasó bastante rápido a pesar de sus preocupaciones originales. Ya había visto dos películas de estreno reciente y medianamente entretenidas, tomado las varias comidas que le habían ofrecido, completado el papeleo requerido por el gobierno de Barbados, bebido varios güisquis dobles y dormido por una hora más o menos, con la cabeza vibrando contra la ventana, para cuando el piloto anunció que estaban a punto de aterrizar, y la misma azafata revisaba que sus pasajeros tuvieran el cinturón de seguridad abrochado adecuada-mente. De qué serviría si el avión

se estrellaba era un completo misterio para el detective, pero siguió las indicaciones de todas formas. Parecía ser lo mejor.

Grav le hizo una señal de pulgar hacia arriba, colocó su asiento en posición vertical, se estiró, masajeó su frente y vio cómo la isla se materializaba bajo sus pies por entre las blancas nubes de mármol. Era muy diferente de cualquier sitio que hubiese visitado antes. Eso era claro. Pero las primeras impresiones eran buenas. Verdes y vibrantes campos, playas de amarillo pálido, mares color turquesa y un sol que brillaba como diamante. Hermoso. Y ¿acaso no decían que viajar abría la mente? Qué pena... ¿Para qué demonios lo seguía pensando? Siempre los recordatorios de su más grande tristeza. Ella se había ido y no volvería. No en esta vida. No a este mundo. Todo pasaba, para bien o para mal. Todo terminaba, sin importar cuánto lo valoraba uno. ¿Para qué lamentarse? Habían sido felices por un rato, que es mucho más de lo que otros podían decir. Tenía que contar sus bendiciones y estar agradecido por eso.

Maldijo por lo bajo mientras levantaba su no poco considerable masa del asiento con ayuda de los descansabrazos, y sus sobrecargadas rodillas chirriaban y se quejaban. Necesitaba perder peso. Tenía que reconocerlo. Heather le había dicho lo mismo varias veces en esa tan familiar forma suya. Se ponía de pie con los brazos en jarras y agitaba la cabeza lenta y deliberadamente. - Necesitas beber menos cerveza, Grav. Parece como si estuvieras a punto de dar a luz a gemelos, querido. Y seis cucharadas colmadas de azúcar en una taza de té es exagerado hasta para ti, ¿no crees? Tendrás problemas para pasar por la puerta si no te cuidas.

Se limpió una sola lágrima de la mejilla mientras el pasado se cerraba sobre él y lo rodeaba. Ella no fumaba; bebía con moderación; cuidaba lo que comía - esto bajo en grasa, aquello sin azúcar; nadaba y hacía yoga regularmente; y sin embargo fue ella quien murió. Jodidamente terrible. ¿Dónde estaba la justicia? Lo que no daría por un poco de regaños femeninos bien intencionados. Si tan solo pudiera retroceder el tiempo y quedarse ahí por siempre.

Grav respiró profundo, plantó los pies y se calmó. Todavía podía ver su rostro tan claro como el día. Aún podía escuchar su voz susurrándole al oído.

Susurran-do dulces naderías de amor y afecto. Tal vez de alguna forma imposible de cuantificar, ella aún estaba con él. ¿O se engañaba? Había prometido cuidarlo cuando murió, a dondequiera que hubiese ido. Había prometido mirar desde arriba y saludar de vez en cuando, si podía. Quizá eso estaba haciendo ahora. ¿Había un mundo espiritual? ¿Había vida después de la muerte? O ¿acaso era una historia que nos inventamos? Una historia que necesitamos escuchar. Bueno, lo averiguaría un día, le gustara o no. No había forma de escapar de la muerte ni de los impuestos.

Se estiró hacia arriba con dificultad, tomó su portafolios de piel del compartimento superior, se pasó la larga correa por encima del hombro, se estiró ampliamente y se unió al resto de los pasajeros que esperaban en el pasillo para desembarcar. Se despidió de la azafata al salir del avión, y notó dos cosas mientras descendía despacio los escalones de metal hasta el suelo: primero, el agradable calor húmedo no te golpeaba en el rostro como un infierno casi insoportable que se alzaba desde la ardiente pista, como solía suceder en los meses veraniegos del Mediterráneo; y segundo, el volumen del ruido de las aves, tanto silbidos como cantos no identificables, era mucho más alto que en otras capitales del mundo que había visitado a lo largo de los años.

Mientras recorría la breve distancia entre el avión y la concurrida terminal, decidió que ambos eran buenos augurios. Quizá su estancia en la isla sería mucho menos estresante de lo que había imaginado. Tal vez ver a Dewi de nuevo, después de tanto tiempo, sería agradable y no tenso. Qué demonios, quizá hasta la pasaría bien.

Le tomó a Grav poco tiempo el recuperar su maltratada maleta de entre el resto de equipajes similares que daban vueltas en la banda, y en media hora más o menos, había localizado su pasaporte en el bolsillo interior del saco, cruzado la aduana con éxito, y estaba de pie entre las multitudes de vacacionistas y locales en el amplio pavimento justo afuera de las puertas del aeropuerto. Caminó hacia la banqueta con la pesada maleta en la mano, y miró a izquierda y derecha entre los varios taxis locales y autobuses de turistas, esperando ver a su hijo aguardando para trasladarlo a cualquier alojamiento que finalmente hubiese decidido reservar para él.



Grav miró el reloj digital y maldijo en voz alta mientras los estragos de un largo día comenzaban a pasar factura. Al muchacho se le había hecho tarde. Podía soportar eso. Esperaba que no se hubiese olvidado por completo de recoger a su padre.

Apoyó su masa en la maleta, que amenazaba con colapsar bajo el peso, y estaba en proceso de encender un muy necesitado cigarro, cuando avistó a un hombre alto, delgado y bien bronceado que caminaba hacia él con una cautivadora sonrisa en los labios. Al principio no reconoció a su hijo, y esperaba a que el bien vestido hombre pasara de largo para saludar a otra persona, y se sintió genuinamente sorprendido cuando se detuvo inmediatamente junto a él y dijo, - Hola, papá, hace mucho que no te veía. Bienvenido al paraíso, en el conocido y suave tono de Gales Occidental que resonaba desde el pasado como nada en el mundo.

- Entonces no has perdido el acento.

Dewi rió. - No hay peligro de eso... ¿Buen vuelo?

- Sí, no estuvo mal, a pesar de todo. Es un largo camino.

Dewi asintió. - No voy a negarte eso. Es parte del atractivo.

- Supongo. Una aventura. Un nuevo comienzo.

- Bueno, ¿estás listo para que nos vayamos?

Grav luchó por ponerse de pie y por un momento consideró abrazar a su hijo, pero en el último segundo lo pensó dos veces y, en su lugar, estrechó firmemente su mano. ¿Por qué le costaba tanto trabajo demostrar afecto? Su madre y padre eran iguales. Tal vez tenía algo que ver con eso. - Te ves muy bien, hijo. Al principio no te reconocí. Pensé que eras uno de los nativos. El estilo de vida obviamente te va bien.

Dewi sonrió. - Sí, me encanta este lugar. Extraño algunas cosas, por supuesto, el rugby, principalmente, cuando llega el torneo de las Cinco Naciones, una vez al año. Pero supongo que eso es inevitable. Ningún sitio es

perfecto. Ni siquiera este.

- Pero fue un buen cambio, considerando todo, ¿no?

- Sí, definitivamente.

Grav dio una larga calada al cigarro y tosió varias veces mientras Dewi recogía la maleta y se acercaba al pequeño coche automático, cuya marca y modelo no interesaban en lo absoluto a Grav.

- La puerta está abierta. Solo pondré esto atrás y nos vamos.

- Buen plan. ¿Te importa si fumo en el auto?

Dewi no contestó al principio, pero luego negó con la cabeza. - Preferiría que no lo hicieras, si no te importa, papá. Esas cosas me dan ganas de vomitar. No sé por qué no lo dejas.

Oh, mierda, tal vez no debería haberse molestado en preguntar. - No hay problema. Lo terminaré luego.

Grav apagó la punta ardiente, devolvió el cigarro a la caja, subió apretadamente al asiento delantero e hizo una nota mental de rentar un auto más grande, más adecuado para un hombre de sus amplias dimensiones, en cuanto tuviera oportunidad.

- ¿Listo para irnos?

- Más listo que nunca.

Mientras dejaban la vibrante y densamente poblada zona de Bridgetown y se dirigían hacia Holetown, Grav notó lo urbanizada que se veía la costa occidental, con su inesperada mezcla de elegantes hoteles, propiedades privadas de lujo de los ricos y famosos, y el dramático contraste de las cercanas cabañas de madera y concreto colocadas junto al mar. - No es lo que esperaba. Pensé que entraría directo a un anuncio de chocolate Bounty.

Dewi miró el camino, pisó con fuerza el acelerador y rebasó a un camión

amarillo estacionario, con reggae sonando fuerte por las ventanas abiertas. - Sí, recuerdo haber pensado más o menos lo mismo cuando llegué. Pero hay algunas playas estupendas por toda esta costa. Solo necesitas saber dónde están. Todas son públicas, a diferencia de otras islas. Tengo un par de días libres en la semana. Si quieres, puedo mostrarte el lugar. Quizá hacer un viaje en lancha. Cuando veas la isla desde el mar, tendrás una idea mucho más clara de lo que tiene que ofrecer.

Grav hizo un gesto de dolor cuando una de las llantas delanteras cayó en un enorme bache y sacudió su dolorida espalda baja. - Sí, eso me gustaría, si sobrevivo al viaje... Entonces, dime, ¿dónde me quedaré?

Originalmente Dewi había planeado conseguir alojamiento subsidiado en el hotel de lujo en que trabajaba, pero después de pensarlo con calma por un par de días, al final había decidido que el extendido período de proximidad que eso inevitablemente implicaría probablemente sería demasiado para ambos. - El hotel estaba lleno para cuando llamaste. Tiende a estar saturado en esta época, pero conseguí un departamento con vista a una pequeña playa de la localidad, en un sitio llamado Speightstown en la parroquia de Saint Peter, unos cuantos kilómetros más adelante por la línea costera. Un buen amigo mío es dueño del lugar. Un muchacho local con el que a veces juego golf. Te dio un buen precio como favor personal para mí.

Bueno, parecía que Dewi no lo quería cerca la mayor parte del tiempo. No era sorprendente, en realidad, cuando lo pensaba. Había estado ausente por mucho tiempo durante la infancia del chico. La presión del trabajo y todo eso. Tal vez debería haber hecho un mejor esfuerzo, como le había dicho Heather.

- Entonces ¿qué opinas?

- Tendrás que darle las gracias de mi parte. Invítale un buen trago.

- Lo haré.

- ¿Qué tan lejos está el departamento de tu casa?

- Oh, solo son unos siete kilómetros, máximo, pero Speightstown es mucho

más relajado que Holetown. Un poco más auténtico, si crees lo que dicen los visi-tantes regulares. Creo que te va a gustar. Es tu tipo de lugar.

- ¿Por qué diablos se llama así?

- ¿Holetown? ¿Ciudad del hoyo?

- Bueno, sí. Suena como un hoyo en decadencia en el valle.

Dewi rió. - Es el nombre de un arroyo.

Grav no respondió esta vez a pesar de la explicación; su mente vagaba.

- ¿Estás bien, papá?

- Sí, sí, por supuesto. Mejor que nunca.

- Y ¿por qué ahora? ¿Por qué decidiste visitar después de todo este tiempo?

Grav pasó salida y se acomodó en el asiento, buscando una respuesta adecuada y fallando miserablemente. - Solo quería verte, hijo.

- Oh, vamos, papá, es raro que te tomes un día libre, y ahora aquí estás por tres semanas. Tiene que haber algo más. No te pensionaron finalmente, ¿o sí?

Grav miró a la izquierda y se concentró con sagaces ojos en una mujer barbadense de mediana edad y una figura fantástica enfundada en un vestido blanco, que pasó caminando en tacones mucho más rápidamente de lo que a él le habría gustado. - Bueno, bueno, me atrapaste. He pasado por mucha mierda en el trabajo. Tuve que ver a una psicóloga. Era eso o retirarme. ¿Contento?

Dewi asintió, tomándose un rato para comprender la realidad mientras maniobraba con el pequeño auto por entre el tráfico moderado del día de mercado en Speightstown, y se estacionaba en la puerta de los convenientemente ubicados Apartamentos White Haven, un edificio de tres pisos a su inmediata derecha. - Entonces de eso se trata todo esto. Te

obligaron a tomar vacaciones por una vez en tu vida. Ahora todo empieza a tener sentido.

- ¿En serio?

- De puerta a puerta, qué servicio. Tal vez podamos charlar y tomar unos tragos mañana por la noche. Ya sabes, ponernos al corriente. Dios sabe que ha pasado mucho tiempo.

Grav abrió la puerta del copiloto y luchó por salir al desnivelado pavimento mientras Dewi sacaba la maleta. - Tal vez unas cuantas cervezas ayudarán a aceitar las ruedas de la conversación. Este lugar ya me está gustando. Serán unas buenas vacaciones.

## *Capítulo 6*

Rebecca se excusó y salió temprano del trabajo por una inexistente cita con el dentista justo antes de la hora de la comida del viernes, afirmando que tenía una endodoncia potencialmente larga y dolorosa que le impediría volver a la oficina ese día. Era una excusa que ya había usado antes, pero se salió con la suya.

Mientras caminaba en dirección a su Corsa, estacionado en una tranquila calle a unos diez minutos de distancia a pie, temblaba notablemente, con los nervios tensos, las manos sudorosas y la boca seca. Pero esas eran cosas buenas. Eso se dijo. La adrenalina que corría por su sistema la mantendría alerta, concentrada en la tarea que tenía al frente. Afilada como una navaja. Justo como necesitaba estar. Justo como tenía que estar. Hoy era el día. Un día importante. Y no había lugar para equivocaciones. Todo tenía que estar en orden.

Rebecca miró a derecha e izquierda con los ojos entrecerrados mientras abría la cajuela del coche, y sacó una bolsa grande que contenía una larga peluca rubia hecha de cabello real, y un par de anteojos grandes, sin aumento;

el resto del portaequipaje estaba vacío. La calle estaba desierta. No había mirones. No había ningún vecino entrometido que asomara la nariz entre las cortinas. No había ningún indeseable paseando por ahí. Todo parecía indicar indudablemente que las cosas iban bien. El universo conspiraba para asistirle en su misión. Esa parecía ser la obvia conclusión. Era su tarea el terminar con las actividades de la bestia depredadora de una vez por todas. No de la policía, con sus ridículas reglas limitantes y su confianza en los abogados; no de las cortes con sus tecnicismos legales y sus inadecuadas sentencias para los culpables, sino de ella, solo ella. Podía pasarles la evidencia que había recopilado. Por supuesto que podía, si decidía hacerlo. Pero ¿para qué arriesgarse? ¿De qué serviría? Podía hacer cualquier cosa que las autoridades pudieran, y más. Él tenía que ser detenido. Eso era lo único que importaba. Ella solo tenía que poner manos a la obra y hacerlo. Era juez y jurado. La espada de la justicia. Y había una rugiente tempestad que iba por él.

Rebecca encendió el descuidado motor del hatchback al segundo intento, maniobró para salir de su apretado espacio de estacionamiento, y condujo por el ligero tráfico vespertino de Caerystwyth hacia la autopista M4 al otro lado del pueblo de Gales Occidental. ¿Por qué diablos no se había tomado el día libre? El tiempo apremiaba. Tic tac, tic tac. Podía escuchar cómo se burlaba de ella. Volaba a velocidades vertiginosas. ¿Por qué se había sometido a una presión innecesaria?

Siempre lo hacía. ¿A qué diablos estás jugando, Becca? ¿Acaso alguna vez aprendería?

Aumentó la presión de los puños en el volante mientras cruzaba la intersección dos y se incorporaba a la autopista, adhiriéndose como esclava a los límites de velocidad, a pesar de su abrumador deseo de conducir más rápido, rápido, rápido, y evitando cuidadosamente cualquier maniobra imprudente que potencialmente atraería atención al auto. Tal vez las restricciones de tiempo auto-impuestas no eran tan malas después de todo. Tal vez hacían que su mente no deambulara y la ayudaban a concentrarse. No había lugar para dudar. No ahora. No a estas alturas del procedimiento. Contrólate, mujer. ¡Concéntrate! Había pasado semanas planeando este día, y el bastardo lo merecía.

Comenzó a llover, cada vez más fuerte, mientras ella continuaba con su

camino a través de un campo galés, marchito por las atenciones del invierno. Aumentó la velocidad de los limpiadores mientras gruesas gotas de agua rebotaban sobre el camino; parecían venir desde todas direcciones solo para molestarla. Miró el reloj por enésima ocasión y aulló cada vez más fuerte, fuerte, fuerte, mientras los veloces limpiadores luchaban contra el volumen del agua que martilleaba el parabrisas. ¿Por qué ahora? ¿Por qué hoy? Concéntrate, Becca. ¡Concéntrate! Enciende las luces. Sí, eso era mejor. Eso tenía sentido. No había necesidad de entrar en pánico. No aún. Seguramente la lluvia amainaría pronto. Y todavía había tiempo.

Le tomó más tiempo del usual el llegar a su destino a las afueras de Swansea, la creciente ciudad costera de concreto, la segunda más importante de Gales, y sus niveles de ansiedad amenazaban con abrumarla por completo mientras entró en el estacionamiento compartido de una enorme ferretería, y se detuvo en un silencioso rincón, tan lejos de la entrada como le fue posible. Vamos, Becca, puedes hacerlo, mujer. Respira profundo. Con o sin presiones de tiempo, tenía que seguir su probado y comprobado modus operandi. ¿No era así como lo llamaban en esos ridículos programas de detectives en televisión? Mantener un bajo perfil, comprar lo que necesitaba, que no la reconocieran y salir de ahí tan pronto como pudiera. Eso era todo lo que tenía que hacer. Realmente era muy simple. Había funcionado antes y funcionaría ahora.

Se levantó la manga y revisó nuevamente el reloj, según ella sería la última vez; bajó ambos visores y se encogió lo más que pudo en el asiento antes de ponerse la peluca, sentarse, ajustar el retrovisor y añadir los lentes. No estaba mal. Nada mal. Incluso a su sufrida madre le costaría trabajo reconocerla si la retaban a ello. Era una victoria de la ingenuidad ante la adversidad.

Rebecca se quedó de pie justo pasando las puertas automáticas de cristal, muerta de frío y temblando, mojada hasta la ropa interior de algodón, y con el dinero en efectivo apretado en una mano mientras confirmaba la lista mental de los varios artículos que necesitaría ese día: tres rollos de bolsas negras para basura, grandes; dos rollos de cinta para alfombras; una segueta de uso rudo de buena calidad, con una navaja de doce pulgadas de repuesto; cloro y un cepillo de limpieza. No debía olvidar el cepillo de limpieza. ¿Era todo? ¿No se le había olvidado algo? ¿Alguna cosa que faltara? Era ahora o nunca.

No podría volver si olvidaba algo. Tenía que hacerlo bien a la primera.

Eligió el más pequeño de los dos tipos de carrito que había, y corrió por la tienda, un pasillo tras otro, aumentando la velocidad y buscando con la mirada mientras los segundos pasaban. Tic tac, Tic tac. ¿Puedes oírlo, Becca? Vamos, mujer. Apresúrate. Tienes que seguir moviéndote. Los retrasos no eran una opción.

Rebecca esbozó una ancha sonrisa al descubrir las bolsas de basura en la repisa más baja del pasillo tres, y luego el cloro, en su gran botella bulbosa de plástico azul, apenas unos momentos más tarde. A buena hora. A buena hora, maldita sea. ¿Por qué demonios insistían las tiendas en mover su mercancía con odiosa frecuencia? ¿Acaso trataban de hacerla enojar? ¿De eso se trataba todo eso? ¿Estaban metidos en alguna clase de conspiración contra ella y solo ella. Esos bastardos. ¡Esos absolutos bastardos! Vamos, Becca. Concéntrate, mujer. No era momento para cavilaciones filosóficas. Estaba haciendo progreso. Eso era lo que importaba. Ya tenía dos cosas, faltaban tres. Todo lo que necesitaba tenía que estar ahí, en algún lado.

Se apresuró para entrar el siguiente pasillo, esquivando latas de pintura blanca apiladas en el centro del piso, mientras de nuevo apretaba el paso, empujando el carrito más rápido, rápido, rápido. Ah, ahí estaba. Gracias a Dios. Una segueta adecuada.

Leyó la descripción del producto, forzando la vista para leer las letras pequeñas, y sonrió al darse cuenta de que cumplía con sus requerimientos. Una navaja capaz de cortar metal y piedra. Tenía tres, y solo faltaban dos. De nuevo tenía el control. Iba por el camino correcto. Una mujer en la cúspide de sus poderes. Una fuerte y majestuosa hembra alfa. Quiomara. Boudica. El honor estaba restaurado. La venganza de la justicia.

Rebecca estaba más tranquila ahora, se movía más despacio, con más gracia; su respiración se había relajado, su ritmo cardíaco disminuía y, en un par de minutos, había localizado los artículos restantes con relativa facilidad y se dirigía a la caja más cercana con una sonrisa en el rostro. Esperó, mirando cómo pasaban los segundos en el reloj, mientras un anciano delante de ella entregaba a la cajera una tarjeta de crédito con dedos artríticos. Sintió



cómo se tensaban sus músculos faciales mientras él luchaba por recordar su número de identificación, pero en uno o dos minutos lo logró y se marchó. Ella pagó rápidamente, arrojando el dinero en la mano abierta de la cajera y diciéndole que pusiera el cambio en la alcancía de caridad junto a la caja abierta.

- Gracias, es muy generoso de su parte. ¿Va lejos? Se ve completamente congelada. Vaca entrometida.

Vaca entrometida y metiche. ¿Qué demonios tenía que ver eso con ella? Rebecca se quedó ahí, mirando a la chica de la caja como un conejo ante los faros de un auto. Piensa, Becca, piensa. Di algo. Tienes que decir algo. - Oh, estaba visitando a un viejo amigo de la universidad en Swansea, pero volveré a casa, a Cardiff, tan pronto como salga de aquí. Eso estaba bien. Eso estaba muy bien. Solo márchate, Becca. No digas nada más. Solo ve al auto. No había entrado en pánico. Ni por un segundo. Una cosa más de la cual estar orgullosa.

Para alivio de Rebecca, la cajera de pronto dirigió su atención hacia un hombre joven y guapo, aparentemente cubierto en tatuajes auto infligidos, que apareció cargando una escalera sobre un hombro excesivamente musculoso.

Se apresuró para llegar a la salida sin mirar atrás, nunca miró atrás, y salió trotando al cruzar el estacionamiento. El tiempo avanzaba alarmantemente rápido. Tic tac, Tic tac. Podía escuchar como los segundos corrían, alejándose de ella. Burlándose de ella como un gato jugando con un ratón. Pero todavía había tiempo. Las cosas aún iban por buen camino. En tanto evitara más retrasos. No había necesidad de entrar en pánico. Todavía no. Solo tenía que poner manos a la obra.

Rebecca devolvió el disfraz a la bolsa al subir al auto, lo arrojó al asiento trasero, y manejó de vuelta más rápido de lo que era prudente, pero con cuidado de disminuir la velocidad al pasar por los radares y con los ojos bien abiertos en busca de patrullas. Para cuando llegó a su casa de 1950, aproximadamente cuarenta y cinco minutos más tarde, la fuerte lluvia se había convertido en llovizna, y luego en ligeras ráfagas de intermitentes

copos de nieve que se derretían casi al contacto con el suelo. Rebecca abrió la puerta con una sonrisa en el rostro, interpretando los cambios como señales positivas. Las cosas iban bien otra vez. Todo iba a salir bien. Él iba a pagar. Justo como debía. Justo como merecía. Hoy era el día. La balanza de la justicia pesaba a su favor. Y él lo merecía. Lo merecía muchísimo. Eso era lo que se dijo. Eso era lo que gritaba dentro de su cabeza.

Dejó las varias compras en las desnudas tablas del piso de lo que alguna vez había sido su sala de estar, y se retiró a la cocina para tomar una rápida taza de té de hierbas antes de desnudarse, arrojar la ropa empapada a la lavadora, y correr escaleras arriba para ponerse un mono de poliéster que había comprado muy barato en el mercado local la semana anterior. Rebecca se puso de pie frente al espejo del armario y admiró su reflejo, mientras esquirlas de luz de invierno rompían las nubes grises e iluminaban la habitación. Bueno, Becca, ya está. Él vendrá en camino antes de que lo imagines. Era hora de alistar la habitación. Hora de prepararse.

La sala, como aún la llamaba, más por hábito que por otra cosa, estaba completamente desnuda - no había alfombra, tapetes, muebles, ni nada. Era una ligera inconveniencia cuando no se le usaba para su propósito primario, pero valía la pena el sacrificio. Eso era lo que ella pensaba. Era parte esencial del protocolo que había establecido. Una medida práctica que tenía muchas más ventajas que desventajas. Era hora de hacer los arreglos finales. Hora de alistarse. Las tijeras. ¿Dónde rayos estaban las tijeras?

Rebecca tenía práctica en eso de preparar la habitación para la llegada de a quien ella eufemísticamente llamaba su - huésped. Comenzó a hacerlo prácticamente en piloto automático, desenrollando las bolsas de basura con ansiosos dedos y sacando quince del rollo antes de cortarlas, abrirlas, y apilarlas ordenada-mente a un lado de la pared. Ese número no sería suficiente para completar el trabajo, desde luego; lo sabía muy bien por duras experiencias, pero era más que suficiente para empezar. Vamos, Becca, no hay tiempo para descansar. A trabajar, mujer. A trabajar.

Trabajó rápida y eficientemente, y sudaba bastante para cuando había usado ya treinta y un bolsas más, sumando un total de cuarenta y seis para cubrir cada centímetro del lugar en plástico negro y brillante, asegurado en su

sitio por grandes remolino de actividad, y esbozó una ancha sonrisa al ver cómo iban apareciendo las palabras en la pantalla:

*perdon que no pude mensajarte antes. Mis papas ya se fueron. Todavía vas a*

*venir???? Compraste mis regalos????*

Su respuesta fue virtualmente instantánea, y ella supo, sin lugar a dudas, que ya había ganado. “¿Entrarás a mi casa? dijo la araña a la mosca.” Escribe, escribe, bestia. Escribe.

*¿Estás segura de que se fueron? ¿Estás sola?*

*si los vi irse en el coche. Papa toco el claxon. Le van a hablar a la mama de mi*

*amiga a las nueve para ver si llegue bien.*

*¿Hay nieve en el suelo donde estás?*

*Voy a ver*

*Ve rápido.*

*no, solo en el jardin pero nada mas. El camino esta libre. Compraste mi poni????*

*Sí, sí lo hice. Siempre cumpla mis promesas. Te lo dije. ¿Ya pensaste en un nombre?*

*princesa*

*Oh, qué bonito. Estoy seguro de que le encantará. Le queda perfecto.*

*cuando puedo verla por favor puedo verla????*

*Por supuesto que puedes, querida. Hablaremos de eso cuando llegue. Pero hay*

*cosas que quiero hacer antes. No le dijiste a nadie, ¿o sí? no. me dijiste que*

*no dijera*

*¿Estás segura? ¿Muy segura?*

*es secreto*

*Bien. Eso está muy bien. Te llevaré una sorpresa. Una gran sorpresa.*

*Una sorpresa*

*sabrosa.*



*geniallll*

*Debería estar llegando como en media hora, máximo. Asegúrate de seguir sola, y*

*borra nuestras conversaciones antes de que llegue. Mientras más pronto mejor.*

*Revisaré tu computadora para asegurarme de que lo hayas hecho. Y las fotos,*

*borra todas las fotos. No te daré el poni a menos que hagas todo lo que digo.*

*Entiendes eso, ¿no?*

*si*

*Bueno, eso está muy bien. Te veo muy pronto, mi amor. Adiós por ahora. Beso.*

*D.*

## **Capítulo 7**

Grav durmió un poco inquieto a pesar de haberse llenado la barriga con la cerveza local, Banks, en su primera noche en Barbados. No fue por el entorno, que no le era familiar, ni por la diferencia de horario, sino por el agudo y constante silbido que parecía hacerse más fuerte e insistente a cada hora que pasaba antes del amanecer. Estaba acostumbrado al canto de los grillos que a menudo acompañaba a los somnolientos vacacionistas en el Mediterráneo. Pero esto era distinto, muy distinto, y no tenía ni idea de qué se trataba. Quizá un libro de viajes decente no era tan mala idea después de todo. Aunque el libro no haría que los pequeños cabrones se callaran de una jodida vez, lo que quiera que fuesen.

La noche podía parecer eterna a aquellos que miraban el reloj hasta el amanecer. O al menos eso pensó Grav revisando su reloj de pulsera; salió arrastrándose de la cama, eructó, se rascó el trasero con una uña rota, y maldijo en voz alta mientras uno de varios gallos dio la bienvenida al nuevo día con un fuerte qui-quiri-qui por tercera o cuarta vez esa mañana. Consideró abrir los postigos de madera verde de la habitación y lanzarle algo, pero se arrepintió en el último instante. Ignorar al maldito animal. Eso sería lo mejor. Por qué no mejor hacer una visita rápida al baño para salpicar la porcelana, vestirse con algo adecuado para el clima tropical, y dirigirse al pueblo para tomar un muy necesario desayuno. Un plato de algo caliente y pesado para absorber el alcohol iría muy bien, y seguramente habría algún cajero automático cerca. Solo tenía que hallar la maldita cosa... Tal vez en el futuro debía cerrar las ventanas y encender el ventilador del techo al oscurecer. Sí, eso tenía sentido. Menos ruido y menos piquetes de insectos.

Es-taba cubierto en esas malditas cosas y sentía una horrible comezón. La decisión estaba tomada. Era una situación ganar-ganar.

Se estiró y bostezó en voz alta, deshaciéndose de los residuos del sueño. Vamos, Grav, muchacho, hay cosas que hacer y gente que ver. ¿Qué diría Heather? Algo como - Vamos, viejo. No podemos quedarnos aquí, flojeando todo el día, por mucho que te den ganas de hacerlo. Tenemos que aprovechar el lugar, ya que estamos aquí. Vamos, muévete.

Sonrió con calidez mientras renqueaba hacia el baño y susurró, - Está bien, mi amor, te escucho, antes de empujar la puerta con la planta del pie descalzo y responder al llamado de la naturaleza con un constante chorro que parecía seguir y seguir. Mientras se lavaba las manos con agua fría y volvía a la habitación, reconoció en silencio que se sentía como un pez fuera del agua. Despojado de un identidad que se apoyaba demasiado en su rol profesional. Si no era oficial de policía, ¿qué demonios era entonces? Lo pensó por un par de minutos, pero no pudo hallar una respuesta adecuada. Oh, bueno, solo serían tres semanas. Seguramente podría lograrlo. Pronto estaría de vuelta en el trabajo, y se sentía agradecido por eso.

Grav rebuscó en la maleta y sacó un par de pantaloncillos hasta la rodilla que no habían visto la luz del día en años, seguidos por una colorida camisa estilo hawaiano que había comprado en una tienda de descuento de Caerystwyth; dejó los dos botones inferiores sin abrochar para acomodar su protuberante barriga cervecera. Era hora de salir al mundo, o a Speightstown, para ser más preciso, y ver qué tenía que ofrecer. Era hora de averiguar lo que traería el día.

Mientras caminaba por la amodorrada calle principal, el pueblo reaccionó ante Grav como sospechaba que hacía con cualquier recién llegado - con calidez y amabilidad. Speightstown, a pesar de ser distinto de cualquier otro sitio que hubiese visitado en Europa, tenía la ininteligible sensación de la Gran Bretaña de 1950, y eso, decidió, le parecía muy bien. Le dio gusto hallar un cajero automático en una cabina de cristal a diez minutos a pie del departamento, pero aunque estaba ansioso por saciar su hambre, tuvo que esperar casi una hora antes de que las distintas tiendas y restaurantes comenzaran a abrir sus puertas para recibir a los clientes. Grav pasó por

varios comedores, mirando y rechazando las cartas de alimentos con creciente frustración, antes de finalmente hallar un pequeño café con un área de mesas en alto en la parte trasera de un tranquilo estacionamiento en la plaza central, directamente frente al supermercado. Era, concluyó, la clase de sitio que le agradaba, modesto, relajado y cómodo, y decidió inmediatamente que su visita para desayunar ahí se convertiría en un ritual diario.

Una delgada y atractiva mujer barbadense se acercó a él casi tan pronto como se hubo sentado y sonrió amablemente. - Buenos días, ¿está listo para ordenar?

Grav leyó el menú y rápidamente se concentró en los rollos de salchicha y tocino, como si estuvieran impresos en mayúsculas resaltadas. Esto sí era comida. Era definitivamente una u otra opción. - Quiero tres rollos de tocino y una taza de café negro, cargado, por favor, linda.

Ella asintió y anotó la orden con lápiz rojo en una pequeña libreta. - Se lo traigo en seguida. ¿Está pasando unas buenas vacaciones?

La miró a los ojos, agradecido por tener la oportunidad de charlar. Cualquier cosa era mejor que el solitario silencio. Si pudiera viajar en el tiempo, aceptaría los peores días de su matrimonio sin dudarlo. - Es mi primer día.

- ¿De dónde es?

- Soy de Gales. Es un pequeño país que colinda con Inglaterra. Es donde nació Tom Jones. ¿Ha oído hablar de él?

Ella rió. - Sé dónde está Gales. Mi hermana estudió una maestría en la Universidad de Swansea.

- Qué pequeño es el mundo. ¿Quién lo habría pensado? De hecho yo di algunas clases de protección a menores en Swansea como parte de mi trabajo con la policía. ¿Cuándo estuvo allí?

- Volvió a la isla hace un par de años, cuando abrimos el café.

- ¿La visitó alguna vez?

- Sí, lo hice. Me gustó mucho Pembrokeshire. Pasamos un agradable día soleado en Tenby.

- Maravilloso lugar. Parece que tuvo suerte con el clima.

Ella miró hacia la izquierda y asintió. - Espere. Necesito atender a otros clientes. Le diré a mi hermana que salga a saludar.

Grav se quedó sentado en silencio, mirando a un gatito naranja que paseaba entre las mesas en busca de alguna migaja de comida, hasta que una enorme mujer joven con una ancha sonrisa, que rezumaba calidez y afabilidad, apareció de pronto en un remolino de actividad con su plato de rollos en una mano y su aromático café en la otra. Él correspondió, pero falló al igualar su radiante sonrisa, y ella le agradó de inmediato. Las primeras impresiones no eran siempre las más exactas. Pero algunas veces sí lo eran, y él sospechaba que esta era una de esas ocasiones. Ambos hablaron de Swansea y del suroeste de Gales con cariño por un rato, y el detective comenzó a sentirse como en casa en tierra extraña. Algunas personas tenían ese efecto. Tal vez un descanso del trabajo policiaco no era tan mala idea después de todo.

## ***Capítulo 8***

Derek Griffiths, de cuarenta y tres años de edad, se crispaba incontrolablemente mientras estacionaba su camioneta en un estacionamiento del centro, a diez o quince minutos de caminata rápida de su destino. Sabía perfectamente que sus intenciones eran criminales. Sabía que los gustos sexuales que lo consumían eran considerados completamente aberrantes por la vasta mayoría de la población. Y sobre todo, conocía las consecuencias de que lo atraparan. Ser atrapado destruiría su vida -¡bang! Podría significar el fin de su libertad. Así nada más. De un solo golpe. Y a los hombres como él no los trataban bien en prisión. Había escuchado historias. Horribles historias. Historias de hombres que habían estado dentro. Hombres que sabían.

Abusaban de ellos. Los etiquetaban. Una clase marginal dentro de la prisión. Gente escupiéndole a tu comida. Golpeándote a cada oportunidad concebible. No podía soportar pensarlo siquiera.

Parpadeó repetidamente y sintió escalofríos mientras pequeñas gotas de sudor se formaban en su cuerpo a pesar de las heladas de diciembre. Y ¿qué si la pequeña perra decía algo? ¿Qué si alguien de hecho escuchaba y actuaba a partir de sus alegatos? Era arriesgado, cierto, pero podía manejar el riesgo. La negación sería su mejor defensa. Su única defensa. Y por eso tenía que ser cuidadoso. Tenía que ser cauteloso. Justo como había sido todas las veces anteriores. Tal y como lo había sido a lo largo de los años desde su primera apresurada transgresión, hacía tanto tiempo. Un ultraje sexual o conducta obscena o violación. Así es como las entrometidas autoridades lo llamarían, con el ceño fruncido, sus juicios, y su indignación moral. Caerían sobre él con todo el proverbial peso de la ley. A menos que pudiese desacreditar a su más reciente víctima. A menos que lograra callar a la pequeña perra y mantenerla en silencio por siempre. Si era cuidadoso, evitaría ser detectado. Sería más listo que ellos. Se saldría con la suya. Ganaría.

Respiraba con mayor dificultad ahora. Inhalaba el frío aire nocturno hasta el fondo de los pulmones mientras caminaba aprisa por el pavimento, bajo el brillo naranja de las luces de la calle, con la cabeza gacha, el cuello del saco hacia arriba, y el gorro tan abajo como para cubrir la mayor parte posible del rostro. Cuidado, Derek. No levantes los ojos. Evita las miradas entrometidas. Quédate en los callejones lo más que puedas. No podía dejar que su deseo de hacer realidad la fantasía le nublara el entendimiento. Tenía que limitarse a hacer aquello de lo que pudiera zafarse, asegurarse de que ella hubiese borrado cualquier material condenatorio en la computadora, asegurarse de que mantuviera la boca bien cerrada, y salir de ahí tan pronto como le fuera posible. Restricciones, siempre había malditas restricciones. Era demasiado frustrante. Tan exasperante. Algún día haría realidad sus más grandes fantasías. Un día no se reprimiría. Pero, le gustara o no, hoy no era ese día.

Griffiths se escondió entre las sombras y miró la casa, preguntándose por qué demonios estaría completamente a oscuras. Eso era algo que no había esperado. ¿Estaría en el lugar correcto? ¿Sería la casa correcta? Sí, sí, claro que lo era. Por supuesto que lo era. Ya había revisado el nombre de la calle y

número de la casa tres veces. Algo andaba mal. ¡Maldita sea! Algo tenía que andar mal.

Se atragantó y pasó saliva al dejarse caer contra un muro. Era un pensamiento demasiado terrible. Demasiado horrible incluso considerarlo. Las cosas no podían ir mal. No ahora. No a estas alturas. No después de todos sus decididos esfuerzos. No después de todos sus planes. No cuando estaba tan cerca del premio.

Griffiths miró el reloj que le había dado su esposa como regalo de cumpleaños el verano anterior. Apenas eran las seis y cuarto. No había llegado tarde. Seguramente la pequeña perra estaría en casa. Debería haber luces encendidas. ¿Qué demonios?

Se sintió mareado mientras los pensamientos negativos corrían y tropezaban en su mente como una lavadora en ciclo de centrifugado. Oh, no, ¿qué si ya se había ido a casa de su amiga? ¿Qué tal si la pequeña perra había cambiado de opinión acerca de conocerlo? ¿Qué si había estado mintiendo todo el tiempo?

Quería gritar. Quería patear y gritar como un niño petulante, pero en vez de hacerlo, calmó su respiración y se concentró. Era demasiado pronto para rendirse. Demasiado pronto para tirar la toalla. ¿Qué diablos estaba pensando?

Griffiths empujó la chirriante reja metálica con una mano enguantada mientras sostenía fuertemente un paquete cerrado de condones en la otra. No se veía muy esperanzador. Lejos de eso, en realidad. Pero tenía que asegurarse. Nunca se lo perdonaría si no hacía todo lo que estaba en su poder antes de rendirse y marcharse. Tal vez ella *sí* estaba en casa. Tal vez había apagado las luces por alguna inexplicable razón. O tal vez había habido un apagón. Eso lo explicaría, ¿no? No, eso no tenía sentido. Las casas adyacentes tenían luz. Tocar la puerta. Solo tenía que tocar la puerta y ver qué pasaba. Si ella abría, abría. Y si no, tendría que aceptar la derrota y marcharse renuientemente.

Golpeó con suavidad al principio, con cuidado de no atraer la atención de

los vecinos. Pero conforme comenzó a golpear con más fuerza, le sorprendió ver que la puerta se abría unos cuantos centímetros. Sí estaba. La pequeña perra estaba en casa. Pero ¿por qué la oscuridad? ¿De qué diablos iba todo eso?

Griffiths abrió la puerta, centímetro a tentativo centímetro, y se asomó a la penumbra, mientras Rebecca miraba y esperaba con una vista parcial del pasillo.

Él dio un paso hacia adelante, luego otro, y otro, mientras sus ojos se iban ajustando a la semi-oscuridad. - ¿Estás ahí, pequeña? Estoy seguro de que te es-cuché moviéndote. Tengo regalos para ti. Justo como dije. Justo como te prometí. Y quiero contarte del poni. Quieres que te cuente de Princesa, ¿no? Es casi tan hermosa como tú.

Rebecca se movió despacio hacia la derecha, con el cuerpo desnudo oculto tras la puerta abierta de la habitación. Se quedó ahí, pegada a la pared, mirando por la rendija, congelada en anticipación, pero lista para atacar a la primera oportunidad. “¿Entrarás a mi casa? dijo la araña a la mosca.” Repitió la rima en su mente. Atráelo, Becca. Ya casi lo tienes. Atrae al bastardo.

Ella miró mientras él se acercaba despacio a la habitación y se detuvo por un momento, aparentemente evaluando sus opciones. Y entonces ella llamó en un apagado y bien ensayado susurro infantil que había perfeccionado con el tiempo, y que había acabado amando más que a cualquier persona viviente. - Estoy aquí. Ven. Estoy aquí. Ven a jugar conmigo. Te he estado esperando.

Él caminó rápidamente hacia la voz y de pronto se detuvo en el umbral. - ¿Por qué estás a oscuras, querida?

- Soy tímida. Por favor, no prendas la luz. Lloraré si prendes la luz.

El dio un solo paso hacia adelante. - Bueno, no hay problema. Lo que tú quieras. Podemos hacer las cosas a tu manera. Estas sola, ¿no?

- Oh, sí, definitivamente estoy sola.

- Tus papás se fueron, ¿cierto?



- Sí, te lo dije. Solo estamos tú y yo.

Él entró en la habitación, agudamente consciente de su pene hinchándose dentro de los pantalones. - Puedes salir ahora, querida. No voy a lastimarte. Nos divertiremos juntos. Puedes confiar en mí.

Rebecca sostuvo el cuchillo con fuerza en la mano derecha y empezó a contar. Era hora. Este era el momento. Finalmente había llegado. Bastardo. Sucio y depravado bastardo. Uno - dos - tres.

Pateó la puerta hacia un lado y saltó hacia el frente, agarrándole el cabello fuertemente con una mano, arrancándolo de su cuero cabelludo, y en el mismo instante hundiendo la afilada navaja en su gordo estómago con la otra. Lo sostuvo ahí por un momento, saboreando cercana y personalmente el miedo y la impresión en sus ojos, y luego, con toda la fuerza que pudo, encajó la navaja unos cuantos centímetros más, mientras él caía de rodillas lentamente, como un muñeco inflable que se desinfla. Cae, dijo la araña a la mosca. Cae.

El cuchillo produjo un sonido de succión extrañamente desconcertante cuando ella lo sacó de su cuerpo, antes de alejarse y buscar a tientas el interruptor cubierto de plástico en el muro de la derecha. Contrajo el rostro cuando el foco desnudo de cien watts se encendió casi entusiasta, levantando una mano para proteger sus ojos contra el súbito brillo. Y luego bajó la mirada mientras él se retorció y chillaba más fuerte, fuerte, fuerte, hasta que temió que alguien lo escuchara e interviniese en el peor momento posible.

- Ayuda. P-por favor. Estoy sangrando.

Ella saltó alrededor de él en rápidos pies descalzos y cerró la puerta. - Maldita sea, cállate, bastardo depravado. ¿Crees que no sé que estás sangrando? Es la idea. Cállate ya.

Él volvió la cabeza y la miró con ojos suplicantes que se iban apagando lentamente. - Pero no eres una niña. Eres una -

- Ah, entonces sí sabes la diferencia. Tienes un diez. Siento haberte decepcionado.

- Ayúdame, p-por favor. Llama a u-una ambulancia. Tengo esposa, hijos. No quiero morir. No aquí. No ahora.

Rebecca se sentó a su lado, tan cerca como para tocarlo, y negó con la cabeza mientras él presionaba su abdomen en un desesperado intento por parar el flujo de sangre. - Oh, no lo creo. Piénsalo. Si tienes esposa e hijos, estarán mejor sin ti. ¿De qué le sirves a la gente? Quizá podrías pedirle ayuda al poni. ¿Qué opinas? ¿Qué tal si le preguntamos a Princesa?

Él se estiró y trató de alcanzar la garganta de Rebecca, pero cayó de nuevo con un retumbante golpe que la complació inmensamente. - Mira, yo n-nunca había hecho algo así antes. Por favor. Aprendí la l-lección. Lo siento. Lo s-siento mucho. Ayúdame. Por favor, a-ayúdame.

Ella rió, con la cabeza echada hacia atrás, y dejando ver múltiples amalgamas dentales. - ¿Por qué habría de creer una sola palabra que sale de tu asquerosa y mentirosa boca?

- No te mentiría.

Ella lo remedó escribiendo con ambas manos en el teclado. - Tip tap, tip tap. Hola, querida. Te daré lo que tú quieras. Cualquier cosa que tu corazoncito desee. Solo dilo. ¿Recuerdas toda la mierda manipuladora que me dijiste? Nuestros secretos especiales. Me has estado mintiendo por semanas. Decías pura mierda entonces y dices pura mierda ahora. Si hubiera competencias de mentiras, tú serías el campeón del mundo.

- Lo siento. Lo s-siento mucho. ¿Qué más puedo decir?

- Y además están las fotos que me enviaste. ¿Las recuerdas? ¿O necesitas un recordatorio? ¿Te las enseño? Tu cuerpo desnudo. Un acercamiento a tu gordo pene. ¿Por qué querría *cualquier* niño ver esas imágenes? ¿Tienes idea de la clase de daño que los hombres como tú le hacen a sus víctimas? ¿Entiendes que arruinas vidas? Quizá sí lo entiendes. ¿Es eso? Tal vez te

excita. O tal vez no te importa en lo más mínimo.

- Siempre supe q-que eras una adulta. Desde el p-principio. Todo era un j-juego. Juego de roles. N-nunca las habría enviado de no ser así. Si por un s-segundo hubiese creído -

Ella resopló y le escupió en la cara. - Más mentiras. Siempre más asquerosas mentiras. Solo cállate, maldita sea. Pensaste que tenía diez años. ¡Solo diez! Eso es lo que te gusta. Por eso estás aquí. Por eso trajiste los condones. Sé exactamente lo que eres. Y sé exactamente lo que le haces a los niños. No traes nada sino destrucción y miseria al mundo. Quiero que entiendas eso. Conocí a un hombre como tú cuando tenía apenas seis años. Un hombre que tenía tus mismas inclinaciones y actuaba según sus impulsos. Esas experiencias me enseñaron todo lo que necesitaba saber. Destruyes la inocencia, y destruyes a la gente. Algunos jamás se recuperan.

- Siento mucho q-que hayas t-tenido que pasar por eso. Lo siento. Lo siento en verdad. ¿Qué m-más puedo decir? Es solo que amo d-demasiado a los niños.

- Seguro ni siquiera tú estás tan equivocado. Seguramente entiendes que tu débil intento por justificarte es total y completa mierda. Nunca había escuchado algo tan patético en mi vida.

Él lloraba ahora. Perdido en un mar de desesperación. - Lo s-siento. ¿cuántas veces tengo que decirlo? Ayúdame, por favor. Te lo r-ruego.

Ella siseó las palabras entre dientes, odiándolo más de lo que jamás habría creído posible. - Eres la peor clase de criminal. Lo más bajo de lo bajo. Necesito que entiendas eso. ¿Qué carajos pasa en tu enferma mente? ¿Cómo es que una alimaña como tú puede dormir por las noches?

Él apretó su abdomen con fuerza, contemplando su mortalidad y lo que la muerte podría traer. - Llama a la p-policía. Me confesaré culpable. Te lo p-prometo. Solo llama a la policía. No me queda mucho tiempo.

Ella pasó la punta del cuchillo por su pierna, desde el tobillo hasta la ingle

y de vuelta. - ¿De qué serviría eso? Pasarías unos cuantos meses en una cómoda prisión, como mucho. Y luego saldrías de vuelta al mundo para diseminar tu veneno. Te detendrás por un rato, por necesidad, y luego lo harías todo de nuevo en cuanto tuvieras la más mínima oportunidad. Fantasía - ofensa - remordimiento, fantasía - ofensa - remordimiento. ¿No es así como funciona tu mente? ¿O acaso eres uno de esos malditos psicópatas que desgarran vidas y no sienten remordimiento?

- He sentido remordimiento. Remordimiento auténtico. Lo s-siento. Lo siento de verdad. Puedo cambiar. S-solo llama a la p-policía. Confesaré. Les diré t-todo.

Ella agitó la cabeza tres veces y colocó el rostro a centímetros del suyo, con las narices casi tocándose. - Me temo que no puedo hacer eso. Saldrías bajo fianza, y estarías de vuelta en tu computadora, escribiendo, tip tap, tip tap, mintiendo, manipulando, corrompiendo, o estarías afuera de alguna escuela primaria local o guardería, o enfocándote en alguna pobre madre soltera ignorante de la situación. La gente como *tú* siempre lo hace. Están rotos. No tienen brújula moral. Son una máquina a la que le falta un engrane crucial que no puede ser reemplazado. Una máquina que debe ser destruida. ¿Lo entiendes? ¿O acaso estás mucho más allá de la redención?

Él sintió la tibia sangre filtrándose desde la herida y haciendo un charco en sus nalgas, empapando su ropa. - Escucha, estoy perdiendo m-mucha sangre. Te lo s-suplico. Ten piedad. Aprendí la lección. Seré una mejor persona de ahora en a-adelante. Lo prometo. Seré una m-mejor persona. Haré lo que s-sea. Cualquier cosa. Solo d-dime qué hacer y lo haré.

Rebecca volvió a negar con la cabeza, más vigorosamente esta vez, y sostuvo el cuchillo a simple vista, agitándolo de atrás hacia adelante cerca de su cara. - Eres una alimaña, una rata, una forma de vida inferior. Algunas personas no merecen vivir. Algunas personas están mejor muertas. Y *tú* eres una de esas personas. Quizá ahora sería buen momentos de que hagas las paces con tu creador. Uno nunca sabe, quizá tengas suerte. Tal vez Dios sea más misericordioso que yo.

Él trató de gritar. Trató de pedir ayuda. Pero fue inútil. Absolutamente

inútil. Rebecca se colocó sobre él con las rodillas desnudas y se movió rápidamente, forzando su barbilla con barba de algunos días hacia atrás, usando todo su peso y fuerza para maximizar el impacto antes de encajar la punta de la navaja profundamente en el cuello expuesto y hacer un tajo de diez centímetros justo bajo la manzana de Adán.

Se sentó de nuevo, tarareando por lo bajo una tonada popular de un anuncio televisivo de detergente, y sonrió conforme burbujas rojas de sangre y saliva iban brotando de la herida que parecía boca, en una grotesca parodia de un juego infantil. - Ahora todo lo que tengo que hacer es relajarme lo más que pueda, verte morir, mientras dure, desvestirte, cortarte en pedacitos para deshacerme de ti, y limpiar el desorden al final. Esa es la peor parte del proceso, por mucho. Limpiar el desorden. Es una lamentable necesidad que no puede evitarse. Es la mejor forma de verlo. El menor de dos males. Ustedes son tan asquerosos por dentro como lo son por fuera. No es sorprendente, en realidad, cuando lo piensas.

Rebecca se arrodilló junto a él, llevó dos dedos ensangrentados a un costado de su cuello y buscó el inexistente latido. - ¿Ya te moriste? Seguramente ya estás muerto. Tus ojos fijos ya están opacos y pálidos.

Asintió dos veces, confirmando al conclusión de su conversación unilateral. - Sí, ya estás muerto. Muerto, ya te fuiste. Quizá debería tomar un descanso y una rápida taza de té antes de continuar. Quizá incluso un par de galletas.

Miró el sangriento cadáver por un par de segundos más y negó con la cabeza. - No, no, mejor terminar de limpiar todo de una vez. Mejor acabar con todo el desagradable proceso tan pronto como sea posible. Desvestirte, cortarte, quemar tu ropa, una ducha rápida y luego algo de comer antes de dormir un par de horas. ¿Qué opinas? Ese es mi protocolo usual. Probado y comprobado. ¿Nada que decir? Bueno, está bien. Es difícil responder cuando ya respiraste por última vez. Vamos, Becca. Manos a la obra, mujer. Si un proceso funciona, ¿por qué cambiarlo?

Primero lo descalzó, arrojando rápidamente los sudorosos calcetines de algodón negro a un lado con una expresión de disgusto en el rostro, antes de

tomar cada uno de los zapatos y examinarlos en busca de señales de uso. Eran casi nuevos. Apenas los había usado. Y no eran una baratija. ¿Por qué no limpiarlos y donarlos a alguna institución de caridad? Al menos entonces les darían buen uso.

Se puso de pie de un salto y colocó los zapatos en el alféizar de la ventana antes de volver al cadáver, tomar la navaja de modelado y cortar el resto de la ropa, una pieza a la vez. La experiencia le había enseñado que era más sencillo así. Mucho más sencillo que sus esfuerzos originales por desvestir a sus víctimas de la forma convencional. Ahí, listo. Un vaso de agua fría de la cocina, una breve visita al baño, y podría comenzar la disección.

Rebecca suspiró fuertemente cuando su brazo derecho comenzó a doler y entumirse. ¿Por qué siempre subestimaba el tiempo y esfuerzo necesarios para desmembrar un cuerpo humano? Los huesos eran difíciles. Había una sorprendente cantidad de líquido. ¡Y la peste! Este era su cuarto descuartizamiento y el hedor todavía la asombraba. Pero al menos había tenido la sensata idea de desnudarse y de mantener una cubeta a la mano, por si vomitaba. Menos cosas por lavar y menos contaminación. Ambas eran ventajas considerables. Duras lecciones aprendidas. La preparación lo era todo.

Respiró profundo y se sentó nuevamente en el charco de fluidos corporales que coagulaban lentamente y que aún emanaban del cadáver, que poco a poco se iba poniendo rígido. Tal vez no sería mala idea usar algo para enmascarar el olor la próxima vez. Una o dos velas aromáticas. O tal vez algún tipo de aromatizante de ambientes. Sí, tenía sentido. ¿Por qué rayos no se le había ocurrido antes? Oh, bueno, anótalo como otra lección aprendida. Vamos, Becca, el tiempo apremia. Suficiente. Era hora de concentrarse en el momento.

Rebecca admiró la recién comprada segueta en su mano derecha. Comenzó a arrastrar la navaja dentada sobre la parte alta del muslo izquierdo en un movimiento lento y rítmico, cortando la carne, y luego incrementó la velocidad, más rápido, rápido, rápido, cuando se encontró con el fémur. Eso requería esfuerzo. Un enorme esfuerzo. Y se enfrentó a la tarea con ensayado y frenético entusiasmo, antes de finalmente separar la pesada pierna del torso

y empujarla hacia un lado con un grito de infantil deleite.

Siguió trabajando. Serrando y cortando. Cortando y serrando. Motivándose con palabras de crítica o ánimo cuando se cansaba o aflojaba el paso. - Vamos, Becca. Apresúrate. Vas bien. Muy bien. Casi acabas. No disminuyas la velocidad ahora. Por el amor de Dios, Becca. Muévete. Muévete, maldita sea. Esos huesos no van a cortarse solos.

Ciertamente era un trabajo fatigante. Totalmente fatigante, pero necesario. Eso era lo que se decía una y otra vez cuando su espíritu comenzaba a flaquear. Cada minuto que pasaba aumentaba los riesgos. ¿Qué tal si alguien había visto al asqueroso bastardo entrando a la casa? ¿Qué si alguien lo había reconocido caminando por la calle? Tenía que terminar lo que había comenzado tan pronto como le fuera posible, y sacar a la alimaña de ahí. Corta, Becca. Sigue cortando.

Le tomó casi tres horas quitar los cuatro miembros y, finalmente, la cabeza, que parecía resistirse a sus decididos esfuerzos por separarla del cuello, y la miraba acusadora hasta que sacó los ojos con un ensangrentado pulgar. Puso la cabeza de lado cuando finalmente se desprendió, pero lo pensó mejor y la levantó. Se puso de pie con cierta dificultad, dado que tenía la cabeza entre las manos, se resbaló y casi cae en el charco de sangre antes de recoger el cuchillo del suelo y escribir la palabra PEDERASTA en enormes y sanguinolentas mayúsculas sobre la frente expuesta. Tal vez si en vida alguien lo hubiera marcado, podría haberlo dejado vivir. Tal vez eso habría eliminado, hasta un grado adecuado, el peligro que representaba. O quizá no. No era algo que fuese a suceder, de todas formas. La sociedad tiende a desaprobar ese tipo de cosas por alguna inexplicable razón que ella no podía comprender. ¿Por qué gastar energía pensando en cosas imposibles? Solo había que concentrarse en la tarea del momento. Una cosa a la vez. Concentrarse en el ahora. Eso era lo mejor.

Rebecca estaba en el jardín trasero y puso la ropa de Griffith en un bote de basura metálico que había comprado para ese propósito. Vertió casi media botella de aguarrás antes de encender un cerillo y prender una de las esquinas de la camisa. Dio unos pasos hacia atrás y se quedó mirando cómo las llamas saltaban y bailaban, llenando el frío aire de la noche de acre humo negro.

Vamos, Becca. Suficiente de estar aquí parada. El fuego había hecho su trabajo. Era hora de terminar de limpiar. No podía dejar las bolsas negras tiradas ahí, en el piso del cuarto de matar, por un segundo más de lo absolutamente necesario. Debía guardar el cuerpo en el congelador para deshacerse de él más tarde, una manejable sección a la vez, y luego su arduo trabajo estaría finalmente terminado. Casi era hora de tomar una caliente y jabonosa ducha. Casi era hora de un buen pedazo de pan integral tostado y mermelada de fresa. Casi podía saborearlo.

Sonrió ampliamente mientras caminaba de vuelta a la casa. Todo había salido de maravilla. El universo había conspirado para ayudarla en su misión. Tal y como lo hacía siempre. Era un caso de bien y mal. Negro y blanco. Yin y yang. Opuestos contradictorios. Y ella era una fuerza del bien. Eso es lo que se decía una y otra vez. Estaba del lado de los ángeles. Eso era lo importante. Dios estaba de su lado.

## *Capítulo 9*

El opulento bar del hotel de cinco estrellas era distinto de todos los que Grav había visto a través de los años, con cómodos muebles, un pulido piso de mármol y, lo mejor de todo, en su opinión, una ininterrumpida vista al mar Caribe, iluminada por un atardecer que lo hizo detenerse a mirar, como si viese el mundo por primera vez. Qué maravillosa vista para contemplar. Toda esa belleza en un solo sitio. Seguramente una realidad tan maravillosamente creada no podría haber sido producto de la casualidad. Tal vez Heather era parte de eso. Tal vez, después de todo, sí había un Creador.

Levantó una mano y saludó al ver a su hijo en animada conversación con una curvilínea y joven camarera barbadense, vestida con una inmaculada librea, que es-taba medio oculta detrás de la pulida barra de madera de un bien surtido bar. - ¡Dewi! Estoy por acá, amigo. Perdona que llegue un poco tarde. Tomé una pequeña siesta antes de salir.

Grav notó cómo su hijo se inclinó para acariciar la mano de la camarera



antes de volverse hacia él y asentir. - Está bien, papá. Estaba comenzando a pensar que habías salido corriendo de vuelta a Gales, o algo.

Solo habían sido diez minutos o algo así. ¿De qué rayos estaba hablando? - Caíste en buen lugar aquí, hijo. Parece un maravilloso sitio para trabajar.

Dewi sonrió, divertido por el talento de su padre para decir lo que era perfectamente obvio. - ¿Quieres un vaso de cerveza fría, para empezar?

Grav dio un paso hacia adelante, recargó ambos codos pesadamente sobre la barra y asintió con entusiasmo. - ¿El papa es católico?

- Dos vasos de lager, por favor, Sade.

- Dos vasos de lager helada a la orden, caballeros.

Grav aceptó agradecido su bebida, inclinó la cabeza hacia atrás y vació la mitad del contenido de un solo trago, antes de colocar nuevamente el vaso sobre la barra y decir, - Gracias, linda, se aprecia.

Dewi tomó su vaso y bebió, sorbiendo la esponjosa espuma de la parte superior con los labios apretados. - Así es que aún puedes aguantarlos. Nada ha cambiado en eso, entonces. ¿Nos sentamos?

Grav guiñó una vez y sonrió. - Entonces, la chica ¿es más que una compañera de trabajo?

- ¿Cómo demonios lo averiguaste tan pronto? Siempre el detective.

- Supongo que es tu novia.

- Sí, lo siento, debí haberte presentado.

Dewi levantó una mano, hizo una seña a la joven para que se acercara y sonrió.- Bueno, terminemos con esto. Sade, él es mi papá, papá, ella es Sade.

- Encantada de conocerlo, señor.

El gran hombre tomó la mano de la muchacha y se la llevó a los labios, besándola suavemente. - Encantado de conocerte también, linda. Y, por favor, llámame Grav. No hay necesidad de formalidades. Por lo que me dicen, casi somos familia.

Ella sonrió, revelando unos blancos y perfectos dientes que contrastaban dramáticamente contra su suave y oscura piel. - Grav, entonces. Me han contado mucho acerca de ti.

- El muchacho está jugando en las ligas mayores esta vez, felizmente. Es un tipo afortunado. Espero que esté tratándote bien, linda. No es mal muchacho, dentro de todo.

- Oh, su conducta habla muy bien de usted. Lo aprecio mucho.

- Me da gusto escucharlo, linda. Avísame si se sale de la raya, y le patearé el trasero por ti.

Ella lo miró, se echó el cabello hacia atrás y rió, mientras Dewi tomaba el brazo de su padre y lo jalaba hacia una mesa cercana. - Siempre el maldito comediante. Y ustedes dos se están llevando bien. Es lo que me faltaba.

- Me llevo bien con la mayoría de la gente, considerando.

- Entonces, ¿qué opinas de ella?

Grav se sentó y vació el vaso con expresión satisfecha. - Parece una chica maravillosa. Me da gusto por ti, amigo. Diez de diez.

- ¿No te importa que sea negra?

Se quedó mirando a su hijo con los ojos entrecerrados y frunció el entrecejo. - ¿Por qué demonios tienes la necesidad de preguntar? ¿Por qué habría de importarme? Es una chica agradable. Eso es lo único que importa.

- ¿Otra cerveza?

Grav le entregó un billete doblado de cincuenta dólares de Barbados. - Sí, y un güisqui para acompañar. Dile a Sade que tome uno ella misma. Probablemente le caerá bien.

Dewi dejó la charola y entregó a Grav el cambio. - Aquí tienes.

El gran hombre vació el vaso de güisqui con un movimiento de muñeca, saboreando el licor madurado por doce años que se deslizaba por su garganta y calentaba su estómago, antes de levantar la cerveza y sostenerla frente a sí en aparente estado de adoración. - Gracias, amigo, eso debería quitarme un poco de ansiedad.

- Entonces ¿qué has estado haciendo? ¿Ya viste buena parte de la isla?

Grav reacomodó su peso en el asiento en un infructuoso intento por aliviar el dolor crónico de su espalda baja, y sonrió a pesar de la insistente molestia. - Caminé hasta la estación del autobús después del desayuno y tomé uno de esos autobuses amarillos hasta Bridgetown. Fue toda una experiencia.

Dewi rió al imaginar a su obeso y anciano padre aferrado al asiento entre los locales, con música de reggae a todo volumen resonando en sus desacostumbrados oídos. - Sí, no son muy amigables, ¿cierto?

- ¿De qué diablos va todo eso?

- Son totalmente independientes, no tienen horarios, y son baratos. Básicamente cuestan cuarenta centavos y te llevan a cualquier punto de la isla. Mientras más pasajeros recojan, más ganan. Uno de los primos de Sade conduce uno. Tienen que acelerar bastante para ganar lo básico para sobrevivir. Esa es la realidad.

- Ah, vaya, eso lo explica. El mío tenía un conductor con rastas largas que parecía pensar que era Mika Häkkinen en crack. Era un poco como estar en una maldita montaña rusa, solo que más rápido y más aterrador. No me cagué en realidad, pero estuve cerca un par de veces. Deseaba haberme puesto los pantalones de pana marrón.

Los dos hombres siguieron bebiendo hasta el exceso y charlando de naderías por una hora, más o menos, hasta que una combinación del alcohol en sus sistemas y la atmósfera de la convivencia comenzó a derribar las viejas barreras emocionales y a apartar su usual reticencia británica. Dewi volvió a su mesa con la décima ronda de la noche y se dejó caer pesadamente en el asiento. - Entonces, ¿qué pasa, papá? ¿Qué demonios le pasó al DS Rankin?

- Clive, ¿lo recuerdas?

- Vaya, claro que sí. Los recuerdo a él y a su mujer, vinieron a la casa más de una vez cuando yo era niño. ¿Qué no fuimos una vez a acampar a Francia cuando yo tenía nueve o diez años?

- Sí, claro que lo hicimos. Bretaña. A tu madre le encantaba.

- Entonces, ¿qué pasó?

- ¿En verdad quieres saber?

Se inclinó hacia adelante en el asiento. - Pregunté, ¿no?

Sí, eso había hecho. Tal vez no estaba solo tratando de hacer conversación por primera vez en su vida. Realmente estaban conectándose a un nivel significativo. - Estábamos investigando un caso de un asesino en serie. Un completo y jodido maniático. Estoy hablando de los cadáveres de cinco mujeres en tumbas poco profundas y una estudiante universitaria de diecinueve años desaparecida, y que encajaba con el perfil de las víctimas. Yo era el detective en jefe, y Clive era mi segundo al mando. Y toda la prensa estaba encima del caso. Buscando cualquier cosa para criticar y degradar para vender unos cuantos miserables periódicos. Eso es presión, hijo. Presión en serio. Era solo cuestión de tiempo antes de que el bastardo volviera a matar. Lo sabíamos. Todos lo sabían.

Dewi bebió un trago de cerveza helada y respondió. - Entonces ¿qué le pasó a Clive?

- Le estaba lloviendo, igual que a mí. No había sospechosos obvios, pero estábamos haciendo algo así como progreso. Pensé que estaba lidiando con eso. Carajo, sigo creyendo que estaba logrando lidiar con ello. De hecho eso sería minimizarlo. Estoy seguro, carajo.

Los ojos de Dewi se humedecieron mientras pensaba en el muy distinto mundo de su padre. - Entonces ¿cómo murió?

- Lo encontraron solo en el asiento delantero de su auto con una manguera que salía del escape.

- Entonces ¿se suicidó?

Grav se quedó mirando a un punto perdido en la distancia, sin concentrarse en nada particular, en lugar de mirar a su hijo a los ojos. - Bueno, es lo que el forense decidió.

- ¿No fue perfectamente claro? No parece estar convencido.

- Había cosas que no encajaban. Cosas que no tenían sentido, a mi modo de ver.

- ¿Como qué?

- ¿Cuánto tiempo tienes?

- El que haga falta, papá. El que haga falta.

- ¿Otro trago?

Dewi asintió en confirmación y se puso de pie tambaleándose. - Sí, ¿por qué no? Iré por ellos. ¿Lo mismo de nuevo?

- Sí, tomaré un güisqui doble, y ahorra algo de tiempo. Solo trae la botella.

- Entonces, ¿qué pasó exactamente?

- Llegué a la escena justo cuando dos paramédicos estaban confirmando que Clive había muerto. Estaba en un estado lamentable, para ser honesto, entonces no es como que haya sido difícil darse cuenta. Hinchado, de un color rojizo púr-pura, abotagado. En fin, ellos pensaron que era suicidio, pero como dije, no estaba tan claro para mí.

- De acuerdo, me tienes enganchado.

- El auto estaba estacionado justo junto a un montículo de tierra en un camino tranquilo, cerca de una playa remota. Clive habría tenido que fijar la manguera, volver al auto y subir por el asiento del conductor, saltar la palanca de cambios y colocarse en el asiento del copiloto a esperar la muerte. ¿Por qué haría eso? ¿Puedes decírmelo?

Dewi negó con la cabeza, en busca de una respuesta que no podía hallar, pues el alcohol nublabla su entendimiento.

- Y además de eso, tenía puesto el cinturón de seguridad. ¿Crees que eso tiene sentido? Porque yo, no.

- No, no realmente... entiendo lo que dices. ¿Dejó una nota?

- No, no lo hizo. Y eso, en mi opinión, fue el factor decisivo. La gente deja notas. Clive habría dejado una nota. Tenía mujer, familia, amigos. Le habría gustado explicar.

Dewi se quedó en silencio por unos segundos, con una expresión confundida en el bronceado rostro. - Entonces, ¿por qué el forense no estuvo de acuerdo contigo?

- Habían estado intentando tener bebés por años. Mary acababa de tener un aborto espontáneo.

- ¿Alguna otra cosa?

Esto comenzaba a ponerse vergonzoso. - El médico de Clive le había recetado antidepresivos.

- Oh, con un carajo, ¿qué demonios puedo decir a eso? Tal vez tu pensamiento se ve afectado por tu cariño.

- Supongo que es una posibilidad. Hasta cierto punto, de cualquier forma.

- Entonces, puede haberse suicidado, ¿no? No es imposible. Seguro tienes que aceptar eso.

- Solo no me lo compro. Un testigo dijo haber visto al auto de Clive viajando en dirección a donde fue hallado con dos adultos en los asientos delanteros.

- Y ¿no salió nada de eso?

Grav negó con la cabeza. - Era un tipo viejo, como de ochenta años, y estaba bastante borracho en ese momento. No era exactamente el testigo más confiable del mundo. Cualquier abogado medio decente habría destrozado su evidencia sin esfuerzo.

- ¿Le creíste?

- Cincuenta-cincuenta, para ser sincero. Puede haber estado diciendo lo que creía que yo quería escuchar. A veces pasa eso.

- Y ¿no encontraste nada más?

- Na, un carajo. El mandamás canceló cualquier investigación posterior a los hallazgos del forense. Caso cerrado. Eso fue lo que me dijeron.

- Y ¿te está costando trabajo aceptar eso?

- Sí, claro que sí, maldita sea. Era un amigo cercano. ¿No te costaría a ti?

- Entonces, ¿qué hay de ti, papá? Sigues siendo un tipo muy enojado. Te dará un maldito ataque al corazón si no te cuidas. ¿Qué sigue?

- ¿Está bien si enciendo un habano?

Dewi se puso de pie tambaleándose, con el vaso en la mano, y maldijo en voz alta cuando salpicó cerveza y se empapó los pies. - Vamos, salgamos a sentarnos en la veranda. Puedes fumar ahí sin problemas.

- Me parece buen plan.

- Entonces, ¿qué vas a hacer cuando terminen las vacaciones?

Grav se dio una palmada en la nuca al sentir un piquete de insecto. - ¿Qué carajo son todos esos silbidos?

- Ranas.

- ¿Estás diciéndome que unas cuantas ranas están haciendo todo ese escándalo?

- Estás cambiando el tema. ¿Dices cualquier cosa para cambiar el rumbo de la conversación?

- ¿Ranas?

- Es lo que te digo. Ranitas con grandes voces.

Grav le dio una calada al habano, inhaló profundamente y sopló una espiral de humo que se elevó en la cálida atmósfera nocturna. - Bueno, ahora sí ya lo he escuchado todo.

- Estabas por contarme de tus planes.

El pequeño cabrón no lo iba a dejar ir. Solo díselo, Grav. Díselo y termina con esto. - Consideré seriamente dejarlo todo por una o dos semanas después de la muerte de Clive, pero no sé qué diablos tiene eso que ver contigo.

- Estoy preocupado por ti, papá. Eso es todo. Tienes varios kilos de sobrepeso, sigues fumando esas cosas, bebes mucho, y tienes un trabajo de alta presión. Eso me lo has dicho tú mismo. En cualquier momento te dará un ataque al corazón. El abuelo murió cuando tenía apenas unos años más de los



que tienes ahora. O ¿ya se te olvidó eso?

Grav se puso súbitamente de pie, se inclinó hacia adelante, y golpeó la mesa fuertemente con la palma abierta, haciendo que Dewi brincara y se retrajera en el asiento, apretándose contra el respaldo. - ¿Quién carajos eres, mi madre?

- Lo siento.

- No vine aquí a escuchar un discurso acerca de los beneficios de la vida saludable. Si quiero un sermón, iré a ver a mi doctor. ¿Está claro?

- Como el cristal. Esto va bien. Quizá no debiste haber venido, en primer lugar.

- Hice el esfuerzo, ¿no?

- Lo siento mucho, papá. ¿Cuántas veces necesito disculparme? No quise decir nada con ello.

Grav volvió a sentarse y cerró los ojos en silenciosa reflexión. ¿Qué mierda le pasaba? Había hecho que el chico se molestara. Había arruinado lo que hasta ahora había sido una noche agradable. Los otros huéspedes parecían asombrados. Sade estaba mirándolos. Y ¿por qué no habría de hacerlo? ¿TEPT? Parecía que la psicóloga había hecho un buen diagnóstico, después de todo.

## **Capítulo 10**

La joven perra retriever negra de pelo liso saltaba por el estuario barrido por la brisa, con la nariz húmeda temblando, los músculos y nervios tensos al máximo mientras se precipitaba tras la pelota de tenis, que volaba por la arenosa costa con ayuda del furioso viento que batía el Mar de Irlanda.

La doctora Delyth Williams se ajustó la larga bufanda roja y abrochó el botón superior de su impermeable con dedos cada vez más entumecidos por la baja temperatura, que empezaba a calar. - Vamos, Polly, tráelo, chica, tráelo. Vamos, chica.

El perro corrió de vuelta hacia ella con renovado entusiasmo ante el juego, y se detuvo, derrapando, a sus pies, antes de saltar con las patas húmedas y llenas de arena, dejando los jeans de la doctora con manchas húmedas y lodosas donde ni las quería ni las necesitaba. - ¡Abajo, Polly, abajo! Vamos, quítate, tonta. ¡Abajo, chica!

Lanzó la bola nuevamente, más fuerte esta vez, usando todas sus escasas fuerzas para maximizar la distancia, antes de seguir caminando. No era de sorprender que estuviese sola en la playa. Sería mucho más prudente estar ovillada frente a un buen fuego en la chimenea y con una bebida caliente en la mano. ¿Por qué no ir al pueblo a comprar el periódico antes de volver a la casa y empezar a hacer la comida? Esa pierna de cordero no iba a cocinarse sola.

La doctora dio la media vuelta, agachó la cabeza para proteger su rostro del helado viento, y comenzó a andar en dirección a su casa, en Ferryside, a una media hora de caminata rápida. Apretó el paso nuevamente, cuando una súbita ventisca con nieve llenó el aire y salpicó la playa de blanco. ¿Dónde demonios estaba el condenado perro? Y en el peor momento posible. No era normal que se fuera sola.

Miró en todas direcciones, aguzando la vista, hasta que finalmente vio al animal. Oh, no, se había ido al agua. Pasando por el negro río de lodo. Maravilloso. Volvería hecha un asco. Justo lo que le faltaba.

Se llevó las palmas abiertas hacia la cara y las sostuvo curvadas junto a la boca al gritar, a todo pulmón, con más que un toque de enojo. - ¡Polly! ¡Ven acá, chica! ¡Ven, ven! ¡Ven acá, perro estúpido!

Pero el perro no volvió. Se quedó allí, junto al agua, ignorando a su dueña con el pelo del lomo erizado, y olisqueando alguna cosa en el lodo. Algo que no podía ignorar ni siquiera un segundo.

La doctora Williams sacó del bolsillo del pantalón una bolsa de plástico transparente con varias de las galletas favoritas de la perra y sacó uno con dedos temblorosos. Miró al animal y maldijo por lo bajo. Era raro - así no era ella. Usualmente era muy obediente. Muy bien portada. ¿Por qué hoy?

Sostuvo una sola galleta en alto y la agitó de un lado a otro mientras la nieve comenzaba a caer con más fuerza y a pegarse al suelo. - Ven, Polly, Huesitos de carne. Huesitos de carne. ¡Ven, chica! Bueno, eso sí que nunca había sucedido. Normalmente no podía resistirse a los Huesitos de carne.

Devolvió el paquete al bolsillo, lanzó la galleta al suelo que se congelaba, y comenzó a caminar por el oscuro, pungente y resbaloso lodo hacia la perra, que estaba a unos cien metros de distancia, masticando algo con entusiasmo y gusto. - ¡Ven, Polly! ¡Vamos, chica, ven, ven! Maldito perro. ¿Acaso había algo más molesto e irritante?

Las botas de la doctora se hundían varios centímetros en el pegajoso entorno, cada vez más frecuentemente, mientras se aproximaba al estuario, y no le sorprendió en lo más mínimo finalmente perder el equilibrio y caer sobre el trasero. Estaba empapada. Esa maldita perra tendría que responder a esto.

Se puso de pie con dificultad, se limpió las manos en la parte frontal de los jeans y se quedó mirando al retriever, que no se había movido ni un ápice. - ¡Polly! Ven acá, perro estúpido. ¿Qué te pasa hoy?

La perra miró hacia atrás muy brevemente, pero volvió la atención a su premio, mientras su ama caminaba hacia ella. Le tomó a la doctora cinco minutos más alcanzar al animal, y estaba a punto de reprenderla como nunca la habían reprendido antes, cuando se detuvo en seco y se quedó mirando al brazo humano en estado de descomposición en el hocico de la perra. - ¡Suéltalo, Polly, suéltalo!

Le dio una fuerte palmada en el lomo cuando vio que no obedecía la instrucción. - ¡Déjalo, Polly, suelta! ¡Suelta esa maldita cosa! ¡Suéltalo, chica!

Esta vez la perra obedeció, renuente, y la doctora se movió rápidamente en un frenesí de adrenalina, tomando el collar de piel de la perra y jalándola. - Siéntate, Polly, siéntate. Obedece, perro. ¡Siéntate!

Palmeó la cabeza del animal, más aliviada que satisfecha de que finalmente hubiese seguido las órdenes, a pesar de la inusual fascinación que le provocaba el brazo. - Buena chica. Buena chica. ¡Quieta, chica, quieta! Así que ahora sí obedecía. Ya era hora, maldita sea.

La doctora Williams caminó adentrándose en agua helada, que casi le llegaba a las rodillas cuando alcanzó una maleta deportiva plástica de color verde brillante que contrastaba con las negras marcas de la mezcla de lodo del río y agua salada. Tomó una de las dos asas de la maleta y caminó de vuelta a la costa, antes de por fin pararse, temblando, en terreno medianamente seco a la orilla del agua. Miró dentro, preparada para lo peor pero esperanzada por lo mejor, y escupió un poco de vómito amarillo verdoso cuando el punzante hedor de la carne putrefacta llenó su nariz. Oh, Dios, era la cabeza de un hombre. Un hombre con cabello negro. Un hombre que hace poco era un individuo vivo, que respiraba, y que tenía toda una vida por delante. Pasó saliva con dificultad y se atrevió a mirar una segunda vez, antes de desviar la mirada. Había un segundo brazo, tenía que ser un brazo, y varios trozos de carne grasa rebanada o cortada de un cuerpo en el pasado no muy distante. Oh, Dios, oh, Dios. ¿Quién haría algo tan terrible? Qué manera tan horrenda de terminar. Y ¿dónde estaba el resto? Tenía que encontrar ayuda. Tenía que llamar pidiendo ayuda.

Dejó caer la maleta, queriendo desesperadamente abandonarla, pero sintiéndose moralmente obligada a hacer lo correcto. Sintió arcadas varias veces al inclinarse y recoger el brazo mordisqueado por el perro, y lo dejó caer dentro de la maleta junto con las otras partes en estado de descomposición. La marea subiría pronto. Ya había cambiado. La playa pronto estaría inundada. Tenía que salir, junto con el perro, la bolsa y su tétrico contenido, hacia terreno seguro, y pronto.

- Vamos, chica, ven. ¡Vámonos, vámonos! La perra dio varias vueltas alrededor de su ama, olfateando emocionada la bolsa, mientras caminaban

por la playa hacia las vías del tren. La doctora se detuvo, jadeando, con los pulmones doloridos, cuando finalmente alcanzó terreno firme. Miró a su alrededor para orientarse, tratando de pensar con claridad mientras el clima se ponía cada vez peor, y la nieve se convertía en una ventisca que restringía su visión a apenas uno o dos metros a la redonda.

Maldijo en voz alta, gritando una obscenidad tras otra, mientras la arena salpicada de escombros y el oscuro lodo comenzaban a desaparecer poco a poco bajo una manta blanca de nieve por un lado, y el agua, que subía rápidamente, por el otro.

Comenzó a trotar, con el perro que aún circunnavegaba el área, y entonces rompió a correr dando grandes e incómodas zancadas, mientras su presión sanguínea se elevaba exponencialmente. La marea crecía más rápido ahora, más rápido que antes. Se movía implacable a paso veloz y seguía acercándose, acercándose, acercándose. ¿Debía quedarse en la playa y correr el riesgo de ser encerrada por el agua mientras se hacía profunda? O ¿acaso debía dejar de correr y arriesgarse a subir a una de las enormes y resbaladizas rocas que bordeaban y protegían las vías del tren de las incursiones del mar? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? ¿Qué rayos debía hacer ahora? Ninguna de las dos opciones la hacía muy feliz, eso era cierto, pero tenía que elegir, y hacerlo rápido. ¿Cuál era el menor de dos males? Eso era lo que debía decidir.

Miró hacia abajo, vio cómo el agua trepaba alrededor de sus pies, y en ese instante tomó la decisión. Tenía que trepar las rocas y cruzar las vías. Era la única alternativa viable que le quedaba. Solo tenía que dejar de pensarlo y actuar.

Y allá iba, subiendo centímetro a centímetro, usando la única mano libre para soportar su peso mientras seguía trepando, resbalando una, y otra, y otra vez sobre las afiladas superficies. Para cuando llegó a la cerca de alambre que bordeaba las vías y trepó por ella con el perro siguiendo de cerca sus movimientos, sus jeans estaban rotos y ambas rodillas, raspadas y sangrando. Sostuvo la bolsa aún más fuertemente y comenzó a llorar; las lágrimas saladas caían sobre su rostro mientras gritaba de dolor. Una caminata en la playa se había convertido en todo un sufrimiento. ¿Podía ponerse mejor? Sí, sí que podía.

La doctora cruzó las vías, bajó por una empinada ladera nevada que conducía al silencioso camino que llegaba al pueblo, y consideró seriamente el tocar la puerta de la primera casa que viera, antes de decidir, por instinto, no hacerlo y seguir caminando. Podía evitarse el drama que una visita así produciría, inevitablemente. Solo tenía que llegar a casa y usar su propio teléfono. Eso parecía ser lo mejor. No todos los días llegaba uno a casa de alguien con una bolsa con miembros humanos, cabeza incluida, incluso si uno era el médico local.

## *Capítulo 11*

La detective sargento Laura Kesey, de treinta y dos años, estaba sentada en su pequeña y desordenada oficina en la central de policía de Caerystwyth, y miraba la aparentemente interminable montaña de papeleo que se apilaba sobre el escritorio frente a ella. Era nueva en la fuerza, acababa de ser transferida de la policía de las Tierras Medias Occidentales, y comenzaba a dudar seriamente de si su cambio había sido sabio. Gales Occidental era una fuerza comparativamente pequeña con recursos limitados, a pesar de su vasta extensión geográfica, y más importante, extrañaba a sus amigos cercanos y familia mucho más de lo que había esperado. Su marido parecía estar feliz en su nuevo rol con el departamento local de servicios sociales, pero ella había luchado por encajar. Tenía que aceptarlo. Tal vez un curso intensivo de galés sería buena idea. No muchos de los oficiales locales parecían usar el idioma a menudo. Y todos hablaban inglés, de todas formas. Sin embargo valía la pena considerarlo. Mostrar que le importaba. ¿Por qué no charlar con el detective inspector cuando finalmente llegara? Tal vez la fuerza incluso pagaría por el curso. Definitivamente no haría daño preguntar.

Se levantó de su asiento con menguante entusiasmo, se quitó el flequillo castaño de los ojos con los dedos de una mano, y se acercó a la única ventana de la habitación, con vista al estacionamiento que se encontraba dos pisos abajo. Vaya primera semana en el trabajo, y ahora estaba nevando. Justo cuando pensaba que las cosas no podían ponerse peores. Tal vez era una broma de Dios. Y ahora la nevada empeoraba. Quizá Él estaba mirando hacia

abajo y reía. No le sorprendería. ¿Acaso llegaría a casa esa noche?

La DS Kesey estaba agachándose para encender la tetera de acero inoxidable que estaba en el suelo, en un rincón de la habitación, cuando un golpe en la puerta de la oficina la hizo saltar. ¿Quién la buscaba ahora? Sin duda significaría más papeleo. Oh, bueno, solo había una forma de averiguarlo.

Se puso de pie y gritó, - Adelante, en fuerte acento de Birmingham, que para algunos era difícil de descifrar.

El oficial Kieran Harris abrió la puerta y sonrió. - Perdón que la moleste, sargento, pero recibimos una llamada telefónica de una mujer de la zona que dice haber encontrado una bolsa llena de partes humanas en la playa de Ferryside. Está a unos trece kilómetros de aquí, si se lo preguntaba.

- ¿Una bolsa con partes humanas?

- Sí, es lo que dijo. Una cabeza con algo grabado en la frente, dos brazos, y varios trozos pequeños de carne que no logró identificar.

Ella miró hacia la ventana. - ¿Hoy, con este clima?

- Hace poco más de una hora.

- ¿Estás seguro de que no era alguna loca llamando para fastidiarnos? No sería la primera vez.

Él dio un paso hacia adelante y le entregó una hoja tamaño carta con el nombre, dirección y número telefónico de la doctora escritos con tinta negra en una de las caras. - Lo siento, sargento, es una médico local, una doctora Delyth Williams. Creo que podemos asumir que es genuino.

- Oh, eso es maravilloso, maldita sea. ¿Por qué en domingo? Con el resto de la fuerza calentitos frente a sus televisores... Entonces ¿dónde está la bolsa ahora?

- En su cochera.

- Bien, al menos hace suficiente frío. Eso es bueno.

- Sí, supongo.

Miró los detalles, sosteniendo el papel a unos quince centímetros de los ojos para acomodar la vista, que se iba deteriorando poco a poco. - Bueno, ¿dónde queda esto, Ferryside?

Él hizo a un lado unos documentos de cartón y recargó sus setenta kilos de peso en la esquina del escritorio. - Tal vez no sería mala idea que comprara un mapa del área. Está en la costa, a medio camino entre aquí y Pembrey.

- Como si eso me ayudara. ¿En qué dirección está eso, exactamente?

- Como a seis kilómetros de Kidwelly. ¿Me sigue?

Ella asintió, pero en realidad estaba menos que segura. - Ah, sí, creo que sé de dónde hablas. Hay una vista del castillo sobre el agua.

- Sí, ahí.

Ella se acercó a la ventana por segunda vez, miró hacia afuera y suspiró. - Entonces, ¿qué tantas probabilidades hay de que llegue allá esta tarde?

Él hizo una mueca. - Yo diría que entre casi cero y cero.

- Oh, maravilloso.

- Mi sargento dijo que puedo llevarla en la Land Rover, si ayuda. Cuatro ruedas y todo eso.

Ella respiró profundo y se calmó. - Dame diez minutos, Kieran. Necesito hacer una llamada. Te veo en la recepción en un momento.

- Bueno, sargento, iré a buscar mis botas de lluvia.



El DI Trevor Simpson respondió el teléfono al tercer timbrado y de inmediato reconoció el acento de Birmingham de la DS Kesey al otro lado de la línea. - Bueno, ¿por qué diablos me llamas a la casa? ¿Crees que no tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo?

Ella frunció el entrecejo. - Necesito un consejo, señor.

- ¿Por qué no hablas con Grav? Él es el DI de tu división, no yo.

- Siento mucho molestarlo, señor, pero el DI Gravel sigue de vacaciones.

- Bien por él. El malvado bastardo ni siquiera debería estar en el maldito empleo.

- No puedo comentar al respecto, señor.

- ¿Qué hay del inspector en jefe McGregor? Su teléfono debería estar en la lista de guardia. ¿Por qué no lo llamas a él en vez de molestarme a mí? Te das cuenta de que estoy en permiso de incapacidad, ¿no?

Ella agitó la cabeza, comenzando a lamentar el haber llamado. - Lo siento, señor, lo intenté. No pude comunicarme con él. Según me dicen, algunas de las líneas están descompuestas por la nevada.

- ¿Intentaste llamar a su celular?

- Sí, señor, pero tampoco tuve suerte. No hay señal.

- Bueno, parece que solo hay una forma de que cuelgues el maldito teléfono. Soy todo oídos. ¿Qué puedo hacer por ti?

La DS Kesey pasó los siguientes cinco minutos explicando a grandes rasgos la razón de la llamada, mientras el DI escuchaba en silencio.

- ¿Es todo?

- Es todo, señor.

- ¿Tienes papel y pluma a la mano?

Ella buscó en su bolso y sacó su libreta de la policía y un bolígrafo de plástico. - Adelante, señor. Estoy lista.

- Ya era hora. Quiero que vayas a la casa de esta doctora, confirmes con qué estamos lidiando aquí, tomes su declaración y contactes al patólogo de guardia. Con un poco de suerte, será la doctora Sheila Carter. Tiene mucha experiencia y sabe de lo que habla.

Ella respiró profundo y anotó sus órdenes en letra apenas descifrable. - ¿Alguna otra cosa, señor?

- La corriente del río Towy. Cualquier cosa que sea arrojada río abajo desde Caerystwyth va a llegar al estuario en algún momento u otro. Tendremos que buscar el río, pero para eso tendremos que hacer algunos arreglos. Estamos hablando de varios kilómetros de agua caudalosa. Haz lo que puedas hoy y habla con la superintendente a primera hora de mañana. Usualmente llega a las ocho y media, a más tardar. Ella puede encargarse de esto.

- Gracias, señor, eso fue de mucha ayuda.

- Y revisa el registro de gente perdida. Mira si alguien que haya sido reportado como desaparecido encaja con la descripción de la víctima, una vez que la patóloga te haya dado idea de su edad y estatura aproximadas.

- Entonces ¿estamos asumiendo que es una víctima?

- No creo que se haya cortado la frente antes de poner su propia cabeza en una bolsa, ¿o sí? Si hizo eso, sería un truco fenomenal.

Ella hizo una mueca de dolor. - No, señor, no estaba pensando.

- Solo haz lo mejor que puedas, Laura, eso es lo que se te pide. Y llámame

esta noche, antes de irte a casa, si necesitas hablar de nuevo. No iré a ninguna parte.

- Gracias de nuevo, señor, en verdad aprecio su ayuda. Espero que se recupere muy pronto.

Les tomó a los dos oficiales unos cuarenta y cinco minutos recorrer el trayecto que usualmente tomaba veinte, y había diez o doce centímetros de nieve fresca en el suelo para cuando el oficial Harris se estacionó frente a la casa de piedra de trescientos años de antigüedad de la familia Williams. La doctora había estado esperándolos y, para cuando salieron del vehículo, ella ya se había puesto el abrigo y recorrido la mitad del sendero para saludarlos.

La DS Kesey la saludó con un movimiento de la mano mientras abría la verja de madera y caminaba sobre el pavimento. - ¿Doctora Williams? ¿Doctora Delyth Williams?

- Culpable. Finalmente sí lograron llegar.

- Sí, finalmente, gracias al oficial Harris. Es mi chofer el día de hoy.

La doctora respondió con una sonrisa, asintió ligeramente saludando al joven oficial, y comenzó a caminar por el sendero hacia una cochera de concreto con nevado techo de asbesto, localizada a la derecha de la casa principal. - Preferiría que no habláramos dentro de la casa, de ser posible. No quiero arruinar la Navidad.

- Buena suerte con eso. Si halla una cabeza, es muy probable que aparezca en las noticias más pronto que tarde. La gente de la localidad estará hablando de esto muy pronto.

La doctora no respondió, prefirió ignorar la observación.

- Bueno, veamos los censurables objetos.

La doctora Williams abrió la puerta lateral de la cochera, encendió la luz fluorescente que colgaba del techo e hizo pasar a los dos oficiales. - Bueno,

ahí está. Mientras más pronto saquen esa maldita cosa de aquí, más feliz seré.

La DS Kesey caminó despacio hacia la bolsa, que estaba colocada sobre un congelador horizontal, rodeada por varias herramientas de jardín que, según observó en silencio, le daban a la escena una engañosa normalidad. Dudó un momento, respiró profundo por la boca, y abrió la bolsa con las manos enguantadas para mirar dentro. Bueno, era una cabeza. No cabía duda. Y era real. No se trataba de un convincente objeto de utilería teatral, como había esperado una parte de ella. Qué mundo este en que vivíamos. Había visto suficiente. Era hora de llamar a la patóloga, como le habían dicho, y proceder a partir de eso.

Tomó la bolsa y luchó por cerrar el deteriorado cierre por unos cuantos segundos antes de abandonar la idea y sacarla a la luz del día tal y como estaba. - ¿Quiéres ver lo que hay dentro, Kieran?

Él agitó la cabeza varias veces y dio un solo paso hacia atrás, hacia el muro de la cochera, mientras desagradables imágenes mentales llenaban su cabeza. - No, está bien, gracias, sargento. Prefiero no hacerlo, si está de acuerdo.

Ella asintió y tuvo arcadas, como si fuese a vomitar en cualquier momento. - No tendrá un vaso de agua, ¿o sí, doctora?

- Claro, iré por uno a la cocina. Me disculpo por no invitarlos a pasar. Como les expliqué...

- Entendemos. No hay problema. Este sería un buen momento para ir por el agua.

La doctora volvió un par de minutos más tarde con el vaso en la mano, para encontrarse con la DS agachada vomitando en un rincón del jardín, junto a un gran arbusto espinoso. Escupió los restos de vómito, y aceptó la bebida con la mano estirada. - Lo siento. No sé qué me pasó.

La doctora esbozó una sonrisa sin humor. - Tuvo el mismo efecto sobre mí. No todos los días se ve una cabeza dentro de una bolsa.

- Parece que no tenemos señal de celular. ¿Alguna idea?

- Oh, no tendrán señal de este lado del pueblo. El problema es la colina detrás de las casas. Nunca tenemos. Pero si manejan hasta el pequeño puente curvo que cruzaron de camino acá, servirá.

- Necesito tomar su declaración antes de que nos marchemos. Podemos hacerlo en la Land Rover, si prefiere. No deberíamos tardar más de veinte minutos.

- Le diré a mi pareja lo que sucede y volveré en un momento.

- Bueno, eso sería genial, prepararé las formas.

La doctora Sheila Carter estaba sentada en el laboratorio de la morgue de Caerystwyth y comía un sándwich de pollo con mayonesa cuando los dos oficiales entraron. Se presentó al abrir la puerta y los condujo a una habitación pintada de blanco que, según reconoció la DS Kesey en silencio, se parecía bastante al quirófano de un hospital. - ¿Quieren una bebida caliente antes de que eche un vistazo? Parece que a ambos les caería bien una.

Ambos oficiales rechazaron la oferta con un agradecimiento, pensando que sus indispuestos estómagos no podrían soportar un refrigerio, sin importar lo caliente y bien intencionado que este fuera.

- Si están seguros. Asumo que esa es la maleta en cuestión.

La DS respondió afirmativamente y entregó la bolsa tan rápidamente como pudo.

- Bien, veamos con qué estamos lidiando.

El oficial Harris se retiró velozmente hacia la salida, mientras la patóloga forense comenzaba a vaciar la bolsa, una pieza a la vez, sobre una mesa de disección de acero inoxidable. - ¿Le molesta si espero en el auto, sargento? Mi estómago está dando volteretas.

Ella sonrió. - Claro, ¿por qué no? Iría contigo si pudiera. Y enciende la calefacción. Te veo cuando hayamos terminado.

- Gracias, sargento. Le debo una.

Ella se volvió hacia la doctora, que estaba en proceso de examinar cuidadosamente la cabeza. - ¿Cuáles son sus primeras impresiones?

La doctora Carter se concentró en la frente con una expresión de desconcierto en el arrugado rostro, y comenzó a hablar mientras trabajaba. - Entonces ¿qué pasó con Grav? Pensé que estaría aquí para esto. Normalmente no puedo mantenerlo alejado.

- Está de vacaciones en la playa por un par de semanas, el muy afortunado.

Ella giró la cabeza despacio entre ambas manos. - Ah, sí, mencionó algo la última vez que lo vi. Barbados, ¿no?

- Sí, eso creo. - Tendrán que sacarlo a rastras y pataleando de la estación de policía cuando finalmente se retire. - Sí, me han dicho que es todo un personaje.

- ¿No se conocen?

- No, soy nueva en el área.

La doctora la miró y rió. - Oh, sí es todo un personaje. Pero es un buen detective. Recuérdelo. Aprenderá mucho de él si supera la primera impresión.

La DS Kesey colocó una gotita de perfume bajo su nariz y se acercó a la mesa. - Entonces, ¿qué puede decirme acerca de todo esto?

- Parece que es tan impaciente como todos los demás. No se suicidó, si es lo que se preguntaba.

- Sí, llegué a esa conclusión yo sola.

- Entonces ¿qué quiere saber?

- Cualquier cosa que pueda decirme.

- Por lo pronto no me gustaría adivinar la edad más allá de que es un hombre adulto, pero parece que alguien grabó la palabra PEDERASTA en su frente con algún objeto punzocortante, y que le falta una oreja, si eso ayuda. Sostuvo la cabeza de manera que el rostro miraba hacia la luz. - Aquí, ¿lo ve?

La DS Kesey asintió. - ¿Cree que algún animal pudo haberla arrancado?

La doctora Carter giró la cabeza con las manos. - No, es un corte limpio. Casi quirúrgico. Yo diría que con un escalpelo o un cuchillo muy afilado.

- ¿Un trofeo?

Ella asintió. - Sí, es posible. O podría ser indicación de tortura. Creo que esa es una conclusión lógica, dadas las primeras impresiones.

La DS se llevó una mano a la boca. - Oh, por Dios.

- ¿Necesita aire fresco, detective? Se ve un poco verde, si no le importa que lo diga.

Pasó saliva dos veces. - No, estoy bien, gracias... ¿Hace cuanto que está muerto?

- Bueno, ahora que lo pregunta. Parece que falta una buena parte de él, por lo que puedo ver, y lo poco que tenemos ha estado en el agua, como ya pudo ver. Ha estado expuesto a cambios de temperatura, sin mencionar el PH y la sal. Eso complica bastante las cosas. Y las bacterias y criaturas acuáticas parecen haberse alimentado de varios trozos. Eso no nos ayuda mucho. Le daré mi reporte mañana, pero espere sentada. Determinar la fecha de muerte será todo un reto, si no es que será imposible.

- ¿Podemos identificarlo?

Ella levantó la mirada y la clavó en los ojos de la detective con una mueca de burla. - Usted es la detective.

- Vaya, qué sensible. Solo estoy tratando de hacer mi trabajo. ¿Puede

ayudarme, por favor? En realidad apreciaría mucho su opinión.

La doctora Carter separó por la fuerza lo que quedaba de los labios del hombre y miró dentro de la boca. - Sus dientes aún están en su sitio, así que no hay nada que evite que los comparemos con los registros dentales para confirmar su identidad. No es como que vaya a serle muy útil el identificarlo, desde luego. ¿Ha pensado en buscar entre las personas desaparecidas? Veo que las huellas dactilares son una causa perdida.

Vaca sarcástica. - Sí, ya estoy revisando eso, gracias. ¿Qué hay del ADN? Si tiene antecedentes penales, quizá esté en la Base de Datos Nacional.

La doctora Carter dio la media vuelta, caminó a un lavabo cercano, abrió la llave del agua caliente y se lavó las manos minuciosamente hasta los codos. - Parece que tiene talento para decir lo que es perfectamente obvio, jovencita.

- Entonces, ¿cuál es la respuesta?

- Bueno, me temo que es ahí donde las cosas se complican. El ADN en su mayoría se ofusca o elimina por la descomposición del tejido suave. Eso va a ser un verdadero problema en el caso de nuestro amigo.

- ¿Se ofusca?

- Se oculta, quizá esa es la mejor manera de explicarlo en términos simples que usted pueda comprender.

- ¡Mierda! Mi maldita suerte. ¿Tiene alguna idea? -

Por supuesto que podríamos usar un fragmento del hueso largo. Siempre son útiles dada su prolongada conservación. El proceso es un poco más complicado si no hay médula ósea presente, pero los resultados son los mismos al final.

- Usted podría encargarse de eso por mí, ¿no?

Colocó las manos sobre las huesudas caderas y asintió. - Yo diría, en tanto



ustedes se encarguen de cubrir los costos adicionales del laboratorio.

- ¿Por qué la burocracia siempre interfiere con el trabajo policiaco básico? Estoy segura de que la respuesta será un sonoro sí, pero consultaré con la jefa y le llamaré por la mañana con una respuesta inequívoca.

- De acuerdo, sargento, creo que por hoy terminamos, a menos que haya alguna otra cosa que quiera preguntar antes de que me deje en paz.

Ella negó con la cabeza. - No, creo que es todo.

- Me alegra escuchar eso.

- Gracias por su ayuda, doctora. La recomendaron mucho. Me dio gusto conocerla, a pesar de las circunstancias... me llevaré la bolsa conmigo como evidencia, si no hay problema con usted.

- Claro, ningún problema. A mí ya no me sirve. Y saludeme al DI Simpson. Asumo que a él se refería cuando mencionó la recomendación.

- Así es, y lo haré.

- Ah, hay una cosa más que probablemente deba mencionar antes de que usted se marche hacia el atardecer con ese sensible oficial suyo.

La DS dio la media vuelta y miró firmemente a la patóloga a los ojos al aproximarse a la puerta con la bolsa en mano, medio esperando que le arrojara otro comentario sarcástico o condescendiente. - ¿Qué cosa, exactamente?

- Los dos brazos le pertenecen a hombres distintos.

## ***Capítulo 12***

Rebecca estaba acostada boca abajo en la cama individual, descansando el torso sobre los codos, y concentrada en la pantalla de la computadora que

estaba apenas a unos centímetros de sus ojos. Tip tap, tip tap. Sigue escribiendo. Había muchos allá afuera. Muchos de dónde elegir. Muchos que serían un buen blanco. Pero tenía que elegir bien. ¿Quién era el más peligroso? Esa era la pregunta importante. Era cuestión de sopesar lo que sabía acerca de cada uno de ellos. De picar-los para sacar información hasta que estuviera satisfecha con la evaluación. No podía matarlos a todos en una vida, por mucho que eso quisiera.

Ah, era él de nuevo, alias Osito de Peluche. Ese no era un nombre fácil de olvidar. Esta era la quinta vez que la contactaba en apenas dos días. Parecía muy interesado. Más que interesado. Desesperado quizá sería una mejor manera de decirlo. Si lo elegía, sería tan sencillo como quitarle un dulce a un niño. Por algunas de las depravadas porquerías que le había enviado, definitivamente estaba en lo alto de la lista. El favorito actual. Quizá trataría de averiguar un poco más acerca de él antes de llegar a una conclusión. Era mejor asegurarse. Alcanzó el teclado con una de las uñas pintadas de rojo, de las que tan orgullosa estaba, y escribió una sola palabra:

*Hola*

Su respuesta fue casi instantánea:

*Hola de nuevo. Te extrañé.*

“¿Entrarás en mi casa? dijo la araña a la mosca.” Dale tiempo, Becca. Haz que el bastardo trabaje por ello. Unos segundos más.

*¿Sigues ahí, Rebecca?*

¿Por qué le había dado su verdadero nombre? ¿Por qué había hecho eso? Había sido algo estúpido, muy estúpido. ¿Cuál era el punto de adoptar medidas de seguridad cuidadosamente pensadas para proteger su identidad y ubicación si luego proporcionaba información potencialmente rastreable antes de estar lista, como una ignorante aficionada?

Se jaló el cabello, arrancando un sangriento mechón de su cabeza y lanzándolo al suelo con un fuerte chillido. Ya, se sentía un poco mejor. Era impresionante cómo un poco de dolor aclaraba sus pensamientos en momentos de tensión. No era tan malo. Sabía lo que hacía. No era nada, en realidad. Había invertido demasiado tiempo y esfuerzo como para rendirse ahora. No podía dejar libre a la sabandija. Tenía que ser castigado. Solo era cuestión de cómo y hasta qué grado.

*Si aqui sigo ¿Estás sola?*

Podía sentir su alivio. Era casi palpable. Y siempre las mismas preguntas predecibles. El depravado bastardo solo tenía una cosa en mente. Igual que el resto. Tal y como hacían todos los demás.

*Si estoy sola en mi cuarto ¿Dónde están tu mamá y papá?*

*Por que quieres saber*

*Nada más.*

*Mamá esta abajo haciendo la cena y papá esta en el trabajo.*

*¿A esta hora?*

*Trabaja en el gobierno. Maneja una barredora de nieve. Es amarilla.*

*Ah, ya entiendo. Recuérdame, ¿cuántos años tienes?*

Se agachó y recogió una libreta amarilla del suelo, junto a la cama, y revisó sus notas. R - S - T, sí, ahí estaba: Osito de Peluche, Osito de Peluche. Nueve. Le había dicho que tenía nueve años.

*Cumpli nueve en junio. Tuve una fiesta de alberca con mis amigos en el club deportivo*

*Es una linda edad. Mi favorita. ¿Tienes fotos de la fiesta? Me gustaría mucho verlas.*

*Antes mandame mas fotos. Me gustaron las de la ultima vez*

*¿Cuáles fueron las que más te gustaron?*

¿Qué demonios podía responderle? Todas eran nauseabundas. Piensa, Becca, piensa. Deja que el bastardo espere. Era todo lo que tenía que hacer. Dejarlo colgando y ver si firmaba su pena de muerte.

*Me gustaron todas*

*¿Te las mando ahora, entonces?*

*si*

*¿De qué?*

*Tu escoge*

*Te enviaré algunas de las mejores que tengo. Pero nunca debes mostrárselas a nadie más. Especialmente a los adultos. No entenderían. Te meterías en muchísimos problemas si cuentas nuestro secreto. La policía y los trabajadores sociales te separarían de tus padres y te pondrían en un orfanato. Un horrible orfanato donde te harían daño.*

Apretó los puños y se imaginó a sí misma golpeándole el rostro hasta dejarlo sangriento e irreconocible. Oh, este era un maldito bastardo manipulador. Malvado hasta la médula. Uno de los peores que había encontrado. Pagaría. Pagaría en serio.

*No le voy a decir a nadie*

*Prométemelo. Dame tu palabra.*



*Lo prometo*

*Bueno, confío en tí. Estoy enviando algunas ahora. ¿Estás lista?*

*Bueno*

*Listo, enviadas. ¿Llegaron?*

*si*

*Dime si te gustan.*

Se quedó mirando a la pantalla con los ojos entrecerrados mientras aparecían tres fotografías a color. Oh, por Dios. Eran fotos de niños. ¡No, no, no! Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Cinco niños. Cinco niños pequeños. Cinco niños desde bebés de dos años hasta niños y niñas de ocho o nueve. Y ese debía ser él. Osito de Peluche. El monstruo desnudo de la máscara negra. El diablo en forma humana. Bastardo. ¡Maldito bastardo! Era malvado hasta la médula. Justo como había pensado.

Se enderezó y comenzó a golpear el colchón con fuerza, alternando los puños, uno - dos - tres - cuatro - cinco, mientras gritaba palabrotas a la pantalla. - ¡Maldito, jodido bastardo! Oh, eres culpable. Sí que eres culpable. Te lastimaré muchísimo.

Desvió la mirada de la pantalla, cerró los ojos, y respiró profundamente varias veces, inhalando por la nariz y exhalando por la boca, para aplacar el corazón que golpeaba dentro del pecho. Eso es, Becca, eso es. Concéntrate en el objetivo. Concéntrate en el premio. Este no se escaparía. De ninguna manera. No si ella tenía algo que ver en ello. Y sufriría. Sí, sufriría mucho. Le arrancaría la puta cara a pedacitos.

Volvió la atención a la pantalla y comenzó a escribir:

*Me gustan mucho las fotos que mandaste*

*Eso es bueno. Eso es muy bueno. ¿Cuál es tu favorita?*

*El de la mascara chistosa eres tu?*

*Sí, soy yo. La compré en mis vacaciones en Ámsterdam.*

*por que la tienes puesta???*

*Es un juego.*



*que clase de juego*

*Un juego divertido. Mi favorito. Lo juego todo el tiempo. Es muy divertido.*

*Podemos jugar algun dia?*

*Sí, claro que podemos. ¿Me enviarás las fotos? Las de tu fiesta. En serio me gustaría verlas.*

Y ahora ¿qué? Tenía que pensar en algo. Algo convincente. Algo que él quisiera creer. Algo en lo que quisiera creer desesperadamente.

*No las tengo en mi computadora nueva pero mamá imprimio algunas en el super. puso una en un marco y la colgo en la pared de la sala, encima de la tele*  
*¿Sabes dónde están ahora?*

*puedes verlas si quieres*

*¿Cuándo? ¿Cómo?*

*puedes venir a jugar*

*Me gustaría mucho eso.*

*Vives en Caerystwyth?*

*¿Dónde es eso?*

*es en gales  
¿Cerca de Swansea o Cardiff?*

*No muy lejos. Creo que swansea esta mas cerca.*

*Está muy lejos de donde vivo, pero de todas formas iría. Podemos ser  
mejores  
amigos.*

Bueno, ¿cuándo sería mejor? Necesitaba tiempo para comprar todo. Para prepararse. No tenía sentido apresurar las cosas. No si podía llevarla a cometer errores.

*Mamá y papá salen todos los viernes en la noche. Regresan tarde  
¿Cómo sabes?*

*Siempre vuelven tarde. Siempre después de las diez. Normalmente veo un  
dvd o  
juego en la computadora hasta que llegan. a veces viene una de mis  
amigas de la  
escuela.*

Esperó sentada por una respuesta que no se materializó. Él hizo una pausa antes de responder. Era la primera vez que pasaba. Él sospechaba. El bastardo definitivamente sospechaba.

*Sigues ahí, osito????*

Esa oración había sido demasiado larga. *¿Estás segura de que solo tienes nueve años?*

*Gracias. mi mamá es maestra en la escuela grande. Me da clases extra y me hace*

*practicar mis palabras los fines de semana. Soy la mejor de mi grupo*

Se movió unos cuantos centímetros sobre la cama. El sucio bastardo se había detenido de nuevo. ¿De qué diablos iba eso? ¿Dudaba todavía? ¡Maldición, maldición, maldición!... No, un segundo, estaba escribiendo de nuevo. Todavía mordía el anzuelo.



*¿A dónde van?*

*quien????*

*Tus padres.*

*Al cine primero y luego por una pizza o algo así  
¿Y van cada semana?*

*Si siempre*

*¿No te dejan con una niñera?*

*No. siempre me dejan sola a menos que venga una amiga a jugar. Ya soy grande*

*¿Estás segura? ¿Siempre?*

*Si siempre. Dicen que ya tengo edad. Puedo llamar a mi abuela si necesito ayuda. Vive a una cuadra*

*¿Cómo se van al cine?*

*En el coche de mi papá*

*¿Qué marca es?*

*No se*

*¿De qué color es?*

*azul*

*¿Dónde lo estaciona?*

*en la entrada*

*¿Siempre?*

*siiiiii*

*Está bien, eso está muy bien. Iré a jugar contigo el viernes. Es mejor que no*

*invites a ninguna de tus amigas esta vez. ¿Está bien?*

*si esta bien*

*Bueno. Es nuestro secreto. Ahora solo necesito tu dirección.*

*ahorita te la mando*

Rebecca saltó de la cama atléticamente, se estiró para cerrar la computadora y rió sin control. Estuvo cerca. Casi se le escapa, más de una vez. Pero parecía que su lujuria criminal había sobrepasado a su precaución. Esperaba que no tuviera dudas y se marchara en la noche. Este en serio merecía una muerte horrible. “¿Vendrás a mi casa? dijo la araña a la mosca.” Ven y mira lo que te ocurre.

Se retiró a la cocina después de una breve visita al baño, se sentó frente a la mesa bebiendo té de manzanilla de una taza de porcelana, y planeó la tortura y eventual asesinato de Osito de Peluche con lo que según ella era precisión militar. Iba a necesitar lo mismo de las veces anteriores: las bolsas, la cinta, la segueta. Eso era cierto. Pero esta vez era diferente. Especial. Esta vez habría requerimientos adicionales para que le doliera: un martillo, pinzas y tal vez una batería de coche. Podría pensarlo más y tener una lista completa más tarde. Si la nieve no paraba a tiempo, tendría que ponerse un disfraz adecuado y caminar al centro de Caerystwyth para comprar las cosas ahí. Oh, bueno, era necesario. Así era la vida.

### ***Capítulo 13***

La DS Kesey había puesto la alarma del radio reloj a las seis de la mañana en punto, media hora más temprano de lo usual, y ya se había bañado, vestido con un traje sastre azul marino que usualmente reservaba para visitas a la corte, y salía de casa con una taza de café tibio en la mano aproximadamente cuarenta y cinco minutos más tarde. Era hora de impresionar. Hora de dejar huella.

La nieve del día anterior se había convertido en una continua lluvia nocturna que había entrado desde el mar por acción del viento, devolviendo a



los campos su original color verde invernal. Ella observó en silencio que no se veía tan atmosférico ni escénico como la antigua imagen estereotípica de caja de chocolates, pero era mucho más práctico. Y eso, decidió, le acomodaba mucho más.

Los caminos estaban aún relativamente tranquilos a esa hora de la mañana, y el viaje pasó rápido mientras recorría los caminos campiranos escuchando Radio 1. Esperaba que se tratara de un buen augurio. Esperaba que las cosas marcharan bien. Quizá, solo quizá, la mudanza a Gales no había sido tan mala idea después de todo. Al menos no pasaba la mitad de su vida atorada entre el tránsito. Un re-baño de vacas lecheras o unas cuantas ovejas descarriadas eran un problema más probable en estos días.

Brevemente consideró dirigirse a la cafetería de la estación de policía por otro café mientras entraba en el estacionamiento, con una canción de Culture Club a todo volumen en sus oídos, pero abandonó la idea casi inmediatamente después de bajar del auto. ¿Cuál era el punto de hacer un esfuerzo por llegar temprano si no aprovechaba? Estaba ahí para encontrarse con la jefa, y eso era lo que haría.

La DS Kesey caminó apresurada por el estacionamiento mientras la lluvia comenzaba a caer, evitando los muchos charcos con rápidos pies bailarines, a pesar de sus tacones de cinco centímetros. Saludó alegre a la recepcionista, que estaba sentada detrás de un vidrio de seguridad a la entrada del edificio, y sonrió. - ¿Ya llegó la jefa, Sandra?

- Todavía no, Laura, pero no debe tardar. Mencionó que llegaría a primera hora.

- Su oficina está en el piso superior, ¿no?

- Sí, así es, justo al final del pasillo. Su nombre está en la placa de la puerta.

- Así debe ser, ¿no? Y en mayúsculas, sin duda. Como si necesitáramos recordatorio.

La DS ya estaba de pie frente a la puerta de la oficina de la cabeza del Departamento de Investigación Criminal, cuando la jefa entró en el estacionamiento en su muy admirado auto deportivo de cuatro puertas, unos pocos minutos más tarde.

La DS Kesey se quedó de pie, esperando; se ajustó el cabello, se sacudió las inexistentes pelusas de ambos hombros, y reconoció en silencio que se sentía un poco como una niña traviesa frente a la oficina del director. Esperaba con ansia impresionarla. Quizá más de lo que debía. Pero la jefa era una mujer influyente, a pesar de ser relativamente joven. Una mujer que había roto el metafórico techo de cristal como un toro desbocado, en el que aún era mayormente un mundo masculino. Quería llegar a ser como ella algún día, y no le avergonzaba admitirlo. Tal vez el formar parte de la investigación de este caso, que inevitablemente sería uno notorio, por el tiempo y en el papel que la jefa juzgase pertinente, la ayudaría seguir el mismo camino que ella. El palo encebado estaba encebado por una razón, pero tenía toda la intención de trepar tan pronto como le fuese posible. Un día sería una oficial de alto rango, con toda la autoridad y el aumento salarial que ello conllevaba. Se sentía motivada. Impaciente. Y no podía suceder lo suficientemente rápido.

La DS Kesey estaba apoyada contra la pared y se imaginaba a sí misma sentada ante un gran escritorio de roble claro en una oficina excesivamente grande que gritaba estatus y poder cuando la detective superintendente Hannah Davies salió de pronto del elevador y apareció en el largo pasillo,

resplandeciente en un abrigo es-tilo militar hasta la rodilla que, según notó en silencio la DS, la hacía ver aún más alta que sus 1.77 de estatura. O ¿acaso eran las botas? Quizá eran las botas. En fin, sin importar lo que fuera, se veía como debía verse una mujer en la cima de su carrera: eficiente, elegante, a la moda, e incluso se atrevió a pensar, sexy pero profesional.

- ¿Me está esperando, Laura?

- Sí, señora. Esperaba que me concediera cinco minutos para ponerla al día acerca de algunos de los eventos de ayer. Un cuerpo, o mejor dicho, partes de los cuerpos de dos hombres adultos fueron halladas en la costa de Ferryside por una doctora local que paseaba a su perro.

La superintendente abrió la puerta de su oficina con la mano enguantada y entró en la habitación con un porte que la DS Kesey pensó era típico de aquellos que están al mando. - Pase, sargento, estoy al tanto del caso. Sheila Carter me llamó a casa algo tarde anoche. Cree que usted es bastante joven e inexperta como para estar lidiando con un caso de asesinato. No es nada personal, comprenderá. Es solo una honesta opinión. Pero debo decir que la conozco desde hace tiempo y confío en su juicio.

La DS abrió la boca por un momento, pero volvió a cerrarla pues de pronto le faltaron las palabras.

- ¿No tiene nada que decir al respecto?

La DS Kesey se quedó ahí de pie, cambiando el peso de un pie al otro, buscando una respuesta que no se materializó, y mirando cómo la superintendente se quitaba los guantes, un dedo a la vez. - ¿Café?

Se tiró de la manga. - Sí, por favor, señora.

La superintendente Davies señaló la gran ventana panorámica con vista a la ciudad. - La tetera está en el alféizar; debería estar llena. Ahora recuérdeme, ¿cuánto tiempo lleva en el trabajo?

La DS encendió la tetera y mientras se calentaba, se volvió para mirar a su jefa. - Me uní a la fuerza de las Tierras Medias Occidentales poco tiempo después de haber salido de la universidad de Sunderland, hace unos cuantos años.

- Ah, sí, recuerdo haber leído eso en su expediente. No terminó la carrera de criminología, según recuerdo.

- No, señora. Decidí que la vida de estudiante no era para mí.

La superintendente lanzó una breve mirada hacia los varios certificados académicos que engalanaban los muros de la oficina, antes de volver su atención hacia su joven colega. - Hay un frasco con café sobre la bandeja de plata por allá. Me temo que solo tengo leche en polvo. Mi secretaria no está esta mañana. Cualquiera día de estos dará a luz a otro hijo.

- ¿Leche y azúcar, señora?

Negó con la cabeza. - Ninguna para mí, gracias, estoy entrenando para correr medio maratón en París el próximo mes, pero usted sírvase.

La DS vertió el agua hirviendo en dos tazas de porcelana demasiado deco-

radas, y añadió una sola cucharada de leche en polvo y una pizca de azúcar morena para la suya. - Aquí tiene, señora.

- Gracias, sargento, siéntese. Me decía de su elección de carrera.

Se sentó, tal y como se le había indicado, y de inmediato notó que su silla era más pequeña y baja que la de la superintendente, que parecía estar montada sobre un pedestal, en comparación. - Inicialmente era una oficial comunitaria, y luego me uní al departamento de investigación criminal poco después de haber terminado mi periodo de prueba. Es lo que siempre he querido hacer.

La superintendente Davies le dio un sorbo al café y se detuvo por un par de segundos antes de hablar nuevamente. - Y ¿cómo le fue con eso?

- Trabajé como detective oficial por casi tres años, principalmente en el área de Handsworth, en Birmingham. En general salió bien. Mis evaluaciones fueron positivas y tomé los exámenes para convertirme en sargento. Me promovieron a detective sargento unos nueve meses después de eso.

- Entonces ha sido policía por unos seis años en total, ¿correcto?

Tomó un trago del café que iba enfriándose poco a poco, sin notar que dejaba un bigotito de leche en polvo encima de su labio superior. - Mire, sé que solo tengo seis años de experiencia, pero trabajo duro y aprendo rápido. Trabajé en una división densamente poblada, multicultural y con altos índices de criminalidad, y lidié con una amplia variedad de casos. Algunos bastante notorios. Adquirí mucha experiencia valiosa en un tiempo relativamente corto, y encerré a algunos auténticos villanos en el proceso.

La superintendente la miró sin hablar por un par de segundos, y luego dijo, - Me alegra escuchar eso, Laura. Estoy segura de que podemos dar un buen uso a la experiencia. Ahora dígame ¿qué pasó ayer?

La DS Kesey pasó los siguientes quince minutos más o menos resumiendo brevemente los eventos destacados del día anterior, y decidió que se sentía mucho mejor por ello. Al menos la jefa la tomaba en serio. Al menos la

trataba como la oficial de policía que era. Quizá la había juzgado demasiado pronto. Tal vez la superintendente no era tan mala después de todo.

La superintendente dio varios golpecitos en el escritorio con los primeros dos dedos de la mano derecha. - Eso es de mucha ayuda, sargento. Me gustaría que preparara un reporte completo antes del final del día. Déjelo en mi escritorio si no estoy en mi oficina. Lo revisaré a primera hora de mañana. Y haga un seguimiento del reporte de la doctora Carter. Pase por él usted misma si es necesario. Me aseguró que estaría listo para las once de esta mañana, a más tardar, y no nos decepcionará. Me gusta tener todos los hechos al alcance de los dedos. No me gustan las sorpresas desagradables. *¿Capisce?*

La DS Kesey se puso de pie para marcharse. No tenía ni idea de qué significaba *capisce*, pero entendió el punto. - Lo haré, señora.

- Siéntese, Laura, siéntese. Todavía no termino con usted.

- ¿Perdone?

- Mire, sargento, seré honesta. Solo está sentada aquí por los limitados recursos de que dispongo actualmente. Nunca había habido una época en que tantos detectives de alto rango estuvieran de incapacidad, fuera del país, o completamente ocupados en otros casos. El inspector Gravel es nuestro más antiguo y experimentado detective para casos de asesinato. Tomé la renuente decisión de pedirle que volviera antes de sus vacaciones para encabezar esta investigación, pero en el ínter, quiero que usted se encargue. No deberían de pasar más de un día o dos, asumiendo que pueda hallar un vuelo. Yo estaré vigilando en lo que él llega y, desde luego, usted no se quedará sin apoyo. Si usted acepta, nos reuniremos para discutir los avances regularmente. Puedo asegurárselo. Así es que dígame, ¿qué piensa? ¿Quiere hacerlo?

La DS bajó la mirada y se quitó una mota de polvo de la manga en silenciosa reflexión.

- Bueno, ¿me dará una respuesta, Laura? ¿O va a quedarse sentada ahí, de brazos cruzados?

- Estaré encantada de hacerlo, señora. Gracias por depositar su fe en mí.

La superintendente Davies entrelazó los dedos y asintió. - Esperaba que dijera eso. Esta es una oportunidad, sargento. Es una oportunidad para que deje huella en su nueva fuerza. No vaya a cagarla.

- No lo haré, señora.

- Esperemos que no. Podría volver y perseguirnos a ambas. Tenemos que ser mejores que los hombres, Laura. Recuérdelo. Tállelo en piedra. Tenemos que vencerlos en su propio juego. Es la única forma en que las mujeres progresaremos.

- Lo entiendo, señora.

La superintendente sonrió cálidamente por primera vez esa mañana. - Bien, ahora que resolvimos eso, decidamos a dónde ir ahora. ¿Tiene papel y pluma?

La DS Kesey rebuscó dentro de su recargada bolsa y asintió. - Sí, señora.

- Entonces sugiero que tome nota.

Colocó la libreta sobre el regazo, y el bolígrafo sobre la primera página en blanco.

- En el pasado hemos usado la sala de entrenamiento del segundo piso como sala para incidentes serios. Está equipada con líneas telefónicas, computadoras, pizarrones, mapas y cosas por el estilo. Sugiero que hagamos lo mismo esta vez. Informaré a los del Departamento de Entrenamiento de lo que ocurre, y puede establecer su base ahí para el futuro cercano. Deles una hora más o menos para que puedan vaciar la sala.

- De acuerdo, señora.

- ¿Está familiarizada con el sistema de inteligencia criminal H.O.L.M.E.S. [1]?

Hizo una pausa antes de responder. - Lo conozco, pero no tengo mucha experiencia usándolo.

- El Ministerio del Interior hizo algo bien, para variar. El sistema ha sido muy útil para manejar casos complejos. Hace que todo quede procesado en un solo sitio y nos ayuda a hacer conexiones que, de otra forma, podríamos obviar. Es invaluable, en realidad. Me gusta pensar que su uso hace que sea mucho menos probable pasar por alto las pistas vitales. Hable con el DI Gravel cuando vuelva. Él formó parte de un equipo que ayudó a moldear el desarrollo del sistema. Pídale que le dé un breve tutorial. En general está bien diseñado. Estoy segura de que lo dominará pronto.

- De acuerdo, lo haré, señora.

- Tenemos dos hombres adultos muertos, ¿sí?

- Sí, señora.

- Tratemos de identificarlos lo más pronto posible. Eso nos dará un punto de partida sólido para atrapar a nuestro asesino. Asumo que ya comenzó a buscar entre las personas desaparecidas.

- Le pedí al oficial Rees que se encargue de eso, señora. Empezará por nuestra área, pero después revisará las áreas de las otras fuerzas de Gales, y más allá de la frontera.

Ella negó despacio con la cabeza, con los lentes colgados de la punta de la nariz. - Será una lista demasiado larga. Necesitamos acotarla, si es que queremos que sea remotamente adecuada. Al menos sabemos que ambas víctimas son hombres, blancos, y que uno tenía cabello oscuro y corto. No es mucho, pero es mejor que nada. También sabemos que uno de los dos hombres tenía la palabra “pederasta” grabada en la frente, ya sea antes o después de la muerte. Alguien obviamente creía que era un agresor sexual, y él, o ella, tenía sentimientos tan fuertes al respecto que decidió tomar un cuchillo y hacérselo saber al mundo. Revise si se desconoce el paradero de algún pederasta presunto o conocido. El registro de agresores sexuales podría



serle de alguna utilidad, pero no se guíe por eso exclusivamente. Tiene sus limitaciones.

Ella escribía frenéticamente, y habló sin levantar la mirada. - Sí, señora.

- Asegúrese de hablar con los sargentos de la unidad de protección infantil de cada división, y con los jefes de los equipos de protección infantil del Departamento de Servicios Sociales de Gales. Todos tienen un amplio conocimiento local, y algo de eso podría ser relevante para esta investigación.

- Lo haré.

- Veamos a qué conclusiones llega Sheila en su reporte, y podremos avanzar en los perfiles. Al menos deberá proporcionarnos un rango de edad, y mencionó señales de lo que podría ser un tatuaje en la piel degradada de uno de los dos brazos. Eso podría ayudarnos un poco. Le daré luz verde para que haga los exámenes de ADN. Deberíamos tenerlos en unos días. Enviará las muestras en algún momento de la mañana.

- Gracias, señora.

- No se preocupe demasiado por la opinión que Sheila tiene de usted, Laura. Ella también fue joven alguna vez. Esperemos que usted pueda demostrarle lo contrario.

Asintió. - Lo haré, señora.

- Bueno, ¿dónde estábamos? Vamos a tener que buscar en el río, desde luego. Empezaremos por el estuario y subiremos hacia Caerystwyth. Estoy segura de que sabe que será una tarea difícil. El Towy está desbordándose ahora, por una combinación de mareas altas, lluvias intensas y la nieve que se derrite. Ley de Murphy, supongo. Pero tendremos que hacer lo que podamos. Tiene que haber más partes del cuerpo que podamos encontrar, asumiendo que no hayan llegado a mar abierto. Solo tenemos que localizarlas.

La DS Kesey vació su taza mientras comenzaba a dimensionar la enorme tarea que tenía al frente. - Tengo que ser sincera, señora. Nunca he lidiado

con algo así antes. Soy una chica de ciudad. ¿Cómo arreglo todo eso?

- Necesitamos empezar temprano esta tarde, y progresar lo más que se pueda antes de que comience a atardecer. Solo tenemos una pequeña ventana de tiempo. Pondré al jefe de la policía al tanto inmediatamente después de nuestra junta, y me aseguraré de que haya suficientes oficiales de uniforme para que la búsqueda sea viable. Cancelaré todos los permisos por el momento, y traeré oficiales de otras divisiones según sea necesario, incluyendo a los equipos de buzos donde sea necesario, y a los entrenadores de perros como un pre-requisito. Si hay más partes que encontrar, cosa que, como dije, parece inevitable, debemos hallarlas. No quiero que otro civil tenga la clase de experiencia que sufrió nuestra amiga, la doctora. Hace ver mal a la fuerza.

- ¿Cree que valga la pena que revise las grabaciones de las cámaras de vigilancia, señora?

- Para serle franca, no sé de qué serviría. No hay cámaras en el área del Towy en ningún sitio entre aquí y el estuario, en ninguna de las dos márgenes del río. Supongo que tendría sentido que un oficial joven se dedicara a examinar las cintas del área circundante una vez que tengamos nociones del tiempo, pero parece poco probable que quienquiera que haya tirado los cuerpos no haya buscado una locación más remota. No es como que nos hagan falta de esas en esta parte del mundo, como podrá ver. Tiene a un joven oficial en periodo de prueba que está ligado al Departamento de Investigación Criminal. Un tal oficial Benjamin Reid. No es mal muchacho, aunque es un poco arrogante. Conozco a la familia. Si vamos a hacerlo, él parece ser la opción obvia. No pierda el tiempo de un oficial más experimentado.

- De acuerdo, señora, tiene sentido. Hablaré con él una vez que haya leído los hallazgos de la patóloga. Al menos entonces podré darle fechas estimadas de inicio y fin.

La superintendente se puso de pie, dio la vuelta al escritorio y se acercó a un gran mapa enmarcado del área de la fuerza, que estaba en el muro opuesto a la ventana. - Mi intención es tener a los oficiales de búsqueda en las áreas relevantes para hoy a la 1 p.m., a más tardar, empezando aquí, en Ferryside, y

aquí, en Llansteffan, al otro lado del estuario. Entonces irán trabajando poco a poco río arriba en ambos márgenes, y dentro del río mismo, durante el tiempo que sea necesario. Son aproximadamente trece kilómetros de camino desde Caerystwyth hasta ambos pueblos, así que calculo que una búsqueda cuidadosa tomará varios días, dado que el sol se pone temprano. Es de noche a las cuatro treinta, a más tardar.

- ¿En el río, señora?

- Siéntese, sargento, siéntese. Tenemos una lancha inflable motorizada para eso, y buzos entrenados, con experiencia en este tipo de casos. Cuando se trata de buscar en cuerpos de agua, ellos saben mucho mejor que usted, o que yo, lo que están haciendo. Todo lo que uno tiene que hacer es señalarles la dirección correcta y dejar que hagan su trabajo.

- Lo haré, señora.

- Sugiero que organice una junta informativa para las doce del mediodía, en punto. Puede usar la sala de conferencias de la planta baja para eso. Cada oficial que esté involucrado necesita saber qué está buscando y por qué. Yo haré una breve aparición al principio para informarles que usted está sustituyendo al DI Gravel, y luego dejaré que usted se encargue. Eso debería mantenerlos alerta.

- Quiere que los actualice completamente, ¿sí?

Asintió. - Es exactamente lo que quiero que haga... Y vaya a Ferryside en algún punto del día para familiarizarse con la zona. Puede volver a Caerystwyth una vez que haya hecho eso, para encargarse de las otras tareas que discutimos. Las horas extra no serán problema, dada la naturaleza de la investigación.

- ¿Eso aplica para todos los oficiales bajo mi supervisión, señora?

Revisó su reloj antes de levantar nuevamente la mirada. - Sí, aplica. ¿Alguna última pregunta antes de que terminemos la reunión?

La DS Kesey cerró los ojos y pensó por unos segundos, antes de abrirlos nuevamente y preguntar, - ¿Debemos informar al público? de manera menos que convincente.

Una efímera sonrisa se posó en los labios de la superintendente, antes de desaparecer tan pronto como había llegado. - Sí, no he olvidado eso, sargento. Emi-tiré un breve comunicado de prensa tan pronto como haya informado al jefe de la situación. Rió. - Creo que él preferiría escucharlo de mí, antes de leerlo en el periódico, ¿no cree? Se sonrojó.

- Sí, señora. Por supuesto.

- Retrasaremos la conferencia de prensa hasta que el DI Gravel haya vuelto del trópico. Usted no necesita preocuparse por eso. Esperemos que para entonces tengamos algo positivo que contarle a los periodistas. Estas cosas deben tratarse con cuidado. Usted tiene más que suficiente de qué ocuparse en el íter. - Gracias, señora. La superintendente Davies se puso de pie, se inclinó sobre el escritorio y estrechó la mano de la sargento con sorprendente firmeza. - Me alegra que esté a bordo, Laura. Las mujeres tenemos que mantenernos unidas.

- Gracias, señora. No la defraudaré.

- Esperemos que no... Hay una última cosa que quiero mencionar, antes de que se vaya. No creo estar fuera de lugar cuando digo que el DI Gravel es un poco anticuado. Creo que es la mejor manera de decirlo. Pero, dicho eso, consigue resultados, incluso si a veces dobla las reglas un poco más de lo que yo preferiría en un mundo perfecto. Haga su mejor esfuerzo con él. Si se concentra en sus pun-tos buenos y trata de ignorar sus defectos más obvios, aprenderá mucho y será una mejor detective por ello.

## ***Capítulo 14***

La DS Kesey estaba sentada en el asiento del conductor con el motor

encendido y devoraba una trufa de chocolate tras otra mientras esperaba a que, un par de minutos más tarde, el tren de Caerystwyth a Swansea pasara con un fuerte silbatazo. Lo que quedaba de la nieve del día anterior se amontonaba en varias pilas intermitentes de lodo gris a los lados del camino, y en silencio dio gracias a Dios, de cuya existencia a veces dudaba, mientras la barrera de seguridad se levantaba despacio con un zumbido eléctrico, permitiéndole pasar sobre las vías y entrar en el estacionamiento de piedra junto a la playa.

Se estacionó a un lado del club de yates, junto al muro de un conjunto que albergaba botes de distintos tamaños, y se puso un impermeable anaranjado brillante antes de cerrar el auto presionando un solo botón. Caminó al borde del accidentado sendero para mirar el ancho estuario, y se sintió agradecida al ver que la búsqueda ya estaba en proceso. Pero al mirar la escena con sus propios ojos y en tiempo real, en vez de leer un mapa e imaginar la geografía, como había hecho antes ese mismo día, no le quedó duda de la enormidad de la tarea. Si el asesino había decidido tirar la partes del cuerpo aquí, donde el río se unía con el mar, o en una locación aún más remota, probablemente en la oscuridad de la noche, las posibilidades de que alguien le hubiese visto eran prácticamente nulas. Un buen trabajo de detective y mucha suerte eran sus mejores esperanzas de tener éxito. Si trabajaba rápido, muy rápido, y las cosas de alguna forma salían como ella quería, quizá incluso haría algo de progreso verdadero antes de que el infame DI Gravel volviera de sus vacaciones en el sol de invierno.

Se imaginó a sí misma haciendo un dramático arresto ella sola, y recibiendo los entusiastas aplausos de los colegas que antes la habían rechazado. ¿Acaso no sería maravilloso si resolvía el caso antes de que él llegara? Eso le haría ganar ventaja como ninguna otra cosa. Sería una heroína, admirada por sus logros. El sabor del mes.

La DS miró cómo los pequeños grupos de oficiales uniformados caminaban por la playa en una organizada formación a ambos lados del agua que iba elevándose. Quizá los entrenadores de perros tenían más oportunidades de hallar algo. Durante la junta el oficial Rob Lawler había mencionado que su perra pastor alemán tenía entrenamiento especial para

hallar cuerpos. Dijo que nunca fallaba. Pero ¿cómo podía saber eso?

Sacó otro chocolate del bolsillo del saco, lo desenvolvió, y apenas se lo había metido a la boca cuando una mujer rubia con ropas cálidas, de unos treinta años, caminó hacia ella con una perra rottweiler regordeta, negra y café, escoltándola. La mujer sonrió amablemente y se detuvo junto a la oficial. - Me pregunto si encontrarán algo más. Es horrible, ¿no? Imagínese hallar una cabeza humana. ¡Espantoso! Estaba en la playa con la perra ayer, antes de que empezara a nevar. Me da gusto no haber sido yo quien hallara esa horrible cosa.

La DS sacó su tarjeta de identificación del bolsillo y la sostuvo a nivel del ojo. - DS Kesey, policía local. Y ¿usted es?

La mujer empezaba a desear no haber llegado sin decir nada. - Dianne Davies. Soy enfermera en la clínica local.

- Un placer, Dianne. ¿Vive en la zona?

Ella asintió y dio unas palmaditas en la cabeza de la perra, mientras ella se acurrucaba junto a su pierna y lamía su mano enguantada. - Sí, a unos cinco minutos a pie.

- La razón de la búsqueda ¿es de conocimiento general?

- Oh, sí, todo el pueblo está hablando de eso.

- ¿No habrá visto un bote de búsqueda por aquí hoy, de casualidad?

Ella asintió. - Sí, tres oficiales con equipo de buceo subieron a una lancha inflable hace como una hora. Usted los habría visto en el agua si hubiera llegado un poco antes. No hace mucho que se fueron.

La DS sacó los pocos chocolates que le quedaban en el bolsillo del saco y le ofreció uno a la local, que lo aceptó agradecida y comenzó a chuparlo, mientras el perro babeaba junto a ella. - Asumo que se dirigen a Caerystwyth, ¿correcto?

La mujer estiró una húmeda mano y señaló a la derecha. - Sí, desaparecieron por ese codo del río. Justo donde está inundado, por el área pantanosa.

La DS Kesey asintió. - De acuerdo, gracias. ¿Hay alguna cosa de lo que están diciendo los locales que pueda ser de interés para la policía?

- ¿Qué clase de cosa tiene en mente?

La DS miró mientras el perro comprendía que no obtendría un chocolate, se dirigió hacia la playa, y comenzó a olfatear alguna cosa sin importancia. - ¿Está bien su perro?

- Sí, no se irá lejos. ¡Ven, Marge!... Aquí viene.

- Algún hombre local desaparecido, o que se haya visto a alguien tirando algo en el río. Esa es la clase de cosa en la que estoy pensando.

Ella miró hacia la distancia mientras el viento de la costa comenzaba a soplar con más fuerza, y la temperatura bajaba casi hasta el cero. - Una de las inspectoras de salud mencionó que una de sus nuevas mamás se quejó de que no había sabido de su esposo hacía algunos días. Se había perdido de una reunión importante a la que se suponía irían juntos. Tenía algo que ver con los niños... La inspectora de salud bromeó diciendo que no le importaría que su marido desapareciera de vez en cuando.

- Bueno, eso ayuda. ¿Sabe si lo reportaron como desaparecido?

La enfermera negó con la cabeza. - No, no puedo asegurarlo, pero lo dudo mucho. Es algo que hace con frecuencia, aparentemente. Sale del radar y luego regresa a su vida cuando le acomoda. Algunos hombres son así. Poco confiables. Es lo que él hace.

- ¿Puede decirme algo más acerca de la familia?

- No mucho. No lo conozco, pero la madre trajo a uno de sus tres hijos a la

clínica para sus vacunas hace un par de semanas. Parecía agradable, de primera impresión. Un poco nerviosa, quizá. Solo habían estado en el área por unos meses, a lo mucho. Helen me dijo que los nombres de los niños fueron incluidos en el registro de protección de menores.

- ¿Helen?

- La inspectora de salud que mencionaba.

- ¿Alguna idea de por qué los niños están en el registro?

- No, quizá debería, pero no me he involucrado con ese lado de las cosas. Sé que Mel Nicholson, el trabajador de servicios sociales, conoce el caso, porque Helen mencionó que había presidido una conferencia sobre un caso de protección infantil que había atendido. Sonrió. - Me dijo que piensa que él es bastante sexy, pero me odiaría por contarle esto a usted.

La DS sonrió. - Supongo que no sabe cómo se ve este marido errante.

- Lo siento, no. Ni idea. Apuesto a que es mucho más como una fosa séptica que como Brad Pitt.

Ella rió. - ¿Qué tal algún nombre?

- La mamá dijo que se llamaba Lucy, y la bebé era Kylie. Hay algunas Kyliés en su zona, para complementar a las Britneys y a una Madonna.

Negó con la cabeza y rió. - Quizá formen una banda.

- Sí, nunca se sabe. La familia se apellida Griffiths, pero me parece recordar que Helen mencionó que los padres tenían un apellido distinto en Londres. Había tenido algunos problemas para rastrear los registros de las inspecciones de salud.

- Bueno, parece que tienen algo que esconder. ¿Cuál es su dirección actual?

- Sé que es en uno de los nuevos condominios cerca de la escuela primaria



inglesa en Kidwelly, pero nada más. Número seis o dieciséis, quizá. Eso me suena un poco.

La DS Kesey sacó su libreta policiaca del bolsillo superior del saco y la abrió en la página marcada con un gran clip. - ¿Cuál es su número telefónico de casa, por favor, Dianne?

Le dio el número y la dirección sin que se la pidiese.

- ¿Tiene algún número celular?

- Abajo, perro tonto. Nos iremos en un momento... Perdón por eso. Quizá tenga hambre.

- ¿El celular?

- No tenemos señal en nuestro lado del pueblo. Probablemente es mejor llamarme a la casa o a la clínica si necesita localizarme.

- De acuerdo, dudo que lo necesite, pero gracias de todas maneras. Fue un placer conocerla, y gracias por la información.

- De nada.

- ¿Otro dulce, antes de que se vaya?

- Oh, está bien, gracias... Adiós por ahora.

- Nos vemos.

- Nuestros caminos se volverán a encontrar en algún punto, sin duda... Vámonos, perro, el cielo está a punto de abrirse. Es hora de irnos a casa.

Mientras la detective conducía por el pequeño pueblo costero, atravesando el puente curvo, y por los angostos carriles en dirección a la carretera principal, pensaba que quizá acababa de ganar la lotería de la investigación. ¿Cuál era la probabilidad? La información podría ser completamente

irrelevante, por supuesto, y probablemente lo era, dada su suerte, pero habían sucedido cosas más extrañas. Un golpe de suerte había resuelto el caso del Asesino de Yorkshire. Tal vez, solo tal vez, este personaje Griffiths era una de las víctimas. Esa sería una buena manera de impresionar al DI cuando lo conociera. Todo lo que tenía que hacer eran algunas llamadas, rastrear al tal Mel Nicholson tan pronto como fuese posible, y mantener los dedos bien cruzados.

La doctora Sheila Carter ya se había ido a una junta para cuando la DS Kesey llegó a la morgue de Caerystwyth más adelante esa misma tarde. Miró rápidamente alrededor del laboratorio y sus habitaciones adyacentes sin éxito, y estaba a punto de rendirse de cualquier oportunidad de obtener el reporte post-mortem ese día, cuando una joven secretaria con piernas largas y falda muy corta la llamó y agitó un gran sobre marrón en el aire por encima de su cabeza. - ¿Usted es la oficial de policía? La nueva. La doctora Carter me dijo que la esperara.

La DS sonrió y aceptó el sobre con la mano extendida. - Muchas gracias.

- De nada.

La DS Kesey se sentó en el asiento del conductor, abrió el sobre tamaño carta y comenzó a leer el contenido línea a línea. No había esperado mucho, dado el extremadamente limitado material que estaba a disposición de la patóloga, pero le sorprendió hallar que la doctora Carter había, al menos, alcanzado algunas conclusiones tentativas que probablemente contribuirían positivamente a la investigación. Los dos brazos pertenecían a distintos hombres, cosa que ya sabía, pero parecía que el más largo de los dos y la cabeza habían pertenecido al mismo individuo. Los resultados de ADN pendientes confirmarían, desde luego, si eso era un hecho o no. Pero las conclusiones de la doctora decían que era probable, dado el color de piel, densidad ósea, color de cabello y longitud estimada de las partes del cuerpo que habían estado en el agua. También había concluido que este individuo en particular probablemente había medido entre 1.75 y 1.77 metros. El más alto de los dos hombres probablemente rondaba los cuarenta años de edad, y el

segundo hombre era más joven, pero de edad indeterminada, dado que su estado de descomposición era más avanzado. Las partes del cuerpo del hombre mayor habían estado en el agua por dos o tres días máximo, mientras que el brazo del hombre más joven probablemente había estado en el agua por una semana o más. Consideraba que este brazo podría haber sido congelado por un período de tiempo no específico antes de ser desechado, pero subrayaba que esta era una hipótesis informada y no un hecho establecido. Lo que se sabía con certeza era que los dos brazos y la cabeza habían sido separados de sus respectivos cuerpos con una navaja serrada, como una segueta, y que la oreja había sido cortada con una navaja afilada antes de la muerte.

La DS Kesey dobló nuevamente el reporte y lo colocó sobre el asiento del copiloto junto con el sobre. No era todo malo. Había puntos positivos. Aunque nada de lo que la patóloga había dicho ayudaba a identificar al asesino, al menos la acercaba más a la identificación de las víctimas. Ese era un punto de partida razonable. Había tenido días peores. La superintendente había dicho que la doctora Carter era confiable. Al parecer tenía razón.

La DS hizo cuatro llamadas telefónicas antes de hallar por fin a Mel Nicholson, el director de protección infantil del departamento de servicios sociales, en un hotel de tres estrellas donde daba una conferencia acerca de evaluación de riesgos a un pequeño grupo de oficiales de policía y trabajadores sociales. La política de Nicholson era la de poner siempre los asuntos operativos antes que sus muchas otras responsabilidades, y estaba más que contento de disculparse con el grupo y tomar la llamada en cuanto le avisaron. - Hola, habla Mel Nicholson.

- Hola, señor Nicholson, no nos conocemos. Mi nombre es Laura Kesey. Soy detective sargento de la policía de Gales Occidental.

- No reconozco su nombre, debe ser nueva. ¿Qué puedo hacer por usted, Laura?

- Esperaba que pudiera decirme algo acerca de la familia Griffiths, de Kidwelly.

- ¿Cuál, exactamente? Es un apellido común en esta parte del mundo.

- Sí, por supuesto. Son la madre, Lucy, el padre, tres hijos, la más pequeña se llama Kylie. No sé si eso ayuda. Me dijeron que recientemente presidió una conferencia sobre un caso de protección infantil a la que asistió por el DI Simpson.

- Sí, sé de quién habla. Fue la última conferencia a la que Trevor fue antes de irse de incapacidad por enfermedad. Por cierto, ¿cómo está, tiene alguna noticia?

- Hablé con él apenas ayer. Está bien, gracias. Esperemos que no tarde mucho en volver al trabajo.

- Me da gusto escucharlo. Dele saludos de mi parte la próxima vez que hable con él.

- Lo haré.

- Entonces, ¿qué quiere saber?

- Cualquier cosa que pueda decirme.

Nicholson halló una silla y se sentó. - Bueno, eso puedo hacerlo. La madre es ama de casa, tienen tres hijos, como ya dijo, dos niños de seis y cuatro años, y una bebé de aproximadamente cinco meses. Los nombres de los tres niños fueron agregados al registro bajo la categoría de abuso sexual, y se acordó un plan de protección multiagencia.

- ¿Qué hay del padre?

- Sí, a eso iba. Aquí es donde se pone interesante.

- Interesante ¿cómo?

- Se hace llamar Derek Griffiths ahora, pero su apellido era Rodgers antes de que se marcharan de Londres. Trabajaba como empleado residencial en el

área de Blackheath hasta hace unos cuantos meses. Un alegato de abuso sexual contra una residente de siete años de edad le puso fin a su menos que brillante carrera, pero no pasó nada en la corte cuando la supuesta víctima se derrumbó en los interrogatorios. No es sorprendente, en realidad. La mierda que los niños tienen que soportar a manos de los abogados defensores es increíble. Sigo sin comprender cómo pueden hacerlo y seguir durmiendo tranquilos por las noches.

- Entonces, ¿usted cree que lo hizo?

- Oh, sí, había habido alegatos similares antes que no llegaron a nada por falta de evidencia. Leí las transcripciones de la videoentrevista de investigación más reciente. Es culpable. No tengo ninguna duda. O la niña de siete años había leído un libro de texto sobre abuso sexual, o estaba diciendo la verdad. Yo ya sé a cuál le apostaría.

- Entonces, si no fue hallado culpable, ¿por qué los niños están en el registro? No tiene mucho sentido.

- La protección infantil es un proceso civil gobernado por la Ley Infantil. Evaluamos los riesgos con base en el balance de probabilidades, y no tanto en la duda razonable, como hacen las cortes criminales. Griffiths acordó renuentemente mudarse de la casa familiar por un periodo de doce semanas mientras el equipo de la Sociedad Nacional para la Prevención de la Crueldad Infantil en Swansea lleva a cabo una evaluación completa de los riesgos. Según escuché se mudó con su madre, en Llanelli, en caso de que esté interesada. Ahí creció antes de irse a Londres.

- Ah, de acuerdo, no había pensado en eso. La parte acerca del marco legal.

- ¿Por qué lo habría hecho? Es un campo especializado.

- Asumo que volvieron a esta área para empezar de nuevo. Usted sabe, para tratar de escapar de su pasado, y ese tipo de cosas.

Nicholson ahogó una risa. - Sí, esa fue una parte, pero resulta que él eligió a la víctima equivocada esta vez. No es que esté sugiriendo que haya una

víctima correcta.

- ¿De qué habla?

- Él no sabía que el padre de la víctima era un mafioso del sureste de Londres, con importantes nexos criminales en el mundo de las drogas, tráfico de personas y prostitución. Un tipo rudo llamado Shane Taylor. Según dicen, Taylor le puso precio a su cabeza. Diez mil en billetes sin marcar a quienquiera que mate al bastardo. Griffiths estaba huyendo para salvar la vida. Se caga cada vez que alguien toca a la puerta.

- Ahora las cosas comienzan a tener sentido. Por casualidad, ¿no es blanco y como de 1.77 de estatura, con cabello corto negro?

- Sí, es así, pero ¿por qué pregunta?

- Tendremos que completar las pruebas científicas antes de llegar a ninguna conclusión firme, pero creo que alguien ya debe haber cobrado las diez mil libras de las que usted hablaba.

## ***Capítulo 15***

Grav estaba sufriendo otra resaca con un terrible dolor de cabeza mientras llenaba los montones de papeles necesarios para rentar un auto, y decidió dejar el vehículo estacionado exactamente donde estaba por otra media hora más o menos, mientras caminaba a la cafetería de Speighstown de costumbre para tomar un desayuno tardío de media mañana.

Recibió la cálida bienvenida usual al sentarse bajo una sombrilla azul brillante, y se sentía un poco mejor acerca de la vida en general, hasta que su mente comenzó a viajar hacia los eventos de la noche anterior. Oh, mierda, se había portado como un perfecto cretino otra vez. Eso lo resumía bastante bien. ¿Qué carajos le pasaba? ¿Por qué se enojaba tan rápido? ¿Por qué se ponía tan jodidamente odioso sin razón aparente? Dewi se estaba esforzando,

y él lo había arruinado todo en dos minutos. Qué maldito temperamento. Quizá sería buena idea pedir perdón de rodillas la próxima vez que viese al muchacho. Achacárselo al alcohol, decir que lo lamentaba, estrechar su mano, invitarle un par de tragos, y el chico tendría que conformarse con eso. Lamentablemente no se podía presionar el botón de rebobinar en esta vida. ¿Qué más podía hacer? ¿Qué más podía decir?

Decidió renunciar a sus usuales rollos de carne, y ordenó un omelette extra grande de plátano con varias rondas de pan tostado con mantequilla y café cargado y dulce, y miró boquiabierto, por diez minutos o más, cómo un colibrí crestado, de no más de ocho centímetros de largo, flotaba libando con su largo pico una flor blanca del arbusto a su inmediata izquierda. Se llevó una temblorosa mano al rostro y masajeó suavemente los irritados ojos. Había pasado demasiado tiempo en la vida mirando en las alcantarillas y bajo las piedras, demasiado tiempo concentrado en la aparentemente ilimitada maldad humana, que el presenciar tan exquisita belleza podía ser difícil de soportar. Pensó en eso por un par de minutos mientras veía al ave maniobrar de flor en flor sin aparente esfuerzo, pero no pudo llegar a una conclusión adecuada. ¿Cómo rayos lo explicaría, dada la remota eventualidad de que alguien estuviese lo suficientemente interesado como para preguntar? Quizá cualquier explicación que se le ocurriera sería inadecuada de todas formas. Sí, probablemente ese era el caso. Tal vez era algo que uno tenía que experimentar en carne propia. Algo que se tenía que vivir.

Las cavilaciones de Grav se detuvieron súbitamente unos momentos más tarde, cuando la misma mesera sonriente llegó con una charola cargada de refrigerios recién preparados. - Gracias, linda, eso se ve delicioso, como siempre. Dale las gracias a tu hermana de mi parte. Ustedes dos han hecho que un viejo se sienta muy bienvenido, y lo aprecio.

- Encantadas de servirte, Grav. ¿Tienes planes para hoy?

Bebió un trago de café caliente sin esperar a que se enfriara, e hizo una mueca de dolor cuando el agua hirviendo quemó su labio superior. - Pensé en manejar al otro lado de la isla. Mi hijo mencionó que es muy distinto de la costa oeste. ¿Alguna recomendación?

- Bathsheba es hermoso. Hay un restaurante muy lindo y tranquilo con vista al mar, si te quedas con hambre después de todo esto.

Le dio una palmada a su enorme y colgante barriga y sonrió. - Gracias, linda, le echaré un ojo.

Le tomó menos de cuarenta minutos llegar a la costa este, a pesar de haberse perdido más de una vez. Miró el paisaje que aparecía ante sus ojos mientras maniobraba por el largo y sinuoso camino hacia Bathsheba, con su pálida arena amarilla, formaciones de roca y coral, y grandes olas atlánticas coronadas de espuma blanca que rugían y se estrellaban en la playa una y otra vez. Le sorprendió ver a varios surfistas nadando a lo lejos, y le impresionó lo distinto que era, en verdad, este lado de la pequeña isla. Era como si alguien lo hubiese dejado caer en una isla completamente distinta en otra parte del mundo. Un poco como partes de la costa atlántica de Cornwall, pero soleado. Esa era una buena comparación. Y a Heather le habría encantado. Era la clase de sitio que le gustaba. Salvaje, puro y sin pretensiones. Escuchó la conocida voz de su mujer susurrándole al oído, y reconoció en silencio que jamás se había sentido tan solo en la vida. ¿Cuál era el punto de tener nuevas experiencias cuando no tenía a su hermosa chica para compartirlas? ¿Acaso algún día lograría hacer las paces con la pérdida? ¿Quería hacerlo? Quizá sí, pero probablemente no. Esa era la amarga realidad. ¿Por qué avanzar si aún estaba enamorado de lo que había perdido?

Echó un vistazo al espejo retrovisor mientras estacionaba el auto, y por un fugaz instante creyó haberla visto en el asiento trasero, con una mirada de desaprobación en su rostro infantil. - Vamos, Grav. Deja de regodearte en el pasado, viejo. Estoy bien en donde estoy, y la vida tiene que seguir. Ahora sal de este maldito auto y estira las piernas, antes de que te salgan raíces.

Él asintió y sonrió. - Está bien, amor. Te escucho.

Grav pasó por varios puestos atendidos por amistosos locales que vendían coloridas toallas, joyería hecha a mano y otros recuerdos potenciales, y paseó por la costa cubierta de algas por media hora o más, antes de finalmente dar media vuelta y dirigirse a un desvencijado bar de madera que había visto a unos cuantos minutos de donde se había estacionado. Pensó que probablemente no debía beber y manejar. A Heather ciertamente no le



gustaría. Pero ¿qué mal podían hacerle una o dos botellas de cerveza? Y quizá compraría un par de paquetes de esos plátanos fritos que le gustaban tanto. Sí, qué demonios, lo haría.

El gran dueño barbadense de mediana edad colocó la mano sobre el hombro de Grav y lo agitó suavemente, haciendo que su creciente barriga se balanceara como una gelatina. - Hora de despertar, señor. Ha estado dormido por casi una hora.

Grav parpadeó repetidamente y bostezó, emitiendo un fuerte rugido. - ¿Me puede traer otra cerveza?

- Es hora de que se vaya, señor. Estoy a punto de cerrar. Tengo que irme a casa.

Se puso de pie con trabajo, y se tropezó hacia la balaustrada de madera del balcón cuando su rodilla cedió ante el peso. - Bueno, qué genial. Toma mi dinero y luego me echa cuando le conviene. ¡Qué puto encanto! Y su cerveza es mierda. Quizá quiera intentar encender el refrigerador. Hace calor, por si no lo ha notado.

El enorme barbadense se tensó visiblemente mientras Grav se burlaba de él con los ojos nublados. - No se lo diré otra vez, señor. Está borracho. Es hora de que se marche.

Por un momento Grav consideró tirar un golpe, pero lo pensó dos veces y se tambaleó por los tres escalones de madera que conducían a la calle. - Está bien, me voy. Si no quiere mi dinero, lo llevaré a otra parte.

- Hágalo, señor. Y, por favor, no vuelva.

La luz iba desvaneciéndose rápido mientras Grav se alejaba manejando de la costa este con una retahíla de insultos resonándole en los oídos. Dio tres vueltas equivocadamente, y le tomó casi dos horas recorrer el camino, que no debía de haberle tomado más de treinta o cuarenta minutos; tenía la apariencia de un hombre condenado para cuando llegó al departamento. ¿Quién carajos era ese que lo miraba? Esa tenía que ser una patrulla. Y con

una guapa oficial sentada en el asiento del conductor. Oh, con un carajo. Seguramente el bastardo cantinero había llamado a la policía. O ¿acaso era por haber conducido borracho? Tal vez era por conducir borracho. De hecho sí había tomado unas cuantas copas. ¿Debía escaparse? Na, eso no le haría ningún favor. Él correría y ella lo atraparía. Y eso no ayudaría a nadie, menos a él. Había que encarar lo que viniera. Aguanta el golpe, humíllate y juega la carta de colega policía. Había funcionado antes. ¿Por qué no esta vez?

Grav se estacionó detrás del edificio y vomitó contra el muro en un rincón, antes de tambalearse hacia el frente, con lágrimas nublándole la vista y un sabor ácido en la boca. Escupió bilis verde al pavimento y miró hacia la patrulla mientras luchaba por encajar la llave en la cerradura. Vamos, Grav. Puedes hacerlo, muchacho. Vamos, vamos. Eso es, abre.

- ¿Es usted el inspector Gravel? Necesito hablarle.

Oh, mierda, la oficial estaba bajando de la patrulla. Estaba cruzando la calle hacia él. - Si ese maldito cantinero está tratando de que me agarren, tiene que estar bromeando. Él fue el que me echó bronca, no al revés. Yo era la parte inocente.

Ella se detuvo y se quedó mirándolo boquiabierta mientras él revolvía los bolsillos de sus enormes shorts en busca de su credencial de identificación. - No es por eso que estoy aquí, inspector.

Se tropezó al tratar de pasar el escalón de la puerta y se estrelló contra los mosaicos del piso, raspándose ambas rodillas y golpeándose la cabeza contra un muro. - Bueno, me bebí unos cuantos tragos. ¿Qué tiene de malo? Estoy de vacaciones, ¿qué no?

Ella corrió hacia él y lo tomó por el brazo. - ¡Unos cuantos! ¿A quién quiere engañar? Vamos, inspector, lo voy a llevar arriba. Qué buen anestésico es el alcohol.

- Oh, eres una muchacha adorable. Y hermosa, también. ¿Vienes a cuidar a tu tío Grav?

Ella lo levantó hasta ponerlo de pie, lo condujo al pie de la escalera y comenzó a empujarlo hacia arriba, un escalón a la vez. - ¿Dónde guarda el café, inspector?

- Espero que no seas de esas besuconas. Pero, si lo eres, sin lengua.

- Justo lo que me faltaba, un indisciplinado que se quiere hacer el gracioso. Creo que necesita refrescarse un poco mientras preparo el café.

- Lo que tú digas, linda. Lo que tú digas.

Lo dejó en el pequeño descanso, lo sostuvo con una mano y probó una puerta, luego otra, antes de conducirlo al baño blanco, dejarlo en el cubículo de la ducha y abrir la llave del agua fría. - Ahora, quédese ahí hasta que yo le diga. ¿Va a comportarse?

Él levantó una mano hacia el costado de la cabeza en señal de saludo militar. - Sí, señora.

Ella agitó la cabeza y se dirigió a la cocina.

- Vamos, salga de ahí. El café está listo y esperándolo.

- Ayúdame, linda.

Ella se agachó doblando la cintura, extendió una mano, lo ayudó a ponerse de pie y le entregó una toalla de baño que tomó de la repisa con calefacción junto al lavabo. - Bueno, ¿puede sostenerse solo?

Él comenzó a secar lo que le quedaba de cabello. - Sí, la habitación dejó de dar vueltas hace un par de minutos. Era como estar en un puto carrusel.

Ella lo miró y frunció el entrecejo. - ¿Acaso su madre nunca le lavó la boca con jabón?

- Lo siento, linda.

- Desvístase, séquese, enrédese la toalla y me alcanza en la cocina en cuanto esté listo. No tengo todo el día, así es que apresúrese.

Entonces, si ella no estaba aquí para interrogarlo o arrestarlo, ¿qué otra cosa podía querer? Oh, Dios, ¿eran malas noticias? ¿Le había pasado algo al muchacho? Se aseguró la toalla alrededor de la cintura, atravesó el descanso en tres zancadas y abrió la puerta de la cocina. - Esto no es sobre Dewi, ¿o sí?

- No sé quién es Dewi, inspector, pero no, no se trata de él. Ahora siéntese antes de que se caiga, y asegúrese de que la toalla no se resbale. No me pagan lo suficiente como para que esté viendo esa clase de cosas.

Él rió, se sentó y dijo, - Gracias, linda, cuando ella le entregó la taza.

- Bien, ¿cree ser capaz de sostener una conversación prudente, o necesito volver a meterlo en la ducha?

Él tomó un trago de café y sonrió. - Lo siento, linda. Fui un completo imbécil. Demasiado alcohol. ¿Qué puedo hacer por usted?

- Así que al fin recupera la sobriedad. Y no antes de tiempo. Recibimos una llamada de una tal detective superintendente en jefe Hannah Davies. Quiere que la llame urgentemente.

¿Qué diablos quería? Primero trataba de deshacerse de él, y ahora pedía que le llamara. Las mujeres estaban todas locas de remate.

- ¿Me escuchó, inspector? ¿Acaso no estoy hablando inglés?

- Lo siento, linda, estaba pensando. ¿Dijo qué quería?

Ella le entregó un trozo de papel con el teléfono de casa de la superintendente escrito en tinta azul. - No, solo dijo que era urgente. Ese es el número de su casa, si no la encuentra en la estación.

Él asintió e hizo una nota mental del número. - ¿Me puede prestar su teléfono, linda?

- ¿Qué le pasa al suyo?

- No lo traje conmigo.

Ella se estiró sobre la mesa y le arrebató el papel de las manos. - Deme eso, yo misma marcaré el maldito número... Bueno, está sonando. Sea amable. No vaya a molestar a la mujer, o se las verá conmigo.

Él hizo el saludo militar nuevamente, esperando hacerla reír, y aceptó el teléfono cuando ella no lo hizo. - Hola, es Gareth Gravel. Me dijeron que la contactara.

- Qué bueno que me llamó tan pronto, inspector. ¿Cómo está?

- No llamó al otro lado del mundo para preguntar por mi salud. Vaya al grano, mujer, y déjeme seguir con mis vacaciones.

- Encantador, como siempre... De acuerdo, pondré las cartas sobre la mesa. Espero que acceda a ayudarme con un pequeño problema de este lado.

- ¿Es otra queja?

- Por primera vez la respuesta es no.

- Solo dígalo como es, mujer. Tengo que seguir con mis vacaciones.

- No me gusta su actitud, inspector. Le sugiero que recuerde con quién está hablando.

- Yo ya usaba el uniforme cuando usted aún estaba en la escuela, linda. Si tiene algo que decir, ahora es el momento. No estoy trabajando.

- En serio está poniendo a prueba mi paciencia, TEPT o no.

- Vaya al grano.

- Tenemos un caso de asesinato doble, dos víctimas que aún no han sido identificadas. Quiero que vuelva y se haga cargo de la investigación.

- Solo estoy aquí porque esa jodida psicóloga insistió en que hiciera el viaje. Usted la apoyó. Me lo dijo ella. Usted no veía la hora de subirme a un avión.

- Estoy tratando de ser paciente, inspector. Esta es su oportunidad de volver al trabajo.

- Quizá no quiero volver al trabajo. Quizá me gusta estar aquí.

Ella resistió el impulso de terminar la llamada prematuramente. - Mire, Grav, se lo pedí de buen modo. Puede cooperar, o puedo recomendar que se retire antes de tiempo. Si no quiere hacer el trabajo, lo único que tiene que hacer es decirlo.

- ¿Acaso dije eso?

- Entonces está de acuerdo. Elige terminar sus vacaciones antes de tiempo por voluntad propia.

- Sí, carajo, eso quiero.

- Bueno, gracias, inspector. Es bueno saberlo. Le reservamos un asiento en el vuelo de mañana a las cinco y diez de la tarde. Estará de vuelta en Gatwick para las seis y veinte a.m. El boleto ya está pagado. Puede recogerlo en el aeropuerto.

- ¿Primera clase?

- Me temo que viajará en clase turista. Es todo lo que la fuerza puede pagar.

Él rió para sí mientras devolvía el teléfono. Lo había manipulado como toda una profesional. - Gracias por dejarme usar su teléfono, linda, se aprecia.

La oficial barbadense se terminó el café, se puso de pie para marcharse y

guardó el celular en el bolsillo mientras se acercaba a la escalera. - Me alegra mucho que usted no sea mi inspector.

- Disculpe que haya sido una molestia, linda. Y gracias por su ayuda.

Ella gritó sin mirar atrás al abrir la puerta principal. - ¿Alguna vez maduran los hombres? Duérmase. Y no vaya a perder el vuelo. Lo meteré yo misma en el avión si tengo que hacerlo.

## ***Capítulo 16***

Cuando Gary West, alias Osito de Peluche, de cuarenta y un años de edad, recuperó la conciencia sobre el frío piso cubierto de plástico del cuarto de matar de Rebecca Smith, pensó por un momento que despertaba de un aterrador y desagradable sueño que se sentía demasiado real. Pero el dolor que parecía emanar de cada centímetro de su ensangrentada cara le hizo enfocarse en la realidad mientras recordaba acercarse a la casa, tocar la puerta abierta y vagar, un cauteloso paso a la vez, en la oscuridad para encontrar a la elusiva niñita a la que había estado preparando por semanas, con toda la anticipación que eso implicaba.

Levantó la mirada hacia la borrosa luz rosada que estaba en algún punto sobre su cabeza y se preguntó por qué todo parecía estar envuelto en una niebla roja que no podía empezar siquiera a calcular o comprender. Trató de parpadear para aclarar la vista, pero los resultados se limitaron a una nueva erupción de dolor, que lo dejó temblando sin control. Rebecca había usado una navaja de modelado para cortar sus párpados, y no tenía nada con qué parpadear, solo desgarrados bordes de piel y nervaduras rojas que vertían sangre sobre sus globos oculares expuestos.

Rebecca se acercó a él despacio desde un rincón oculto de la habitación, lo miró, estudió sus heridas con interés, y arrojó un vaso de agua fría sobre su rostro. - Qué bueno que volviste al mundo de los vivos, Osito de Peluche. Pensé que quizá te habría golpeado demasiado con mi martillo nuevo. A veces me dejo llevar un poco cuando tengo un invitado nuevo. Estaba

empezando a preguntarme si recuperarías el sentido.

Él la miró mientras la sangre se iba limpiando de sus ojos, y presenció una frialdad como de reptil. Trató de gritar, pero los sonidos resultantes se limitaron a ruidos ahogados que sería imposible descifrar, o siquiera escuchar, más allá de la inmediata cercanía. Rebecca se había tomado un rato para coserle los labios con una aguja de zurcir y un poco de sedal.

- No te molestes en intentar hablar. De cualquier forma preferiría no escuchar nada que salga de tu asquerosa boca. En línea dijiste más que suficiente para toda una vida. Eso me dijo todo lo que necesitaba saber.

Osito de Peluche luchó por sentarse con la intención de golpearla y dominarla, pero inmediatamente se dio cuenta de que ambos brazos y piernas estaban atados con tiras de cinta plástica que no cedería ni un ápice. Intentó forzarlos, usando lo que le quedaba de energía para moverse aunque fuera un poco, pero todo fue en vano, absolutamente en vano. Si ella no cortaba los amarres, no podría ir a ningún lado.

Rebecca se puso de pie a su lado y rió cuando él perdió el control de sus esfínteres y una larga mancha oscura apareció en la parte frontal de sus pantalones y formó un charco debajo suyo.

- “Entra en mi casa, dijo la araña a la mosca. Es la casa más bonita que has visto jamás.” Es mi poema favorito. ¿Lo conoces? Si sí, sabrás lo que sucede después. No le fue muy bien a la pobre mosca. Al menos puedo decirte eso. La araña la destrozó, una pequeña miga a la vez. La desgarró con premeditación y brutal intención. Nunca tuvo oportunidad. Creo que va a pasarte más o menos lo mismo. ¿Qué opinas de eso? ¿Cómo te hace sentir? ¿Tienes miedo, Osito de Peluche? Trataste de liberarte. Trataste de gritar. Te orinaste. Me parece que estás bastante asustado.

Los ojos le ardían ahora, brillando como ojos felinos a la luz del foco desnudo. Ella se sentó a su lado y los estudió mientras él intentaba apartarse.  
- Quédate quieto, Osito, eso no te hará ningún bien.

Trató de gritar nuevamente, pero sin éxito.



Rebecca lo jaló fuertemente del cabello con una mano, y comenzó a rebanar su oreja derecha con la misma navaja que había usado para quitarle los párpados antes. Era difícil, muy difícil. Debía ser el cartílago. Y sorprendentemente había muy poca sangre en las orejas. Interesante. Quizá le habría ido mejor usando la segueta. Se había tomado la molestia de comprar otra. Entonces, ¿por qué no utilizarla? Oh, bueno, otra lección aprendida. Había que anotar en la experiencia. Podía hacer eso con la izquierda, de todas formas. No se perdía nada. Quitaría la segunda oreja muy pronto. - ¿Cómo estás, Osito? ¿El proceso te parece tan fascinante como a mí? Algunos dicen que la anticipación al dolor es mucho peor que la tortura misma, pero yo no estoy para nada convencida.

Él se quedó mirándola y luego a la sierra en su mano, y comenzó a retorcerse en el piso en un intento por arrastrarse, centímetro a centímetro, hacia la puerta y la seguridad del mundo tras las paredes.

- Vamos, vamos, Osito de Peluche; no irás a ningún lado, por mucho que quieras. ¿No te acuerdas del poema? La mosca no se escapa. Nunca se escapa. Si recuerdas el verso, nunca salió de nuevo. Lo pateó con fuerza en las costillas, justo sobre la cadera izquierda, y sonrió. - Oh, cielos, ¿qué es esa terrible peste? ¿Te ensuciaste, como un indefenso bebé? Te gustan los bebés, ¿no, Osito? Me lo dijiste tú mismo. Me enviaste fotos que lo prueban. ¿Las recuerdas? El bebé, tú y la máscara. La máscara que ocultaba tu identidad tan efectivamente. Y ahora tú eres como uno de esos pequeños bebés. Un indefenso, llorón y ensangrentado bebé, y a nadie le importas una mierda. ¡Ni a mí ni a nadie! Oh, la ironía. Espero que puedas ver a dónde voy con esto. No estoy complicando demasiado las cosas, ¿o sí?

El se quejó suavemente y comenzó a temblar aún más violentamente.

- ¿Todavía puedes escucharme, Osito? ¿Puedes oír cómo tu vida se va vaciando hacia el olvido? Suplicarás la muerte antes de que acabe contigo, si no es que ya empiezas a hacerlo. Quizá lo haces, por supuesto. No es como que pueda escucharte, de todas formas. No con la boca cosida. Pero lo entenderé, de todas formas. Creo que lo llaman comunicación no verbal. Lo leí alguna vez en un libro de texto. Tu cuerpo habla. Expresiones. Gestos. Y

lo que queda de tu cara todavía es expresiva, en una patética forma subhumana.

Él trató de gritar de nuevo, pero las palabras no se materializaron.

- ¿Ningún comentario? ¿No tienes nada que decir? ¿No? Bueno, volvamos al trabajo, entonces. Los trabajos de una chica ocupada nunca terminan. Es sorprendente la cantidad de partes del cuerpo que es posible quitar antes de que su don-ador exhale el último ansioso aliento. Pronto lo verás tú mismo. Mi récord es de cinco hasta ahora, pero estoy segura de que puedo lograr mucho más con tu capaz asistencia. ¿Qué opinas, debemos intentar llegar a seis, o incluso a siete?

Él ya estaba en silencio, imaginando lo que estaba por venir, resignado a su aparentemente inevitable destino y anticipando el alivio que la muerte traería eventualmente.

Rebecca se puso de pie, se estiró despacio y deliberadamente, consciente de sus movimientos, y tomó la sierra con fuerza antes de ponerla a la vista y mirar de cerca sus expresiones. Se agachó de nuevo y quitó la segunda oreja rápida y eficientemente con tres rápidos movimientos de la hoja. - Listo, Osito. Hecho. ¿Acaso no fue mucho más fácil que la navaja? ¿No tienes nada que decir? ¿Nada para contribuir? Oh bueno, allá tú. No puedes decir que no te di la oportunidad. Quédate ahí y gime incoherentemente, si quieres. Tendré que aguantarte lo mejor que pueda.

Ella rió y puso la oreja cortada a unos cuantos centímetros frente a sus desnudos ojos, permitiendo que la sangre goteara, goteara, goteara sobre su cara por unos cuantos segundos antes de volver a hablar. - Dos párpados y dos orejas. Llevamos cuatro y nos faltan tres. O ¿realmente debemos empujar e intentar llevar al récord fuera del parque? Quizá no estamos siendo lo suficientemente ambiciosos. Dime si no estás de acuerdo. ¿No? Entonces asumo que estás de acuerdo completamente. Estaba pensando nariz, pene y testículos para empezar. Pero todavía tienes diez dedos en las manos y diez en los pies. ¿Por qué no lo pensé antes? Qué tonta. ¿Qué tal esos, Osito? ¿Qué tal esos?

De pronto ella arrojó la oreja a un lado y se inclinó para tocar el pie derecho, tap, tap, tocándolo al ritmo de su canción: - De tin marín, de do pin güe, cúcara mácara Osito fue... Sí, qué diablos, hagámoslo. Primero los dedos de los pies, luego, los de las manos. ¿Qué piensas? Del uno al veinte. Y luego podemos terminar con ese tan activo pitito tuyo, si puedo encontrarlo sin usar una lupa. Dime ahora si tienes objeciones. Será demasiado tarde una vez que haya empezado.

Ella soltó un grito que se convirtió en carcajada cuando él negó violentamente con la cabeza, haciendo que pequeñas gotitas de sangre salpicaran el aire y el suelo.

- Vamos, Osito, es la hora. Habla ahora o calla para siempre. ¿No? ¿Sigues sin tener nada qué decir? Esto se está convirtiendo en un patrón. Pero no puedo decir que me sorprenda. Creo que la estás pasando casi tan bien como yo. Saldré un momento al cobertizo por las tijeras de podar, si estás de acuerdo. Sé paciente. No te haré esperar mucho. Las tijeras pueden cortar ramas gruesas sin mucha resistencia o dificultad. Tendremos que quitarte esos brillantes zapatos de piel, pero no creo que tus deditos sean demasiado problema, ¿o sí?

Él aguantó la respiración en un intento por respirar por última vez, pero su instinto básico de inhalar se sobrepuso a su deseo de morir, justo cuando Rebecca volvía a la habitación y cerraba la puerta detrás de sí.

- Estás un poco azul, Osito. Espero que no hayas estado aguantando la respiración de nuevo. No ayudaría. No ayudaría para nada. Se puso de rodillas y comenzó a quitarle los zapatos mientras él pataleaba tratando inútilmente de resistir. - ¿Existe el infierno? Eso es lo que deberías preguntarte. ¿Es esto una probadita de lo que vendrá para la eternidad? O tal vez ya estás en el infierno. ¿Has considerado esa posibilidad? Tal vez soy un demonio con forma humana. Se puso de pie, le dio la espalda y agitó el trasero desnudo. - Tal vez hay una cola saliendo de mi trasero. O quizá solo soy un ser humano ordinario que quiere vengarse.

Rebecca arrojó los zapatos y calcetines para deshacerse de ellos más tarde, tomó las tijeras de jardín con ambas manos y cortó el dedo gordo del pie

derecho. - Bueno, ese salió sin problemas. Facilito. ¿Crees que debo detenerme ya, Osito de Peluche? ¿Crees que ya has sufrido lo suficiente? ¿Soy un monstruo? ¿Es eso lo que te estás preguntando? ¿Por qué no termino con el proceso ya, como lo haría con un animal herido? Porque eres peor que un animal, por eso. Estás por debajo de un animal. Eres lo más bajo de lo bajo, y voy a hacerte sufrir cada segundo que te quede en la vida. ¿Por qué? ¿Es lo que te estás preguntando? Porque quiero, Osito. Porque puedo.

Le quitó el segundo dedo con un audible sonido y frunció el ceño. - ¿Acaso tú tuviste misericordia con cualquiera de los niños cuyas vidas destrozaste? ¿Tuviste empatía con el sufrimiento de tus víctimas y elegiste un camino distinto? ¿Alguna vez? ¿Una, siquiera? Lo dudo. Realmente lo dudo. Porque estás aquí, ¿no, Osito? Por eso viniste. Planeabas arruinar otra joven vida para cubrir tus propios propósitos torcidos.

En menos de un minuto, los dedos de los pies estaban todos juntos en una sangrienta y ordenada pila sobre el plástico. - Listo, ya rompimos el récord. Tres hurras para nosotros, ¿eh? Es asombroso lo que se puede lograr trabajando en equipo.

Se puso de pie de un salto en vez de avanzar hacia el segundo pie, como había planeado originalmente, y arrojó casualmente las tijeras a un lado, que cayeron con un sonido sordo sobre el piso. - Hora de un descanso, Osito. Tanto cortar y rebanar es un trabajo sorprendentemente duro, incluso para una chica fuerte y experimentada como yo. Voy a prepararme una buena taza de té herbal, comeré algo rápido, y volveré contigo tan pronto como me sea posible. No te preocupes. No te decepcionaré. Pero creo que dejaremos tu linda naricita para el final, si te parece. Un huésped anterior se ahogó en su propia sangre muy poco tiempo después de haberla cortado. Terminó todo demasiado pronto para mi gusto. Qué pena. Entonces, hay que dejar la nariz para el último. Esa fue mi conclusión. No cometeré ese desafortunado error nuevamente, te digo.

Osito había perdido mucha sangre y había caído en un estado de semiinconsciencia para cuando Rebecca terminó de tomar su refrigerio, hizo una breve visita al baño, y volvió a la habitación unos veinte minutos más tarde. Lo pateó fuertemente en el muslo tres veces, en un intento por

despertarlo, y pensó por un momento que había muerto antes de tiempo, antes de correr escaleras arriba, dos o tres escalones a la vez, y volver con un pequeño espejo que sostuvo cerca de su cara. El espejo se empañaba ligeramente antes de borrarse de nuevo. Había señales de respiración. Estaba vivo. Pero tenía que poner manos a la obra y trabajar rápido. Qué pena. ¿Por qué, por qué se habría tomado un descanso? Parecía que a él ya no le quedaba mucho tiempo de vida. No había tiempo que perder.

Rebecca corrió a la cocina y de vuelta, arrojó un segundo vaso de agua fría en su rostro y comenzó a decir. - Uno, dos, tres, cuatro dedos de los pies. Ahí tienes, Osito. Solo nos falta uno. Estamos progresando maravillosamente, ¿no estás de acuerdo? Cortemos. Ya está. Listo. Mucho mejor. Y ahora los dedos de las manos. Cuenta del diez al cero y entenderás. Solo cuenta en tu mente si prefieres. Comprendo que no puedas verbalizar tus pensamientos. No te pediría que hagas lo imposible.

Ella se arrastró por el piso con el trasero desnudo, avanzando desde los pies hasta el torso de su víctima, en vez de ponerse de pie. - Estuve en la radio, Osito. Mis quince minutos de fama. O al menos mi trabajo. No mencionaron mi nombre... Ya está. Terminamos con tu pulgar. Y qué sonido tan satisfactorio, además... Alguien halló a dos de mis huéspedes previos en el estuario del Towy y notificó a la policía. Qué inconveniente tan desafortunado. No sé qué partes hallaron. Puede haber sido cualquier cosa, ahora que lo pienso. Pero no importa mucho. Tendré que ser mucho más cuidadosa de ahora en adelante. Pero no tienen absolutamente ninguna idea de quién soy. Parece obvio, ¿estás de acuerdo? Estarían tocando, tocando, tocando a mi puerta si la tuvieran. Es su trabajo, después de todo... Bueno, es hora de que deje de parlotear y me ponga a hacer lo que hay que hacer. Solo falta tu otra mano, y nuestro trabajo estará casi listo.

Él se quejaba constantemente ahora, entrando y saliendo del estado de inconsciencia, rezando por la muerte, pidiendo silenciosamente la muerte, sin importar qué trajese consigo, mientras ella le desabotonaba los pantalones con dedos ensangrentados, le bajaba los calzoncillos sucios y removía sus genitales. - Listo, mucho mejor. Alguien debía haber hecho eso hace mucho.

Ella cortó la costura de sus labios y le metió los testículos en la boca abierta, con el pene flácido colgando en lugar de una lengua jadeante. - Bueno, ahora ya sabes exactamente lo que algunos de esos pobres y desafortunados niños sintieron a manos tuyas y las de la otra escoria con la que abusaste de ellos. Asumo que no estás disfrutando de la experiencia mucho más de lo que hicieron los niños... Ahora solo queda tu linda naricita, antes de que te rebane el cuello. ¡Snap! Listo, se fue tu nariz.

Ella arrojó las tijeras de jardín detrás de ella, levantó el espejo, lo sostuvo frente al rostro de su víctima y lo movió varias veces, siguiendo sus movimientos mientras él trataba de girar la cabeza y desviar la mirada. - Al menos mírate una última vez antes de que te saque del sufrimiento, Osito. Eres un gusano, una rata, una forma menor de vida. Esta es tu última oportunidad para arrepentirte y pedir perdón antes de que te marches al otro mundo. ¿Te gustaría decir alguna cosa en tu defensa? ¿Alguna última palabra? ¿No? Entonces haz la cabeza hacia atrás, quédate quieto, por aquí tengo la navaja. Ah, sí, aquí está. Hora de conocer a tu creador.

## ***Capítulo 17***

La DS Kesey estacionó el Mondeo frente a la casa de tres habitaciones de la familia Griffiths y se quedó mirando a una tímida mujer de veintitantos que caminaba por el pavimento, empujando un cochecito de bebé que se veía tan desaliñado como ella. Si era Lucy Griffiths, cosa que sospechaba, parecía probable que apenas hubiese dejado a sus otros dos hijos en la escuela primaria cercana. Había llegado en buen momento. La entrevista sería mucho más fácil sin dos niñitos inquietos corriendo por todos lados exigiendo atención.

La detective sargento bajó la ventana con un zumbido eléctrico mientras la mujer caminaba por el caminito plagado de hierbas hacia la puerta del número sesenta y seis de Kings Road. - ¿Señora Griffiths? ¿Señora Lucy Griffiths?

La joven mujer se detuvo a medio paso y levantó la mirada. - ¿Quién carajo es usted? ¿La policía, alguna estirada y sabihonda bienhechora de servicios sociales, o el jodido seguro social para quitarme mis beneficios otra vez? Siempre es uno de los tres. Si está buscando a Derek, puede irse al diablo. No lo he visto en días. Y tampoco su madre, por cierto. Lo sé porque se lo pregunté.

La DS Kesey subió la ventanilla, salió del auto y caminó hacia la mujer, que estaba quitando el cerrojo de la puerta principal. - Es con usted con quien debo hablar, señora Griffiths. No tomará mucho tiempo.

La mujer subió el carrito al escalón de entrada, lo empujó dentro de la casa, y se volvió para pararse en la puerta como un portero bloqueando la entrada de un club nocturno. - Entonces, ¿quién demonios es usted? No la había visto husme-ando por aquí antes.

La DS la miró a los ojos y pensó que se veía cansada, vencida, más vieja que su edad. - DS Kesey, policía local. Necesitamos hablar.

La mujer se quedó mirando a la oficial con rostro confundido. - ¿Qué hizo el maldito idiota ahora?

- ¿Por qué se queda con un hombre así? ¿Por qué cualquier persona se quedaría con un tipo así?

- ¿Qué carajos le importa eso?

- De acuerdo, disculpe, empecemos de nuevo... ¿Podemos hablar en la casa, por favor, señora Griffiths? Será más sencillo hablar dentro. Esto no tomará mucho tiempo, como le comenté antes.

- ¿Qué daño hace? Mientras más pronto responda, más pronto se irá a fastidiar a alguien más. Pase, ande, de otra manera nunca se largará. Ustedes nunca lo hacen.

- Sabe que tiene sentido.

Empujó el carrito a una sala escasamente amueblada y descuidada, que

hedía al inconfundible y no muy específico aroma de la mugre pegada, común en todas las casas crónicamente sucias. - Bueno, acabemos con esta mierda. Y no despierte a la maldita bebé. Apenas se durmió.

- ¿Cuándo fue la última vez que vio a su esposo o habló con él?

- ¿Por qué quiere saber?

- Solo responda a la pregunta, señora Griffiths.

- ¿Entonces va a plantar su gordo trasero en algún sitio? Hace que el lugar se vea desordenado.

La DS examinó los asientos disponibles y se sentó en el que parecía ser el más limpio de los tres. - Entonces, ¿cuál es la respuesta?

Lucy se quedó de pie; sus delgadas piernas blancas parecían a punto de ceder, y levantó a la bebé, que comenzaba a moverse y quejarse. - Mire lo que acaba de hacer, maldita sea. Estará de puto mal humor si no duerme. Esto es su culpa.

- Perdona, no quise despertarla.

Sostuvo a la niña apoyada en un hombro y palmeó suavemente su espalda. - Ya, pequeña, vuelve a dormir, mami está aquí... No he sabido nada de la sabandija en más de una semana. ¿De qué está acusado esta vez? Si es algo que tenga que ver con niños de nuevo, se puede ir al cuerno. Eso casi lo mata la última vez. No necesito esa clase de problemas. Por eso estamos en este hoyo de mierda, para empezar.

La DS Kesey la miró y frunció el ceño. - Hallamos un cuerpo que coincide con la descripción de su marido. Todavía tenemos que confirmar la identidad con certeza, pero creo que necesita prepararse para lo peor.

Se sentó y esbozó una sonrisa cuando comprendió la posibilidad de una nueva realidad. - Entonces ¿por fin se deshicieron de él? No me sorprende. Era cuestión de tiempo.



- Como dije, necesitamos confirmar que es él. Espero que pueda ayudarnos con eso.

Lucy ajustó la posición de la bebé y le dio un chupón mientras seguía confortándola. - ¿Puedo verlo? Podría ir con usted en el auto ese. Esa sería la manera más fácil y sencilla, ¿no?

La DS hizo una pausa antes de responder. - ¿No ha escuchado ninguna historia local o en las noticias? ¿Nada relacionado con el cuerpo?

- Que se vayan al cuerno. ¿De qué está hablando?

- No sería buena idea que vea el cuerpo. El hombre en cuestión fue hallado en el estuario en un pequeño pueblo llamado Ferryside, a unos ocho kilómetros de aquí. Estuvo en el agua por un buen tiempo antes de que lo hallaran, ¿me explico?

La mujer hizo un gesto de desagrado mientras horribles imágenes invadían su mente. - ¿Se ahogó?

- No, creemos que no.

Señaló hacia un muro de teca con la mano libre. - Debe haber una foto de la sabandija en uno de los cajones de allá, si le sirve de algo.

- Tenemos fotos en el archivo, gracias, pero como dije, estuvo en el agua. ¿Sabe si visitó a algún dentista desde que llegaron a Gales?

- No que yo sepa, pero de cualquier manera no me lo diría.

- ¿Qué tal en Londres?

- Mire, no puedo ayudarle. No me dice una mierda. ¿Ya acabamos?

- ¿Tiene algún cepillo, cualquier cosa por el estilo?

- No.

- ¿Está tratando de obstruir la investigación? Si es así, no le hará ningún bien. ¿Qué tal un peine o algo así?

- Hay unos calzoncillos con manchas de sangre abajo en el guardarropa, si le sirve de algo.

- ¿Cuál de las habitaciones?

- La más grande de las dos que están al frente de la casa.

- Y ¿por qué hay sangre en los calzoncillos?

La mujer sonrió sin despegar los labios. - Almorranas. Siempre fue un dolor de trasero.

La DS subió las escaleras despacio con una amenaza de sonrisa en el rostro, y volvió unos minutos más tarde con una trusa ensangrentada dentro de una bolsa de plástico para evidencias.

- ¿Encontró lo que buscaba?

- Sí, gracias, volveré a ponerme en contacto con usted cuando hayamos comparado el ADN. Es posible que tome algunos días.

- Entonces, ¿eso es todo?

- ¿Tiene internet en la casa?

Ella negó con la cabeza. - Sabe perfectamente que no tenemos. Es una condición del plan de protección infantil. No internet y no computadoras.

- Y ¿en casa de su madre?

- Entonces, ¿definitivamente cree que sea probable que esté muerto? - Sí.

- Bueno, Derek es un jodido lastre, pero no es un completo idiota. Usa la biblioteca, cafeterías o la casa de su amigo. A él le gusta la misma clase de

porquería que a Derek. Asqueroso bastardo.

Sus ojos se abrieron como platos. - ¿Puede darme el nombre y la dirección de este hombre?

- Se lo diría si pudiera. En serio que lo haría. Pero jamás me lo dijo.

- Y ¿ese hombre nunca vino aquí?

- De ninguna puta manera. No permitiría que ese bastardo entrara en la casa. Derek lo sabe. Me empuja. Es un bravucón. Pero sabe dónde pintar su raya. ¿Qué hay de malo en cogerse a un adulto? Es lo que solía preguntarle. ¿Acaso mi coño no es lo suficientemente bueno para ti? ¿Por qué no dejas en paz a los niños?

- Y ¿qué le respondía él?

- Carajo. Solo se encogía de hombros y se iba si estaba de buen humor, o me daba una bofetada o tres si no lo estaba. Al final dejé de preguntar.

Ella frunció el entrecejo sin darse cuenta. - ¿Alguna vez tocó a alguno de sus hijos de forma inapropiada?

- Le cortarían el jodido pito si lo intentara, y lo sabe, me asuste o no.

- Entonces, si lo hace con los hijos de alguien más, ¿a usted le parece bien? Esa es una visión extraña de la moralidad.

- ¿Yo dije eso? Claro que no, maldita sea.

Ella asintió. - ¿Tiene Derek alguna computadora escondida en algún lado? ¿Dónde sea?

Hizo una pausa para atender a la bebé, y luego dijo, - Sí, sí tiene.

La DS Kesey la miró a los ojos, que brillaban como un foco defectuoso. - ¿Me va a decir dónde está?

- ¿No cree que él vuelva?

- No.

- Hay una caja de plástico transparente con tapa, está enterrada en el jardín a la derecha del sendero, como a la mitad. Está cubierta con una lona suelta. Él creía que era muy gracioso que ustedes no la hubieran hallado. Dijo que eran una auténtica bola de estúpidos.

La DS se puso de pie y se acercó a la puerta de atrás. - Agradezco su cooperación, Lucy. Está haciendo lo correcto.

- Se siente bien poder ayudar, para variar. Es bueno decir la verdad. Y si usted se equivoca y acaban culpándolo en el proceso, que así sea. Tal vez ya sea hora.

- ¿La encontró?

Ella asintió mientras caminaba por el pasillo hacia la puerta abierta. - Sí, gracias. Voy a ponerla en la cajuela del coche. Volveré con usted en un par de minutos.

- Bueno, deje la puerta abierta. La bebé ya está despierta de todas formas.

- ¿Hay alguna otra cosa que deba saber antes de empezar a actuar?

Lucy se desabotonó la blusa, quitó el chupón de la boca del bebé y la acercó para que succionara el pezón expuesto. - No se me ocurre nada más.

- ¿Hay alguien a quien quiera que llame? ¿Algún pariente o amigo, quizá?

Ella negó con la cabeza, haciendo una mueca. - No hay nadie. Solo estamos los niños y yo ahora. Él se aseguró de que así fuera.

- ¿Puedo prepararle una taza de algo antes de que me vaya? No tengo prisa. No es molestia.

- Tomarme una taza de té con una maldita policia, quién lo habría creído. Sí, ¿por qué no? Té, un chorrito de leche y una de azúcar para mí. Y hay medio paquete de galletas de chocolate sobre el refrigerador, si quiere una.

- Aquí tiene, Lucy. ¿Quiere que le sostenga a la niña? Parece que le caería bien un descanso.

La joven madre apretó a la bebé contra su pecho y giró en el asiento. - ¿Es un truco? Tiene que ser un truco. Él me dijo que no confiara en ustedes ni por un segundo. Dijo que ustedes fingirían ser amables. Se abrirían camino. Me lo advirtió una y otra vez. ¡Puede irse al carajo! No se llevará a mi bebé.

La DS Kesey se alejó rápidamente, se sentó y esbozó una débil sonrisa, pensando que Lucy parecía lista para salir corriendo hacia la puerta. - Eso no va a pasar. Eso jamás va a pasar. Solo voy a sentarme aquí y beber mi té, ¿de acuerdo? Estoy investigando dos asesinatos, nada más. No estoy aquí para quitarle a la bebé. La idea jamás me pasó por la mente.

La mujer respiraba más intensamente ahora, aferrándose a su hija con más y más fuerza. - ¿Está mintiendo? Parece amigable. Pero quizá está mintiendo. ¿Lo promete?

- No voy a llevarme a su bebé. Es una promesa. Cien por ciento garantizada.

Se relajó casi de inmediato, suavizando la expresión del rostro. - Las galletas están buenas.

- Sí, muy sabrosas. ¿Dónde las compró?

- En la cooperativa del final de la calle.

- Ah, sí, la conozco.

- ¿Quiere otra? Puede comer otra, si quiere.

Ella sonrió. - Oh, por qué no. En serio están adictivas.

- Solía ser cuidador.

- ¿Estamos hablando de Derek?

- Sí, así fue como nos conocimos. Era parte del equipo.

- ¿En un orfanato?

Mojó la segunda galleta en el té y comenzó a lamer la cubierta de chocolate. - Sí, Lee Hill. Así se llamaba el orfanato, Lee Hill. Creo que ya lo cerraron, gracias al cielo. No era un lugar particularmente bueno para ningún niño. Era un completo basurero.

- ¿Usted también trabajaba ahí?

Ella negó con la cabeza y rió. - Qué pregunta. Mi mamá se prostituía para comprar heroína, y mi papá, quienquiera que fuera, se largó en cuanto supo que ella estaba embarazada. O al menos eso fue lo que ella dijo. Quizá no tenía ni la más remota idea de quién era él, ahora que lo pienso. Ya sabe, pudo haber sido algún cliente miserable que se la cogió y pagó por su tiempo. Crecí en el sistema. Casas de acogida desde los siete años, y luego el orfanato cuando tenía doce, y ninguno de ellos quería cuidarme. Solo era una más de los niños.

- Ah, ahora todo empieza a tener sentido. Usted fue una de las víctimas de Griffiths. Justo como el resto.

- Eso creo. Si quiere llamarlo así.

- Entonces ¿cómo rayos acabó viviendo con él?

Ella levantó la mirada hacia un punto en el techo mientras recordaba el pasado. - Dejé el orfanato a los dieciséis y me mudé a un cuarto de alquiler en Hackney. El seguro social pagaba por eso. Él empezó a visitarme cada vez que se le antojaba na cogida, y me embarazó unos cuantos meses después de eso. No importaba si yo decía que no. Él solo me cogía de todas formas. Una vez fui con la policía y traté de decirles, pero ellos no quisieron enterarse.

- Parece que toda la vida la han decepcionado. No nació en sábanas de seda...  
¿Tiene miedo de él?

Ella asintió dos veces y los ojos se le llenaron de lágrimas. - Sí, cuando quiere puede ser un bastardo malvado. Siempre está listo con una bofetada, un puñetazo o algo peor. Pero nunca donde se vea. Se asegura de eso. Yo veo los golpes, pero nadie más. Lo abandoné más de una vez al principio, después de que se mudó. Por un rato dormí en las calles. En los portales, bajo los puentes, en cualquier sitio que no hubiera lluvia estaba mejor que viviendo con ese pendejo. Pero me buscaba. Siempre salía a buscarme. Le pertenecía. Eso era lo que me decía. Yo era su propiedad para que hiciera conmigo lo que le viniera en gana. ¿Cómo me atrevía a tratar de dejarlo? ¿Cómo me atrevía a intentar escapar? ¿Quién demonios creía que era? Él era mi dueño, mi amo y mi Dios. La última vez me puso una paliza después de arrastrarme de vuelta. Oriné sangre por una semana... En serio espero que sea él. Espero que el bastardo esté muerto y pudriéndose.

La DS asintió cuando los músculos faciales de Lucy se relajaron. De pronto se veía más joven. Como si los años se hubieran derretido. - Tan pronto como tenga una respuesta definitiva, usted será la primera en saberlo.

- Nunca había dejado la laptop escondida por tanto tiempo como ahora. No hay forma de que hiciera eso. Es él. Puedo sentirlo. Lo sé, maldita sea. ¿Qué tal una copa de vino? Hay que celebrar. Ya casi es Navidad. La vida ya pinta mejor.

## ***Capítulo 18***

Solo le tomó a Rebecca poco más de una hora acceder a la laptop de Derek Griffiths, según se lo había pedido la DS Kesey, a pesar de los filtros de seguridad. Tuvo suerte. Eso se dijo a sí misma. Y tenía intenciones de sacar ventaja. Borrar cualquier nexo con ella era obvio. Eso no había que pensarlo. Pero tal vez, solo tal vez, había alguna forma de desviar la investigación policiaca hacia el lado equivocado. Espejos y humo. Eso era lo que necesitaba. Solo era cuestión de cómo hacerlo.

¿Por qué no servirse una taza de café, para variar? La necesitaría. Su breve revisión inicial del contenido de la computadora no había sido una experiencia agradable. Ella sabía lo que él era. Ella sabía lo que él había hecho. Pero nunca era sencillo ver esas cosas en la pantalla frente a uno. Parecía que había miles, literalmente miles de imágenes indecentes de niños. En algunas aparecía Griffith, en varios actos sexuales que casi desafiaban la credibilidad. El tipo era un monstruo. Un depredador en la cúspide del poder. Eso era lo que repetía una y otra vez dentro de su cabeza. Había tenido razón al matarlo, al hacerlo sufrir. El mundo era un sitio mejor.

Rebecca empujó la computadora a un lado y vertió una cucharada de café instantáneo en un tarro de cerámica. Sirvió el agua hirviendo, seguida de un chorrito de leche de soya y, finalmente, e inusualmente para ella, un solo terrón de azúcar que tomó de una caja normalmente reservada para los visitantes a su oficina. Lo mezcló todo vigorosamente y se recargó de nuevo en la silla giratoria de piel negra, haciendo el mejor esfuerzo por relajarse. La sola existencia de la investigación comenzaba a ponerla nerviosa. Tenía que aceptar eso. Estaba empezando a atacar su frágil confianza. La policía se acercaba a ella como blanco, incluso si ellos mismos aún no lo sabían. Tal vez, solo tal vez, si usaba todo su ingenio y habilidades de engaño moldeadas por la dura adversidad, podía mantener la situación en ese estado y ellos nunca sabrían lo cerca que habían estado.

Estaba recargada con los ojos cerrados, respirando profundamente, tratando de aclarar su mente, cuando el estridente todo del teléfono de su oficina la hizo saltar, haciendo que derramara un poco de la bebida caliente sobre su regazo en el proceso. ¡Maldita sea! ¿Quién diablos era ahora? Exigencias. Siempre exigencias. Realmente no podía ser peor momento. - Hola, sección de computación.

- ¿Eres tú, Becca? Suenas muy formal esta mañana.

Se limpió la falda con un pañuelo facial que sostenía con una mano, mientras sostenía el teléfono con la otra. - Ah, hola, Laura. Estaba planeando llamarte en algún punto hoy. ¿Cómo va la investigación?



- Nos hemos topado con muchos callejones sin salida hasta ahora, pero quiero pensar que finalmente vamos progresando. Espero que me tengas buenas noticias. ¿Tuviste suerte con la computadora?

Al menos no había venido a la oficina en persona. Al menos no había llegado a husmear. - Todavía no, lo siento. Estoy trabajando en ello justo ahora. Dame otro par de horas y tendré algo.

- ¿Es tan difícil, hasta para tí?

Vamos, Becca, aguanta, mujer. Había engañado exitosamente a la gente por años, ¿por qué iba eso a cambiar ahora? - Griffiths sabía lo que hacía. Es muy impresionante, en realidad. Hay varias capas de seguridad, pero estoy progresando. ¿Es urgente?

- Sí, es urgente. Siempre es urgente. Necesitamos saber con quién estuvo en contacto. Otros criminales sexuales. Niños. Nunca se sabe, quizá nos enviará en la dirección correcta.

Bueno, eso era algo que no iba a averiguar pronto. - Oh, es horrible. Hay personas terribles allá afuera.

- Sí que las hay. Mi trabajo es atraparlas.

- Haré que esta sea mi prioridad número uno. Sin restricciones.

- Seguramente ya lo era. ¿Qué puede ser más importante que una investigación de asesinato?

- Le estoy poniendo toda mi atención. No puedo hacer mucho más que eso.

- Gracias, Becca, eso es genial. Estás segura de que lo resolverás hoy, ¿no?

Ella asintió, entrando en el papel y comenzando a divertirse. - Sí, estoy noventa por ciento segura. Si no, mañana por la mañana, a más tardar. Lo prometo. Me aseguraré de devolvértela en cuanto esté lista.

- Pero será mañana a más tardar, ¿no?

- ¿Qué no lo dije ya, con perfecta claridad? Te la daré. Quizá ahora sea un buen momento de dejarme continuar con mi trabajo.

## ***Capítulo 19***

Grav se unió a la larga fila de pasajeros que esperaban para pasar al mostrador, dejó caer su maleta al piso y la pateó dos veces. ¿Qué diablos le pasaba al muchacho? Había hecho el esfuerzo de llamarlo de camino a Bridgetown. Ofreció sinceras disculpas. No precisamente de rodillas, pero tampoco muy lejos de eso. Y todavía no era suficiente para el pequeño imbécil santurrón. Quizá ni siquiera debía haberse tomado la molestia de visitar. Tal vez debería haberse mantenido alejado. El muchacho no tenía ni maldita idea.

Recorrió la maleta hacia adelante con la suela del zapato cuando la viajera frente a él aceptó su pase de abordar. Oh, bueno, así era la vida. De vuelta a Gales y todo lo que eso implicaba. De vuelta a ser un policía empleado de nuevo. De vuelta a un mundo en el que su vida tenía sentido. Donde importaba. Donde no se sentía como pez fuera del agua. Una hora más y estaría en el avión.

Grav maldijo en silencio a la superintendente Hannah Davies y a su vida en general mientras depositaba su no poco considerable trasero en el asiento de clase turista. Se volvió hacia la anciana mujer a su lado y sonrió mientras notaba el gesto de obvia irritación en su rostro. Al parecer su largo regreso a casa acababa de volverse un poco más pesado. - Lo siento, linda, le tocó a usted. Me gusta ocupar un poco de espacio.

El vuelo pasó un poco más lento que el viaje de ida, pues la mujer intentó varias veces entablar conversación con él. Grav confió fuertemente en el alcohol, fingió quedarse dormido más de una vez, y finalmente recurrió a decirle que no tenía absolutamente ningún interés en su familia ni en sus jodidos poodles, aunque ella dijera que uno de los malditos animalillos había

ganado el premio a la mejor raza en algún prestigioso concurso canino por tres años consecutivos. El resto del viaje pasó en silencio, pues ambos eligieron ignorarse por completo.

Cuando el piloto finalmente anunció, muy de mañana, que se acercaban al aeropuerto de Gatwick, en Londres, Grav juró que jamás se iría de vacaciones otra vez, a menos que involucrara grandes cantidades de cerveza, amigos que pensarán como él, y rugby internacional. Si la psicóloga creía que su forzado viaje al Caribe había sido catártico de alguna forma, la muy tonta estaba bastante equivocada. Jamás se había sentido tan enojado en su vida. El hecho de que lo llamaran de vuelta al trabajo antes de lo esperado había sido su salvación.

Casi eran las siete de la mañana y ya había recogido su maleta, pasado por la aduana y se dirigía hacia la estación de Paddington. Cuando abordó el tren directo a Swansea reconoció que experimentaba un grado de euforia que no había sentido en un buen rato. No describiría su humor como orgásmico, pero no estaba lejos de serlo. Se sentía casi tan bien como si Gales hubiera ganado un *Grand Slam*, o si hubiese vencido a su viejo enemigo, Inglaterra, en su propia casa. Lo que implicaba era perfectamente obvio. Necesitaba trabajar. ¿Por qué no ir directamente a la estación de policía al llegar a Caerystwyth, sin importar lo cansado que se sintiera? Lo habían solicitado. Lo necesitaban. Era importante de nuevo. No podían estar sin él, y eso le acomodaba perfectamente. Tenía una investigación que atender. Un asesino que atrapar. Una vida que valía la pena.

Grav dio un pequeño salto al entrar caminando alegremente a la estación de policía, y dijo un feliz, - Buenas tardes, linda, es bueno verte haciendo algo útil para variar, a una delgada oficial que arreglaba varios panfletos informativos en una estantería montada en el muro junto a la puerta principal.

- Gracias, señor. ¿La pasó bien en sus vacaciones?

- No hay tiempo de hablar ahora, linda. Tengo cosas que hacer, gente que ver. Pero gracias por preguntar.

Ella hizo un último ajuste a su arreglo y se apartó para admirar los

resultados de sus esfuerzos cuando Sandra reapareció en la recepción. - Cabrón sarcástico. Las cosas vuelven a la normalidad. Este lugar no era lo mismo sin él.

## *Capítulo 20*

La DS Kesey levantó la mirada cuando Grav entró, y supo inmediatamente que el infame detective inspector Gareth Gravel de nuevo estaba a cargo. Era justo como se lo habían descrito. Enorme y dos veces más feo. No, eso era injusto. Estaba fatigado, arrugado, cansado del mundo, pero no era feo. - Hola, señor, un placer conocerlo. Es bueno que esté de vuelta.

Él se aproximó al escritorio, se paró frente a ella con la protuberante barriga recargada en el borde, e inclinó la cabeza en un ángulo aproximado de cuarenta y cinco grados. - Entonces, ¿quién demonios es usted? Es tan joven que podría ser mi nieta.

Ella se puso de pie y extendió una mano a modo de saludo, pero la retiró rápidamente cuando notó que él no la estrecharía. - DS Kesey, Laura Kesey. He estado cubriéndolo durante su ausencia.

Él sonrió. - Así que eres mi nueva sargento, ¿no? ¿Estás segura de que no te confundieron con alguien de colmillo más largo y te promovieron por error?

Ella se tensó; no apreciaba su tipo de humor. - Soy lo suficientemente mayor, señor. No necesita preocuparse por eso.

- Eso es, linda. Pon una sonrisa en ese lindo rostro tuyo. Quizá nunca suceda.

- ¿Pasó buenas vacaciones?

Él se enderezó, rígido, cambiando el enorme peso de un pie a otro, y señaló la tetera en el piso, detrás de ella. - Jodidamente terribles, gracias. Lo mío es

un café, con leche y cinco de azúcar, si quiere ganarse algunos puntos. Empecemos como queremos continuar, ¿no, linda?

- ¿Le escuché bien? ¿Es en serio? ¿Dijo cinco de azúcar?

Él se sentó y asintió. - Sí, estoy a dieta. Antes eran seis. Estaba pensando empezar con yoga la próxima semana. ¿Usted cree que me vería bien de leotardo?

Ella rió ante la imagen mental, luego se detuvo de pronto. - Lamento mucho lo del DS Rankin, señor.

- ¿Clive? Sí, era un buen policía y aún mejor como amigo. Se le extraña. Y no vaya usted a pensar que va a reemplazarlo en cuestión de afectos. Cumplió su tiempo.

Ella le entregó el café y frunció el entrecejo. - Solo estoy aquí para hacer mi trabajo, señor. Espero que podamos trabajar efectivamente juntos. No estoy pensando en reemplazar a nadie, mucho menos a Clive Rankin.

- Está usando mi taza. La del club de rugby Neath. Es mía. Nadie la toca sin mi permiso.

- Lo tendré en cuenta.

- Hágalo... ahora dígame, ¿le gustan las bebidas, sargento? Levantó la taza derramando un poco de café por el borde. - Hablo de bebidas reales, no esta cosa.

- No le diría que no a una copa de vino o a una cerveza fría. ¿Por qué pregunta?

- Entonces, ¿le gusta la cerveza?

- Bueno, sí. La lager, más que nada. La embotellada.

- Y ¿ha oído hablar del rugby? Hablo del rugby en serio, no esa pálida imitación que juegan en el norte.

Ella asintió. - Mi marido me ha llevado a ver a Inglaterra contra Gales en Cardiff un par de veces en los últimos años.

- Y ¿qué opina de nuestra gran ciudad capital?

- Me encantó. La atmósfera era genial.

- Y el partido, ¿iría de nuevo?

- Claro que sí. Fue un día increíble.

En el rostro de Grav se dibujó una ancha sonrisa que, según pensó ella, se veía extrañamente fuera de lugar en su arrugado rostro. - Usted no es Rankin. Nadie lo será jamás, pero usted bastará.

- Haré mi mejor esfuerzo, señor.

- De acuerdo, sargento, sin duda le dará gusto escuchar que pasó la entrevista de trabajo. Aquí puede llamarme jefe, o Grav en privado, si le acomoda. ¿Entendió?

- Sí, jefe.

Él miró el reloj en la pared a su izquierda y se puso de pie ayudándose con el escritorio. - Vamos, linda, el Club de Rugby de Caerystwyth está abierto. Podemos comer algo y pedir un trago o dos mientras me pone al día con el caso.

Grav le sonrió a la cantinera de mediana edad, teñida de rubio, al aproximarse a la barra vacía del club de rugby, y miró apreciativamente mientras ella se agachaba para sacar dos vasos razonablemente limpios, revelando un pronunciado escote cuyo contenido amenazaba con liberarse en cualquier momento. - Entonces, ¿cómo te trata la vida, Liz, querida? Espero que tu marido te trate bien. Siempre puedes mudarte conmigo si él ya no quiere nada.

Ella rió y le sonrió a la detective, asumiendo que la vería mucho más seguido en el futuro. - ¿Dos pintas de Buckleys?

- ¿Está de acuerdo, sargento? No lamentaré probarla. Le gana por mucho a esa lager que le gusta tanto.

- Sí, ¿por qué no? Estoy dispuesta a probar cualquier cosa al menos una vez.

- Gracias, Liz. Y dos de tus empanadas gourmet con salsa, cuando puedas.

- Dos pintas de néctar ámbar a la orden. ¿Quieren que caliente las empanadas?

Ambos oficiales respondieron afirmativamente.

- Toma asiento, Grav. Las traeré cuando suene el microondas.

- Gracias, Liz, eres un sol.

Ella volteó a ver a la DS. - Tendrás que aguantar mucho con este. Encantada de conocerte.

- Igualmente.

Los dos detectives se sentaron en la mesa usual de Grav, detrás de la gastada mesa de billar acechada por el recuerdo de Rankin. La DS Kesey sorbió la cerveza, la puso sobre un portavasos mojado, y miró a su jefe. - Entonces, ¿quiere que le re-suma la investigación hasta este punto? Puedo contarle los puntos importantes en orden cronológico, si ayuda.

Grav se llevó el vaso a los labios y vació la mitad del contenido de un solo trago. - Entonces, ¿no quiere jugar dardos? O podríamos poner un poco de música en la rocola y bailar. Metió una mano en el bolsillo interior de su saco. - Tengo cincuenta centavos en algún lado.

- ¿Sabe? Nunca sé si está bromeando o no.

Él vació el vaso y rió hasta que las lágrimas resbalaron por su asoleado rostro. - Estoy bromeando, linda, su cara. Ya no tengo las piernas para hacerlo. Las viejas rodillas ya no están. Ahora, tomemos otro trago, empecemos por el principio y dígame exactamente con qué estamos lidiando.

Ella le entregó el vaso, se sentó y se inclinó hacia adelante recargando los codos en la mesa. - Bueno, ¿qué tanto le dijo la jefa?

- Dos víctimas de asesinato, un supuesto pederasta y el otro sin identificar. Más o menos eso fue. Estoy tratando de ponerme al día. Quiero escucharlo con sus palabras. Mientras más pueda decirme, más contento estaré.

La DS Kesey se sintió contenta de entrar en tema. Contenta de tener la oportunidad de impresionar. Y contenta de tener la oportunidad de compartir la responsabilidad del caso con un oficial más experimentado. Pasó los siguientes quince minutos detallando claramente los avances clave de la investigación, mientras el DI Gravel la escuchaba en contemplativo silencio.

- ¿Eso es todo, entonces?

- Es todo, jefe.

- ¿Otra cerveza?

Ella miró el reloj. - Terminaremos tarde otra vez.

- Entonces, ¿eso es un sí?

- Sólo media cerveza con limonada para mí, por favor. No puedo con tanto líquido.

- Las mujeres y sus vejigas sensibles. Iré por ellos.

- Aquí tiene, Laura.

- Gracias de nuevo, jefe.



Él hizo una mueca de dolor y se masajeó la pierna derecha mientras sus artísticas rodillas se endurecían y se quejaban. - Entonces, los resultados de ADN confirmaron que nuestra cabeza le pertenece al pederasta que llegó de Londres, ¿correcto?

- Así es, jefe. Esta mañana recibí el reporte. El laboratorio apresuró los resultados. Su nombre era Derek Griffiths, antes Rodgers. Se mudó a Londres hace unos años, creció en la zona de Llanelli. Según entiendo, siempre ha trabajado con niños de una forma u otra.

- Sí, tiene sentido. Eso le da a los de su calaña acceso fácil a las víctimas potenciales. Sus decisiones de vida a menudo son guiadas por sus inclinaciones. Es terrible, si uno lo piensa. ¿Ya le avisó a la esposa que está muerto?

Ella asintió en confirmación. - Me encontré con ella una vez y le dije que pensábamos que podía ser él... Ella era una de las niñas en un orfanato en que él trabajó. Parece buena persona, en realidad. Creo que estará bien ahora que él ya no está.

- Seguro se pondrá a dar saltos y volteretas.

La DS Kesey sonrió al imaginar la escena. - Seguro. Debe ser mucho mejor que ganarse la lotería.

- Entonces, ¿ella ya sabe lo de los resultados de ADN?

- No, pensaba visitarla de nuevo a primera hora de la mañana para confirmar la buena noticia, si usted está de acuerdo.

- Sí, no hay problema, mientras más pronto la vea, mejor. Si ella sabe alguna cosa relevante, ¿cree que nos lo dirá?

- Sí, lo creo. Nos dio la computadora sin problemas. Realmente creo que quiere cooperar.

Grav sacó el último habano de un paquete de cinco cuando la bustona camarera recogió los platos sucios con un seductor balanceo de caderas y una sonrisa. - ¿Qué tal la comida?

- Horrible, como siempre, gracias, Liz. Es bueno ver que mantienes el estándar usual del club.

Ella rió mientras se alejaba. - Qué amable que lo digas, Grav. A tus órdenes. Encantada de atenderte.

Encendió un cerillo, prendió el habano y lo chupó, saboreando el golpe de nicotina cuando el humo tóxico llenó sus pulmones. - ¿Qué opina de la amenaza de muerte contra este tipo Griffiths? ¿Cree que hayan sido intenciones serias o solo palabras vacías?

Ella tosió mientras el humo giraba alrededor de su cabeza e irritaba su garganta. - Oh, fue una amenaza genuina. Tuve una larga conversación con un tal DS Connelly, de la Metropolitana, que había tenido que lidiar extensamente con Taylor.

El tipo es un importante criminal con historial de violencia seria: lesiones graves, secuestros, amenazas de muerte, intento de homicidio en una ocasión, aunque lo exoneraron en la corte por falta de evidencia. El caso en su contra parecía sólido. Había sido visto golpeando a un narcotraficante local con un pico: dos piernas rotas, varias costillas fracturadas, ceguera en un ojo, contusiones; pero ambos testigos retiraron sus declaraciones en la corte. Dijeron que la policía los había presionado para fabricar evidencia por una especie de venganza contra el acusado.

- ¿Intimidación?

- Sí, eso fue lo que pensaron los de la Metropolitana. Los riesgos de ayudar a encerrarlo eran demasiado altos. No se les puede culpar, si lo piensa. ¿Por qué poner todo en la raya por un narcotraficante al que ni siquiera conocían personalmente?

- Entonces, ¿dónde está este tipo, Taylor, ahora?

Ella bebió un trago de limonada para aclararse la garganta antes de responder. - Todavía está encerrado por dos años más por otra convicción, pero tiene varios contactos criminales de cuidado. Connelly cree que hay un buen número de gente que habría estado dispuesta a cobrar las diez mil libras. Dijo que hay varios que lo habrían hecho por mucho menos. Parece que dos mil libras es el precio usual en sus rumbos.

- Dos mil. Tan poco. La vida es barata en la gran ciudad. ¿Se le ocurrió algún sospechoso obvio?

- Dijo que lo pensaría y me llamaría si se pensaba en algo útil, pero espero sentada. Tengo la impresión de que un pederasta muerto en Gales no es una prioridad particularmente alta.

Grav asintió dos veces y dio una larga calada al cigarro antes de volver la cabeza y exhalar nubes de humo detrás de sí. - Tal vez el asesino nos hizo a todos un favor. ¿Es que un criminal sexual muerto es tan mala cosa?

- Excepto por el otro brazo.

- Sí, exactamente. Sonrió. - Eso complica bastante las cosas. ¿Alguna idea de la identidad del dueño?

- No hay nada en la base de datos de ADN, las huellas digitales no llevaron a nada, y el tatuaje del brazo estaba tan degradado que el diseño no pudo ser identificado con certeza. La doctora Carter dice que puede haber sido un ancla, pero re-calcó que es más una conjetura que otra cosa. Podemos decir que tenía un tatuaje, pero hasta ahí. No tenemos nada.

- Al menos está pensando por las líneas correctas, linda. Eso es positivo.

- Gracias, jefe.

- ¿Está segura de que este tipo, Connelly, no tenía ideas?

- No, como dije, nada.

- Tengo algunos contactos potencialmente útiles en la Metropolitana. Quizá haga unas cuantas llamadas telefónicas. No perdemos nada.

Ella puso el vaso en la mesa y lo miró a los ojos. - ¿Está bien si me tomo cinco minutos para llamar a mi marido, jefe? Solo para decirle dónde estoy. No quiero que vaya a pensar que me fugué con usted.

Él sonrió. - Eso estaría bien... Sí, por supuesto, yo iré por otro trago.

- ¿Tienen café?

Él soltó una risotada ronca. - A nuestra adorable Liz podría darle un ataque al corazón cuando le pregunte, pero veré qué puedo hacer.

- ¿Todo en orden?

- Sí, no se preocupe. Empezó a preparar té, bendito. Comeré rápido y luego me iré a mi clase en el centro comunitario a las siete.

- ¿Clase de qué, algo para mantenerse en forma?

- Kick-boxing.

Él abrió los ojos como platos. - ¿Qué, esas cosas de Bruce Lee? Es un poco intenso, ¿no? ¿Está segura de que no prefiere algo menos físico?

Ella rió. - He estado practicándolo desde que era una niña. Peleé en competencias algunas veces. *Full contact*. Incluso gané algunas medallas. Fui competidora en el campeonato británico hace unos años. Me encanta. Me mantiene cuerda.

Él agitó la cabeza. - ¿Me está tomando el pelo?

- No, es en serio. Mi papá me involucró en esto cuando estaba en la escuela y me intimidaban. Él solía tener un club. Me dieron la cinta negra cuando tenía dieciséis.

- No más intimidación.

- Paró mucho antes, pero sí, no más intimidación.

Grav tomó un sorbo de cerveza. - Entonces, dígame, ¿qué hace su esposo?

- Es trabajador social.

- Ah, de acuerdo, tengo un par de amigos en el trabajo. ¿Servicios infantiles o de adultos?

- Infantiles. Vino aquí para ocupar la vacante de profesional superior en el equipo de Llandeilo. Ya sabe, para alejarse de la gran ciudad y disfrutar de un ritmo de vida menos acelerado.

- Buena suerte con eso. En todos lados hay mierda, linda. No solo en las jun-glas de concreto de este mundo. Hay mucha menos gente, pero también hay menos de nosotros para lidiar con ellos.

Ella se llevó la taza a los labios antes de devolverla al platito con restos de lápiz labial rojo en el borde. - Gracias por el café. Está sorprendentemente bueno.

- Las maravillas nunca terminan.

Ella sonrió.

- Entonces, ¿qué pasa con la búsqueda?

- Va a tomar dos días más llegar a Caerystwyth, aparentemente. El nivel río todavía está muy alto en este momento, lo que ha hecho que todo el proceso sea mucho más difícil de lo que debería haber sido. Creo que probablemente habrían acabado hoy, de no haber estado inundado.

- Sí, lo vi desde el tren. No podía perderse. La mitad de los campos están cubiertos todavía por medio metro de agua o más. Pasa regularmente en los meses de invierno.

Ella añadió un segundo sobrecito de crema en polvo a su bebida caliente y agitó. - Es lo que me dijeron.

- Entonces no han encontrado nada más de interés, ¿no?

- Todavía no.

- Si lo que queda de los cuerpos llegó hasta el mar, podrían ser arrastrados a cualquier sitio de la costa.

- Sí, eso veo.

- ¿Qué hay de esta maleta deportiva de la que habló? ¿Nos ayuda en algo? ¿Hay manera de rastrear dónde y cuándo la compraron?

Ella negó con la cabeza. - No mucho, para serle honesta, jefe. Es una marca popular que se vende en todas las grandes tiendas deportivas del Reino Unido y de la mayor parte de Europa. El estilo y color en particular han sido tope de ventas. Tan solo en Gran Bretaña se han vendido decenas de miles en un período de ocho años.

- Entonces parece que no nos llevará a ningún lado.

- Eso creo.

Grav se inclinó hacia el frente para apagar su habano en un cenicero negro y dorado antes de relajarse en la silla. - Mencionó una computadora. ¿Qué nos dice eso?

Ella pasó saliva con dificultad y se llevó una mano a los ojos, pues amenazaban con llenarse de lágrimas. - El equipo de tecnología me hizo favor de echarle un vistazo inicial. Todo tenía contraseña pero, al final, la chica que está a cargo logró romperla sorprendentemente rápido. Había usado el primer nombre de la última niña de la que supuestamente abusó antes de irse de Londres. Sheena. La hija de Taylor. Hay literalmente miles de imágenes indecentes de niños guardadas en el disco duro. Algunas que caen

en la categoría más extrema. Violación. Tortura. Tanto de niños como de niñas. Hay algunos bastardos demasiado enfermos allá afuera. ¿Por qué haría alguien cosas tan horribles? ¿Por qué alguien querría ver algo tan abominable?

Él sacó un pañuelo de algodón blanco del bolsillo y se lo entregó. - No lo sé, linda. Creo que es mejor no saberlo. Hace unos años tuvimos un caso con un psiquiatra infantil empleado por el servicio de orientación infantil. Había estado a la cabeza de un círculo de abuso organizado por años. El doctor David Galbraith. Jamás olvidaré el nombre. Estará grabado en mi psique hasta que muera. Puedo decirle que era un sádico hijo de puta. El peor al que he tenido la mala fortuna de encontrar en una larga carrera. Algunas de las cosas que esa escoria y sus amigos pederastas hicieron eran de no creerse. Y los bastardos habían salido de todos lados. Me refiero desde a malvivientes desempleados y sin educación, hasta sabandijas profesionales en puestos influyentes. Algunos de ellos de hecho se mudaban a la zona y otros viajaban varios kilómetros. Y no eran quisquillosos. Abusaban de sus propios hijos, de los de sus compañeros, y de cualquier otro niño vulnerable al que pudieran ponerle las manos encima. La depravación de los bastardos no conocía límites. Niños de todas las edades y ambos sexos manipulados para guardar silencio por medio de violencia física y psicológica. El caso entero fue una cosa horrenda.

- No le envidio ese.

- No hay nada más difícil de tratar si uno tiene una pizca de empatía o sensibilidad. Mi consejo sería concentrarse en encerrar a los agresores. Esa es la clave. No se pierda en los porqués. La enloquecerá si piensa demasiado en ello. Y evite involucrarse emocionalmente, si puede. Es más fácil decirlo que hacerlo, lo sé, pero tiene que intentarlo. Vi lo que esa mierda le hizo a algunos de los oficiales y trabajadores sociales que investigaron el caso. Una de las nuestras vomitaba después de cada entrevista de investigación. Se encontraba en un estado terrible al final. Y hubo una trabajadora social con mucha experiencia que jamás volvió a trabajar. Se fue de incapacidad por enfermedad y no volvió. Algunos de nosotros gritamos, o pateamos algo, o nos enojamos regularmente. Y otros se mueven a otros sitios. Entrenamiento, o puestos gerenciales. Haga lo que tenga que hacer para sobrevivir. Solo recolecte la evidencia, encierre a los bastardos por el mayor tiempo posible y

váyase. Tal vez ese kick-boxing no sea tan mala idea después de todo.

La DS Kesey se había perdido en sus cavilaciones, y se quedó en silencio por un par de segundos, pensando en la intensidad de las palabras de Grav, antes de hablar nuevamente: - El equipo de protección infantil del área de Kidwelly está repasando varias de las fotos y videos. El DS de Jane Prichard le encargó la responsabilidad principal. Ella ya empezó, pero ¿por qué revisarlo todo? Es lo que no puedo entender. Ya sabemos lo que era Griffiths.

- Tiene que hacerse, linda.

- Sabemos que era un depredador pederasta. Pero está muerto. ¿No podríamos dejarlo así y concentrarnos solo en los asesinatos?

Grav tomó un trago de cerveza y lo guardó en la boca, saboreando la levadura antes de tragarlo. - Tiene que recordar que cada una de esas fotos y videos es de un niño o niña real que vivió cosas que ningún niño debería sufrir. No son solo imagenes digitales o en celuloide. Son representaciones de crímenes reales. Crímenes graves contra los inocentes. Tenemos que hacer todo lo que podamos para tratar de identificar a tantos de esos niños como nos sea posible. Necesitan nuestra ayuda. Necesitan nuestra urgente ayuda. Y tenemos que buscar cualquier pista que nos indique las ubicaciones y, más importante, las identidades de los abusadores. Jane es una buena oficial con mucha experiencia relevante. Es hábil. Trabajadora. Dedicada. Si hay evidencia por encontrar, ella lo hará.

Por primera vez, la detective Kesey entendió lo que había querido decir la superintendente. Ignore las muchas obvias fallas del detective inspector y aprenda de él. Parecía que tenía muchísimo conocimiento práctico. Una especie de sabiduría. Una visión clara y sin complicaciones de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Había más de él de lo que había pensado al conocerlo inicialmente. Mucho más. Había un hombre más profundo y considerado detrás de la forzada imagen del tipo descarado que elegía presentarle al mundo.

- ¿Sigue aquí, linda?



- Lo siento, jefe, estaba pensando... Lo entiendo, pero mejor que sea ella y no yo.

- Y yo tampoco. No sé cómo lo hacen a diario. ¿Estuvo Griffiths en contacto directo con alguno de los niños en redes sociales? ¿Locales o no?

- Oh, mierda. No había pensado en eso, para ser sincera.

- Bueno, al menos no es mentirosa. Una buena muchacha directa de las Tierras Medias me parece lo mejor. Hable con Jane en la mañana y pídale que lo priorice. No podemos asumir por qué fue asesinado. Comprendo que el contrato propuesto por Taylor es la teoría más probable, pero no es seguro. Y pídale que explore sus nexos con otros pederastas. ¿No dijo que su esposa mencionó que había estado en contacto con alguien en la zona?

- Sí, lo dijo. Investigaré eso.

- Hay que averiguar quién es ese bastardo y hacerle una visita.

Ella miró su reloj y asintió. - De acuerdo, jefe. ¿Le mencionó la superintendente lo de la conferencia de prensa?

Él vació el vaso y se puso de pie con dificultad, el dolor en sus rodillas aminorado por el alcohol. - No, maldita sea, no lo hizo. ¿Decidió su majestad la fecha y hora? Levantó una mano abierta y la llevó a la cabeza en una burla de saludo militar. - Me quito el sombrero, hago una reverencia y todo eso.

Ella negó con la cabeza y él sonrió. - Le va a encantar esto. Está programada para las dos de la tarde de mañana.

Él se dejó caer de nuevo en la silla, en vez de acercarse a la barra como había querido inicialmente. - Oh, con un demonio. ¿Va a ser el asunto completo, periódicos, televisión, radio, todo el espectáculo?

- Me temo que sí, jefe.

- Y ¿qué carajo vamos a decirles? Tenemos pedazos de dos cuerpos. Una

cabeza y dos brazos. Ambos hombres. Ni idea de quién sea uno, pero el otro es un pederasta. No, no tenemos sospechosos. No, no arrestaremos a nadie pronto. ¿Alguna otra pregunta? No, no sabemos dónde está el resto de los cuerpos. Y sí, ya buscamos. ¿Algo más, antes de que vaya a acostarme a un cuarto oscuro? Sí, somos prácticamente inútiles. Tiene usted razón, señora. Puedo escucharlos reír en este momento.

- Lo siento, jefe. Yo no pude decir nada al respecto. Ella solo me informó que sucedería y yo se lo digo a usted. Así fueron las cosas.

- Habría sido bueno que me consultaran. Es lo único que digo.

- Ella está a cargo, jefe. Ya sabe cómo es esto. Estuvo fuera de mi control.

Él asintió despacio. - Sí, esa es la realidad de la jerarquía policiaca. Ella está a cargo. Y vaya que lo sé. Jamás pierde oportunidad de recordármelo. Tiene todas las certificaciones del mundo. Maestría esto, jodido doctorado aquello, pero al cuerno con la experiencia real y de primera mano. No reconocería a un criminal aunque llegara uno a morderle el trasero. Yo ya estaba arrestando delincuentes cuando ella seguía en pañales.

- No está tan mal, ¿o sí, jefe? Al menos podemos apelar al público para que proporcione información. Pedirles que nos digan si han visto algo que pueda sernos útil. Alguien tiró esas partes en el río. Alguien puede haber visto algo. Nunca se sabe.

Él se puso de pie de nuevo con el vaso vacío en la mano. - No me haga caso, Laura, solo estoy desahogándome. Las cosas cambian demasiado rápido. A veces no reconozco a la fuerza. Soy el último de los mohicanos. El último dinosaurio esperando la inevitable destrucción en un mundo que evoluciona.

- Oh, vamos, no está tan mal.

- ¿Otro café, o se va a tomar un trago decente con el viejo tío Grav?

Ella volvió a mirar el reloj, esta vez más obviamente, y lo miró. - ¿Está

bien si me voy, jefe? Ha sido un día largo y tengo que llegar a mi clase.

- Entonces beberé solo otra vez. Ya debería estar acostumbrado. Así es la vida.

- ¿Está bien, jefe?

- Sí, claro que lo estoy. Vaya a casa con su marido. Espero que él se dé cuenta de lo afortunado que es.

- Oh, sí que lo sabe. Nunca dejo de recordárselo.

- Bien por usted, linda. La veré en la mañana.

- Visitaré a la señora Griffiths antes de llegar, ¿no? Para confirmarle la buena nueva.

- Estaré en la estación todo el día, linda. La veré cuando llegue. Y no se olvide de ponerse sus mejores galas. Va a salir en la tele.

## ***Capítulo 21***

Rebecca Smith estaba sentada desnuda y con las piernas cruzadas sobre el piso cubierto de plástico de su cuarto de matar, con la calefacción de gas al máximo, y repetidamente pinchaba, con la punta de un cuchillo, el torso masculino semi congelado que estaba frente a ella. El tiempo apremiaba otra vez. Se le iba de las manos. Segundo a segundo, minuto a minuto, hora a implacable hora. Ya estaba física y emocionalmente exhausta, y sería otra noche larga. Osito de Peluche tardaba mucho en descongelarse, y no podría quitarle la piel por al menos dos horas o más, sin importar lo mucho que intentara. ¡Maldición! ¿Por qué la vida siempre era tan complicada? Tan retadora. ¿Por qué tantos obstáculos? Todo eso eran pruebas para ella. Esa era la única explicación posible. La cruz que debía cargar.

Balanceó el cuchillo sobre el manchado pecho y se puso de pie con los

pensamientos dando vueltas dentro de su cabeza, cada vez más rápido, sopesando los mismos irritantes dilemas una y otra vez. Su vida estaba en serio peligro de desmoronarse completamente si no se componía. Había sido autocomplaciente. Descuidada, incluso. Y eso, simplemente, no era lo suficientemente bueno. El deshacerse de dos de sus huéspedes anteriores de la forma en que lo había hecho había atraído la atención sobre sus actividades. Había llegado a la televisión y radio galeses, por todos los cielos. Y a los periódicos locales también. Las primeras planas con enormes encabezados. Restos humanos descubiertos en Ferryside. Eso no podía suceder nuevamente. No si quería continuar con su misión. No si iba a poner fin a los delitos. No si iba a proteger a tantos niños como le fuese posible. Él le había quitado la inocencia, y ella les había quitado la vida. No la de todos, por supuesto. Eso no era posible. Eran una plaga. Una enfermedad. Había demasiados como para lograrlo. Pero tantos como le fuese posible. Lo había convertido en el trabajo de su vida. Su razón para vivir.

Rebecca encendió la tetera y se recargó en el borde redondeado de la mesa de la cocina, esperando a que el agua hirviera. Una sección a la vez, eso tenía sentido. El torso esta noche, una pierna mañana, y la otra la noche que seguía. Después se preocuparía por los brazos y la cabeza. Cinco días y habría terminado. Trozos pequeños. Organización, esa era la clave. No abrumarse, y hacerlo todo en un orden lógico y secuencial. El río ya no era una opción viable. No cuando la policía estaba olisqueando por ahí, como hacían tan obviamente. No si quería continuar con su misión. Entonces, ir desechando pedazos pequeños de carne recién cortada por el retrete para que llegaran al drenaje era su siguiente mejor opción. La mierda juntándose con la mierda. Eso podría funcionar. En tanto tuviese cuidado de no tapar las tuberías. Mientras no excediera las cosas. En tanto cortase la carne en trozos lo suficientemente pequeños. Eso, desde luego, no arreglaría el asunto de los huesos. Eso todavía era un reto significativo. Pero estaba lejos de ser insuperable, si se dedicaba a pensarlo un rato más. Lo único que tenía que hacer era utilizar su inteligencia y ser completamente práctica.

Rebecca encendió la radio y escuchó al *disc jockey* anunciar el siguiente álbum con un entusiasmo que contrastaba con la solemnidad de las actividades nocturnas. Romper y triturar los huesos sería difícil, si no imposible. Quizá fuego o ácido harían mejor el trabajo. ¿Qué no John George

Haigh había usado ácido sulfúrico concentrado en los años treinta? Sí, el Asesino de la Bañera con Ácido, eso era. Había visto algo en la tele unos meses atrás. Un documental, o quizá un drama. Pero ¿podría adquirir suficiente sustancia sin atraer sospechas? Tal vez. Lo único que tenía que hacer era investigar. Evitar las prisas. Hacerlo bien. Y el congelador tendría que aguantar, mientras tanto. No era lo ideal, pero no había nada intrínsecamente malo en ello. Por eso tenía cerrojo. Era por eso que había comprado la versión de banquetes, que había sido ridículamente cara y excesivamente grande, en primer lugar.

Puso una bolsita de té herbal en su taza favorita, vertió el agua hirviendo y trató de relajarse mientras el vapor calentaba su rostro. La justa venganza era totalmente agotadora. Todas las complicaciones inherentes exigían una solución adecuada. Había tomado completo control de su vida, dominando sus pensamientos todo el tiempo. El trabajo se había convertido en una desagradable necesidad que proporcionaba información útil ocasionalmente, y que pagaba las cuentas, pero nada más. No tenía tiempo para relaciones. Ni siquiera si hubiese querido una. Y tampoco tenía tiempo para pasatiempos. Pero valía la pena. Eso se dijo mientras añadió unas gotas de agua fría del grifo de la cocina y sorbió su bebida. Su vida estaba dedicada exclusivamente a un propósito crucial. Así funcionaba. La dirección en que los eventos de su vida la habían llevado, como una corriente veloz e irresistible que no podía evitar, aunque quisiera. Quizá en un universo paralelo jamás habría conocido a Sheridan ni a sus desviadas perversiones criminales. Quizá ahí, en ese mundo tan distinto, las vidas de sus padres estaban enteras. Caray, quizá hasta era feliz en ese universo. Estúpidamente feliz con un buen hombre, si es que tal cosa existía, hijos propios, un gato o incluso un amigable perro faldero al que podía consentir con premios y afecto... Pero sí lo había conocido. Bastardo. ¡Ese asqueroso y maldito bastardo! Y las cosas no funcionaban así. No había hallado la felicidad. Ni cerca.

Mientras Rebecca bebía su té de moras, las imágenes en blanco y negro pasaban ante sus ojos como una vieja película que no quería ver. Estaba de vuelta ahí. Una niña nuevamente. Justo como le había pasado tantas veces antes. Una pequeña, confundida e infeliz niña de seis años que había tenido la mala suerte de encontrarse con un monstruo. Una de las muchas bestias depredadoras que no se ocultan en las sombras, sino a simple vista, escondidas tras la máscara de aparente respetabilidad, estatus o encanto

manipulador. Los maestros, trabajadores de la juventud, sacerdotes, empleados de orfanatos, entrenadores deportivos y el resto. Manzanas podridas que, pensó en silencio, podía ser demasiado difícil identificar.

Dejó caer la taza al suelo y de inmediato volvió al presente. Era una mujer adulta de nuevo, en un mundo de adultos que comprendía demasiado bien. Quizá si Sheridan hubiese sido condenado, eso le habría dado algo de consuelo terapéutico. Quizá. Solo quizá. Tal vez si no hubiese desaparecido Dios sabía a dónde, matarlo habría sido suficiente para aliviar su melancólica obsesión con ese breve pero influyente momento en su pasado. Tal vez si hubiese podido rastrear al asqueroso bastardo y hacerlo pagar, eso le habría dado algo de paz duradera. ¿Acaso él se cuidaba de quienes tocaban la puerta? ¿Se cuidaba la espalda? ¿Los fantasmas de sus crímenes pasados lo perseguían tanto como a ella? ¿Como a sus padres? Esperaba que sí. En serio lo esperaba.

Rebecca tomó un suéter tejido a mano del respaldo de una silla de la cocina y se lo puso con urgencia, súbitamente consciente de que temblaba. ¿Por qué no poner la alarma a las cinco de la mañana, tomar un rápido desayuno, y cortar algo del torso antes de irse al trabajo? Eso tenía sentido. No había urgencia real, a pesar de su ansiedad. No era como que él fuera a ir a ningún lado. Probablemente significaría que tendría que limpiar un poco antes de comenzar la carnicería. Pero podía con eso. Lo único que tenía que hacer era usar unas cuantas toallas y arrojarlas a la lavadora después. No sería ni la primera, ni la última vez

Inclinó la cabeza hacia atrás y sonrió, feliz de haber llegado, finalmente, a una solución que le parecía aceptable. ¿Por qué no pasar una media hora en la computadora antes de irse a dormir? Sí, ¿por qué no sentarse, relajarse y revisar de nuevo sus mensajes, cansada o no? Osito de Peluche pronto se iría. Podía deshacerse de las bolsas sucias, las herramientas y todo lo demás. Y el metal no flotaba. Era hora de elegir a su siguiente huésped. De enviar una invitación que no podía ser ignorada. Pero ¿quién? Esa era la cuestión. ¿El carnicero, el sastre, el fabricante de velas? Ah, este se veía interesante. Enamorado. Qué nombre tan ridículo. Parecía tener todas las condiciones necesarias. Una comezón que necesitaba rascarse. “¿Entrarás a mi casa? dijo la araña a la mosca.” Tip tap tip tap. Escribe, Becca. Escribe. Él podría ser.

Podría. Pero había tantos de dónde elegir.

## *Capítulo 22*

Grav se vio reflejado en la gran ventana panorámica del cuarto de operaciones e hizo un último ajuste a su gastada pero muy querida corbata del club de rugby de Caerystwyth. Era un hombre notorio por su sentido de la moda, o la falta del mismo, y el hecho de que no le molestaba en lo más mínimo. Nunca había sido guapo, como a menudo le decía a su esposa en tiempos de antaño. Pero se sentía cómodo en su propia piel, con todo y arrugas. Y no había nada de malo en ello. - ¿Cómo me veo, sargento? ¿Cree que estoy bien para las cámaras?

Ella hizo a un lado el papeleo, levantó la mirada, sonrió y trató de sonar tan sincera como le fuera posible. - Muy elegante, jefe.

Él la miró a los ojos y rió. - Sí, sí, no exagere. No creo que me haya visto muy elegante jamás en la vida. Mi mujer solía decírmelo todo el tiempo. Pasable, quizá, si el deber llama, pero hasta ahí. ¿Tiene un peine que me preste? Solo nos quedan veinte minutos antes del despegue.

Ella buscó en su bolsa de piel y le entregó un cepillo de plástico sin decir palabra.

- Gracias, linda. ¿Cómo le fue esta mañana?

- ¿Con la familia Griffiths?

Él se pasó el cepillo por el corto y escaso cabello entrecano y se lo devolvió casi de inmediato. - Pues sí, ahí estuvo, ¿no?

Ella miró hacia abajo y vio dos pelos grises que contrastaban contra las cerdas de plástico negro. - La visité temprano, antes de la escuela. Le pidió a una vecina que viniera a cuidar a los niños mientras hablábamos en la cocina, con una taza de té.

- ¿Y?

- Estaba contenta por la noticia. No daba volteretas, pero casi. Está pensando en volver a Londres si es que puede encontrar un sitio que pueda pagar. Dice que solo ahí se siente en casa.

- ¿Tiene alguna red de apoyo?

- Tiene una hermana mayor que, según cree, aún vive en la ciudad en algún lado, probablemente, pero no la ha visto en años. Griffiths evitó que tratara de contactarla cuando estaba vivo, pero piensa llamarla si es que puede localizarla.

- Tiene sentido.

- Sí, creo que se mudará tan pronto como pueda. Tal vez algún intercambio habitacional si la asociación de vivienda puede arreglarlo.

- Entonces, ¿no está planeando un funeral? Solo necesitaría un ataúd pequeño, a menos que encontremos al resto de su esposo.

Ella negó con la cabeza. - No creo que suceda. Quiere olvidarlo y seguir con su vida junto con los niños.

Él miró su reloj por tercera vez en menos de media hora y señaló hacia la tetera. - Y no podemos culparla... Yo quiero un café, si va a preparar uno. Ya sabe cómo me gusta.

La DS puso café instantáneo en dos tazas, añadió un chorrito de leche fría a ambas y, finalmente, azúcar, una cucharada rasa para ella y cinco colmadas para su jefe. - Había estado pensando más en la situación. El pederasta con el que mencionó que se encontraba su marido. Cree que su nombre es Peter. Recuerda que Griffiths salió de casa tarde una noche hace unas semanas, bastante enojado y diciendo que iría a casa de Peter a buscar compañía decente.



- ¿Qué tan segura estaba del nombre?

- Ella cree que un ochenta por ciento o más.

- ¿No hay apellido?

- No. Intenté presionarla, pero no se le ocurrió nada. Estoy segura de que no trataba de obstruir la investigación.

- Hable con Jane y cuéntele la situación. Si hay un pederasta supuesto o conocido que se llame así en esta área, ella seguro sabrá de su existencia.

Ella vertió el agua hirviendo, agitó y le entregó su taza con una sonrisa. - Aquí tiene, jefe. Puede poner la cuchara de pie en el líquido, si lo intenta.

- Gracias, linda, se aprecia.

- Llamé a la unidad de protección infantil desde el coche, de hecho. Jane había salido, pero la DS que estaba a cargo cree que sabe de quién habla Lucy. Hay un Peter Harrington con un cargo de abuso sexual que vive a menos de veinte minutos a pie de casa de los Griffiths. El niño tenía ocho años en el momento del abuso. Harrington era voluntario en el club de jóvenes de la iglesia.

- Bueno, es útil saber eso. Quizá le haga una visita sorpresa yo mismo. Veamos qué puede decirnos con un poco de estímulo.

## **Capítulo 23**

La detective superintendente en jefe ya estaba esperando al frente de la sala de conferencias, sentada directamente atrás de dos mesas unidas, cubiertas con impecables manteles blancos, cuando Grav abrió las puertas, con su recién nombrada DS siguiéndolo de cerca. Se detuvieron momentáneamente al toparse con una lluvia de flashes de cámara y fuerte ruido de conversación,

pero pronto tomaron sus sitios junto a la jefa. Grav miró a su alrededor y pensó que el evento le recordaba a otra conferencia similar no hacía mucho. Y, tal como entonces, la superintendente había decidido ponerse el recién lavado uniforme de gala, en vez de su ropa usual, con pulidos botones plateados en un descarado intento por dejar una buena impresión en los representantes de los medios que aullaban en busca de la próxima gran historia. Cualquier cosa que pudiera impactar positivamente. Cualquier cosa que pudiera ayudarla a subir, centímetro a centímetro, por el palo encebado hasta la cima. Jamás perdía oportunidad.

La superintendente Davies se puso de pie y encaró a la concurrencia mientras que el DI Gravel y la DS Kesey se quedaron sentados a su lado. ¿Por qué demonios el detective no se había esforzado un poco más? Bastaba ver el estado de sus malditos zapatos. ¿No había oído hablar del abrillantador? Pero al menos su cabello estaba razonablemente peinado, para variar. Había que estar agradecida por eso. - Bueno, si pudieran por favor guardar silencio, les presentaré al panel y comenzaremos.

Esperó a que la conversación disminuyera gradualmente y habló de nuevo, enunciando con claridad cada palabra en su educado acento del sur de Inglaterra. - Soy la detective superintendente en jefe Hannah Davies, quiero darles la bienvenida a todos al cuartel de la Policía de Gales Occidental. El caballero que se encuentra a mi izquierda es el detective inspector Gareth Gravel, como algunos de ustedes ya saben, y sentada a su lado se encuentra la detective sargento Laura Kesey, que se unió a nosotros de la fuerza de las Tierras Medias. El propósito de la reunión de esta tarde es ponerlos a ustedes al día con los avances en el caso, hasta donde las restricciones de la investigación lo permitan. Puede que haya preguntas que seamos incapaces de responder en este momento por razones operativas, pero dicho eso, estoy segura de que el inspector aclarará las cosas a su satisfacción.

Una vez que hubo terminado con las presentaciones, volvió a su asiento y frunció el entrecejo mientras el inspector Gravel se ponía de pie despacio, ayudándose con la mesa, y miraba alrededor de la habitación por segunda vez con un inflexible giro de la cabeza. Oh, estaba segura, ¿no? Si lo estaba, era mucho más de lo que él sentía. Tal vez ella debía dar la jodida charla. A ver si eso le gustaba. Había que mantenerlo corto y dulce. Eso quizá era lo mejor.

Atenerse a los hechos básicos. Vamos, Grav, muchacho, termina con esto.

Tosió, aclarándose la garganta, y comenzó a hablar con una ronquera de fumador que a veces era difícil comprender, incluso con excelente oído. - Como estoy seguro la mayoría, si no es que todos ustedes, saben ya, los restos parciales de dos hombres adultos fueron hallados en el estuario del Towy, en Ferryside, por una doctora local en estos días. Estamos tratando ambas muertes como supuestos asesinatos, y estamos llevando a cabo una investigación.

Se aflojó la corbata, descansó el peso en el borde de la mesa y esperó a que el parloteo resultante se aplacara de nuevo antes de continuar. - Las investigaciones han identificado a la primera víctima como un tal Derek Griffiths, antes conocido como Rodgers, hombre caucásico de cabello oscuro, compleción y estatura medias, que residía en el área de Kidwelly hasta el momento de su muerte, habiéndose mudado allá desde Londres en los meses recientes. El señor Griffiths fue visto vivo por última vez el once de este mes. Sus restos parciales fueron hallados en una maleta deportiva de plástico verde con marca negra; la DS Kesey ahora les mostrará una foto de ella.

Miró cómo la DS encendía un proyector de diapositivas sobre el escritorio, y mostró una imagen grande y clara de la bolsa en el muro a sus espaldas.

- Gracias, sargento. Hablaré un poco más de la bolsa más adelante. Caminó despacio alrededor de la mesa y se paró frente a ella, a no más de un metro de la primera fila de periodistas. - La identidad de la segunda víctima, otro hombre adulto de piel blanca, de estatura un poco menor, quizá 1.67 o 1.70 metros, es aún desconocida. Se está investigando al respecto. Se inició una extensa búsqueda del río y la zona del estuario, y se completará en algún punto de este día. No se ha hallado otra cosa de importancia hasta ahora. ¿Alguna pregunta, antes de que continúe?

Un curtido periodista, que conocía demasiado bien tanto al inspector como a la superintendente, levantó la mano y esperó a que hubiera silencio. - ¿Por qué no está aquí el comisario en jefe? No estará de nuevo en el club de golf, ¿o sí? Me han dicho que pasa más tiempo allá que acá.

El DI Gravel le dirigió una furibunda mirada mientras el público estallaba en carcajadas, y concentró su atención en la superintendente. - ¿Quiere responder a eso, señora?

La superintendente permaneció sentada, esperando a que las risas se calmaran antes de ponerse de pie. No tenía idea de dónde estaba el jefe, pero no podía decir eso. No si quería asegurar su siguiente ascenso. - El comisario en jefe está atendiendo negocios urgentes. Por supuesto que lo pondré al tanto de los avances en cuanto la conferencia de prensa haya terminado.

Esta vez el mismo reportero de la prensa sensacionalista se puso de pie. - Es más de lo mismo. La misma mierda evasiva. Casi lo mismo que dijo la última vez. Tampoco estuvo aquí para la conferencia de prensa del asesino en serie, ¿o sí? ¿Tengo razón? Cinco chicas muertas y él no se molestó en aparecer. Creo que menos lo hará por dos hombres sin importancia. Parece que se está convirtiendo en un hábito.

El rostro de la superintendente estaba poniéndose rojo, sus sentidos entraron en un estado de sobreestimulación por la adrenalina cuando su respuesta de pelear o escapar hizo la entrada. Este periodista en particular no era sino predecible. Siempre buscaba algo para criticar. Cualquier ángulo para destruir y vender unos cuantos periódicos. - Señor Brown, sí es el señor Brown ¿no?

- Sí. ¿Cuál es su respuesta? Mis lectores quieren saber. Exigen saber.

Qué individuo tan molesto. - El propósito de esta tarde es concentrarse en la investigación de dos asesinatos. Soy la cabeza del Departamento de Investigación Criminal de la fuerza, y el detective inspector Gravel es el oficial líder en la investigación del caso. Somos perfectamente capaces de responder las preguntas pertinentes a este caso. Quiero dejar completamente claro que nuestras respuestas se limitaran exclusivamente a ese fin. No tengo absolutamente ninguna intención de que se me distraiga con otros asuntos que no están relacionados y que, al final del día, no nos ayudarán a atrapar al asesino. Hay dos hombres muertos. Es nuestro trabajo encontrar a la persona que los mató. El hecho de estar discutiendo asuntos que no están directamente relacionados con la investigación no ayudará al proceso. Voy a

ceder nuevamente la palabra al DI Gravel, y les pediré que las siguientes preguntas se limiten a los temas que se relacionan directamente con la investigación, y nada más. Espero que les haya quedado claro a todos.

Grav se sintió inclinado a darle un sonoro y entusiasta aplauso cuando volvió a sentarse con una oscura y taciturna expresión en el rostro, pero resistió la tentación y de nuevo recorrió la habitación con la mirada. Así es que parecía que ella ya tenía los pantalones bien puestos. Él quizá lo habría dicho en términos más burdos, pero ella había dicho lo necesario, y bien por eso. Las cosas se veían mejor. - ¿Alguien tiene alguna otra pregunta que valga la pena responder antes de que siga?

Una joven periodista con cabello morado miró a Grav a los ojos y habló, pronunciando cada palabra con un nasal acento de Gales del Norte que le recordó a sus vacaciones de infancia en Snowdonia. - Algunos de los locales de Ferryside dicen que se halló la cabeza de un hombre decapitado, y que tenía algo grabado o escrito en la frente. ¿Puede confirmar eso, por favor?

- Eso no es algo que pueda discutir en este momento por razones operativas.

Ella sostuvo la mirada. - Entonces, ¿es cierto? Los locales parecen creerlo.

Grav agitó la cabeza y se aflojó un poco más la corbata. - ¿No me entendió la primera vez, linda? No es algo que pueda confirmar ni negar... ¿Alguna otra cosa antes de que siga? ¿No? Entonces continuó. Giró, dio un solo paso a la derecha, y miró directamente a la lente de una cámara de televisión de la BBC de Gales, tan cerca que casi podía tocarla. - Apelo al público para pedir que contacten a la policía con urgencia si tienen cualquier información que pueda asistirnos con las averiguaciones, sin importar lo insignificante que pueda parecer.

Levantó una mano, señaló primero a la DS Kesey y luego al proyector frente a ella. - Mi equipo puede ser contactado las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, al número telefónico que aparece en el muro detrás de mí. También pueden contactar a su estación de policía local, si así lo prefieren. No hay diferencia. Si alguien ha visto a alguien arrojar o poner

algo en el río o el estuario en las semanas recientes, quiero saberlo. Si alguien ha sido visto cargando algo en la misma área, que pudiese haber sido una parte del cuerpo, llamen de inmediato. Ya vieron una fotografía de la bolsa. ¿Han visto a alguien con una maleta que encaje con la descripción? ¿Alguien tenía una igual y que desapareció? ¿Alguien ha estado actuando de manera extraña o interesándose demasiado en el caso? Si tienen alguna sospecha, sin importar su naturaleza, quiero escucharlas. No duden, solo llamen. Nadie les dirá que nos hacen perder el tiempo. Dejen que la policía decida si la información vale la pena.

La superintendente Davies se puso de pie cuando Grav hizo una pausa, recuperando el aliento y jadeando ligeramente. - A menos que alguien tenga más preguntas con respecto a la investigación, creo que podemos agradecer al DI Gravel y terminar con los procedimientos.

- No he terminado.

Ella se volvió para mirarlo. - ¿No?

Él negó con la cabeza. - No, señora.

Ella se quedó de pie, repasó la habitación sopesando los ánimos, y dijo, - Parece que el DI Gravel tiene algo que añadir. Lo miró con una acerada y molesta expresión, pero resistió la tentación de señalar el reloj de pulsera. - No les quitaremos mucho tiempo más.

Grav esperó a que se sentara nuevamente antes de dirigirse otra vez a la concurrencia. - Ya hablamos del hecho de que ambos cuerpos fueron desmembrados después de la muerte. Eso requiere herramientas adecuadas, tiempo y esfuerzo. Habría habido mucha sangre. Si alguien ha sido visto con lo que podría ser sangre en la ropa, contáctenos de inmediato. Incluso si se trata de un familiar. Incluso si creen que es la última persona que podría estar involucrada. Si no hacen nada, y vuelve a matar, ustedes serán parcialmente responsables. Hizo una nueva pausa y sintió presión en el pecho. - Y finalmente, si alguien tiene alguna idea para que podamos identificar a la segunda víctima, queremos saberlo. Ahora, ¿hay alguna pregunta final antes de que le pida a la superintendente que termine con la conferencia?

Un periodista sentado en la parte trasera se puso de pie y dijo, - Sí, no es una pregunta, pero hay algo. Me dijeron que alguien encontró una pierna humana en la playa en Pendine poco antes de esta reunión.

El DI Gravel llamó a la superintendente que caminaba rápidamente en dirección a su oficina con las notas en la mano. - Bueno, eso salió bien.

Ella se detuvo, dio media vuelta y lo miró con una expresión de odio que podría haber desarmado a hombres menos capaces. - Asumo que esa es su idea de sentido del humor.

- ¿Por qué demonios dimos una conferencia? ¿A qué idiota se le ocurrió la genialidad? Emitir un comunicado de prensa, pedir la ayuda del público, sí, eso está bien, pero esta farsa no nos hizo ningún favor. No teníamos absolutamente nada nuevo que decir. Quedé como un completo imbécil. ¿Qué estaba pensando, niña?

Ella entrecerró los ojos dando un paso hacia atrás y mirándolo con odio. - Tal vez ordenar que volviera de Barbados no fue buena idea después de todo. Yo tendría mucho cuidado con lo que digo si fuera usted, inspector. Voy a tolerar muy poca mierda irrespetuosa antes de levantar un cargo disciplinario en su contra. No vaya a pensar que sus años de servicio y el afecto general que le tienen en la fuerza me detendrán de pensionarlo en un parpadeo. ¿Le queda claro?

Él la miró, respirando pesadamente, con la presión sanguínea alcanzando niveles potencialmente peligrosos mientras se mordía la punta de la lengua y se tragaba las palabras.

- ¿Nada más que decir, inspector? ¿No? Bueno, si ya terminamos, sugiero que encuentre algo constructivo que hacer con su tiempo. Tiene un asesino que atrapar. ¡Póngase a trabajar!

Él dio la media vuelta y se alejó, murmurando burdas obscenidades por lo bajo.

Cuando ella entró al elevador y presionó el botón apropiado, tenía el ceño fruncido y estaba más enojada de lo que había estado en un buen rato. Él era irrespetuoso, objetable, molesto y, lo peor de todo, y como si no fuera lo suficientemente malo, tenía razón.

## *Capítulo 24*

Rebecca sintió un súbito arrebato de alarma mientras estaba sentada en su pequeña y anticuada cocina, con una taza de té herbal en las manos, y miraba el largo reporte sobre la conferencia de prensa de esa tarde por el noticiero vespertino de la BBC de Gales. Era un caso de alta prioridad. Eso había dicho más de una vez la presentadora de cabello oscuro, como si quisiera provocarla a ella y solo a ella. Parecía que la policía no se detendría ante nada para atrapar al asesino. Para atraparla y encerrarla para siempre.

Ahora sentía el corazón latir en la garganta. Podía escucharlo. Y por un momento, mientras luchaba por respirar, pensó que quizá moriría ahí, en ese momento. Solo colapsaría y respiraría por última vez, con los huesos desnudos de Osito de Peluche tirados en el cuarto de matar para que cualquiera entrase y los descubriera. ¿Se estaba volviendo loca? ¿Perdía la razón? ¿Era eso lo que estaba pasando? O ¿su reacción estaba completamente justificada, dadas las circunstancias? Eso se preguntaba mientras su cabeza comenzaba a golpear y martillar, como si algo intentara romper su cráneo desde dentro con un mazo.

Se inclinó hacia adelante, subió el volumen de la televisión al máximo y gritó a todo pulmón, sintiéndose un poco mejor casi de inmediato. Sí, sí, por supuesto que estaba justificado. No debía ser tan dura consigo misma. ¿En qué estaba pensando? Sus actividades jamás habían sido sometidas a un grado tan intenso de atención antes. Era la historia principal. Televisión, radio y todo lo demás. Y el DI Gravel era un detective experimentado con una excelente reputación a pesar de sus fallas anteriores. Esa era presión. Presión verdadera. El tipo de presión intensa que no había vivido antes.



Gritó otra vez al comprender por completo las implicaciones potenciales de la investigación. Tenía que ser más cuidadosa. Se había deshecho de dos cuerpos eficiente y efectivamente, pero luego se descuidó. Se había vuelto autocomplaciente. Demasiado. No había puesto pesos en las partes del cuerpo. No las había embolsado usando piedras para que no flotaran a la superficie. Había sido estúpido. Muy estúpido. Casi imperdonable.

Rebecca sorbió el té caliente y colocó la taza de vuelta sobre la mesa de pino mientras el programa terminaba. No era tanto la posibilidad de que la atraparan la que la perturbaba tanto. Una sentencia en prisión no le provocaba ningún miedo en particular. Era el hecho de que su misión esencial llegaría a una prematura conclusión lo que la preocupaba. Había matado a cinco, que ya era algo, pero cinco no estaban ni cerca de ser suficientes. No cuando había tantos niños en peligro. No cuando había tantos depredadores allá afuera en el gran mundo malvado para cazar y erradicar. Si ellos eran la plaga, ella era la cura. ¿De qué serviría si estaba encarcelada? Sería casi tan inútil como ellos.

Su respiración se había calmado un poco y se limpiaba el sudor de la frente con la manga del suéter, dejando una pequeña mancha húmeda en el puño. Tal vez debía apresurar un poco las cosas. Quizá debería contactar a Enamorado de nuevo e invitarlo a la casa tan pronto como se deshiciera de los restos del cadáver. Sí, eso tenía sentido. Pero ¿qué hacer con los huesos? Los brazos, las piernas, el torso y la cabeza. Los drenajes no eran una opción viable. Significaría semanas de trabajo. Cortar y cortar y cortar otra vez, hasta que cada uno de ellos fuese tan pequeño como para arrojarlo al retrete. Era una tarea demasiado pesada como para considerarla siquiera. Era imposible. Y el río, su tan conveniente basurero de elección, sería una opción de alto riesgo de ahora en adelante. La gente la estaría buscando, mirando con ojos entrometidos y listos para interferir. Listos para saltar y atraparla a la primera oportunidad. Otro indeseable obstáculo en su aparentemente insuperable mundo de infortunios.

Se puso de pie y arrojó la taza vacía al fregadero de acero inoxidable, rompiéndola en pedacitos. Tenía que pensar en una forma alternativa de deshacerse de los cuerpos, y pronto. Una alternativa que fuera práctica, a la vez que minimizara los riesgos de ser detectada. No había tiempo para

retrasos. No había tiempo para la inactividad. ¿Qué tal el jardín? Estaba lejos de ser ideal, pero al menos era un cementerio convenientemente ubicado. Un cementerio sin deudos. Sin funerales. Sin lágrimas. Sí, le gustara o no, el jardín tendría que servirle.

Rebecca se sentó y esperó hasta precisamente las tres de la mañana antes de apagar todas las luces de la casa, abrir la puerta trasera con dedos temblorosos, ponerse un buen abrigo de invierno, y salir al jardín con una expresión decidida en el rostro. Se paró al borde del pasto por unos segundos, permitiendo que sus ojos se adaptaran a la limitada luz, y luego revisó la escena bajo la pálida luz amarilla de una media luna envuelta al menos parcialmente por oscuras nubes, aparentemente buscando dominar el cargado cielo.

Miró a ambos lados, caminó al centro aproximado del jardín y giró despacio, en busca de cualquier indicio de luz eléctrica o fisgones matutinos en alguna de las casas vecinas. Repitió el proceso por segunda vez, girando despacio, muy despacio, hasta que finalmente quedó satisfecha de que, a excepción de un perro que aullaba en algún punto lejano, los residentes de Caerystwyth estaban profundamente dormidos, soñando, e ignoraban su existencia. Tal como lo había querido. Tal como lo necesitaba. La hora era la adecuada. Era momento de poner manos a la obra. Hora de terminar.

Rebecca tomó una pala de su atiborrado cobertizo, se acercó a la más larga de las tres jardineras ubicadas en la orilla más alejada de la casa, se abrochó el botón superior del abrigo contra el entumecimiento decembrino y comenzó a cavar, cavar, cavar, con movimientos cada vez más frenéticos y menos efectivos de la herramienta. Era trabajo duro. Mucho más duro de lo que había anticipado. El suelo era considerablemente más firme por las bajas temperaturas, y en quince minutos más o menos, ambas manos estaban ampolladas y ella sudaba profusa-mente, y apestaba a pesar del frío y la escarcha.

Se detuvo súbitamente, descansando por un par de minutos con la esperanza de recuperar las fuerzas. Las muy necesarias fuerzas. Fuerzas que indudablemente necesitaría para completar el trabajo de esta noche. Osito de Peluche tenía mucho que responder. No había causado sino problemas en

vida y, ahora, en la muerte. Ojalá jamás hubiera nacido.

Se agachó, descansó el torso en el mango de la pala y miró los resultados de su labor. ¡Mierda, mierda y más mierda! Había progresado. Eso era cierto. Pero el agujero apenas era lo suficientemente profundo y largo para enterrar una pierna, ya no digamos un cuerpo humano entero. Volvió a bajar la mirada, y recorrió de izquierda a derecha y de regreso, sopesando sus limitadas opciones y sintiéndose al borde de las lágrimas mientras la enormidad de la tarea se le presentaba. Tal vez podía enterrar ambas piernas en el hoyo. Sí, eso tenía sentido. Y luego hacer lo más que pudiera antes de que la luz del amanecer pusiera un inevitable fin a sus actividades nocturnas. Si eso significaba dejar una parte de los restos exactamente en donde estaban para otro día, que así fuera. No se iban a ir caminando. Era cuestión de enterrar lo que pudiera esa noche, y luego continuar desde ahí. Exhausta o no, tenía que seguir. Vamos, Becca. Comienza a cavar, mujer. Otros quince minutos y podría preparar las piernas.

Respiró profundo, inhalando por la nariz y exhalando por la boca, antes de aferrar el cada vez más abrasivo mango de la pala con más fuerza, enderezarse y continuar trabajando con energías reforzadas, nacidas tanto de una creciente sensación de pánico que aumentaba en su interior como de la estoica decisión y el razonamiento interno. ¿Y qué si le tomaba dos o hasta tres noches deshacerse de los restos? Sería decepcionante, muy decepcionante. Eso tenía que admitirlo. Pero lo haría al final. Eso era lo que contaba. Eso era lo importante. Sí, seguramente el hedor de la descomposición en la casa se convertiría en un problema conforme pasaran las horas, como había sucedido algunas veces antes. Casi seguramente el aromatizante de ambientes no sería suficiente como había esperado antes. Tal vez serviría si lo rociara en cada habitación de la casa, impregnando las alfombras y cortinas. Sí, eso quizá ayudaría. Valía la pena intentarlo. O tal vez salpicar generosas cantidades de aceite esencial por el lugar. Un poco por aquí y por allá. Algo realmente penetrante, como eucalipto o menta. Eso quizá funcionaría. Tenía un poco en algún lado. En fin, volvería a eso más tarde. Ya era suficiente introspección. Era hora de redoblar esfuerzos. Hora de concentrarse. Hora de ponerse a trabajar.

Miró hacia abajo, al poco profundo hueco a sus pies, luego a sus manos

rojas y ampolladas y luego al hoyo nuevamente. El hielo brillaba como un millón de joyas pequeñas sobre la oscura tierra a la luz de la luna. El suelo era como concreto y parecía endurecerse minuto a minuto. Eso no era bueno. Para nada bueno. Unos cuantos centímetros más y tendría que servir.

Rebecca decidió ignorar el dolor en las manos por el mayor tiempo posible, y siguió cavando por veinte minutos o más, antes de finalmente decidir que no podía seguir. Todo ese esfuerzo y solo había logrado un par de centímetros más. El cuerpo le dolía por una combinación del esfuerzo físico y la baja temperatura. Jamás se había sentido tan mal. Jamás se había sentido tan absolutamente deprimida. Una noche de por sí desagradable estaba convirtiéndose en una pesadilla. No, se *había* convertido en una pesadilla. ¡Había, había, había! Eso era lo que se decía. No podía haber sido peor.

Miró hacia el cielo, arrojó la pala al suelo y se agachó para recoger dos piedras pesadas de la base desigual del agujero. Quizá, solo quizá, las dos piernas cabrían ahí juntas, cómodas y calientitas si les rebanaba la mayor cantidad de carne posible. Sí, eso podría funcionar. No era el hombre más grande del mundo. Lejos de serlo, de hecho. Solo había una manera de averiguarlo. Inténtalo, Becca. Solo córtalas una a la vez y arrójalas ahí. Cabrían o no. Era tan sencillo como eso.

Rebecca volvió a la casa y se sentó en el suelo del cuarto de matar en la tenue y vacilante luz de una sola vela. Al tomar el cuchillo y picar con la punta de la navaja el muslo de una de las piernas de Osito de Peluche, que iba descongelándose poco a poco, recordó que en *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, Shylock exige una libra de la carne de Antonio. Las palabras se habían convertido en acciones, sus acciones, y era hora de que Osito pagara. Había una extraña belleza en todo esto. Eso pensaba mientras evaluaba la escena. Una oscura belleza que le agradaba.

Rebecca usó todo su peso y fuerza para encajar la navaja profundamente en la pierna. No hasta el hueso; la carne aún estaba demasiado congelada para eso. Pero cerca. No era perfecto, pero el tiempo apremiaba. Tendría que bastar.

Se desnudó e hizo una breve pero necesaria visita al baño de arriba antes de

continuar con su trabajo, utilizando una lamparita nocturna para vendarse cada mano y asegurar cada una con tiras de cinta adhesiva. Miró hacia abajo, satisfecha con sus esfuerzos, y decidió que las semanas que había pasado estudiando primeros auxilios cuando era una jovencita finalmente habían servido de algo. Quizá todo pasaba por una razón. Tal vez todo conducía a este preciso momento. Sí, probablemente así era. Estaba cumpliendo con su propósito; con su destino.

Miró al espejo sobre el lavabo antes de salir del baño de baldosas blancas, y decidió que se veía cansada. Tal vez trabajaría por un par de horas más y así lo dejaría. Tenía que pensar en su trabajo diario. Tenía que ser capaz de funcionar con razonable competencia para mantener la credibilidad profesional. Y entonces se le ocurrió. ¿Qué diablos diría acerca de sus manos? ¿Qué tal si alguien sospechaba? ¿Qué si alguien empezaba a hacer preguntas que no podía responder? Después de todo, era la policía.

Mientras bajaba las escaleras, rió y su preocupada expresión fue reemplazada por una ancha sonrisa. ¿De qué diablos se preocupaba? Sí, eran oficiales de policía. Incluso detectives. Pero la mayoría de ellos no podía hallar el propio culo con las manos. Si pudieran, no la necesitarían. No tendría que pasar tanto tiempo haciendo lo que, al final del día, era el maldito trabajo de ellos. La sonrisa se convirtió en una mueca burlona cuando entró al cuarto de matar y se sentó junto a Osito, con las piernas cruzadas. ¿Qué tan difícil podía ser? Había logrado rastrear a los torcidos bastardos con facilidad. Tip tap, tip tap, era lo único que había necesitado. Solo utilizó la más sutil prueba de inocencia y vulnerabilidad, y los babeantes cerdos habían venido corriendo más rápido de lo que sus pies permitían. Había sido tan sencillo como quitarle un dulce a un bebé. Más fácil incluso. Los había atrapado. Los hacía pagar. Entonces, ¿por qué diablos la policía no hacía lo mismo? No tenían excusa. Ninguna. Era una abominación.

Ahora lloraba, las cálidas lágrimas rodaban por sus mejillas mientras su pecho se elevaba y ella jadeaba, tratando de recuperar el aliento. La policía tenía los recursos, la experiencia, el entrenamiento y mucho más. Y les pagaban lo suficiente. En contraste con ella. Entonces ¿por qué no hacían más? ¿Por qué no los arrestaban a todos? Seguramente podrían hacerlo, de haberlo querido. Si fuera una prioridad para ellos. Quizá les faltaba

motivación. Tal vez los niños no eran lo suficientemente importantes ante sus ojos. Sí, eso debía ser. Ineptos y tontos. No habían vivido lo mismo que ella. La brutal destrucción del valor propio. Eso podía explicarlo. Sí, sí, eso era. Para ellos era solo otro crimen. No lo habían vivido. Simplemente no eran ella.

Rebecca apretó el mango del cuchillo con ambas manos vendadas, lo levantó por encima de su cabeza y lo encajó con fuerza en el pecho expuesto de Osito con un grito animal, antes de ponerse de rodillas y repetir el proceso, una, y otra, y otra vez, antes de dejarse caer exhausta junto al cadáver, con sudor fresco brillando sobre su cuerpo.

Se sentó de nuevo mientras su respiración se calmaba, y miró alrededor de la habitación a la pálida luz amarilla de la vela. Tip tap, tip tap. Era hora de arrojar la siguiente red. Hora de atraer a Enamorado a su trampa.

Asintió, contenta de haber llegado a una decisión satisfactoria. La asquerosa rata moriría. Si el jardín se convertiría en el lugar del último descanso, que así fuera. Él podía hacerle compañía a Osito de Peluche para toda la eternidad. Qué bien por ambos. Dos iguales. Depredadores que se habían vuelto presa. “¿Entrarás en mi casa? dijo la araña a la mosca. Es la casa más bonita que hayas visto.”

## *Capítulo 25*

El DI Gravel había hecho una búsqueda en la Computadora Nacional de la Policía antes de visitar la casa de Peter Harrington y, al parecer, el ingeniero de costos de cincuenta y cuatro años de edad de hecho tenía dos condenas por abuso sexual, en vez de solo una, como había dicho la DS Kesey tras su reciente conversación con la unidad de protección infantil. Grav leyó detenida e interesadamente los reportes del caso, y vio que ambas ofensas habían sido contra menores. Un niño de apenas ocho años de edad y otro de once. Harrington había sido voluntario en dos clubes juveniles de la iglesia por varios años, sin duda llevado a ello por sus aberrantes necesidades y deseos. Finalmente había sido atrapado cuando la más joven de sus dos víctimas reveló una serie de ofensas cometidas por Harrington bajo el pretexto de llevar al niño a su casa. El segundo niño finalmente había levantado la voz, después de haber visto un reporte que relataba la condena de otro criminal sexual, que no estaba relacionado con Harrington y que había aparecido en la primera plana de un semanario local. Al parecer había sido un momento crucial. Una revelación. De pronto, en ese instante, el niño se había dado cuenta de que podía hacer algo, a pesar de que Harrington insistía lo contrario. Las autoridades escucharían. Actuarían según la declaración. Y lo mejor, todo eso pararía.

Grav sacó un pañuelo de papel del bolsillo del pantalón, se sonó ruidosamente la nariz y escupió una gran flema verde antes de arrojar el papel al bote de la basura a un lado de su escritorio. Dos condenas y el asqueroso bastardo solo había pasado cuatro meses en prisión, en total. Increíble. Las cortes eran un completo chiste. Libertad condicional y tratamiento psicológico la primera vez, y una sentencia de ocho meses en prisión la

segunda, de los cuales cumplió solo con la mitad. Parecía que la terapia no había funcionado. No era sorprendente. Los hombres como Harrington eran lo que eran. Hacían lo que hacían. ¿De qué podía servir la terapia, sin importar lo bien intencionada que fuera? ¿Podía transformar a un hombre heterosexual y hacerlo gay? ¿O hacer que uno gay se hiciera heterosexual? No, claro que no se podía. Era cosa de expertos que no eran expertos para nada.

Tomó el teléfono, marcó y esperó unos treinta segundos antes de que el detective oficial Mike Lee finalmente respondiera en una oficina al otro lado del edificio. - Hola, Mike, habla Gareth Gravel. ¿Tú investigaste el caso Harrington? Kidwelly, hace un par de años. Abuso sexual.

- Hola, jefe, ¿qué tal las vacaciones?

Grav tosió, aclarándose la garganta de nuevo antes de responder. - No tengo tiempo para esa mierda ahora, Mike. Podemos tomarnos una cerveza y ponernos al día en otra ocasión. Solo responde la jodida pregunta.

- Algunas cosas nunca cambian. Impaciente como siempre.

- Entonces ¿qué respondes?

- Sí, conozco el caso. Todavía vive en Kidwelly y trabaja en Llanelli, hasta donde sé.

- ¿Qué clase de tipo es él?

- Bueno, obviamente es un pedazo de mierda. Eso ni decirlo. ¿Está buscando algo en específico?

- Conoces el caso en el que estoy trabajando. Griffiths. La cabeza que hallaron en el Towy. Parece que estuvo en contacto con Harrington poco antes de morir. Parece que tenían mucho en común, siendo ambos pederastas y todo eso. Estoy pensando en hacerle una visita hoy más tarde, y aplicar un poco de presión. Quiero ver qué tiene que decir.



- Bueno, tiene sentido.

- Estoy buscando un ángulo. ¿Hay alguna vulnerabilidad en particular que pueda usar? Algo que lo ponga a la defensiva y lo haga querer confesar.

- Ah, de acuerdo, ya entiendo lo que busca. La pasó bastante mal en prisión, si eso le sirve de algo.

- Puede ser. Cuéntame más.

- Le pusieron algunas golpizas. Dos costillas rotas, la nariz fracturada, perdió los dientes frontales. Básicamente es un pelele debilucho que no sabía defenderse. Según me dijeron, en cuanto llegó se sometió como un mariquita. Los demás prisioneros escupían en su comida, se burlaban de él, robaban cosas de su celda cuando les daba la gana. Finalmente levantó una queja oficial ante el director y nombró a tres después de que una mañana lo atraparon y lo violaron en las regaderas comunales. Pasó el resto de su sentencia en confinamiento solitario por su propia seguridad. Algo me dice que no le darán ganas de volver pronto.

- Bueno, eso podría serme útil. ¿Tengo razón al asumir que no tiene historial de violencia contra adultos?

- No, para nada. No lo veo como sospechoso de los asesinatos, si es lo que está preguntándose.

- No, solo exploro todas las opciones... ¿Está casado?

- Lo estaba hasta la segunda condena, y ella finalmente entró en razón y lo dejó. Es maestra en Haverfordwest. O al menos lo era la última vez que hablé con ella. No entiendo por qué tardó tanto tiempo deshacerse de él.

- Entonces vive solo, ¿no? ¿No tiene novia, inquilinos ni nada?

- No hasta donde yo sé.

- ¿Hay alguna otra cosa que deba saber?

- ¿No fue suficiente? Creo que es todo, para serle honesto, jefe. Puedo ir con usted, si eso ayuda. Estoy seguro de que me recordará. Nunca se sabe, quizá así hable más fácilmente.

Grav negó con la cabeza, decidiendo que eso era lo último que quería o necesitaba. El oficial se atenía demasiado a las reglas para su gusto. - Na, está bien, gracias, amigo. Ya soy un muchacho grande. Puedo encargarme de esta. ¿A qué hora será más fácil hallarlo en casa?

- Normalmente está ahí a las seis y media entre semana, según recuerdo. Tengo su número telefónico por aquí, si le sirve.

- Dame un segundo, buscaré otra pluma. Esta ya no pinta.

- Bueno, Mike, adelante. Soy todo oídos.

El oficial recitó el número, esperó a que Grav lo leyera de vuelta y dijo, - También tengo el número del trabajo, si lo quiere.

- Na, ¿por qué advertirle al maldito? Iré esta noche de camino a casa y le daré una linda sorpresa.

- Bueno, jefe, estaré aquí toda la tarde. Llámeme si necesita algo más.

El DI Gravel pasó el resto de la tarde buscando entre montones de papeleo inútil, y sintió como si una pesada fuerza física hubiese sido levantada de su pecho cuando se dirigió a la cafetería del cuartel poco antes de las cinco de la tarde. Ordenó un desayuno, que servían todo el día, y una taza grande de café con leche a la cocinera de uniforme blanco que estaba en el mostrador, quien lo miró con una odiosa expresión que no dejaba dudas de su desagrado.

- Oh, carajo, Grav, podrías haber venido en un mejor momento. Estaba a punto de bajar las cortinas e irme a casa a descansar. - Oh, vamos, linda. Me estoy muriendo. Solo esta vez, ¿eh? Te invitaré una bebida.

Ella lo miró a los ojos y suspiró. - Esta es la última vez. Ya sé que no sirve que te lo diga. Asegúrate de no llegar más tarde de las cuatro y media la próxima vez si quieres una comida caliente. Si llegas más tarde, tendrás que

conformarte con un sándwich.

Él sonrió y le entregó un puñado grande de monedas de cobre de las que estaba gustoso de deshacerse. - Siempre me dices lo mismo, linda.

- Soy demasiado suave para mi propio bien, y tú te aprovechas.

- Eres un ángel, Gloria. La mejor cocinera de Caerystwyth. Y que nadie te diga lo contrario.

Ella se volvió, sacó los ingredientes necesarios del refrigerador y empezó a cocinar. - Sí, sí, seguro. Al nivel de MasterChef, mínimo. Ahora dime, ¿ya atrapaste al asesino?

- Todavía no, linda.

- Bueno, apúrate, maldita sea. ¿Qué haces aquí, perdiendo mi tiempo, cuando tienes un asesino que atrapar?

Él decidió no responder esta vez y se sentó a solas, esperando su comida. Ella tenía un punto, pero él tenía que comer.

Grav se sentó de nuevo en la silla de su oficina, levantó el teléfono y llamó a casa de Peter Harrington. El teléfono sonó seis veces antes de que escuchara una desconocida voz masculina con acento de Gales Occidental decir, - Hola. El DI sonrió y colgó el teléfono. El pedazo de basura estaba en casa. Era hora de moverse.

Solo le tomó unos veinticinco minutos llegar a la casa de Peter Harrington, de cuatro habitaciones, ubicada a las afueras de Kidwelly, a pesar de que una densa niebla gris entraba desde el mar y envolvía todo a su paso. Estacionó el hatchback con la mitad sobre el pavimento y la mitad sobre la acera, casi frente a la casa, apagó el décimo habano del día y salió a la nublada oscuridad de la tarde. Parecía que a Harrington le había ido bien. Más que bien. Una casa grande y costosa con un auto alemán de lujo casi nuevo estacionado en la entrada daban al lugar la equivocada imagen de respetabilidad de clase media-alta. Grav observó en silencio que, en esta ocasión, las primeras

impresiones eran muy poco confiables. Y justo cuando creía que el pedazo de escoria no podía desagradarle más.

Grav escuchó claramente un aria clásica que reconocía pero no podía identificar cuando tocó la puerta principal una y otra vez cada vez con más fuerza, hasta que la música se detuvo de pronto.

Harrington se asomó por entre las cortinas de terciopelo y maldijo por lo bajo mientras su presión sanguínea comenzaba a elevarse más y más rápido. Incluso con la limitada visibilidad, notaba que el obeso hombre de mediana edad que golpeaba tan insistentemente a su puerta tenía policía escrito por todos lados. Harrington no podía identificar exactamente qué era lo que le había llevado a esa conclusión, pero jamás había estado tan seguro de algo en su vida. Era un policía. Un policía sin uniforme, seguro. Pero un policía de todos modos. Un policía gruñón con rencor contra el mundo. Un policía deleitándose con su autoridad. Un policía que venía por él. ¿Qué demonios quería? ¿Qué diablos pasaba esta vez? Lo que fuera, no sería bueno. ¡Mierda! ¿Acaso algún día lo dejarían en paz? Este policía en particular no iba a rendirse fácilmente.

El DI Gravel siguió tocando, más, más y más fuerte, golpeando la puerta con el canto del puño cerrado. - Abre, Harrington. Es la policía. Puedo tumbar tu maldita puerta si quieres. ¡Abre, pederasta! No queremos molestar a tus elegantes vecinos, ¿o sí?

Peter Harrington corrió al recibidor tan rápido como sus piernas podían llevarlo, se deslizó hasta detenerse sobre el piso de parquet, levantó el teléfono y marcó urgentemente el número de emergencia de su abogada. Vamos. Vamos... No hubo respuesta. Por favor, contesta, por favor, contesta. ¡Seguía sin haber respuesta!

Se quedó mirando la puerta mientras Grav dio la media vuelta, se inclinó hacia adelante y la pateó como una mula con la suela del zapato, haciéndola temblar violentamente en el marco. ¿Abría o no? ¿Qué hacer? ¿Qué diablos debía hacer?

Por uno momento o dos, Harrington consideró seriamente escapar por las

puertas del patio y esconderse en algún sitio del jardín, pero el policía solo volvería. Lo sabía demasiado bien. Siempre volvían con las sirenas encendidas y las luces azules parpadeando.

Harrington respiró profundo, se cerró el botón superior de la camisa, enderezó la corbata de seda, pasó una mano por el recortado cabello y se acercó despacio a la puerta, deseando que el suelo se abriera y se lo tragara completo. ¿Cómo la jugaría? Vamos, Peter, espalda derecha, cara valerosa. Mira al cerdo a los ojos, sostén la mirada, habla de tu abogada y niégale la entrada. Ese era el mejor enfoque. Era el único enfoque. Gales todavía era un país relativamente civilizado. Tenía derechos, tuviese o no antecedentes criminales. ¿Por qué no hacer completo uso de ellos?

Harrington estiró el brazo, hizo una pausa, y luego giró la perilla rápidamente, antes de que pudiera cambiar de opinión. Temblaba casi sin control cuando enderezó el cuerpo y miró al detective, fingiendo indignación con sorprendente eficacia dadas las circunstancias. - Asumo que tiene alguna identificación, oficial.

Grav sonrió, sacó su credencial de identificación del bolsillo interior del saco y la levantó a nivel de ojos, apenas a unos centímetros del enrojecido rostro de Harrington. - Soy el detective inspector Gareth Gravel, de la policía de Gales Occidental. No le voy a caer muy bien.

Harrington pasó saliva y se preguntó por qué sentía la boca tan seca. Calma, Peter, calma. - Cumplí mi condena. No he hecho nada malo desde que salí. No tengo razones para hablar con usted. Si quiere entrevistarme de nuevo por alguna inexplicable razón, quiero a mi abogada presente. No hablaré sin ella. Conozco mis derechos.

- Ah, conoces tus derechos. Seguro que sí. Los de tu calaña *siempre* conocen sus derechos. Pero me importa una mierda. ¿Entendiste? No tienes nada. Podemos hablar aquí o en la casa. Pero de cualquier forma lo haremos ahora.

- ¿Tiene una orden de cateo?

Grav soltó una carcajada ronca y dio un paso al frente, colocando el pie en

la puerta cuando Harrington intentó cerrarla de golpe, pegándole a la rodilla derecha del detective en el proceso. Grav gritó y se arrojó hacia adelante, chocando con la puerta parcialmente abierta y tirando al otro hombre, que cayó de espaldas en el suelo.

El DI se frotó la rodilla, entró en el iluminado recibidor y cerró la puerta con fuerza detrás de sí. - Ponte de pie, miserable pederasta. Necesito información, y tú vas a dármela.

Harrington se arrastró hacia atrás, retirándose lo más rápido que podía sin ponerse de pie. - No puede hablarme así. Soy un hombre importante aquí. Tengo influencias. Tengo contactos.

Grav caminó despacio hacia adelante, se inclinó, tomó a Harrington por el frente de la camisa a rayas azules y blancas y lo puso de pie, antes de girarlo cuarenta y cinco grados y meterlo a la fuerza a una sala de generosas proporciones que reflejaba afluencia y mal gusto a gritos. - Oh, creo que verás que puedo, Peter. Tú tienes el traje caro, el peinado hacia atrás, la casa grande y el auto elegante, pero sigues siendo solo una repugnante sabandija. Ni todo el dinero del mundo puede ocultar tu peste. Yo puedo hablarte como me de la gana.

El DI arrojó a Harrington sobre un sillón individual convenientemente ubicado y se paró sobre él, muy cerca, jadeando mientras sentía crecer la presión en el pecho. - Háblame de Derek Griffiths.

Harrington lo miró, sopesando sus limitadas opciones. ¿Qué tanto sabía el cerdo? Tal vez todo y tal vez nada. Quizá estaba tratando de pescar con muy poca carnada. Negación. Declárate ignorante. Valía la pena intentarlo. - No tengo absolutamente ninguna idea de quién me habla. Ese nombre no significa nada para mí.

Grav se movió con sorprendente velocidad y agilidad para un hombre de su edad y rolliza complexión. Lanzó el brazo hacia atrás y lo trajo de nuevo al frente, abofeteando con fuerza a Harrington. - No me hagas preguntar de nuevo, pederasta. No soy un hombre paciente.

Harrington abrazó las rodillas contra el pecho y miró de nuevo al oficial con expresión asombrada en el rostro, mientras los recuerdos de prisión volvían a él. - ¡Es un oficial de policía, no puede hacer eso!

Grav agitó la cabeza despacio, sonrió y lo abofeteó de nuevo. Más fuerte esta vez. - Maldito llorón. Tal vez ahora sí entendiste el mensaje. Háblame acerca de tu relación con Derek Griffiths. No te lo preguntaré de nuevo.

Harrington temblaba, se encogía repetidamente, sudando y tratando con urgencia de decidir cuál sería la mejor manera de aplacar al lunático oficial sin involucrarse en el proceso. - Lo reportaré. Levantaré una queja formal.

Grav inclinó la cabeza hacia atrás, soltó una carcajada ronca, se aclaró la garganta y escupió en el rostro del hombre. - Me invitaste a entrar a tu impresionante casa y me atacaste. Sin previo aviso. Sin razón. Sin provocación. Y yo actué en defensa propia. Temía por mi vida. Eras como un hombre salvaje. Una bestia. ¿Empiezas a entender, Peter? Sería mi palabra contra la tuya. La palabra de un respetado y condecorado policía de alto rango por un lado, y la de un pederasta convicto por el otro. Creerán lo que yo les diga que deben creer.

- Por favor, no conozco al hombre. No puedo decirle algo de lo que no sé nada.

El DI apretó el puño derecho y lo colocó sobre la mano izquierda. - Me estás mintiendo, Peter. No estoy contento. En cualquier momento te resistirás al arresto y tendré que darte una puta paliza. Es algo para lo que soy bueno. Excelente, de hecho. ¿Qué te parece? Tal vez sea buena idea que empieces a cooperar.

Harrington parpadeó cuando una sola gota de sudor bajó por su frente. Era hora de empezar a compartir información, dentro de los límites de lo razonable. Debía decir tan poco como pudiese para zafarse y sacar al cerdo lunático de ahí tan pronto como le fuese posible. - Bueno, sé quién es Griffiths, y sé que está muerto. Sé que lo asesinaron y lo tiraron en el Towy. Vi el reporte de noticias del caso, pero no lo conocía personalmente. Es lo que quise decir. No conocía al tipo.

Grav se sentó directamente frente a su entrevistado y lo miró con expresión confundida por unos segundos antes de hablar nuevamente. - Qué montón de mierda. ¿Por qué lo niegas, Peter? Sé que lo conocías. Sé que venía de visita. Sé que pasaban tiempo juntos haciendo las cosas que a ustedes los asquerosos pederastas les gusta hacer con su tiempo. ¡Lo vieron aquí! Un testigo confiable nos dio una declaración escrita al respecto. Quiero saber qué se traía Griffiths entre manos. Quiero saber con quién más estaba en contacto. Adultos. Niños. Todo el panorama. Eso debería estar claro hasta para ti.

Harrington bajó las rodillas y se inclinó hacia adelante en el asiento, tratando de parecer confiable y creíble. Respiraba con más dificultad ahora, y estaba al borde de las lágrimas. - De acuerdo, mire, vino a la casa una vez. Solo una. ¡Honestamente! Escuchó que yo había estado en prisión. Escuchó acerca de la naturaleza de mis convicciones, pero le dije que se largara y no volviera. No lo quería aquí. Estoy tratando de evitar recaer. No necesito esa clase de compañías.

Grav se quedó en silencio por unos segundos, mirando a Harrington hasta que este desvió la mirada. - ¿Por qué las sabandijas mentirosas como tú siempre tienen la necesidad de hablar de su honestidad cuando no son para nada sinceros?

- No estoy mintiendo.

- Esuché que no la pasaste particularmente bien en prisión, Peter.

- Tratan a los animales mejor que eso.

Grav miró alrededor de la habitación. - ¿Acaso las instalaciones no llegaban a tus estándares? Tal vez esperabas un spa, una cómoda cama tamaño king y un mayordomo que te arropara por las noches.

La fachada de Harrington se desmoronó cuando un chorro de orina empapó sus pantalones. - ¿Por qué diablos está hablando sobre prisión? No puedo volver. Nunca volveré. Preferiría morir. Me suicidaría. *¡Por favor,* tenga piedad! He hecho todo lo que me han pedido. Cumplí mi condena. Estoy



trabajando. Estoy pagando impuestos y no he vuelto a tocar a un niño, ni una sola vez.

- Una mierda. Lo único es que no te han atrapado. Es todo. Dio unas palmadas al bolsillo del pecho del saco y sonrió. - ¿No sería una pena si registrara la casa y hallara algo de pornografía infantil oculta en algún sitio? En tu habitación, quizá. Eso tendría sentido. Te arrestarían y te encerrarían antes de lo que canta un gallo, con todos esos rudos convictos que no pueden estar en sus casas para proteger a sus hijos de la mierda como tú. Imagínate. Sería peor que la última vez. Mucho peor. Podría decirle a los guardias que desvíen la mirada. Que te abandonen en medio de la manada. Visualízalo, Peter. Hazlo una imagen mental grande, brillante y sonora. Te golpearían mucho más fuerte de lo que yo te golpeé. No durarías mucho, ¿o sí?

Ahora lloraba, dejando que las lágrimas fluyeran. - Por favor, n-no, no puedo volver. S-se lo ruego, no puedo volver.

Grav inclinó la cabeza a un lado, se llevó una mano a la cara y dio tres golpecitos en la punta de la nariz. - Estoy investigando dos asesinatos. Solo dime lo que necesito saber y me iré de tu vida para siempre. No volverás a saber de mí, garantizado. A mí me parece que es un buen trato. - ¿Se irá? ¿Me dejará en paz? Si coopero, me dejará en paz, ¿sí?

Grav se inclinó hacia adelante en el asiento, imitando a Harrington y asintiendo dos veces. - Es lo que dije. Garantizado. Solo dime la verdad y me iré.

- ¿Me da su palabra?

El DI se estiró y estrechó firmemente la mano de Harrington. - Ayúdame y yo te ayudaré. Así funciona esto. Me importa una mierda en qué hayas estado metido. Solo quiero atrapar a un asesino.

Eso era. Tal vez se podía razonar con el cerdo después de todo. Había que intentarlo. Darle lo que pedía. Había muy poco que perder. - Derek vino a la casa poco después de haberse mudado aquí desde Londres. Habíamos estado en contacto en línea. Lo invité a venir. Usó mi internet. Vino dos veces más

después de eso, pero fue todo. Esa es la verdad.

- Eso estuvo mejor. Finalmente estás cooperando... ¿Estuvo en contacto con alguien más con intereses similares a los de ustedes? Quien sea.

Harrington se jaló la corbata varias veces. - No que yo sepa. Él tenía miedo. Mucho miedo. Era obvio. Estaba tratando de ser discreto.

- ¿Asustado de qué, exactamente?

- No sé si sea cierto, pero decía que un mafioso de Londres estaba buscándolo. Dijo que había ofrecido una recompensa financiera a quien lo matara. Al principio creí que eran puras mentiras, pero luego lo encontraron muerto. Bueno, ya sabe a qué me refiero. Yo no lo habría dejado acercarse a este sitio si hubiese creído que decía la verdad.

- Oh, la amenaza era real, sin duda. Tal vez el asesino luego vendrá por ti. ¿Lo has pensado?

Harrington quedó boquiabierto.

- ¿Alguien había estado vigilándolo? ¿Había visto cualquier cosa sospechosa? ¿A alguien que lo siguiera? ¿Algún auto desconocido estacionado cerca de su casa?

- Veía asesinos potenciales en todas partes la última vez que lo vi. Jamás había visto a alguien tan nervioso. Ni siquiera en prisión. Empecé a creer que el pobre diablo estaba paranoico.

- Entonces hacia el final el miserable se estaba cagando. Qué bueno. Eso me da muchísimo gusto.

Harrington no respondió.

- Pero ¿no mencionó nada específico?

- Lo siento, no. No tengo nada más que ofrecerle.

- ¿Estás seguro?

- Si supiera algo más, se lo diría. En serio que sí.

- ¿Qué hay de los niños? ¿Estaba en contacto con algún niño local que tú supieras? Estamos revisando los archivos de su computadora, así que mentirme no sería una buena idea. Siempre puedo volver.

Harrington se abrazó e hizo un gesto de dolor, contrayendo el rostro. - ¿Encontraron la computadora de Derek?

- Es lo que dije. No me gusta tener que repetir las cosas.

- Siempre estaba en línea: redes sociales, juegos, salas de chat cuidadosamente seleccionadas, autolesión, suicidio, desórdenes alimenticios, ese tipo de cosas. Buscaba a niños vulnerables. Niños o niñas, no le importaba. Y era bueno. Solía alardear de que podía identificar a una víctima adecuada segundos después de haber revisado sus publicaciones, y aislarlos de amigos y familia casi tan rápido como lo otro. Era realmente listo.

Grav jamás había sentido tantas ganas de golpear a alguien en su vida, pero de alguna forma se contuvo. El maldito estaba soltando la sopa. Ya le llegaría la hora. Pero, por ahora, su cooperación bastaba. - Entonces, ¿estaba en contacto regular con algún niño en particular?

- Oh, sí, un par de niños preadolescentes en el sur de Inglaterra, en algún sitio que le gustaba particularmente, y una niña de primaria local que parecía ser como una favorita. No estoy seguro de cuántos años tenía. Ocho, quizá nueve.

Grav respiró profundo y contó despacio hasta tres en su mente. Se sentiría muy bien estrellar el puño en la repugnante garganta del animal. ¿Qué putas le pasaba a esta gente? - ¿Dices que definitivamente había una niña local?

Harrington asintió. - Oh, sí, sin duda. Me dijo que había quedado de verse con ella.

- ¿Cuándo, exactamente?

Hizo una pausa antes de contestar, ansioso por dar la respuesta adecuada. - Debe haber sido poco antes de que lo hallaran muerto.

- ¿No puedes ser más específico?

- Lo siento, no. Lo sería si pudiera. Estoy haciendo mi mejor esfuerzo.

Grav se sentó en el borde de la silla. - Entonces, ¿cuál era el nombre de la niña? Necesito un nombre.

Harrington miró a la distancia, sin concentrarse en nada específico. - Lo siento, no puedo recordarlo. No creo que lo haya mencionado siquiera.

- Oh, con un carajo. ¿En serio esperas que me crea esa mierda?

- Es la verdad. Nada más que la verdad.

- Pero ella vive en la zona, ¿no? ¿Estás seguro de eso?

- Oh, sí, en algún sitio en Caerystwyth. Apostaría mi vida.

- ¿Hay alguna otra cosa que puedas decirme de ella? Cualquier cosa.

Harrington negó con la cabeza. - Ya le dije todo lo que sé. Respondí a todas sus preguntas. No puedo hacer más. Me dejaré para que siga con mi vida, ¿no? Como dijo.

Grav se puso de pie con dificultad, lo miró a los ojos y sonrió brevemente. - Aprecio tu cooperación, Peter. No tienes nada de qué preocuparte. No sabrás de mi de nuevo. Cuando hago un trato, lo cumplo.

El DI Gravel se sentó en el asiento del conductor con el motor de diésel encendido, y solo tuvo que esperar unos segundos antes de que el detective oficial Mike Lee tragara el último bocado de su lasaña casera y respondiera al teléfono. - Hola, Mike, perdona que te moleste en casa, amigo.

- No hay problema, jefe. ¿Cómo le fue con Harrington?

Grav encendió la calefacción y se burló. - Es una repulsiva sabandija.

El oficial asintió. - Sí, es una forma de describirlo. ¿Qué puedo hacer por usted? Asumo que esta no es una llamada social.

- Harrington estaba mezclado con Griffiths hasta el momento en que lo mataron. Había estado en su casa en más de una ocasión. Me lo dijo él mismo.

- Bueno, entonces sigue en las mismas.

- Sí que sigue. No es de sorprender. Habla con el sargento de guardia y pasen por casa de Harrington mañana temprano con dos oficiales uniformados acompañándolos. Lleguen cuando el bastardo todavía esté metido en la cama, cómodo y calentito. Digamos, cinco y media a más tardar. Quiero que confisquen cualquier computadora y cualquier cosa que pueda incriminarlo, y las traigan a la estación. Busquen muy bien y presiónenlo un poco. Por lo menos estará violando su licencia. Encerrémoslo de nuevo.

- Lo haré, jefe. ¿Quiere entrevistarlo usted?

- No, está bien, Mike. Lo dejo en tus manos. Avísame más tarde si encontraste algo interesante.

- ¿Estará todo el día?

- Sí, estaré por ahí en algún lado... Ah, y una cosa más antes de que te deje en paz. Asegúrate de hacer mucho ruido cuando hagas el arresto. Arrástralo esposado hacia la patrulla. Quiero que todos sus vecinos despierten y vean lo que pasa. Conviértelo en un evento público. Enciende la sirena si es necesario.

- ¿Es realmente necesario, jefe? ¿No es suficiente con destrozarle la vida?

- Solo sigue mis órdenes, Mike, sé un buen muchacho.

## **Capítulo 26**

Rebecca apretó el teléfono con una mano y pensó si debía marcar. El viento había cambiado de dirección, de este a oeste, el reciente clima de invierno se había vuelto más templado como resultado, y Osito de Peluche estaba muerto y enterrado. Bueno, la mayor parte de él. Había algunos trozos suyos que viajaban por el sistema de drenaje.

Rebecca sonrió mientras se imaginaba a sí misma dándole pedazos de Osito a un gato vagabundo que algunas veces se metía al jardín. Al menos había tenido un propósito útil al final. Había contribuido. Finalmente había hecho algo que valía la pena. El gato tenía la panza llena. Y quizá Osito había sido un amante de los animales.

Miró el teléfono con el dedo sobre el teclado. Era importante recordar que había gente buena en el mundo. Gente como su mamá. Gente como su papá. No todos carecían por completo de empatía y virtud. Vamos, Becca. El deber llama. Era mejor terminar con eso de una vez. Había pasado un buen rato. Era hora de llamar.

- Hola, mamá, habla Becca. ¿Cómo estás?

Forzó una frágil sonrisa, cerró los ojos por un instante y se imaginó a una sonriente niña de cinco años sin una sola preocupación en el mundo. - Hola, querida, qué bueno escuchar tu voz de nuevo. Acá es lo mismo de siempre, con papá como está. ¿Vienes para Navidad? Ya casi es. En serio nos gustaría verte de nuevo. Y podrías traer a tu novio si quieres. Todavía no lo conocemos.

La expresión de Rebecca se endureció. - Está de vuelta en Estados Unidos visitando a su familia. Creí que ya te lo había dicho.

- ¿Se fue otra vez? Y en Estados Unidos. Dijiste que estaba en Londres la última vez que hablamos.

- Si digo que está en Estados Unidos, ahí es donde está.

- Bueno, mayor razón para que vengas a casa con nosotros. No querrás estar sola en Navidad. Haré un buen pavo con todo y guarniciones, como antes. Te gustaría, ¿no?

Apretó los dientes y buscó una respuesta. - Me gustaría, pero viene un amigo a quedarse unos días. Un muchacho que conocí en la universidad. Todos lo llamaban Enamorado.

Janice Smith se limpió una lágrima. - Oh, eso está muy bien, ¿fue tu novio?

Rebecca rió ante la ironía. - No, no le gustan las mujeres. Solo somos amigos, nada más.

- Oh, un amigo gay. Qué bien. Podrías traerlo también. Hay suficiente espacio.

- No va a querer ir.

Ella sacó un pañuelo desechable del bolsillo y se limpió el rostro. - ¿Tiene sentido que suplique?

- Ninguno.

- Bueno, entonces déjame ir a visitarte. Estamos muy cerca. Podría pedirle a la tía Myra o a Olive que cuiden a papá una hora o dos, y te visitaré para charlar un poco. Te gustaría eso, querida, ¿cierto? Podría llevar tus regalos. Ni siquiera te hemos dado el del año pasado.

Rebecca agitó vigorosamente la cabeza, comenzando a pensar que no había sido buena idea llamar. - No quiero que veas la casa hasta que esté terminada. Ya te lo he dicho. Quiero que esté perfecta cuando vengas. ¿Puedes entender

eso?

- Siempre la misma respuesta. Siempre el mismo razonamiento. Has estado diciendo eso por más de dos años, Becca. No me importa cómo se vea tu casa. Solo quiero verte a *ti*. Eso es lo único que me importa. Te lo he dicho antes.

- Te diré cuando esté lista. Y ni se te ocurra llegar sin invitación como hiciste el año pasado. No te dejaré entrar, incluso si estoy aquí, que probablemente no.

Agachó la cabeza y habló entre las lágrimas. - N-no lo entiendo, querida. Nos v-vemos muy poco últimamente. Eres prácticamente una e-extraña. Solíamos ser cercanas, ¿no? Una vez, no hace mucho.

- Eres un recuerdo del pasado. Una luz en medio del escenario. ¿No lo entiendes? He estado pensando en Sheridan. Soñé con él anoche otra vez. Vivía de nuevo en esta zona, y se burlaba de mí, presumiendo su libertad, haciendo mi vida más miserable de lo que ya es. Fue demasiado real, mamá. Demasiado real. Desearía poder borrar las memorias y empezar de nuevo, desde el principio. Sabes a qué me refiero. Como si nunca lo hubiese conocido.

- Oh, no, otra vez esto. No de nuevo. Es más de lo mismo. Eres tan extremista. Subes o bajas en un instante. Estás tan lista para aferrarte a la tristeza y regodearte en el pasado. Pero los sueños no son reales. No son la vida. Sheridan ya no está. No sabemos a dónde se fue, pero se fue. Eres joven, saludable, tienes un buen empleo y un novio. Solo piensa en eso y olvídate de él. Lo que sucedió fue horrible. Verdaderamente horrible. No debería haber sucedido. Pero no dejes que él destruya el resto de tu vida. No lo dejes ganar.

Su rostro se contrajo en un gruñido animal mientras golpeaba la pared más, y más, y más fuerte. - ¿Qué, quieres decir, como hiciste tú? ¿O como hizo papá? ¿Acaso ya olvidaron? ¿Acaso siguieron con sus vidas y caminaron sonrientes hacia el atardecer?



Janice Smith aspiró una bocanada del inhalador de asma. - No, no lo hicimos. Dejamos que nos consumiera. Especialmente papá. Pero ¿a dónde nos llevó? ¿A dónde lo llevó a él? Está acostado allá arriba como un vegetal, siendo alimentado por un tubo de plástico. Alla fue a donde lo llevó. Nunca se perdonó por lo que él veía como no haber podido protegerte. Varias veces le dije que no era su culpa. ¿Cómo podría haberlo sabido? ¿Qué podría haber hecho distinto? ¡Nada! Se lo dije una, y otra, y otra vez, hasta quedar sin aliento. Pero ¿hizo alguna diferencia? Un verdadero hombre habría destrozado a Sheridan, eso es lo que me dijo. Un verdadero hombre se habría vengado y aceptado las consecuencias.

- Tal vez tenía razón. Me gusta pensar que yo lo habría hecho, de haber tenido la oportunidad.

- ¿En serio crees que no quería vengarse? ¿Crees que no lo pensó? El detective Gravel lo disuadió de hacerlo. Yo lo disuadí. La policía nos decepcionó, Becca. La ley nos decepcionó. El sistema fue quien nos falló a todos, ¡no papá!

- Entonces ¿por qué no pudo seguir con su vida? ¿Por qué no pudo dejarlo atrás? ¿Por qué no pudo olvidar?

- Porque es como tú. Demasiado parecido. No podía dejarlo ir mucho más que tú.

Ella no respondió.

- Mira, querida, lo único que hicimos fue mandarte a clases de ballet. Eso fue todo. Habías estado pidiéndolo mucho tiempo. Pensamos que estábamos haciendo algo bueno. Una cosa positiva. ¿Cómo podríamos haber sabido el tipo de hombre que era Sheridan? Parecía agradable. Tenía buena reputación. Todos los certificados necesarios. La gente incluso decía que era genial con los niños. Le salía natural. Una de las otras madres de tu escuela me lo recomendó personalmente. ¿Qué podríamos haber hecho distinto?

- Tal vez todavía esté allá afuera en algún sitio, dando clases de ballet, y todo lo que eso conlleva, a otra niñita. Otra niñita como yo. ¿Lo has pensado,

madre? ¿Se te ha pasado por esa cansada cabeza?

- Sí, lo he pensado. Muchas más veces de las que quiero recordar.

- Entonces, ¿por qué no estás haciendo algo?

- Vamos, Becca, es tarea de la policía el atrapar a hombres como Sheridan, no para la gente como tú o como yo. Tenemos que seguir con nuestras vidas lo mejor que podamos. En serio es hora de que hagas eso.

Se jaló el cabello y comenzó a balancearse rítmicamente. - Pero ¿te gustaría matarlo si tuvieras la oportunidad? En serio quiero saber. Necesito saber.

- Bueno, si quieres escucharme decirlo. Todavía me gustaría que castigaran a Sheridan. Me gustaría verlo en la corte y encerrado para siempre.

- Vaya, eso es nuevo. Un poco de honestidad, para variar.

- Sigues presionando.

- Pero ¿has hecho algo al respecto? ¿Has intentado siquiera hacer que suceda?

Se dejó caer al suelo, estirando el cordón del teléfono al máximo. - Pero ¿qué podría hacer? Nada. Nada de nada. Vi al detective Gravel en el supermercado unos meses después de que abandonaron el caso. Fingió no reconocerme al principio, pero no iba a dejar que se saliera con la suya. Caminé hacia él y le toqué el hombro. No le gustó. Pude ver la decepción en su rostro cuando se volvió hacia mí y dijo algo como, "Ah, hola, señora Smith. No la había visto." Sabía que me había visto. Estaba segura. Jamás había estado tan segura de algo en mi vida. Miró hacia donde estaba yo y me vio a los ojos por una fracción de segundo antes de retirar la mirada urgentemente.

- Entonces, ¿qué pasó después? ¿Qué hiciste? ¿Qué le dijiste?

Respiró profundo, jalando el aire hasta el fondo de los pulmones antes de responder. - Me paré muy cerca de él, casi como para tocarlo, bloqueando su ruta potencial de escape, y lo miré con ojos acusadores. “¡Nos decepcionó, sargento! Quiero que lo sepa.” Eso fue lo que le dije. De frente. En el supermercado, donde cualquiera habría podido escucharme regañarlo como a un niño en la escuela.

- ¿En serio solo hiciste eso?

- Para mí significó algo.

- Y ¿te dio alguna explicación? ¿Tuvo algo valioso que decirte, o decirme a mí?

Se quedó en silencio un momento, contemplando el pasado y visualizando los eventos en su mente antes de hablar de nuevo. - No, de hecho no. Me dio un montón de disculpas y arrepentimientos aparentemente genuinos. Estaba lleno de odio justificado contra la falla del sistema, tal como yo. Eso fue lo que tuvo el valor de decirme. Nadie lamentaba la falla en la condena de Sheridan más que él. Nadie. ¿Puedes imaginar mi reacción? Acepto que estaba decepcionado, incluso enojado, pero ¿tanto como *yo*, tanto como *tú*, tanto como *papá*? ¡De ninguna manera! Todas las cosas que dijo me sonaron a excusas.

- ¿Eso fue todo? ¿En serio ese fue el pináculo de tus esfuerzos en nombre de tu única hija?

- Hice lo que pude.

- Y ¿te hizo sentir mejor, madre? ¿Alivió tu angustia?

- ¿A dónde quieres llegar? ¿Me culpas de alguna forma, incluso después de todos estos años? ¿En serio esa es la verdadera razón de que nos distanciáramos? Me costó mucho valor hablarle así a una figura de autoridad. Hice mi mejor esfuerzo por ti, Becca. Papá hizo su mejor esfuerzo. Si nos culpas por lo que pasó, estás equivocada. Quiero que entiendas eso esta vez. ¡Estás equivocada!

- Bla bla bla. Lo mismo de siempre. Es inspector ahora. Nada menos que un detective inspector.

- ¿Quién?

- ¿No es perfectamente obvio? Gareth jodido Gravel. ¿Puedes imaginar eso? Deja que una maldita bola de mierda delincuente como Sheridan se le escape entre los dedos y se arrastre quién sabe a dónde diablos, y ¿qué sucede? ¡Lo promueven, eso sucede! El mundo se volvió loco.

Se llevó una mano al costado del rostro y escuchó mientras David Smith se movía en la cama. - Fue hace mucho. Seguramente habrá tenido cientos de casos desde entonces. Debe ser un buen oficial de policía, o no lo habrían hecho inspector, ¿o sí?

- ¿Cómo puedes ser tan perra siempre? Poniéndote del lado de ese idiota, nada menos. ¿Sabes que ni siquiera me reconoce? Así de mucho le importé.

- No hay necesidad de que te pongas agresiva. No merezco eso.

- Lo siento, mamá, dije demasiado.

- ¿Has intentado hablar con el DI Gravel, si significa tanto para ti?

- A veces lo veo caminando por la estación de policía, creyendo que es muy importante. Rió. - El gran hombre con la barriga aún más grande... Es una absoluta desgracia. Eso es lo que es. Una completa desgracia. Ni siquiera puede cuidar bien de sí mismo, ya no digamos de los demás.

- Parece que la vida ha desgastado al detective tanto como a mí. Hemos tenido esta conversación muchas veces, Becca. No nos lleva a ningún lado. Creo que te molesta tanto como a mí. ¿No podemos hablar de otra cosa, para variar?

- Como si otra cosa importara en lo más mínimo.

- Todo en la vida es importante. No solo lo negativo.

- Estoy pensando en pedirle al DI Gravel que averigüe dónde está Sheridan, si puede pararse de ese gordo trasero por el tiempo suficiente como para hacer algo valioso por una vez en la vida.

- Oh, ¿cuál es el punto? ¿Qué vas a lograr?

- He tratado de encontrarlo yo misma, sin éxito.

- Qué demonios, ¿por qué harías eso?

- Qué pregunta tan ridícula. Quiero que sufra como yo lo he hecho.

- ¿Has pensado en hablar con la doctora Proctor? Ella podría darte algo para que te relajés un poco. Los antidepresivos me han funcionado maravillosamente.

Ella rió sin gracia. - Oh, sí, eres el alma de la fiesta.

- Bueno, tal vez no maravillas, pero me han mantenido a flote algunas veces que he estado a punto de ahogarme. Es justo decirlo. No eres la única que tiene problemas. No todo es luz y felicidad para mí tampoco.

- Sí me doy cuenta de eso. No soy una completa idiota, a pesar de lo que pienses. Pero lo de las pastillas no es para mí. Encontraré mi propio camino. Tal vez podamos matar a Sheridan juntas.

- Siempre estás a la defensiva. Siempre lista con la crítica o un comentario agudo. Podríamos reunirnos de vez en cuando y ayudarnos la una a la otra, ¿qué no? Podría verte en algún punto de la ciudad para tomar café con un pedazo de pastel. Esa cafetería vegetariana en Merlins Lane es muy agradable. He ido un par de veces. Eso sería lindo, ¿no? Podríamos hablar de cosas ordinarias. Cosas del día a día. Quizá incluso nos alegraría un poco a las dos.

Ella apretó los dientes y gritó en su mente, cada vez más fuerte, hasta que creyó que su cráneo iba a desmoronarse.

- No tienes ni la más remota idea. Ni una puta idea. ¿Viste el reporte en las noticias acerca de las partes del cuerpo que hallaron en Ferryside? - No son las cosas ordinarias que tenía en mente, pero es un comienzo, supongo.

- Entonces, ¿lo viste o no?

- Sí, lo vi.

- Ya encontraron una pierna. En la playa en Pendine. Escuché a uno de los detectives decir que le pertenecía al mismo hombre que la cabeza.

- Al menos no estás hablando de Sheridan, por una vez. Ya es algo... Espera, los cuidadores acaban de llegar. Vuelvo en un segundo.

- Bueno, Becca, ya vine. Fueron arriba a bañar a papá y cambiarle la pijama. Lo afeitó esta mañana antes de desayunar. Odio verlo con barba. Siempre estuvo demasiado orgulloso de su apariencia.

- Eran criminales sexuales.

- ¡Otra vez no, otra vez no, otra vez no! ¿Quiénes?

- Los hombres muertos. Eran agresores sexuales. Hombres como Sheridan. Gusanos que están mejor muertos.

- ¿Qué rayos puedo responder a eso?

- Solo decía.

- Entonces, ¿nos vamos a ver? Para tomar café. Como estaba diciendo. Olive es una mujer maravillosa. Estoy segura de que podría echarle un ojo a papá. Puedo pedirselo ahora.

- Hay más.

- ¿Más?

- Concéntrate, mujer, concéntrate. Piensa en lo que es importante, no en las trivialidades de la vida. Criminales sexuales. Hay más cuerpos para hallar.

- ¿Cómo puedes saber eso? ¿Te lo dijo alguno de los oficiales de policía?

- Algo así.

- Entonces, ¿se lo pido?

- ¿Qué? ¿Por qué querría que nos viéramos? ¿Por qué querría verte en algún momento? No tengo tiempo, mamá. Mi invitado llega mañana y tengo que prepararme. Hay cosas que tengo que conseguir. Cosas que necesito hacer.

- Bueno, al menos lo intenté, incluso si mis esfuerzos cayeron en oídos predeciblemente sordos... Espero que la pases de maravilla con tu amigo. ¿Pusiste un árbol de Navidad?

- Oh, sí, y escarcha y lucecitas.

- No tienes por qué ser sarcástica. Solo preguntaba.

- Decidí plantar algo en el jardín este año en vez de decorar la casa. Parecía lo correcto.

- ¿Cómo voy a darte tus regalos de Navidad? Están envueltos y esperando.

- Mándalos por correo. Seguro puedes hacer eso. Recibí tu tarjeta de caridad ayer por la mañana. Tienes mi dirección.

- ¿Por qué me desdeñas? ¿Por qué me hieres tanto?

- No sé de qué hablas.

- Uno es demasiado grande para el correo. Esperaba dártelo en persona.
- Siempre eres la reina del drama. Puedes dejármelo en el trabajo, si insistes. Déjalo en la recepción con mi nombre, y pasaré por él cuando salga.
- Tal como antes. Y nada de vuelta. Ni siquiera las gracias.
- Estoy agradecida, en serio, lo estoy, pero es lo mejor que puedo ofrecer.
- Si me das tu número telefónico, te llamaré en Navidad para saludar. No está en el directorio. Ya te lo había dicho.
- Bueno, ya lo sé, madre. Mi número no está en el directorio por una muy buena razón. Pensé que te lo había dejado claro. Tú no me llamas, te llamo yo a ti. Ese es el trato. Así es como funciona. Te llamaré en algún momento de esa noche, *si* tengo tiempo.
- Seguro p-puedes hacerte unos c-cuantos minutos para hablar con tu vieja madre en Navidad.

Se quedó mirando al teléfono con los ojos como platos. - ¿Eres de otro planeta o algo? ¿En serio eres tan estúpida? Estoy segura de que ya te dije que tengo un invitado que viene a quedarse. Un invitado, madre, ¿me entiendes? ¡Un invitado! Creo que eso es bastante más importante que desperdiciar mi valioso tiempo hablando contigo, ¿tú no? Todo mi tiempo y esfuerzo van a concentrarse en *él*. Es él quien importa. Ni tú, ni papá, ni yo, para eso. ¡*Él!* Métetelo en la cabezota. Y con eso colgó el teléfono de un golpe. Hecho. Listo. Nada más que decir.

## ***Capítulo 27***

- Hola, sargento, habla Sandra, de la recepción. ¿Está el jefe?



La DS Kesey se llevó la barra de chocolate blanco a la boca y mordió un pequeño trozo antes de responder. - Salió, ¿te sirvo yo?

- Supongo que tendrá que servir.

- Encantador. Entonces, ¿qué puedo hacer por ti?

- Tengo a un señor Edward Green aquí conmigo, que dice que quiere hablar con el detective a cargo de la investigación del asesinato.

No pudo resistir mordisquear el chocolate de nuevo antes de responder. - ¿Dijo por qué?

- Viene en respuesta a la conferencia de prensa. Cree que tiene información que podría ser relevante para el caso. No lo dijo en esas palabras exactamente, pero ese parece ser el punto.

- Bueno, eso podría ser interesante, o no, por supuesto. Se tomó su tiempo. ¿Por qué no vino antes?

- ¿Cómo rayos se supone que yo sepa eso? Tendrá que preguntárselo usted misma, sargento. No sé leer la mente.

- Bueno, Sandra, dile que tome asiento en alguna de las salas de interrogación que esté libre, y estaré con él en dos minutos como máximo. Y échale un ojo. Asegúrate de que no decida irse antes de que hable con él.

- ¿Por qué querría hacer eso? Vino por voluntad propia, no lo trajeron arrastrando. Edie es un buen tipo. Sucede que lo conozco bastante bien. Fuimos a la primaria juntos.

- A veces parece que todos ustedes se conocen.

- ¿Ustedes?

- Los galeses.

- Lo pondré en la sala dos.

La detective Kesey comió el resto del chocolate a la velocidad del rayo, saboreando la cremosa y rica dulzura en la lengua y haciéndola girar en la boca antes de tragarla. Se acercó a la escalera con una forma de declaración en la mano y bajó rápidamente, dos escalones a la vez, hasta que llegó a la planta baja. Levantó la mano en señal de reconocimiento al ver a Sandra, que estaba de pie con los brazos en jarras detrás del escritorio de recepción, y caminó por el iluminado corredor que conducía a la sala dos, al final del mismo.

Green se puso de pie cuando ella entró en la habitación, sonrió y asintió a manera de saludo cuando ella se acercó. Ella devolvió el saludo y pensó que el delgado y elegante hombre de mediana edad vestido de traje era lo último que había esperado. - Tome asiento, señor Green. Soy la detective sargento Laura Kesey, encantada de conocerlo.

Él se sentó, como se lo habían indicado. - Igualmente.

Ella se sentó frente a él, con las manos descansando sobre la mesa que separaba ambas sillas. - Sandra me dice que tiene información que quiere compartir con nosotros.

Él asintió dos veces. - Sí, espero no estar desperdiciando su tiempo. Mi esposa mencionó haber visto a su detective inspector Gravel en el noticiero galés, en una cena a la que asistimos ayer por la noche. Decidí que sería mejor venir y hablar con ustedes.

- ¿Usted no vio el reporte?

- No, no puedo decir que lo haya hecho.

Ella empujó una sola hoja de papel en blanco y un bolígrafo por encima de la mesa. - De acuerdo, si pudiera anotar su nombre completo, fecha de nacimiento, dirección y número de contacto aquí, eso aceleraría un poco las cosas.

Él escribió lo que le pedían en apresurada y casi indescifrable letra, y le entregó el papel. - Perdón por la letra. Mi secretaria siempre se queja de eso, pobre.

Ella examinó los detalles y decidió que eran legibles sin explicación. - ¿Trabaja en la zona?

- Soy abogado en esta ciudad. Forsyth y Green en Queen Street.

- Ah, sí, los conozco... Entonces, ¿qué es lo que tiene que decirme, señor Green?

- No sé si esto tendrá alguna importancia, pero pensé que lo dejaría a criterio de ustedes.

- De acuerdo, tiene sentido.

- Tengo insomnio; lo he tenido por años.

- ¿Y?

- A veces salgo a caminar en la noche. Me ayuda a relajarme. Creo que eso pone en un contexto adecuado a lo que tengo que decir.

Ella asintió, pero no sintió la necesidad de verbalizar lo que pensaba.

- En la noche en cuestión, había estacionado mi auto en Quay Street y caminé junto al río hacia el viejo puente del tren en Johnstown. Mientras me acercaba al puente vi a alguien de rodillas a la orilla del río, poniendo algo en el agua. Esto puede parecerle ridículo, pero pensé que parecía que ella estaba ahogando gatitos o perritos. He escuchado que la gente sin escrúpulos hace eso a veces. Yo amo a los animales. Me habría gustado detenerla en ese momento.

- Dijo *ella*. Parecía que *ella* estaba ahogando.

- Ah, sí, eso no fue un error. Estoy seguro de que era una mujer. No me

queda ninguna duda. Se sobresaltó al verme, se puso de pie y caminó apresuradamente en dirección opuesta. Apretó el paso primero, y luego miró hacia atrás y comenzó a trotar mientras se alejaba. Miré en el río por un par de minutos antes de volver al pueblo, pero no pude ver nada notable. Asumo que lo que haya sido se hundió en el lodo.

- Pero está seguro de que era una mujer, ¿no?

- Era una fría noche de luna, tenía puestos los lentes y no estaba a más de diez metros de distancia cuando ella salió corriendo. Era una mujer joven de entre veinte y treinta años. No más. Pude ver la línea de sus senos bajo el abrigo. Lo juraría en cualquier corte de la Tierra.

- Interesante. Y podría ser importante. ¿Podría describirmela?

- Diría que medía uno sesenta y tantos y era de complexión mediana, pero llevaba un abrigo de invierno con gorra, así que podría ser más delgada de lo que aparentaba.

- ¿Recuerda el color del abrigo?

Él negó con la cabeza y frunció el ceño, sin darse cuenta de su expresión. - Era oscuro, azul oscuro o quizá negro, pero no podría jurarlo.

- ¿Qué más llevaba puesto?

- Jeans azules y tenis blancos, creo. Me temo que es lo mejor que puedo hacer. Y tampoco le apostaría mucho dinero.

- ¿Qué hay del cabello? ¿Qué color y corte tenía?

- Llevaba la gorra del abrigo, como dije.

Ella suspiró. - Bueno... ¿Vio su rostro?

- Muy brevemente, solo por una fracción de segundo cuando ella volteó a verme. Era blanca, joven como dije antes, pero eso es todo, en realidad.

- ¿No tenía ninguna marca distintiva?

- No que yo pudiera ver.

- Sé que es poco probable, pero ¿la reconocería si volviera a verla?

El dejó escapar el aire de la boca por entre los labios fruncidos. - Podría intentarlo, pero lo dudo mucho.

- Pensé que diría eso. ¿Cuándo fue esto, exactamente?

- El veinticuatro de noviembre, más o menos a las dos y media de la mañana.

Ella abrió los ojos, sorprendida. - Parece estar muy seguro de eso.

- Era el cumpleaños número cuarenta de mi esposa el veintitrés. ¿Cómo iba a olvidar eso? Esa noche habíamos salido a cenar comida italiana con unos amigos. Nos fuimos a la cama poco después de la media noche y yo me levanté un par de horas más tarde porque no podía dormir.

Ella ajustó innecesariamente sus lentes. - ¿Vio algún vehículo estacionado cerca del río?

Él pensó por un momento, tratando de recordar la noche en cuestión. - Había un pequeño hatchback estacionado cerca de donde yo estacioné el Mercedes.

- Eso es algo vago para contar como evidencia. ¿Podría decirme la marca, color o placas del coche?

- Lo siento, no. No tengo ni la más remota idea. No soy aficionado a los coches. No presté atención.

- Y de hecho ¿no pudo ver lo que puso en el agua? ¿Ni siquiera un vistazo?

- No, lo habría dicho si hubiera visto.

- ¿Está seguro de eso?

- ¿Cuántas veces? Desearía haber visto. Siento no poder ser de más ayuda.

Ella esbozó una delgada sonrisa y tomó las formas de declaración. - No se preocupe. Agradezco su ayuda, señor Green. Solo queda poner una breve declaración en papel y podrá irse.

## **Capítulo 28**

Grav tocó la puerta de la oficina de Rebecca y entró sin que lo invitaran. - ¿Puedo hablar contigo un momento, por favor, linda?

- ¿Qué puedo hacer por usted, inspector?

- Tú revisaste la computadora de Griffiths para Kesey, ¿no? Creo que quizá se te fue algo.

Ella lo miró desde atrás del escritorio y forzó una breve sonrisa que desapareció rápidamente. ¿Sabía algo o simplemente respondía a un instinto y esperaba que llegara una respuesta específica? - Estaba a punto de tomarme una taza de té herbal. ¿Quiere una?

Él negó con la cabeza y decidió permanecer de pie a pesar de que había una silla vacía. - Estoy bien, gracias, linda. La computadora. Le dijiste a mi DS que Griffiths no había estado en contacto con ningún niño de la zona.

Ella giró en la silla, se estiró y encendió la tetera con dedos temblorosos. - Así es. Exploré todas las posibilidades concebibles. Estaba en contacto con varios niños de distintas edades en distintas partes del país, pero nada en Gales, mucho menos en esta zona. Puedo decirlo con certeza.

- Eso no tiene mucho sentido, linda. Tengo muy buenas razones para creer

que estuvo en contacto regular en línea con una niña local por varias semanas. Incluso concertó una cita para conocerla.

Ella dejó caer la cabeza, permitiendo que el cabello ocultara su rostro, antes de levantar la tetera. - ¿Está seguro de que no quiere una?

Él descansó ambas manos sobre el escritorio y se inclinó hacia ella. - ¿Qué tanta experiencia tienes con este tipo de cosas?

Ella se mordió la punta de la lengua con fuerza mientras se sonrojaba. - Si hubiera estado en contacto con una niña local en esa computadora, yo lo habría visto. Soy buena en lo que hago, inspector. Puede contar con que tengo razón.

- Este no es un insignificante juego de rol de la universidad. Lo entiendes, ¿o no, linda? Estamos hablando de personas reales, víctimas reales, y un asesino que debe ser atrapado. Si tienes alguna duda, este es el momento de que me lo digas. Nadie te lo va a reclamar.

Ella se puso de pie para encararlo. - Estoy muy consciente de eso, gracias. Me tomo en serio el trabajo. *Muy* en serio. No hubo *nada* que escapara a mi vista. Le dije a su colega precisamente lo que hay en esa computadora. Lo escribí, para que le fuera más cómodo. Puede seguir haciéndome la misma pregunta por el resto del día si quiere, pero no le daré una respuesta diferente. Le dije lo que sé, y eso no cambiará, sin importar lo mucho que usted así lo quiera.

- Bueno, quizá el testigo mentía. O quizá Griffiths tenía una segunda computadora que todavía no encontramos. Han sucedido cosas más extrañas... Siéntate, linda. No quise cuestionar tu profesionalismo.

Ella se sentó como se lo indicaron, respirando rápidamente mientras Grav se acomodó en la otra silla. - Mira, linda, no soy experto en computadoras. Si él borró algo, todavía estaría en el disco duro en algún lado, ¿no?

- Sí, lo estaría, pero no estaba. Revisé. Dos veces. No estuvo en contacto con ningún niño local. O al menos, no en esa computadora. No puedo dejarlo

más claro que eso. Si quiere que le pida a mi asistente que la revise una vez más, lo haré encantada. Pero los resultados no van a ser diferentes. Eso puedo prometérselo.

Él se puso de pie para marcharse. - No, está bien, linda. Los de protección infantil necesitan repasar el resto de las fotos y videos. Mejor ellos que yo, ¿eh? No quiero retrasarlos.

- No me reconoce, ¿o sí?

Grav miró hacia atrás al acercarse a la puerta y la estudió por un momento. - Definitivamente te he visto en algún lado. No en la estación, sino antes. Cuando eras más joven. No eres una de las exnovias de Dewi, ¿o sí?

Ella soltó una risa vacía, y luego escupió las palabras. - Rebecca Smith, Becca, tenía seis años. ¿Ahora recuerda?

- Oh, carajo. El caso Sheridan. ¿En serio fue hace tanto tiempo?

- Sí, ya soy una chica grande.

- Me da gusto verte de nuevo, linda. ¿Cómo están tus padres?

- Como si le importara.

- Pregunté, ¿no?

- Papá está en cama después de tres derrames cerebrales. Mamá lo cuida lo mejor que puede, pero ella misma es una sombra de lo que solía ser. Envejeció antes de tiempo.

Él sintió una punzada de auténtico remordimiento. - Me apena escucharlo, linda. Parecían ser buenas personas. Deséales lo mejor de mi parte.

- No tiene ni idea ¿o sí? Ni la más remota idea.

- ¿De qué estás hablando?



- Lo culpo a usted.

Él evitó su mirada. - ¿Qué estás diciendo exactamente, linda?

- ¿En serio es tan estúpido? Culpo a Sheridan primero, pero usted hizo lo suyo.

Grav cerró la puerta de la oficina y volvió a su asiento. - Es el sistema, linda. La gente culpable algunas veces escapa a la justicia. No me gusta eso más que a ti, pero así son las cosas. Pelearte conmigo no va a cambiar nada.

- Le prometió a mi padre que atraparía a Sheridan por algo al final. Que llegaría su hora. Papá mismo me lo dijo, en los buenos tiempos, cuando todavía podía hablar. Nos falló, inspector. Nos decepcionó a todos.

- Hice lo que pude, linda. El maldito debería haber pagado, pero no se puede ganar todas las batallas.

- ¿Siquiera sabe dónde está Sheridan?

- Se fue del área de Plymouth hace muchos años. Llamé a las fuerzas de Devon y Cornwall para avisarles en ese momento, pero debe haber sido, ¿qué? Hace quince o dieciséis años.

- Diecisiete años. Fue hace diecisiete años.

- Si tú lo dices.

- Entonces ahora podría estar en cualquier sitio, haciendo Dios sabe qué a cualquier persona.

- Sí, podría, pero ahora es problema de otro policía. Yo no puedo atraparlos a todos.

Ella se llevó la taza a los labios y sorbió el líquido que se enfriaba rápidamente. - Quiero saber dónde está. No, *necesito* saber dónde está, por mi

propia salud mental. ¿Lo entiende? ¿Puede hacer eso por mí, por lo menos?

- Si lo averiguara. Si te lo dijera. ¿En realidad haría mucha diferencia en tu vida?

- Sí, la haría, la haría. Significaría todo para mí. Nada me importa más.

Él se acercó a la puerta, miró hacia atrás y asintió. - Haré unas cuantas llamadas, linda. Si puedo rastrear al bastardo, serás la primera en saberlo.

## ***Capítulo 29***

Rebecca repasó las últimas fotos digitales enviadas por Enamorado y se encogió. No porque mostraran su pene erecto, atento como un soldado en desfile; estaba muy acostumbrada a esas cosas, sino por su complexión en general. Enamorado era gordo. Muy gordo. Inquietantemente gordo, de hecho. Y deshacerse de su cuerpo sería todo un reto. Habría demasiada carne que quitar de los huesos, y litros de sangre negra disparándose como un oscuro y satánico géiser a todo pulmón.

¿Debería abandonar sus planes y concentrarse en otro blanco? Era una opción. No, no, no, ¿en qué diablos estaba pensando? Ya había invertido mucho tiempo y esfuerzo como para dejarlo ir a estas alturas del proceso. Ella era la araña y él era la mosca. Una gran mosca gorda, pero una mosca al final. Una que necesitaba que la aplastaran. Solo tendría que tomarse el tiempo para desollarlo, sin importar lo mucho que tardara en hacerlo durante las vacaciones navideñas, y de nuevo recurrir al jardín para el esqueleto.

Rebecca se relajó sobre la cama y sonrió. Quizá en la primavera plantaría algunas plantas perenne. Algo que creciera con facilidad. Una planta con aparentemente infinita capacidad de renovarse y cubrir rápidamente el suelo envenenado. Lavanda, quizá. Sí, eso siempre se veía bien. Y tenía la ventaja añadida de un maravilloso aroma. ¿Por qué no gastarse unas miserables libras en algo bello, para variar? Algo que realzara su cementerio. No como tributo

a los muertos y enterrados, sino a los sobrevivientes. Ellos eran quienes importaban. Para todos ellos. Quienesquiera y donde quiera que estuviesen. Sería como si sus abusadores jamás hubieran existido. Como si la voluntad del vengativo destino los hubiese pasado de largo.

Volvió a abrir la computadora y vio el más reciente mensaje. Era lo que ella solía llamar un halagador. No era menos depredador que los otros, pero era uno que escribía lo que parecían ser cosas lindas, hasta que te dabas cuenta de que iban dirigidas a un niño por sus propias, maquiavélicas razones. Había encontrado un método de manipulación que le funcionaba, y parecía confiar en él casi exclusivamente. Ella era bonita. Ese era uno que usaba a menudo. Especial. Esa palabra de nuevo. Una de las niñas más bonitas que jamás hubiese visto. Parecía que las fotos de catálogo habían hecho un mejor trabajo del que ella había esperado. Él estaba ansioso por conocerla. *Desesperado* por conocerla. Tip tap, tip tap. ¡El asqueroso y depravado bastardo! Apretó los dientes y comenzó a escribir:

*En serio crees que soy bonita?*

Él respondió en segundos:

*Muy, muy bonita. Me gustan mucho tus ojos.*

*que te gusta de ellos?*

*Son hermosos, justo como tú. Podrías ser modelo, si quisieras. Una reconocida*

*modelo, con tus fotos en todas las revistas.*

*en serio crees eso?*

*Sí, definitivamente. Puedo ayudarte a convertirte en modelo, si quieres.*

*Los productores siempre están buscando niñas bonitas, como tú.*

*me voy a volver famosa?*

*Sí, muy famosa. Incluso podrías ser estrella de cine. También podría ayudarte con eso.*

*Conozco a la gente adecuada.*

*Gente que hace películas especiales. OOO si por favor*

*necesito tomar unas cuantas fotos de muestra y hacer un video de nosotros dos juntos, para poder enseñarle a los productores lo bonita que eres.*

*tienes camara?*

*Sí, y también una cámara de video. Las llevaré conmigo cuando vaya a verte.*

Ella repitió su rima favorita en la mente. “Entrarás en mi casa”... y así, una y otra vez, antes de detenerse de pronto y concentrarse nuevamente en la pantalla:

*por que no vienes el domingo como dijimos la ultima vez*

*Solo si podemos estar a solas en la casa. Solo si es nuestro secreto especial. No le*

*has hablado a nadie acerca de mí, ¿o sí?*

*claro que no*

*Si le cuentas a alguien, a quien sea, no podrás ser rica y famosa. Y ya no seremos amigos.*

*por que estas enojado conmigo? no me gusta cuando estas enojado conmigo.*

*No estoy enojado. Solo quiero estar seguro de que me entiendes. Es muy, muy importante.*

*no le voy a decir a nadie*

*¿Lo prometes? ¿Por la vida de tu madre?*

*lo prometo*

*¿Me lo juras?*

*siii*

*¿A qué hora se va a trabajar tu mamá?*

*toma el camion a las diez*

*¿Diez de la mañana?*

*si*

*Y ¿estás bien segura de que estarás sola este domingo? Será diecinueve.*

*si te dije que todo el día*

*¿A qué hora vuelve?*



*a la hora del te*

*¿Nunca vuelve antes?*

*no*

*Eso es genial. Tengo muchas ganas de conocerte. Ahora solo necesito tu dirección.*

Ella escribió los detalles con una mirada de profundo desdén en el rostro.

*¿Te pondrás el vestido rojo y blanco que tienes en las fotos? Me gustó mucho. Es muy sexy.*

*Si quieres y tengo unas sorpresas para ti  
Oh, eso suena emocionante. ¿Qué sorpresas?*

## *Tienes que esperar para verlo*

Apagó la laptop, la cerró y se quedó mirando a una mancha de moho en el techo, perdida en sus pensamientos. Era hora de prepararse. Hora de alistar la habitación para la próxima llegada de Enamorado. Pero ¿en serio era necesario reemplazar las herramientas de su oficio después de cada huésped? Sí, sí, más valía prevenir que lamentar. Necesitaban estar lo más afiladas posible. Y ya casi no tenía bolsas negras. Parecía que debía ir nuevamente a la ferretería.

## **Capítulo 30**

El DI Gravel entró tranquilamente en el cuarto de operaciones después de un sorprendentemente satisfactorio almuerzo en la cafetería de la policía, alimentado, saciado, cómodo en su propia piel y sintiéndose muy como en casa en el mundo de la investigación que conocía tan bien. Las averiguaciones no progresaban tan rápidamente como habría querido, pero avanzaban, y por ahora tendría que estar satisfecho con eso.

Miró directamente a la DS Kesey mientras se aproximaba despacio a su desordenado escritorio, y sintió una punzada de arrepentimiento por el tiempo que acababa de pasar. Tantas cosas le eran familiares, no habían cambiado; el mundo seguía girando, y sin embargo había tantas cosas distintas. Rankin no estaba. No volvería. Y esta muchachita flacucha estaba en su lugar. Sentada en el que debía ser su lugar, sin considerar al hombre al que había reemplazado. Un hombre a quien jamás tendría la fortuna de conocer. Nada era para siempre. No en este mundo, como había pensado muchas más veces de las que quería recordar. Oh, bueno, así es la vida. No debía tenerle rencor a la chica. No era su culpa. Tenía que metérselo en la cabeza y continuar.

- Hola, Laura, estaría bien un café, si quieres preparar uno.

Ella levantó la mirada del papeleo y asintió. - Sí, me caería bien un descanso de esto.

- Aquí tiene, jefe. ¿Está seguro de las cinco de azúcar? Parece un poco excesivo, ¿no lo cree?

Él se rascó la nariz y sonrió. - Si quisiera que una mujer me regañara hasta la muerte, me casaría de nuevo, muchas gracias.

- De acuerdo, es su funeral.

Grav se sentó y subió los pies al escritorio al aceptar agradecido la bebida caliente. - Bueno, y ¿qué quería Edward Green? Sandra me dijo que habló con usted. ¿Alguna cosa interesante?

- La declaración está en algún sitio sobre su escritorio, jefe. Entre todas las otras cosas. Pensé que le gustaría leerla usted mismo.

Él miró las pilas de papeles y suspiró. - Dígamelo con sus palabras, linda. Creo que será lo mejor.

Ella pasó los siguientes minutos detallando brevemente la información relevante mientras Grav bebía el café y la miraba.

- ¿Es todo?

- Sí.

- Una mujer, ¿quién lo habría pensado? ¿Estaba seguro? ¿Podría haber sido un tipo con ropa de mujer?

Ella negó con la cabeza antes de continuar. - Me pareció que estaba muy seguro, jefe. Me dijo que pudo ver su pecho bajo el abrigo.

- Bueno, si alguien pudo verle las tetas, fue esa sabandija. Siempre ha sido un poco mano larga en lo que a las mujeres respecta. Mi esposa solía decir que le provocaba escalofríos.

- ¿En serio? A mí me pareció normal.

- Espere hasta que lo conozca un poco mejor, linda. Particularmente si ya tomó uno o dos tragos. Lo verá.

- Lo tendré en mente.

- Entonces, ¿no hubo manera de que nos diera una descripción mejor? Algo con lo que podamos trabajar.

- No, lo presioné, pero es exactamente como le dije. Es todo lo que tenemos.

Tomó otro sorbo de café. - Creo que cualquier cosa es mejor que nada. No es que nuestra mujer misteriosa necesariamente tenga que ver con el caso.

- Tiene que admitir que es bastante raro. Una mujer arrojando algo al río en la madrugada. Vale la pena considerar lanzar otro comunicado de prensa. Ya sabe, algo pidiéndole a quienquiera que haya sido que lo diga para que podamos eliminarla de las averiguaciones. Ese tipo de cosa.

Grav vació la taza y asintió. - Sí, estaba pensando lo mismo. No hará ningún daño... Y ¿Green no pudo pensar en los detalles del auto que dijo haber visto? He escuchado mejores descripciones.

- Era un hatchback, como dije, pero hasta ahí. Si pudiera haberme dicho, lo habría hecho. No estaba siendo deliberadamente vago. De eso estoy segura.

- Quizá le llame yo mismo. Ya sabe, para ver si hay algo más.

- ¿Por qué haría eso? ¿No confía en que haga bien mi trabajo?

Bajó los pies del escritorio. - Claro que sí, linda. Solo soy así.

- ¿Alguna otra cosa?

- Revise las grabaciones de esa noche. No hay cámaras específicamente en esa zona, pero quizá vea el vehículo en el área general. Podría cambiar las

cosas.

- Oh, entonces ¿sí confía en que pueda hacer eso?

- Qué sensible, caramba.

- Lo haré en cuanto terminemos.

- ¿Mencioné que hablé con mi contacto de la metropolitana?

- No, no lo dijo.

- Enviaron a alguien a entrevistar a Taylor en prisión. Un DS experimentado, según me dijeron. Le dio la impresión de que no sabía nada acerca del asesinato antes de la visita.

- Eso no significa necesariamente que Griffiths no fue asesinado por el contrato. Podría ser que a Taylor no le hubiesen informado todavía.

- Sí, entiendo lo que dice, pero lo hace menos probable, según veo. Y tenemos a esta segunda víctima sin identificar. ¿En dónde carajo encaja él? Estoy empezando a pensar que la conexión con Taylor es una pista falsa. Griffiths tenía muchos enemigos potenciales.

Quizá la declaración de Green sea más cercana. Ella estaba poniendo algo en el río. ¿Por qué no una cabeza? - Quizá tenga razón.

- Hablé un poco con el DS de Jane en protección infantil. Revisaron todas las pistas posibles en la computadora de Griffiths por tercera vez, pero todavía no hay nada sobre niños locales. Están buscando una última vez porque se los pedí, antes de pasar por el resto de las fotos y eso, pero espero sentado.

Ella se llevó la taza a la boca y asintió. - Tiene sentido. Me da gusto no tener que hacerlo yo.

- A mí también, linda. Parece que es tendencia.

- Sí.

- Tienen a Griffiths marcado como criminal prolífico. Andaba pescando por varias salas de chat y cosas por el estilo, buscando niños que encajaran con su perfil de víctima. Estuvo en contacto activo con al menos nueve niños en varias partes del país durante las semanas previas a su muerte. Incluso había hecho arreglos para encontrarse con un niño de diez años en la zona de Bristol, pero nada local que puedan encontrar. Quizá una o más de las fotos nos dirán algo.

Ella entrecerró los ojos. - ¿Sabemos quién es el niño?

- Sí, Griffiths intercambió mensajes con él hasta el momento aproximado de su muerte. Era la típica mierda para prepararlo: preguntas exploratorias, promesas manipuladoras, enviaba imágenes sexuales, le pedía que hiciera lo mismo. Y luego concertó una cita. Había quedado de ir a casa del niño cuando estuviera solo. Se enviaron mensajes el uno al otro el día previo a la cita, y luego los mensajes se detuvieron. El niño no mandó la dirección.

- Entonces ¿qué pasó?

- La policía local me hizo favor de hablar con los padres. Se fueron de viaje de última hora justo en el momento correcto. Qué suerte. Veinticuatro horas más y el niño habría sido otra de las víctimas de Griffiths. Apuesto a que eso les cayó de sorpresa. La mayoría de la gente no se da cuenta de los riesgos que representa este tipo de personas.

- Pero ¿ningún niño local? No soy experta, pero eso me parece muy poco probable.

- Sí, yo pensé lo mismo. La facilidad del asunto y todo eso, pero como dije, los de protección infantil revisaron una y otra vez. Están hartos de escuchar mi voz. Y la chica de computación dijo más o menos lo mismo, con mucha insistencia, cuando sugerí que quizá había obviado algo. No tiene mucho sentido, Laura. ¿Por qué me mentiría Harrington? No tenía nada que ganar... A menos que estuviera diciéndome lo que él creía que yo quería escuchar. Quizá solo quería deshacerse de mí y evitar una paliza. Pero esa no fue la

impresión que tuve. Normalmente mi intuición es bastante confiable cuando se trata de estas cosas. ¿Cree que Griffiths haya tenido una segunda computadora de la que no sepamos nada?

- Su esposa no lo creía, pero quizá no lo sabía, si es que era el caso.

- Recuérdeme, ¿hizo un cateo de la casa de su madre? Pasaba mucho tiempo ahí.

Ella frunció el entrecejo. - Debí haberlo hecho. En serio debí hacerlo. Iba a hacerlo, pero luego encontré la laptop, si sabe a lo que me refiero.

- No se angustie, linda. El ver las cosas en retrospectiva tiende a aclararlas mucho más de lo que eran en su momento.

- Vaya, sensibilidad y comprensión, nada menos. Eso fue inesperado.

Él rió. - Soy la definición misma de un hombre nuevo.

- Entonces, ¿qué quiere que haga primero, busco la casa de la madre o el circuito de televisión?

- Dígale a quien esté libre que vaya a casa de la madre de Griffith y usted empiece con los videos. Podría ser crucial. Mientras más pronto veamos si hay alguien de interés, más feliz estaré.

- Eso haré, jefe.

Empujó la taza vacía a un lado y lo miró a los ojos. - ¿Hay alguna otra cosa, o me pongo a trabajar?

Él sonrió de nuevo, más cálidamente esta vez, y tomó el documento superior de la pila en su escritorio. - Sí, por ahora terminamos, linda. Avíseme si encuentra algo inusual. Nada de paz para los malvados, ¿eh? Lo que sea que eso signifique.



## Capítulo 31

Grav descubrió la ubicación actual de Sheridan con sorprendente facilidad. En su larga experiencia, los registros de seguridad social, el padrón electoral y ese tipo de cosas podían ser extremadamente útiles cuando había que rastrear rápido a un criminal, y esta vez no fue distinto. Sheridan estaba desempleado y de vuelta en un departamento rentado en la zona de Devonport, en Plymouth, cerca de los puertos navales, después de haber pasado la mitad de una condena de dos años en prisión por una serie de ofensas de abuso sexual.

Grav se puso un habano en la boca, pero no lo encendió. Al menos la ley lo había atrapado al final. Lo habían encerrado. Por muy poco tiempo. Pero era una condena. Ya era oficialmente un delincuente sexual conocido. Las agencias locales estaban conscientes del riesgo que representaba y estarían vigilándolo de cerca, en tanto fuera posible. Eso era una especie de avance. Esperaba que Rebecca Smith se sintiera satisfecha con eso.

El día pasó rápidamente, como solía cuando estaba ocupado, y Rebecca se había ido a casa hacía un buen rato para cuando Grav llamó a su oficina con lo que esperaba fuesen buenas noticias. Oh, bueno, había esperado diecisiete años. ¿Qué daño podrían hacer otras veinticuatro horas? Quizá debería irse y pasar una hora en el club de rugby antes de ir a casa. Había una cerveza con su nombre en ella.

El DI pasó a la sala de incidentes para recoger sus llaves de camino al coche, y había llegado a la recepción sin interrupciones, cuando vio a Sandra agitando la mano con fuerza y llamándolo con un tono insistente que no podía ser ignorado, sin importar lo tentador que ello fuese. - ¿Qué pasa, Sandra? Estaba por irme a tomar una cerveza, linda.

- No mate al mensajero, inspector. Su nueva DS está al teléfono. Necesita hablar con usted.

- Ah, con un carajo. ¿No puede esperar?

- Escuchó lo que dijo, y la respuesta es no, no puede.

- Mierda. Y justo cuando tengo sed.

Grav se recargó en el mostrador de madera mientras su pecho comenzaba a sentirse apretado y a quejarse. Tal vez era hora de pensar en disminuir la cantidad de habanos de una vez por todas. Heather estaría encantada. Un placer menos entre las delicias de la vida. - Está bien, Laura, ¿qué puedo hacer por usted, linda? Casi no me alcanza.

- Sí, eso escuché... he estado revisando los videos del circuito cerrado de televisión. Hay algo que debe saber.

- Soy todo oídos.

- No va a creer esto.

- Inténtelo.

- A esa hora, en los videos solo había cinco autos que podían ser el que Green vio.

- Escúpalo, linda. No estoy precisamente enganchado en este momento.

- En cuatro de cinco, los conductores eran hombres. Eso pude verlo fácilmente.

- ¿Y?

- Revisé la base de datos en busca de los dueños. Dos tienen antecedentes penales. Uno por el uso de marihuana hace unos años, cuando estudiaba en la Universidad de Cardiff, y el otro por manejar sin licencia, pero nada relevante. No hay historial de violencia.

- ¿No podía haber esperado?

- Es el quinto auto, jefe, un Corsa rojo. Está registrado a nombre de

Rebecca Smith. Ya sabe, la chica de computación. Y encaja con la descripción, si lo piensa. La edad correcta, la estatura correcta, la complexión correcta.

- Tiene que estar bromeando. ¿Se puede ver al conductor en la cinta?

Ella agitó la cabeza mientras hablaba. - La calidad no es muy buena, para serle honesta. Se ve que hay una mujer en el asiento del conductor, pero nada más, en realidad. No he visto nada que indique que no es ella, pero no es posible identificarla con certeza. No serviría para la corte.

- ¿A qué hora la filmaron?

- El Corsa iba en dirección al río a la una cuarenta y ocho de la mañana exactamente. Pudo haber estacionado el auto y caminado por el río hasta donde Green vio a la mujer cuarenta minutos más tarde, incluso si llevaba una carga pesada.

- Seguramente no. ¿Rebecca? Vamos. Pero creo que sí tiene mucho que explicar, al menos. No es algo que podamos ignorar.

- ¿Cómo haremos esto, jefe? ¿Quiere que la visite y hable con ella esta noche? Nos llevamos razonablemente bien. Quizá hasta facilite un poco el proceso, como somos compañeras de trabajo.

- No, gracias, linda. Está bien. Mejor me encargo yo de esto. Hay un asunto que no está relacionado y que tengo que discutir con ella de todas formas. Puedo preguntarle qué hacía en la ciudad a esa hora mientras estoy ahí. Me sorprendería que tenga algo que ver con los asesinatos, pero hay que ver qué dice ella. Será informal por el momento, pero la arrestaré en el poco probable caso de que crea que hay algo. Si se convierte en una sospechosa seria, la trataremos como a cualquier criminal. Sin favores.

- ¿Quiere que vaya con usted, jefe? Mi marido está emborrachándose en algún lado con sus nuevos amigos. Me caería bien una excusa para no volver temprano a casa.

- No, está bien, linda. Puedo encargarme de esta yo mismo. La veré en la

mañana.

La luz de una habitación con vista a la calle era la única señal de vida que Grav pudo percibir al estacionarse frente a la casa de Caerystwyth de Rebecca. Cuando salió del auto comenzaba a lamentar la decisión que había tomado antes de fumar menos, y no estaba del mejor de los humores cuando abrió la oxidada reja metálica y caminó hacia la puerta principal. Grav pudo escuchar música de rock que no le gustaba al golpear fuertemente la puerta con el puño, y no le sorprendió nada el no recibir una respuesta. Habría sido un jodido milagro que ella lo escuchara entre todo el barullo. Seguramente volvía locos a los vecinos.

El detective tocó por última vez antes de rendirse y dio la vuelta a la casa apresuradamente y con la cabeza baja para protegerse de la llovizna. Empujó una puerta de madera que formaba parte de la cerca y se encontró en el jardín de Rebecca, con la entrada alternativa a la casa. Consideró tocar de nuevo, pero decidió no hacerlo y trató de abrir la puerta trasera, que cedió, permitiéndole entrar en la cocina y escapar de la lluvia.

Grav sacó una linterna de plástico del bolsillo de la chamarra acolchada que, según los murmullos en broma de sus subordinados, lo hacía ver como al Hombre Michelin en esteroides, la encendió y miró alrededor buscando un interruptor de luz, que localizó en segundos. Nada demasiado relevante: las unidades básicas, un gran congelador horizontal, una estufa barata. Una cocina típica de alguien limitado al salario del sector público. Muy similar a la suya, sin contar el congelador. Eso parecía un poco exagerado, dado que vivía sola.

Devolvió la linterna al bolsillo y llamó, - Hola, Becca, soy el DI Gravel. Tenemos que hablar, linda. Seguía sin tener respuesta, cosa que no le sorprendió, dado el volumen de la música que ahora reconoció como una canción sesentera de Hendrix, que emanaba del primer piso. Abrió la puerta de la cocina y se encontró en un pasillo oscuro, sin fotografías ni adornos de ninguna clase. Minimalismo, ¿no era así como lo llamaban? Había visto algo en un programa de la BBC2. Oh bueno, cada quién. Heather lo habría odiado.

Estaba a punto de acercarse a la base de las escaleras con intención de

gritar de nuevo, pero en vez de eso abrió una puerta en el pasillo. Las casas de la gente podían decir mucho acerca de cómo eran. Tenía la oportunidad. ¿Por qué no aprovecharla?

Empujó la puerta y vio una habitación vacía, iluminada parcialmente por la luz de la cocina. Pasó las palmas de ambas manos por la pared y encendió el interruptor, haciendo que el foco desnudo llenara la habitación con una luz brillante que lo hizo parpadear. Qué raro. Cada centímetro del lugar estaba cubierto en plástico negro, asegurado por alguna clase de cinta que no reconoció. ¿Qué demonios...? Tal vez estaba decorando. No, eso no tenía sentido. Cubrirías el piso, tal vez, pero ¿las paredes? No podías cubrir las paredes.

Repasó la habitación con ojos veloces, y vio una navaja de modelado en el piso en un rincón, y un martillo sobre el alféizar de la ventana. ¿Qué carajo? ¿En serio podía ser ella la asesina? Rebecca, solo una jovencita con deseo de vengarse. ¿Dos hombres matados y destazados? Cortados en pedacitos en un osario casero.

Atravesó la habitación, se agachó con dificultad, recogió la navaja y la examinó por unos diez segundos antes de sacar una bolsa de plástico transparente para evidencias del bolsillo del pantalón y depositarla ahí. En el mango había lo que parecía ser sangre seca. No demasiada. Alguien había hecho un buen trabajo limpiándola, pero estaba ahí. Definitivamente estaba ahí.

Grav salió de la habitación en estado de alerta. Los nervios de punta. Las glándulas renales a todo vapor. Se acercó a las escaleras mientras el solo de guitarra llenaba el aire, y subió los primeros dos escalones antes de detenerse y aferrarse al barandal de madera. - ¡Hola, Rebecca! ¡Es el DI Gravel, la policía!

Ella seguía sin responder.

Él subió otro escalón, luego otro, y otro más, antes de detenerse nuevamente y gritar por tercera vez, - ¡Rebecca! Voy a subir, linda. Tenemos que hablar.

La música seguía sonando, aparentemente más y más y más fuerte, cuando él llegó al pequeño descanso. - ¡Rebecca! ¡Soy el DI Gravel, policía!

La música se detuvo de súbito, una de las cuatro puertas se abrió despacio y Rebecca apareció, de pie inmediatamente frente a él, con las manos en las caderas. - ¿Qué está haciendo en mi casa? No tiene derecho a estar aquí. Ninguno. Usted es policía, debería saberlo. Debería trabajar dentro del margen de la ley.

Él mantuvo su postura. - Estoy aquí para hablar contigo acerca de Sheridan, linda. Dije que haría unas cuantas averiguaciones. Lo recuerdas, ¿no?

Ella dio un solo paso hacia adelante y se detuvo. - Claro que me acuerdo. No soy tonta. ¿No podía esperar a que los dos estuviésemos de vuelta en el trabajo? ¿Cuál es la urgencia? Nadie lo invitó a venir. ¿Por qué se impuso?

- Pasaba por aquí, linda. Vi tu auto estacionado afuera y pensé que querrías saber lo antes posible lo que encontré.

Ella se detuvo y lo miró sin parpadear.

Grav dio un solo paso hacia atrás, balanceándose al borde de la escalera mientras ella cerraba los puños y los convertía en armas. - Pasó un tiempo en prisión, pero ahora vive de nuevo en Plymouth. Devonport. Está en el radar. Eso es bueno. Están vigilándolo.

Ella dio otro paso hacia él y forzó una sonrisa que era todo menos persuasiva. - Entonces ¿alguien logró encerrarlo?

- Así es, linda, lo hicieron.

- Qué pena que usted no pudiera hacer lo mismo. Si lo hubiese hecho, no estaríamos aquí ahora.

- Hice lo mejor que pude, linda. Puedo decir eso con la mano en el corazón.

- Pero lo mejor que pudo no fue suficiente, ¿o sí, detective?

- No, supongo que no. No puedes ganarlas todas.

Ella lo miraba con odio ahora, fría, inexpresiva. - Puede irse ya. Ya dijo lo que quería decir. Váyase y déjeme en paz.

Grav la miró con cautela. - No puedo hacer eso, linda.

Ella se movió velozmente, como un corredor que se lanza hacia adelante de un salto y golpeándolo con todas sus fuerzas a la mitad del trayecto.

Grav estiró el brazo en un instintivo intento de tomarse del barandal con una mano, pero no sería suficiente. Perdió el equilibrio, como en cámara lenta al principio, y luego cayó rápidamente, estrellándose contra la escalera de madera, bang, bang, bang, y golpeándose la cabeza con fuerza en los mosaicos del piso. Estaba agitado, golpeado, confundido, y fue demasiado lento como para moverse.

Rebecca corrió tras él, chillando mientras bajaba la escalera dos o tres escalones a la vez. En segundos estaba montada sobre él, sentada sobre su flácida barriga y dejando caer una lluvia de golpes que al principio hacían daño, pero que se fueron haciendo cada vez menos efectivos conforme ella se iba cansando. Siguió golpeándolo un rato, pero de pronto se detuvo a medio puñetazo y comenzó a llorar lágrimas silenciosas que se convirtieron poco a poco en un torrente que descendía por su rostro mientras ella jadeaba y resollaba. Se llevó ambas manos a la cara y se dejó caer junto a él antes de rodar, colocándose en posición fetal con la espalda curva, la cabeza inclinada y los miembros doblados cerca del torso. Rebecca se quedó ahí, meciéndose despacio y chupándose el pulgar como un bebé al pezón de su madre. Había terminado. El inspector no merecía morir. Le había fallado, pero al menos estaba del lado de los ángeles. Él sí comprendía la diferencia entre el bien y el mal. Había tratado de hacer lo correcto.

Le tomó al DI Gravel otro par de minutos el recuperar la compostura mientras Rebecca estaba ahí, sollozando. Luchó despacio por enderezarse y se sentó ahí unos cuantos segundos, mirándola con auténtica simpatía. Era

una joven mujer obviamente atormentada. De alguna manera no era distinta de la niña de seis años que había conocido hacía tantos años. Por un segundo estaba de vuelta ahí, en la casa de los Smith en Caerystwyth, en el momento de mayor dificultad para ellos. Pero al mirar a su alrededor, comprendiendo todo, de nuevo volvió al presente y el pasado se disolvió. Se puso de pie, sacó un par de esposas del bolsillo del abrigo, se agachó y aseguró sus muñecas, cuidándose de no apretarlas demasiado. - ¿Qué rayos le pasó a tus manos, linda?

- Nada importante.

- ¿No quieres decirme?

- No, en realidad no.

- Bueno, vamos, ponte de pie. Hay cosas que tenemos que hablar.

Grav la ayudó a pararse y la condujo hacia la puerta abierta del cuarto de matar, donde se detuvo y señaló. - ¿Qué pasó aquí, linda? Ahora es un buen momento para que empieces a hablar.

Rebecca pasó saliva con dificultad. - No sé de qué está hablando.

Grav colocó las manos sobre sus hombros, la giró suavemente hacia él y la miró a los ojos. - Te vieron en el río, linda. Te vieron arrojando los restos. ¿Lo entiendes? Un testigo confiable hizo una declaración escrita al respecto. Tu auto aparece en los videos de las cámaras de vigilancia del área, a la hora relevante. Y luego están esta habitación, la navaja, el martillo. No se necesita ser un genio para entenderlo. Y no importa cuán cuidadosa hayas sido o las precauciones que hayas tomado. Ni todo el plástico del mundo será suficiente para salvarte. Cuando la gente de escenas del crimen llegue y vean este sitio, hallarán una cantidad más que suficiente de evidencias para conectarte con los cuerpos que arrojaste en el Towy. Habrá sangre, otros fluidos corporales, ADN. Solo se necesita un poquito Incluso la más mínima mancha microscópica que te haya faltado al limpiar. En cualquier hueco o resquicio. Siempre hay algo.

Se concentró en su rostro, esperando una respuesta que no se materializó



mientras ella estaba ahí de pie, en silencio. - No creo que sea coincidencia que escribieras la palabra pederasta en la frente de Griffiths. El abuso que sufriste a manos de Sheridan te puso en este camino hace tantos años. Esa es una especie de atenuante, según lo veo. Te ayudaré si puedo, linda, pero tienes que empezar a hablar. Necesitas cooperar. Ayúdame y te ayudaré.

Ella agachó la cabeza. - Entonces parece que es inútil seguir negándolo. Una causa perdida.

- Así es, linda. Es hora de hablar.

- Solo maté depredadores sexuales. Mierda como Sheridan. Ratas como Griffith. ¿Dónde está el crimen en eso?

- Eso sugiere que hubo más de dos víctimas.

Ella evitó su mirada.

- ¿A cuántos mataste, linda? No hay cinta. Esto no es información oficial. Puedes decirme.

- Si hace una cosa por mí, se lo diré todo.

- ¿Qué cosa?

- ¿Puedo confiar en usted?

- No puedes hacer justicia por tu propia mano, linda, por mucho que quieras. Cualquiera que sea la justificación. No funciona así... Pero te ayudaré si puedo. Dentro de los límites del sistema, entiendes. Al final del día soy policía. Es lo mejor que puedo ofrecerte.

- No era lo que estaba esperando, pero supongo que tendrá que servir. Estoy esperando a otro este domingo. Cree que conocerá a una niña. Me mandó fotos. Fotos infames, asquerosas. Estaba planeando matarlo, pero creo que eso no pasará.

- No, no pasará.

- Necesito que me prometa que se hará cargo de él. Use la evidencia que le daré para ponerlo tras las rejas por el mayor tiempo posible. Hice su trabajo por usted, inspector. Necesito saber que no va a decepcionarme de nuevo.

- ¿Dónde están las fotos ahora?

- ¿Hará algo? ¿Se asegurará de que pague?

Él asintió sinceramente. - Tienes mi palabra.

- Están en mi laptop. Todas. Ha estado en contacto conmigo por semanas. Debe haber suficiente material para encerrarlo, hasta para usted.

- ¿Dónde está la laptop ahora?

- Está arriba, en mi cama.

Le diré todo lo que necesita saber. Él dio la media vuelta y la condujo escaleras arriba. - Enséñame.

Grav tomó la que él llamaba ruta panorámica de vuelta a la estación de policía, y le tomó casi cuarenta minutos más de lo necesario llegar. Para cuando entró en el estacionamiento, estaba bien familiarizado tanto con el número de víctimas como con el modus operandi de Rebecca. Lo que no sabía, sin embargo, era qué tanto había torturado a sus víctimas antes de matarlas. Ella decidió no revelar esa parte de la historia y él prefirió no preguntar.

El detective estacionó el auto tan cerca de la entrada principal como le fue posible y apagó el motor. - Bueno, llegamos, pero eso lo sabes tan bien como yo.

- Entonces, ¿qué va a pasar ahora?

Él giró en el asiento. - Mataste a cinco hombres, linda. Me lo dijiste tú misma. Esa es cadena perpetua, sin importar tus razones. Voy a llevarte

dentro, te pondré en una celda y contactaré a un abogado público para ti.

- No quiero un abogado. Ya se lo dije.

- Necesitas uno, linda. Voy a contactar a uno y cuando llegue, vas a decirle que oyes voces. Voces que te dicen que mates. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

- No escucho voces.

- Mira, linda, esto es cadena perpetua, morir en prisión o tener la oportunidad de que te encierren en un hospital psiquiátrico con la oportunidad de recibir tratamiento y que eventualmente te dejen salir. Es tu única oportunidad de ver el mundo exterior otra vez. Tendrías esperanza, y eso importa. Yo sé qué preferiría.

- ¿Por qué me dice esto? ¿Por qué querría ayudarme a mí?

Él colocó el dedo índice manchado de nicotina bajo la barbilla de ella y levantó su cabeza suavemente del pecho. - Una parte de mí siente que te lo debe, linda. Quizá podría haber hecho más hace todos esos años. Tal vez, de haber tenido más experiencia, podría haber atrapado a ese escurridizo imbécil a pesar de su negación. De haber sido así, no estaríamos sentados aquí ahora. Estoy convencido de eso. Y tú no eres un riesgo para el público en general, hasta donde puedo ver. No es como que hayas estado matando a extraños al azar por el puro gusto, como algunos estúpidos psicópatas hacen... Así es que oyes voces, ¿sí? ¿De acuerdo?

- Así es. Voces que me dicen que mate. Voces exigentes que han dictado todo lo que he hecho, desde el principio.

Él esbozó una leve sonrisa. - Eso es, linda. Ya me convenciste. Ahora lo único que tienes que hacer es seguir con eso y convencer a todos los demás.

Ella asintió dos veces. - Veamos qué me dicen las voces.

- Te dicen que quieres a un abogado a pesar de que antes dijiste que no,

¿correcto?

- Hora de cooperar. Hora de tomar las riendas. Absolutamente. Entiendo con claridad.

- Y sientes remordimiento. Auténtico remordimiento. Vas a recalcar eso, ¿no?

- Lo único que lamento es que me hayan atrapado, pero ¿a dónde me llevaría la verdad ahora?

- Entonces lo lamentas.

- Sí, lo lamento mucho. Muchísimo. Desearía poder volver el tiempo atrás, antes de que ocurriera todo esto.

- Eso es, linda. Perfecto.

Ella asintió.

- Esta conversación nunca ocurrió, ¿cierto? Si la mencionas, lo negaré rotundamente. Diré que lo estás inventando. Que mientes. ¿Lo entiendes?

- Sí, entiendo. No lo defraudaré.

- Voces, sí, cuando hables con el médico de guardia, voces, cuando hables por primera vez con tu abogado, voces, cuando estés en las entrevistas grabadas, voces. Quiero que tú misma lo creas. Necesito que seas completamente persuasiva.

- Oigo cosas, sí, entiendo. Y gracias. Sé que no tenía que ayudarme.

Grav bajó del coche y abrió la puerta del copiloto. - Bueno, linda, hora de irnos. Vamos. Y luego un chiste. Una broma que había hecho antes. - Te presentaré con el sargento custodio. No es de mal ver, si se le mira de lejos y si la luz no es muy intensa.

Rebecca sonrió cuando él la tomó del brazo y la condujo hacia las celdas. Era hora de pagar el precio que el sistema creyese apropiado. Hora de enfrentarse al destino, cualquiera que este fuera. Ya no estaba en sus manos. Estaba más allá de su control y debían decidirlo otros. Pero lo que sí sabía con seguridad era que no sentía culpa, contrición ni remordimiento. Estaba cómoda con su razonamiento. Eso se dijo. Su conciencia estaba limpia. Ahora lo único que tenía que hacer era concentrarse, presentar una actuación digna de premios y convencer a quienes tomaran las decisiones que lo opuesto era verdad.

## **Capítulo 32**

El DI Gravel y la DS Kesey se sentaron al otro lado de la mesa de la sala de investigación, frente a Rebecca y un joven abogado de traje gris oscuro, que jamás se había sentido tan fuera de su terreno. El cirujano principal de la policía decidió que Rebecca podía ser entrevistada sin la asistencia de un adulto adecuado, a pesar de lo que él consideraba la menos convincente de las afirmaciones de que oía voces, y así fue como las ruedas de la justicia siguieron girando.

Grav miró el rostro de Rebecca y siguió mirándola mientras ella estaba ahí, sentada, sin decir nada. - Encienda la grabadora, sargento. Creo que es momento de que empecemos.

- Sí, señor.

- Antes de comenzar con la entrevista, señorita Smith, necesito recordarle que usted aún está sujeta a caución. No tiene que decir nada, pero podría afectar a su defensa si no menciona, durante el interrogatorio, algo en lo que más adelante se apoyará en la corte. Cualquier cosa que diga puede ser usada como evidencia. ¿Está claro?

Rebecca volteó a ver a su abogado, sosteniendo la mirada por un par de segundos antes de retirarla súbitamente. - No hice nada malo. ¿Por qué iría a

la corte?

Grav descansó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia ella. - Fue arrestada bajo sospecha de asesinato, Rebecca. Esta es su oportunidad para responder a los alegatos. Para dar su versión de los hechos en sus propias palabras.

Ella de pronto saltó del asiento, giró sobre los talones y habló directamente al muro que estaba detrás. - ¡Está bien, te escucho! Le diré lo que necesita saber.

La detective Kesey se puso de pie y tomó a la prisionera por el brazo. - Siéntese, por favor, señorita Smith. Solo tiene que responder a las preguntas del inspector. Nada más.

Rebecca dirigió un gesto obsceno a la pared y se sentó como se lo habían indicado. - Bueno. Si él se calla un minuto, responderé a sus preguntas.

Grav tuvo ganas de aplaudir su actuación, pero se resistió. Estaba convenciéndolo a él, por lo menos. - Un poco más fuerte para la grabación, por favor, señorita Smith. Apenas pude escucharla.

- ¡Dije que está bien! No tengo nada que esconder. Soy una chica buena. Hago todo lo que él me dice. ¿Qué tiene de malo eso?

- ¿Hace todo lo que *quién* le dice?

Miró a su izquierda y señaló. - ¡Él! ¡Él! No sé cómo se llama. ¿Por qué no se lo pregunta usted? A ver si le gusta.

- Es usted con quien necesito hablar, Rebecca. Los oficiales de escena del crimen repasaron cada centímetro de su casa. Hay muchas manchas de sangre: en la sala, el pasillo, las escaleras, la regadera. Y había carne humana en el congelador. Bolsas de plástico llenas de ella. También estamos excavando su jardín, y sabe lo que eso significa. Hemos encontrado dos cuerpos hasta ahora.

Ella lo miró con odio y escupió las palabras. - Es todo lo que hay. Él me dijo que los pusiera ahí.

- Entonces ¿admite haber enterrado los restos de dos hombres en su jardín trasero?

Ella miró hacia atrás y agitó el puño mientras su abogado escribía notitas que no servirían para nada útil. - ¿De qué está hablando? No eran hombres. No maté a ningún hombre. Solo ratas, gusanos e insectos. Hice todo lo que él me dijo. Cada cosa. ¿Por qué querrían castigarme por eso?

- ¿Cuántos? ¿A cuántos mató?

Ella bajó la cabeza y comenzó a llorar como un bebé hambriento. - Solo a c-cinco. Debían haber sido m-más, pero *usted* me detuvo. A él no le va a gustar. No le va a gustar para nada.

- ¿Quiénes eran, Rebecca?

Se limpió las lágrimas con las mangas del mono. - Abominaciones que tenían que morir. Todo está en mi computadora. ¿Por qué no lo ven ustedes mismos, si de verdad quieren saber?

Él asintió. - Estamos haciendo eso. Pero ¿por qué? ¿Por qué tenían que morir? Ella dejó de llorar en un instante y sonrió anchamente, como por arte de magia. - Todos eran depredadores. Criaturas impías que cazaban a los inocentes sin pensarlo y sin piedad. Destruían una vida tras otra, y habrían seguido haciéndolo si se les permitía. Alguien tenía que matarlos. ¿Por qué no yo? Se convirtió en mi propósito en la vida. Mi razón de vivir. Él me lo dijo una y otra vez. “Tienes que matarlos, Rebecca. Tienes que hacerlos sufrir.” Hice que el mundo fuera un mejor lugar. Sheridan se llevó mi inocencia, y yo me llevé sus vidas. Así fue. Lo haría de nuevo, si pudiera.

Grav reconoció en silencio que una pequeña parte de él la admiraba por hacer lo que creía correcto. Pero nadie podía ser juez, jurado y ejecutor. Ni siquiera ella. - ¿Qué hizo con los otros cuerpos?

Ella se enderezó en el asiento. Hablando más fuerte que antes. - Encontraron los dos del jardín.

- Sí, pero hay tres más. Usted misma lo dijo.

- Sí, había. Sí había. Eso será algo para recordar y darle vueltas cuando esté encerrada en el infierno de concreto al que me manden. Será algo para meditar en las solitarias horas por venir. Algo para estar orgullosa. Pero ya sabían la respuesta antes de preguntar, ¿no?

Grav asintió. - La vieron arrojando algo al río. Necesito escucharlo de su propia voz. Necesito saber los detalles.

Volvió a mirar hacia atrás, agitando las manos en el aire en un remolino de actividad, y gritó. - ¡Bueno, se lo diré! ¡Se lo diré si me dejas en paz un maldito minuto!

- Vamos, Rebecca, míreme. Trate de concentrarse en lo que le pido. ¿Qué hizo con los otros tres cuerpos?

- Los corté y los arrojé al río, un asqueroso pedazo a la vez. Un brazo aquí, una pierna allá, una cabeza. Hasta que se fueron. Y algunas partes las tiré al drenaje por el retrete. Pedazos pequeño que pensé que no taparían las tuberías. Los cuerpos son sorprendentemente pesados, incluso cuando están cortados. Parecía prudente.

El abogado, que se veía cada vez más enfermo, levantó una mano, llamando la atención de Grav y haciéndolo enojar inmensamente. - Creo que esta sería una buena oportunidad para tomar un descanso. Me gustaría consultar con mi cliente en privado.

Grav lo miró con odio. El estúpido inútil no tenía ni idea. Un mono entrenado le habría sido de más utilidad a Becca. - Ya escuchó lo que dijo su abogado, Rebecca. Podemos hacer una pausa para permitirle que hable con él, si así lo desea.

Ella agitó la cabeza frenéticamente. - No, quiero terminar con esto.



- ¿Está segura? No hay problema si quiere parar un rato.

- Dije que no, y lo dije en serio. ¿Por qué nadie escucha lo que quiero?

Grav miró al abogado mientras el joven hombre se hundía en el asiento. - Ya la escuchó, señor Gilbert. Asumo que está de acuerdo con que continuemos.

Él se ajustó la corbata escarlata mientras los eventos daban un giro inesperado. - Sí, sí, eso parece ser lo mejor dados los deseos de la señorita Smith.

Grav ahogó una risa. - ¿Está seguro, señor Gilbert? Lo dejo en sus muy capaces manos.

- Sí, sí; por favor, continúe, inspector. Estoy obligado a acceder a las instrucciones de mi cliente.

- Entonces continuaremos. En tanto usted esté satisfecho.

El joven abogado se quitó el saco, pues de súbito se dio cuenta de que estaba sudando abundantemente.

El DI Gravel pasó el siguiente par de horas revisando los detalles específicos de cada muerte, desde la planeación hasta la eventual ejecución. Rebecca estaba ansiosa por hablar, por contar su historia, que narró con solo algunas interrupciones ocasionales de la voz imaginaria y sin cuerpo que tan insistentemente exigía su atención. Había más que suficiente material para levantar cargos. Más que suficiente para encerrarla por mucho tiempo. Solo era cuestión de dónde y cómo sucedería cuando llegara allí.

Grav se levantó la manga y miró el reloj cuando su estómago comenzó a rugir. Era hora de comer un poco de pay y beber unas cuantas pintas de cerveza. Hora de celebrar el buen trabajo del día. - ¿Hay algo más que quiera decir antes de que terminemos con la entrevista, señorita Smith? Cualquier cosa.

- Solo que no hice nada malo.

- ¿Es todo?

- Sí, es todo.

Dio varios golpecitos con el amarillento dedo índice de la mano derecha. - ¿Qué hay de usted, señor Gilbert, algunas últimas palabras de sabiduría legal que quiera compartir con nosotros?

El rostro del abogado se sonrojó cuando murmuró la respuesta. - No, gracias, inspector. No tengo nada que añadir.

Grav se puso de pie para marcharse. - Apague la grabadora, sargento. Levantemos los cargos contra la señorita Smith y llevémosla a su celda para que pase la noche. No creo que los Servicios de Fiscalía de la Corona tengan demasiado problema con esto. Podemos llevarla a la corte de los magistrados y a prisión preventiva a primera hora de mañana.

La DS Kesey giró en su asiento, lo miró y dejó correr la cinta. - ¿Puedo hablar con usted en privado antes de que terminemos, jefe?

Grav hizo una pausa, sopesando sus limitadas opciones. - Entrevista suspendida a las siete treinta y dos p.m. El DI Gravel y la DS Kesey salen de la habitación.

- ¿De qué demonios se trata todo esto, Laura?

La DS frunció el entrecejo. - ¿Qué pasó con eso de tratarla como a cualquier otro sospechoso?

- Es lo que estamos haciendo, ¿qué no?

Ella negó con la cabeza. - Oh, vamos, jefe. Usted no mencionó para nada la oreja cercenada. Parece que ella torturó al pobre infeliz y ¿usted no dice nada?

Él estaba respirando con dificultad ahora, su rostro se enrojecía. - Estaba

hablando, confesó a los asesinatos. ¿Qué más necesitamos? El trabajo está hecho.

- ¿Qué tal si los torturó a todos? Necesitamos saber. La corte necesita saber.

- Déjelo así, Laura, sea una buena chica.

Ella apretó los dientes. - Y ¿qué hay de toda esa mierda de las voces? Trabajábamos con ella. Habría habido señales de enfermedad mental. Nos habríamos dado cuenta.

- Es una asesina. Eso lo ocultó muy bien.

- Ha estado allí dentro hablándole a la pared. Habríamos visto eso, como mínimo. Está fingiendo, jefe. Es pura mentira. Eso es perfectamente obvio. ¿Por qué dejamos que se salga con la suya?

Él respiró profundo y la miró con ira. - Ahora escúcheme, sargento. Vamos a volver ahí dentro, vamos a cerrar la entrevista sin más preguntas, va a apagar la grabadora cuando se lo diga, y vamos a levantar los cargos de asesinato... Y esa es una orden, en caso de que tuviese dudas. Ya escuché suficiente. Hagámoslo.

### ***Capítulo 33***

El doctor Alistair Gower, un psiquiatra forense de buena reputación, había trabajado por más de quince años en centros de seguridad que albergaban a algunas de las criminales más perturbadas del Reino Unido. Rebecca, en su opinión, no era mejor ni peor que muchas otras que había conocido y evaluado durante ese tiempo. Solo era cuestión de decidir si estaba mentalmente enferma o no. ¿Sabía lo que había hecho? ¿Prisión u hospital? ¿Castigo o tratamiento? Eso era lo que él tenía que recomendar. Y luego era asunto del juez y el jurado.

El doctor se recargó en el asiento, miró a Rebecca a los ojos y notó que su rostro sin expresión parecía estar extrañamente vacío de sentimiento. - ¿Me escuchaste, Rebecca? ¿O acaso mi comentario cayó en oídos sordos?

Ella giró la cabeza hacia él y fingió asombro con sorprendente efectividad para ser una actriz novata. - Perdón, estaba hablando con alguien más. Alguien mucho más importante que usted.

Él asintió y sonrió ligeramente, sopesando cada comunicación verbal y no verbal en su mente analítica. - Ah, sí, la voz en tu cabeza. Leí el reporte médico encargado por tu equipo de abogados.

Ella desvió la mirada, eligiendo ignorar su comentario.

- ¿Son genuinos tus síntomas? Esa es la pregunta. No serías la primera persona en tratar de engañarme esperando una vida más sencilla.

- No tengo nada que esconder.

- Siento no haber estado aquí cuando llegaste con nosotros. Estaba completamente ocupado con otros pacientes.

- Bueno, aquí está ahora.

Él abrió la carpeta verde que estaba en el escritorio frente a él. - Entonces, hoy es el tercer día de tu estancia aquí. ¿Qué tal te estás adaptando?

- Nos gusta este sitio.

- *Nos*, dijiste *nos*.

- Así es.

El equipo me dijo que te hiciste amiga de Sally Deakin. Has pasado mucho tiempo hablando con ella. Compartiendo tu comida.

- Me agrada.

- ¿Sabes qué hizo para estar aquí? ¿Te lo dijo?

- No.

- Ah, eso pensé. Mejor no le des demasiada de tu comida. Es muy influenciable. Tratamos de restringir su consumo calórico lo más posible. No te ha amenazado, ¿o sí? ¿Nada de eso?

- No. No querría ser su amiga si lo hubiera hecho.

Él cerró la carpeta y sonrió. - Excelente, es bueno escuchar eso. Avísale a algún empleado inmediatamente si eso cambia. Ha sucedido que algunas veces intimida a las otras pacientes.

- A mí me parece que es agradable.

- ¿Sabes por qué estás aquí, Rebecca?

- No he hecho nada malo.

Él la miró con duda. - Admitiste haber matado a cinco hombres. No hay nada más grave que eso.

Ella rió hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas. - ¿Acaso castigan a los cazadores de ratas? ¿Los encierran por su servicio a la sociedad? Me parece que no entiende. Tal vez lo que usted percibe como la aparente contradicción entre mi inteligencia y mi comportamiento es demasiado para su comprensión, a pesar de sus títulos en papel. Merecían morir. Todos ellos. Es lo que debería ver. Hice lo correcto. Una cosa meritoria. Él me lo dijo una y otra vez. No acepto las limitaciones auto-impuestas de la sociedad. ¿Por qué le parece tan difícil aceptar eso?

- Dices que *él* te lo dijo una y otra vez. ¿De quién estamos hablando?

- De Dios.

- ¿Me estás diciendo que Dios te dice que mates?

- Sí. Y usted no le agrada mucho. Me lo dijo él mismo.

- Y ¿él te dijo que torturaras a tus víctimas? El patólogo me dio una descripción bastante gráfica.

Ella se quedó en silencio, eligiendo no responder.

- Entiendes que prepararé un reporte para la corte tras nuestras sesiones de evaluación, ¿no? Lo que digas durante tu estancia con nosotros puede influir en tu futuro a largo plazo.

Ella sonrió sin despegar los labios. Soy mala o estoy loca, ¿eh? Esa es la pregunta que está tratando de responder. Está tan equivocado como el resto. Escuché exactamente lo que el juez dijo. Estuve ahí. No cometa el error de subestimarme, doctor. Esa nunca es una buena idea.

El doctor asintió una vez y sus lentes resbalaron hasta la punta de su nariz.  
- Sí, si quieres ponerlo en esos sencillos términos, creo que eso lo resume bastante bien. Necesito decidir si tienes una enfermedad mental diagnosticable.

- Los gobiernos matan a la gente en masa impunemente y lo justifican como guerra, y sin embargo yo soy la mala.

- Estamos aquí para hablar de ti.

- Entonces, ¿qué quiere saber?

- ¿En serio va a ser tan sencillo?

- ¿Por qué no? No tengo nada de qué avergonzarme.

- Te acusaron del asesinato de cinco hombres.

- Ya lo dijo.

Él volvió a abrir la carpeta y miró sus notas. - Estaban despedazados.

Ella sonrió al recordar los eventos y los magnificó en su mente. - Sigue usando la palabra *hombres*. No eran hombres. Yo no mato hombres.

- Por favor, explícamelo.

- Las cosas que yo maté eran sub-humanas. Una forma de vida menor que contaminaba este mundo nuestro.

Él hizo una pausa antes de responder. - ¿Sientes que tus asesinatos estaban enteramente justificados?

- Bueno, nunca dejamos de maravillarnos. En serio lo entendió. He estado diciendo eso desde el principio. ¿Qué es tan difícil de comprender?

- Eran seres humanos, Rebecca. Hombres con conductas criminales, sí. Hombres con defectos que necesitaban terapia, pero seres humanos.

Su sonrisa se convirtió en una burla. - ¿En serio cree que puede cambiar la orientación sexual de un hombre? ¿En serio es tan ingenuo? Qué risa. No puede convertir a un sapo en príncipe. Eso es cosa de cuentos de hadas.

Él la miró en silencio contemplativo por un par de momentos antes de finalmente cerrar la carpeta. - Hablaremos más en los días por venir, Rebecca. Tenemos mucho que discutir.

- Oh, eso es maravilloso. Estaré contando los minutos.

- Como eres una paciente de prisión preventiva que ha cooperado completamente con el proceso de evaluación hasta este punto, decidí albergarte en nuestra unidad psiquiátrica de seguridad media. Seguirás encerrada, desde luego. No podrás evitar eso, dada la gravedad de tus crímenes. Pero tendrás tu propia habitación, una ducha, una sala común, privilegios de televisión y mejores oportunidades recreativas, como un billar y tenis de mesa. Si sigues cooperando, podrás usar todas esas instalaciones.

Pero recuerda, es un privilegio y no un derecho. Algunos miembros del equipo dudan de la sabiduría de mi decisión. Cualquier indicio de agresión y haré que te trasladen a la unidad de máxima seguridad de inmediato. No abuses de mi confianza, Rebecca. ¿Entiendes?

- Lo entiendo perfectamente, doctor, y se lo agradezco. No le causaré ningún problema.

Rebecca abrió la gran caja de chocolates suizos enviada por su madre, se metió uno de crema de fresa a la boca y lo chupó exageradamente, antes de alargarle la caja a Sally Deakin para que eligiera con dedos regordetes. - Toma dos, Sal. Ignora a los empleados, solo disfrútalos. Te mereces un gusto de vez en cuan-do.

La pirómana serial de treinta y tres años tomó dos chocolates al azar y se los metió a la boca - Oh, qué buenos, ¿dónde los conseguiste? No había comido chocolate en años.

- Mi mamá los envió.

- Maldita suertuda. A mí nunca me mandan nada. Ni siquiera recibo visitas.

- ¿Cómo, nunca?

- No, nadie quiere nada conmigo.

- Bueno, somos amigas, ¿qué no? Que se jodan los demás. Te doy la caja entera si me haces un pequeño favor.

Sus ojos brillaron al visualizarse sentada a solas en su cuarto y devorando cada uno de los dulces. - ¿En serio, todos?

- Toma uno más ahora, y luego cerraré la caja. Haz exactamente lo que digo, y son todos tuyos.

Ella miró la caja y luego a Rebecca. - ¿Me das otro ahora?



- Solo uno. Tendrás que esperar hasta en la noche para el resto.

Parecía estar al borde del llanto. - Más te vale cumplir con tu palabra. No te agradaré cuando estoy enojada.

- Es una promesa. Mejores amigas por siempre. Ahora escúchame con atención. Esto es lo que tienes que hacer.

Rebecca pasó los siguientes quince minutos más o menos explicando su plan en sencillos puntos para que Sally pudiera comprenderlo a la perfección. Repasó sus necesidades varias veces, subrayando la importancia de cada acción y el tiempo perfecto. - ¿Lo entendiste, Sal? ¿Quieres hacerlo? Los chocolates son tuyos en cuanto esté hecho.

- Sí, sí, por supuesto, no hay problema. Esperaré hasta justo antes del final del turno de dos a diez y lo haré. No soy estúpida.

- No, claro que no lo eres, Sal. Jamás pensé eso, ni por un segundo, pero el tiempo es absolutamente esencial si queremos lograrlo. Necesitamos que algunos de los empleados estén llegando y otros vayan saliendo. Necesitamos golpearlos cuando estén más vulnerables y crear tanta confusión como sea posible.

- Y luego me das los chocolates, ¿sí?

- Y luego te doy los chocolates. Y, si nuestro plan funciona, si salgo de aquí, te mandaré una gran caja de tus chocolates preferidos cada semana en tanto estés aquí.

Ella se veía tan emocionada como un niño en Navidad. - ¡Cada semana! Oh, no puedo esperar. Va a ser genial.

- Pero solo si escapo. Es importante que recuerdes eso. No puedo enviártelos si no escapo.

- Haré mi parte. Puedes estar segura. Y luego, te toca a ti.

Rebecca agitó la mano y guiñó un ojo cuando Sally Deakin se puso de pie precisamente a las diez p.m. y caminó despacio hacia la mesa de billar, que estaba a unos tres metros de distancia.

Sally miró en todas direcciones, confirmando que las únicas dos enfermeras a la vista estaban ocupadas en otra cosa, antes de empujar una silla hasta el borde metálico de la mesa de billar y usarla para trepar hasta el tapete púrpura con los bolsillos llenos de duras bolas de yeso. Se quedó de rodillas con las manos sobre el tapiz por unos segundos, recuperando el aliento, antes de ponerse de pie con ayuda de un taco de madera.

Rebecca se puso de pie de un salto, fue acercándose a la salida y comenzó a señalar y gritar palabras de precaución cuando Sally lanzó la primera bola hacia la nuca de una enfermera, fallando por unos cuantos centímetros. Cuando arrojó la segunda bola, con más precisión esta vez para alegría y vítores de las demás pacientes, Rebecca abandonó la habitación por una puerta que un joven asistente de enfermería había dejado abierta al correr en respuesta a los agudos chirridos de la alarma de pánico.

Rebecca no podía creer su suerte. La actuación de Sally había sido mejor de lo que había esperado. El tiempo fue perfecto. Las reacciones de los empleados fueron justo como las había imaginado. Rebecca corrió por un iluminado corredor sin mirar atrás, y entró en el vestidor de los empleados, que había visto en la mañana en que llegó. Estaba vacío. Tal y como había esperado. Pero tenía que actuar rápido. El disturbio no duraría para siempre.

Rebecca usó el borde de una cuchara de acero inoxidable para abrir uno de los mal contruidos armarios de madera tras otro, hasta que encontró un uniforme de enfermera, gris, de dos piezas, que parecía que le quedaría razonablemente bien. Sonrió al descubrir un monedero de piel en un bolsillo al ponerse los pantalones, luego la camisola, que completó el atuendo satisfactoriamente. Casi era hora de irse. Solo un toque final y se marcharía.

Respiró profundo, contó despacio hasta tres dentro de su cabeza, y comenzó a rasparse la frente con la cuchara hasta que la piel se rompió y la tibia sangre comenzó a bajar por su rostro. Estaba lista para irse. Lista para hacer realidad la última parte de su plan. Vamos, Becca, puedes hacerlo,

mujer. Ya casi estaba fuera.

Abrió la puerta, centímetro a cuidadoso centímetro, y entró rápidamente en el corredor, caminando intencionalmente hacia una segunda puerta, que se abrió con el toque de un botón mientras ella miraba a la cámara de seguridad. Rebecca salió a la recepción, sintiéndose libre, rezando por su libertad, y tropezó hacia el frente mientras un guardia dentón que llevaba un uniforme azul marino y una gorra de plato se le acercó. - ¿Está bien, enfermera? ¿Puedo ayudarla?

¿Qué diría? ¿Qué demonios diría? - Se ve mucho peor de lo que está, gracias. Solo necesito un poco de aire fresco. Si pudiera ayudarme a salir, se lo agradecería mucho.

- Qué raro. No la había visto antes. Y no lleva anillo de casada. Lo habría recordado.

- Solo ayúdeme a salir, por favor. Soy nueva.

- Vamos, agárrese de mi brazo. Parece que está a punto de caerse.

Ella sonrió cuando él sacó un manojito de llaves sujetas a una delgada cadena del bolsillo del pantalón y abrió la última puerta entre ella y la libertad. - Una de las pacientes se puso completamente frenética, pero todo está bajo control ahora.

- Ah, solo lidiamos con la seguridad externa. Gente que entra y sale. Ese tipo de cosas.

- No sé su nombre.

- Steve, Steve Gibbs, ¿cuál es el suyo?

- Gracias, Steve, me siento un poco débil. Quizá pueda ayudarme a que me sienta en esa barda de allá.

Él apoyó su peso y la llevó por el estacionamiento, con vista a la calle. - Ya

está. Siéntese aquí y descanse. Ya se ve un poco mejor.

Ella se sentó sobre la barda y se llevó la manga a la frente, presionando con fuerza para restringir el flujo de la sangre que iba coagulando poco a poco. - Eres un ángel. Tal vez podría invitarte un trago una noche y darte las gracias como debe ser.

Él sintió que su pene se llenaba de sangre cuando ella paseó una uña pintada por su muslo. - Eso sería genial. ¿Qué tal esta noche? Estoy a punto de salir.

Piensa, Becca, piensa. - Necesito llegar a casa urgentemente. Mi mamá está enferma, pero volveré el lunes. ¿Qué te parece?

- Puedo llevarte. Solo le entregaré las llaves a mi colega y podemos salir de aquí.

- Es en Plymouth. Necesito ir a Plymouth.

- Ah... está bastante lejos, pero qué demonios. Estarás agradecida. Tal vez *muy* agradecida. ¿Qué tal si lo hacemos una cita?

Ella rió. - No pierdes el tiempo, ¿eh? Pero uno nunca sabe, tal vez tengas suerte. Haré que valga la pena.

Él desabrochó las llaves del hospital de su cinturón de piel negra y se las arrojó a otro guardia más viejo que apareció en la puerta.

- No has visto a una paciente aquí afuera, ¿o sí, Steve? Les falta una en el pabellón Gower.

Él negó con la cabeza y buscó las llaves del auto en el bolsillo del pantalón. - No, a nadie. Seguro que está por ahí. Al final siempre aparecen.

- Sí, quizá tengas razón. Hace años que no escapa nadie.

Rebecca se puso de pie y le lanzó un beso a Steve mientras caminaba hacia

ella con una sonrisa seductora en el muy ordinario rostro. - Vamos, guapo, veamos qué tan rápido puedes manejar. Plymouth, aquí vamos. Tenemos que irnos.

### **Capítulo 34**

La DS Kesey apagó su computadora de escritorio, miró la hora y contestó el teléfono, esperando que un día que ya había sido largo no se alargara más. - Policía de Caerystwyth.

- ¿Quién habla?

- Detective sargento Laura Kesey. ¿En qué puedo ayudarle?

- Hola, Laura, creí reconocer tu voz.

Se tensó. - ¿Rebecca?

- Necesito hablar con el DI Gravel. Solo ve por él. No tengo tiempo para trivialidades.

- ¿Dónde estás?

Suspiró. - Solo tráelo al teléfono, Laura. Y no te molestes en tratar de rastrear la llamada. Él sabrá exactamente dónde estoy.

Se puso de pie y miró a Grav con chispas en los ojos, mientras él se aproximaba a ella con la mano estirada. - Hola, Becca, ¿dónde estás, linda?

- Oh, vamos, usted es el detective. ¿No es descaradamente obvio?

Él descansó el peso sobre el escritorio, sintiendo presión en el pecho. - ¿Devonport?

Ella rió. - Entonces no es completamente inútil.

- ¿Lo mataste?

Ella se detuvo antes de responder. - Todavía no. Estoy aquí ahora. Solo quería decirle que ya casi termina todo. Casi se cierra el círculo.

- Mira, lo entiendo, linda. En serio. El tipo te lastimó. Lastimó a tu familia. Pero es hora de que pares. Cinco hombres están muertos. Es hora de que te detengas. No habrías llamado si no tuvieras dudas.

- Es impresionante la gente que uno conoce cuando está encerrado con locos y criminales. Gente con contactos. Contactos útiles.

- ¿De qué estás hablando, linda?

- Tengo un arma. Una pistola y seis balas. No creo que sea tan divertido como un cuchillo, pero es mucho más rápido. Le voy a volar la cabeza al sucio bastardo.

Él tragó con dificultad. - Te ayudé, ¿no? Cuando te arresté. Hice lo que pude, ¿no?

- Sí, lo hizo. Se lo concedo.

- Bueno, ahora estoy ayudándote otra vez. Si lo matas, te encerrarán por el resto de tus días. Tal como dije antes. Morirás en prisión. Quiero que saques las balas de la pistola, llames a la policía local y te entregues.

- ¿Recuerda lo que me dijo en la casa cuando le pedí que se fuera?

- Dije que no podía hacer eso.

- Bueno, yo le digo lo mismo ahora.

Grav cerró y apretó los ojos. - Te lo ruego, linda. Llama a la policía local. Ya ha habido demasiada muerte y destrucción. Apenas ayer hablé con tu

madre. Ella no quería que lo mataras. Me lo dijo ella misma.

- ¿Ya terminó?

- Solo entrégate, linda. Es la única opción prudente.

Rebecca consideró responderle con un mensaje para su madre, pero decidió no hacerlo. Las acciones decían más. ¿Qué sentido tenía hablar?

- ¿Sigues ahí, linda? ¿Estás pensando en lo que dije?

Y con eso, ella colgó el teléfono.

La detective Kesey se puso de pie y miró con rabia a su jefe, que tomaba su abrigo y se aproximaba a la puerta. - ¿A dónde demonios va?

- Necesito un trago.

Ella corrió tras él. - ¿De qué carajo está hablando? Tiene que llamar a las fuerzas de Devon y Cornwall. Es urgente. No podría ser más urgente. Está armada, con un demonio. Es una asesina despiadada, no una niñita que necesita de su cuidado y protección.

- Quiero darle la oportunidad de entregarse. Se lo debo.

Ella le agarró la manga del saco y lo agitó. - No está pensando con claridad, jefe. Tiene que llamar ahora.

Él se zafó. - Llámelos usted, si tiene que hacerlo. No la detendré.

Ella corrió hacia el teléfono mientras él se abrochaba el abrigo y abría la puerta. - ¿Dónde está la dirección de Sheridan?

- Sobre mi escritorio, carpeta azul. La veré en la mañana.

## **Capítulo 35**

Una unidad policial de respuesta armada estaba lista y esperando para cuando Rebecca salió del edificio de departamentos de Sheridan, cubierta de pies a cabeza en su sangre, y con su cabeza en una mano y una pistola de agua negra en la otra. Miró hacia arriba mientras pasaba por la barrera metálica que separaba al pavimento de la avenida principal, y notó que había tres patrullas en total, y al menos ocho oficiales uniformados, algunos con poderosas armas automáticas apuntadas hacia ella.

Rebecca sostuvo la ensangrentada cabeza de Sheridan en lo alto mientras caminaba hacia las pistolas, y de pronto la lanzó por el camino al estilo de un entusiasta jugador de boliche.

El oficial a cargo se agachó detrás de una patrulla y levantó un megáfono. - Policía armada. Tire su pistola. Arrójela a un lado y acuéstese en el suelo. ¡Ahora!

Ella dio otro paso hacia adelante, luego otro, otro, y se detuvo súbitamente.

- ¡Tire el arma!

Rebecca bajó la mirada, notó varios puntos de luz intensa moviéndose sobre su cuerpo, y comenzó a caminar de nuevo, apretando el paso hacia los policías, que estaban a unos veinte metros de distancia.

- ¡Policía, tire el arma!

Rebecca miró a cada uno de los oficiales, sonrió con calidez y luego levantó la pistola de agua, como si quisiera disparar.

La primera bala le abrió el pecho expuesto, terminando con su vida en un instante mientras una segunda le reventaba la cabeza, lanzando trocitos de cerebro y huesos en todas direcciones, como una niebla roja que giró y luego se posó despacio sobre el suelo.

El cuerpo de Rebecca cayó al suelo y se quedó ahí, torcido y roto, apenas a



unos centímetros de la cabeza de Sheridan, con los ojos vacíos que parecían mirarla a ella y solo a ella, mientras la sangre corría y se mezclaba sobre el oscuro asfalto.

### **Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales**

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

**¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?**



## **Tus Libros, Tu Idioma**

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro. Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

[www.babelcubebooks.com](http://www.babelcubebooks.com)

[1] Home Office Large Major Enquiry System es el sistema inteligente de búsqueda utilizado por toda la policía del Reino Unido. *N. de la T.*